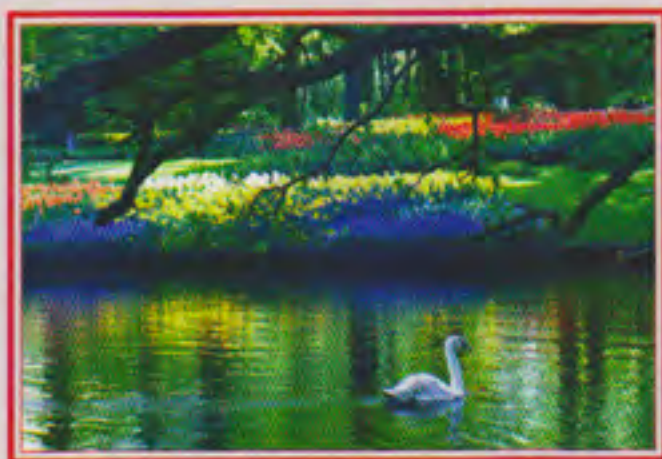




HUMBERTO PÉREZ

EL MINISTERIO DE LA DIACONÍA



**UN CURSO DE ENSEÑANZA BÍBLICA
SOBRE LAS FUNCIONES SAGRADAS
DEL DIÁCONO**

CONTIENE UN ESTUDIO PROGRAMADO POR LA
FACULTAD LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS





EL MINISTERIO DE LA DIACONÍA

Humberto Pérez



© 1997 LOGOI, Inc. Miami, Florida
Todos los derechos reservados

Publicado por LOGOI, Inc. y
Editorial UNILIT

© 1997 LOGOI, Inc.
14540 SW 136 Street, #200
Miami, FL 33186

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción, total o parcial,
de esta obra por cualquier medio, visual o auditivo,
sin autorización escrita de los editores.

Producto 491048
ISBN 0-7899-0326-1

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

¡Un seminario en cada iglesia!

Este libro se ha diseñado para servir como texto de consulta o como texto de estudio. Se anima a los pastores a considerar el programa completo ofrecido por LOGOI / FLET para establecer un seminario o instituto bíblico en la iglesia.

Esta obra contiene el estudio propiamente dicho, un manual para el estudiante y un manual para el facilitador.

Para iniciar un programa de estudios bíblicos en la iglesia, o para recibir un certificado de LOGOI por el estudio de este libro, se debe escribir a las oficinas de LOGOI para solicitar la matrícula correspondiente.

A quienes lo soliciten LOGOI les enviará un catálogo que contiene un plan para seis años de estudios, equivalente a los programas de estudios regulares de los seminarios. Los alumnos que sigan el plan de estudios se afirmarán en una base sólida cristiana, se edificarán, evangelizarán y discipularán a otros (véase la página 223).

LOGOI / FLET
14540 SW 136 Street, N° 200
Miami, FL 33186
Teléfono: (305) 232-5880
Fax: (305) 232-3592

Contenido

	Prefacio	7
1	Las bases del diaconado	9
2	El ministerio del diácono y la elección de los obispos	25
3	El ministerio del diácono y la diaconisa	65
4	La esposa del diácono y la del obispo	87
5	Visitación de familias	103
6	Visitando a los enfermos, ofendidos y apartados .	135
7	Ministerio a los extranjeros, niños y ancianos . .	171
8	El sostenimiento económico y el presupuesto . .	193
	Cómo establecer un seminario en su iglesia . . .	223
	Cómo hacer el estudio	225
	Guía de estudio	229
	Manual para el facilitador	263
	Programas de segundo año	277
	Hoja de calificaciones	311

Prefacio

La Iglesia de Jesucristo es Su cuerpo aquí en la tierra. Esta iglesia es la gloriosa novia que espera a su Señor. Y, como doncella que es, requiere atenciones, cuidados propios de su condición. Entre los que la atienden están los pastores y los ancianos, pero además de ellos hay una persona importantísima al servicio de ella: el diácono. Con este término, el griego viste de excelencia lo que hoy llamaríamos un simple “sirviente”.

Conocemos a los diáconos, como servidores, desde el mismo ministerio terrenal de nuestro Señor. Eran tan necesarios que el propio Jesús les dio ejemplo de ello a sus discípulos cuando les lavó los pies de ellos, y les mandó a hacer lo mismo y a que ejercieran la función de servir.

La tarea del diácono es una de las más urgentes en las congregaciones; por ello es muy importante contar con servidores bien preparados que sirvan a los fieles en sus necesidades. La función bien ejercida por estos servidores del Señor, aliviará la carga al pastor y ayudará a cumplir uno de los objetivos de la grey así como a su desarrollo.

Hoy por hoy, la iglesia crece a pasos agigantados, y así mismo se multiplican los diferentes departamentos dentro de ella, diversificando de esa manera las distintas labores ministeriales. Debido a ello, la labor del diácono cobra entonces mayor relevancia.

En vista de esa necesidad tan urgente es que la Facultad Latinoamericana de Estudios Teológicos, FLET, ha implementado el presente curso. Y se ha preparado de manera que el candidato al diaconado se equipe de una manera bíblica e integral a fin de prestar un servicio que honre y glorifique a

nuestro Dios, a la vez que rinde una labor efectiva entre los creyentes.

Este curso es una herramienta indispensable para las congregaciones preocupadas por servir mejor a Cristo y a sus fieles; por lo tanto, es importante que el pastor o el facilitador, aunque conozca bien lo que es el diácono, estudie este libro y refresque sus conocimientos antes de impartir las clases. Será una experiencia enriquecedora que redundará en bendiciones para el Cuerpo de Cristo.

Las bases del diaconado

Este primer estudio es una traducción y adaptación de un capítulo del libro *The Emerging Role of Deacons*, “Nacimiento y Crecimiento de los Diáconos”; escrito por el Dr. Charles W. Deweese quien sirve en el grupo de directores de la Comisión de Historia de la Convención Bautista del Sur, E.U.A. El libro ha sido publicado por la Editorial Broadman Press. Como podrás apreciar aunque originalmente el autor pensaba particularmente en el diácono bautista, la historia cristiana es mucho más amplia que esa denominación y común a todas en particular. Cualquiera que sea el grupo en el cual sirvas al Señor, es mi oración que lo que aquí aprendas te ayude grandemente y el nombre de Cristo sea *magnificado* en tí por tu servicio a los santos *habiéndolos servido y sirviéndoles aún* (Heb. 6.10).

Los diáconos aparecen en la iglesia del Nuevo Testamento para cubrir necesidades especiales. La palabra griega traducida “diácono” es diakonos, cuyo significado un poco más general es “siervo”. La palabra original tiene dos partes, la primera es dia (a través) y la segunda konis (polvo); quizás conlleva la idea de que un diácono era un simple sirviente que descalzo se apresuraba a servir en la mesa a los invitados; o alguien que alzaba polvo, presuroso, para asistir a los invitados.

En cuanto al significado original, siervo o sirviente, la vida misma de nuestro Señor Jesús es un modelo de diácono cuando él mismo testificó, *no vino para ser servido sino para servir* (Mr. 10.45). De ese modo el propio Señor definió su trabajo en base a un diaconado; incluso llegó al punto de definir para sus discípulos, la grandeza en base al servicio prestado, *cualquiera que quiera ser grande entre vosotros sea vuestro servidor* (Mr. 10.43). Como puedes notar en ambos versículos, diácono, según el concepto de Jesús, es un sirviente. Esa es la esencia misma que define el discipulado cristiano y Jesús dio un perfecto ejemplo de lo que es ser diácono.

Varios aspectos importantes brotan en los textos del Nuevo Testamento; aunque en sentido general hay estudiosos de la Biblia que no están de acuerdo que el clásico pasaje de Hechos 6.1-6 se refiera a los diáconos, todos sin embargo dan su asentimiento a 1 Timoteo 3.8-13. Nosotros, con otros muchos doctores del Nuevo Testamento, pensamos que *precisamente ahí* comienza el diaconado *oficialmente* en la iglesia cristiana. Por el momento léelo nada más, posteriormente estudiaremos juntos el texto.

Cierto es que las cualidades que se requieren para ser diáconos son elevadas; están relacionados con los obispos (sobreveedores, es lo que significa la palabra en griego) y posiblemente sus próximos asistentes. No hay una lista precisa para los deberes de los diáconos. Posibles referencias a mujeres en el diaconado (Ro. 16.1 y 1 Tim. 3.11) son pocas y sujetas a interpretación. Ten estas palabras solamente como un informe, discusión y exégesis (interpretación) anticipados.

Y por último, la existencia del diaconado está relacionada a la misma esencia y naturaleza de la iglesia; como trabajo de *sirviente* es inmemorial y en el evangelio predicado por Jesús describe el ideal de un siervo (Mr. 10.43). En cuanto a Pablo, habló de **apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros** (Ef. 4.11), preparando a los santos para la obra del

ministerio (diakonías). El papel de “siervo” en la iglesia naciente fue preponderante para darle forma al origen del diaconado. Como puedes notar tanto los apóstoles, como los profetas y todos los otros son “diáconos” o “servidores” de los demás, pero en un sentido general y específico a la vez. El servicio es algo incrustado en el mismo corazón del evangelio; pero se le llama *diácono* no a un profeta, no a un maestro, sino a un hermano escogido *específicamente para el servicio*.

El Nuevo Testamento da “evidencias claras de la perpetua necesidad de la *diaconía* como una función de la iglesia en el mundo” (Diakonía in the New Testament, C.E.B. Cranfield); donde se ve que la iglesia la organizó de forma concentrada en el oficio de diácono. No aparece de modo incidental dentro de ella sino como una parte integral de su constitución. La función de *diaconía* es la base de todo ministerio en la iglesia. Los diáconos continuarán siendo esenciales tanto como ella continúe teniendo en su corazón el deseo de servir.

Dado que la información que poseemos en el Nuevo Testamento en cuanto a la ordenación, papel, deberes de ellos es tan limitada, las evidencias que sí se hallan en la literatura posterior son de suma importancia. Revelan cómo individuos tanto como iglesias interpretaron y pusieron en práctica las enseñanzas del Nuevo Testamento. Una mirada al desarrollo de ellos en los primeros siglos, las razones que existieron para su declinación a través de la Edad Media y la recuperación de su significado durante la Reforma, puede proveer magnífica información para el enriquecimiento del ministerio de los diáconos contemporáneos.

I. La iglesia primitiva

Los materiales hallados en fuentes desde el segundo al quinto siglos son especialmente valiosos; muestran en especial cómo los diáconos primitivos sirvieron en deberes relacionados con la caridad, administración, educación y adoración. Comenzando, vemos que realizaron trabajos pas-

torales siendo agentes genuinos de la caridad para la iglesia. Visitaban a los mártires en prisión, vestían y enterraban a los muertos, buscaban a los excomulgados con la esperanza de restaurarlos, proveían para las necesidades de las viudas y huérfanos, visitaban a los enfermos y a aquellos que estaban en tribulación. En fin, nota que era un ministerio de amor y misericordia.

Durante una plaga que azotó la ciudad de Alejandría alrededor del año 259, los diáconos fueron calificados por un testigo como “aquellos que visitaban los enfermos sin temor alguno, los atendían continuamente y morían con ellos llenos de gozo” (Cipriano, Epístolas, *The Ante-Nicene Fathers*, ANF [Los Padres antes del Concilio de Nicea]).

Los diáconos realizaron una extremadamente importante labor notificando al obispo y a la iglesia quiénes eran los enfermos; facilitando de este modo un completo ministerio a los mismos. No trabajaban independientemente sino bajo la supervisión pastoral y de la iglesia. Durante el tercer siglo los diáconos participaban del plan familiar “en proporción al tamaño de la congregación, de modo que todos pudieran ser atendidos” (Gregory Dix, ed, *The Apostolic Tradition of St. Hippolytus* [Tradición Apostólica de San Hipólito]).

Un documento antiguo revela cómo los diáconos se exponían a los peligros de las persecuciones; habla de la reacción que tuvo un tal Habib a la orden del Emperador Licinius que todos debían adorar al dios pagano Zeus. Este Habib— cuenta— visitaba secretamente las iglesias de varias villas donde “ministraba y leía las Escrituras, alentando y fortaleciendo a muchos con sus palabras, y les exhortaba a que estuvieran firmes en la verdad de sus creencias sin temer a los perseguidores” (*Martyrdom of Habib the Deacon* [Martirio del Diácono Habib], en ANF, 1:85). Murió como Esteban, martirizado por sus obras.

Además, llevaban a cabo tareas de tipo administrativo, bajo la dirección de los obispos; se reunían con ellos diariamente

para recoger las instrucciones de trabajo. Mantenían el orden en la iglesia, cuidaban del altar y sus utensilios, llevaban mensajes a los obispos y administraban los fondos de la congregación en calidad de agentes ejecutivos de ellos. (*Dix, p. 60; Connolly, p. 120, Apostolic Constitution* [Constitución Apostólica], *ANF*). Se mantenían en estrecho contacto con la iglesia e informaban al obispo de cualquier miembro que estuviera por caer en pecado dándole oportunidad a éste de ayudarlo a tiempo. En este sentido el diácono participaba en el trabajo pastoral y la disciplina preventiva con su papel administrativo (*Pseudo Clement, Epistle to James* [Epístola de Santiago], *ANF*).

Fabiano, Obispo de Roma (236-250, d.C.) organizó el ministerio diaconal y administrativo dividiendo la ciudad en siete distritos y asignándole uno a cada diácono; también eligió siete subdiáconos para que les sirvieran como asistentes y en cualquier caso los sucedieran. Así se garantizaba la continuación de la administración. (Esta práctica de elegir subdiáconos se mantuvo en el Occidente en los años 200 y en el Oriente por los 300 debido en parte a que los diáconos necesitaban ayuda, y por otro lado a la interpretación que daban al pasaje de Hechos 6 como un número limitado a siete.)

Los diáconos se empleaban también como maestros; no solamente predicaban ocasionalmente sino que ayudaban al obispo en el entrenamiento de los nuevos convertidos. Agustín envió ánimo e instrucción a Deogracias, un diácono de la ciudad de Cartago que se ocupaba en esto (*Antiquities of the Christian Church* [Antigüedades de la iglesia cristiana], Vol. 3). Una de las causas para involucrar al diaconado en la enseñanza fue el gran flujo de personas que entraron a la iglesia a la subida al trono del primer emperador cristiano, Constantino (306-337).

Por último, los diáconos tuvieron importantes responsabilidades en la adoración. Muchos escritos antiguos les

conceden el derecho a bautizar; pero podían hacerlo con dos regulaciones. Tenían que poseer la autorización del obispo y el mismo, o algún anciano, hallarse presente en el acto. Normalmente los diáconos no bautizaban porque tal función pertenecía a los ancianos o presbíteros. (La palabra presbítero proviene de la griega *presbuteros*, que significa “anciano”, envuelto en la tradición católica en relación con el sacerdote y ocupaba una posición intermedia de autoridad, debajo del obispo y sobre el diácono. (Tertuliano, *On Baptism* [Sobre el bautismo])).

También ayudaban en la Cena del Señor y llevaban el pan y el vino a los creyentes que hubieran estado ausentes. Durante el tercer siglo, para que todos los presentes pudieran participar de la Cena, los diáconos le preguntaban a la congregación: “¿Hay alguien aquí que tenga algo contra otro?” Es lo primero que la literatura cristiana recoge que los diáconos pregunten en la iglesia. Durante la ceremonia los diáconos oraban públicamente, leían los Evangelios, llamaban a decir la Oración Modelo y concluían el servicio despidiéndolos en paz.

En cuanto a la ordenación, el detalle más antiguo se halla en los escritos del siglo tercero. Es curioso que solamente un obispo podía imponerle las manos porque “no es ordenado para el sacerdocio sino para el servicio del obispo” (Justino, *First Apology* [Primera Apología], ANF)

Se espera que los diáconos vivan puramente y sin mancha delante de Dios y sean imitadores de Cristo colocando sus vidas por sus hermanos, en el ministerio. Debido a sus grandes ejemplos, los diáconos han llegado a alcanzar mucho prestigio. Cierta escritor del segundo siglo llamaba al pueblo a honrar a sus diáconos porque habían sido “señalados por Jesucristo” y “una institución de Dios”. De igual manera la historia también narra cómo podían ser severamente disciplinados si abandonaban la santidad de vida o eran desobedientes a sus obispos; por ejemplo, leemos que podían ser

depuestos si se negaban a realizar cualquier parte del trabajo que se les diera. (Ignacio, *Epístolas a los...ANF*).

En cuanto a las mujeres, hubo diaconisas, aunque el origen de tal costumbre no se sabe. La información más tardía que poseemos de eso se halla en la literatura del tercer siglo que describe los deberes de ellas en detalle. Se usaban para ministrar principalmente a las otras mujeres y en cambio los diáconos a los hombres. Ayudaban a las mujeres recién convertidas enseñándolas a vivir pura y santamente y cuando iban a bautizarse. Del mismo modo las bañaban después que pasaban alguna enfermedad (Connolly, pp. 146-148).

Las diaconisas se originaron primeramente en las iglesias orientales debido a la posición de reclusión que la mujer tenía, que hacía necesario un ministerio especial para ellas. No aparecen en las iglesias de Occidente hasta el quinto siglo y en Roma hasta el octavo. Su número dependía del crecimiento de la congregación. Fueron escogidas aparentemente de dentro de las viudas que ya estaban sirviendo a las mujeres en la congregación (1 Tim.5.3-16). Tuvieron un papel menos importante en la adoración que los diáconos y no podían aspirar como ellos a un oficio más elevado (Davies, pp. 3-6).

En cuanto a la ordenación es evidente que no se practicó durante los tres primeros siglos. El origen de tal práctica se desconoce aunque se asegura que tuvo lugar dentro de las iglesias del Oriente; nunca en Occidente. Existe un escrito sobre el procedimiento: después de un previo y cuidadoso examen, el obispo le imponía las manos en presencia del presbiterio, de los diáconos y otras diaconisas; luego acababa el servicio con una oración.

II. En la edad media

Comparando el rol de los diáconos en este período (500-1500), con el que tuvo en los primeros siglos, sufrió una declinación. Varios factores durante los precedentes siglos cuarto y quinto contribuyeron a eso. Una mirada a lo que pasó

en esos dos siglos es necesario para comprender la situación que determinó el modelo que tuvo el diaconado medioevo.

Un factor importante en la iglesia Oriental fue el incremento de sus funciones en el aspecto litúrgico (adoración). Este énfasis resultó en una declinación de su principal función de caridad y servicio. Otra causa en esa región del mundo fue el crecido número de diáconos. Cuando la iglesia creció se requirió un mayor número de ellos para atender la liturgia: perdiendo el alto privilegio que tenían en su relación con el obispo cuando sólo eran siete. De este modo muchos de ellos aparecen en todas partes de las diócesis como ayudantes de los presbíteros (ancianos o pastores) (Le Gillet, *Deacons in the Orthodox East*).

Pero la razón básica para su declinación en Occidente, en el siglo cuarto, fue el surgimiento de un nuevo punto de vista sobre su ministerio como *cursus honorum* (curso de honor). Una idea que probablemente imita el *cursus honorum* de la política romana para los siervos civiles en el sistema impuesto por Constantino en su cristianizado imperio. El tal curso implicaba una sucesión de pasos que se iban tomando para pasar a la posición superior: así de ese modo ya el diaconado dejaba de ser la consagración completa de una vida al servicio, sino más bien un peldaño en la escalera para alcanzar nuevos ascensos. Incluso la oración de ordenación incluía que el diácono llegara a ser digno de ser promovido a un rango más elevado (George Williams, *The Ministry in the Later Patristic Period, Apostolic Constitution, ANF*, pp. 314-451).

El resultado de esta burocracia resultó en un cambio que tuvo por cientos de años sus efectos negativos. El diaconado en lugar de permanecer en su principal función de servicio cristiano a la iglesia, se transformó en el primer paso para ir aspirando al sacerdocio. Aunque las órdenes en la iglesia como diáconos, presbíteros, obispos, no fueron tenidas anteriormente como funciones en lugar de oficios, sin que una fuera más importante que la otra, el crecimiento contribuyó a

la aparición de niveles y la subordinación de la función al oficio, posición y privilegio. (J.G. Davies, *The Early Christian Church*, pp. 176-177).

La aparición de la "jerarquía" terminó colocando a los diáconos por debajo de los presbíteros e inferiores a ellos. De este modo se destruyó el principio de la iglesia como "un organismo," en el cual el ministerio de cada congregación era tenido como un servicio total en el que cada parte ocupaba su lugar inalterable y poseía una esencial y distintiva función. Además, dejó instituido el diaconado como una carrera eclesiástica e hizo distinción profesional entre el laicado y el clero (Dix, pp. 284-285).

Hay otro factor que también condujo a la declinación de los diáconos en Occidente. Mientras la multiplicación de diáconos en el Este contribuía en su perjuicio, la restricción a siete en lugares como en Roma era también un problema.

Dado que en esta ciudad los diáconos eran reducidos a siete y los presbíteros habían alcanzado tanta autoridad eclesiástica, durante el siglo cuarto el diaconado se convirtió en una lucha contra los otros más numerosos y mejores pagados. Debido a esto los concilios, compuestos por representantes de las iglesias, comenzaron a restringir el papel y estado de los diáconos. Para ilustrar esto, leemos que en el Concilio de Nicea (325 d.C), se tomó la resolución de poner fin a la práctica de que los diáconos sirvieran la cena a los presbíteros, prohibiéndoles incluso que se sentaran junto a ellos porque eran inferiores. (Concilio de Nicea, Canon 18, NPNF).

En cuanto a las diaconisas, también ellas declinaron en ambos sectores de la cristiandad. Como había una estrecha relación con los diáconos, cuando estos declinaron, ellas también. El sistema jerárquico de Occidente también contribuyó porque como mujeres no podían aspirar al sacerdocio. La introducción del bautismo infantil en lugar del bautismo por inmersión de creyentes, restó importancia a las diaconisas que venían asistiendo en el bautismo a las recién convertidas.

Y por último, la aparición del claustro en muchas comunidades, hizo que quedaran fuera mujeres que sintieran algún llamamiento. (D.S. Shaff, *Deaconess*).

Después del siglo cuarto y del quinto hasta la Edad Media el papel del diácono en la iglesia disminuyó severamente y su ocupación principal vino a ser más y más litúrgica. Un factor importante en este cambio fue el surgimiento de las órdenes monásticas que comenzaron a ocuparse de las prácticas de caridad y servicios que antes hacían los diáconos. La *diakonía* (ministerio de servicio social) fue administrada por cardenales que se hallaban en las órdenes diaconales, en cada uno de los siete distritos eclesiásticos de Roma. Esta fue “la última expresión del diaconado en su antigua forma” según pasaba la Edad Media y se separaba la función de *diakonía* de su intrínseca relación con el diaconado. (Edward R. Hardy, *Diáconos en la Historia y la Práctica, El Diaconado ahora.*) Según pasaban los siglos el diaconado aumentaba su papel eclesiástico y su tendencia a convertirse en candidatos para el sacerdocio. Ninguno era ordenado al diaconado a menos que aspirara a convertirse en un sacerdote. Así yendo las cosas no era extraño que un diácono cardenal aspirase a ser Papa. Un ejemplo fue el Papa Inocencio III que tomó el oficio en 1198 y administró los asuntos de la iglesia por varias semanas como diácono hasta su final ordenación y consagración.

Los archidiaconos (diáconos principales) frecuentemente actuaban como jueces de paz y representantes legales del obispo; por este camino el archidiaconado se convirtió en un puesto político que condujo no pocas veces a corrupción. Geoffrey Chaucer, un poeta inglés del siglo XIV describe a ciertos archidiaconos como aquellos que entre otras cosas “obligan a pagar ilegales impuestos a los sacerdotes” y “permiten que los clérigos vivan en pecado por razón del dinero que recolectan de ellos” (G.G. Coulton, *A Medieval Garner*).

III. El período de la Reforma

Junto a la Reforma Protestante a principio del siglo XVI, comenzó a aparecer un nuevo concepto de las funciones del diácono; quienes “no hallaban mucha similitud entre los diáconos ceremoniales y políticos de su siglo y los hallados en el Nuevo Testamento” y vigorosamente trabajaron para recobrar el modelo antiguo. En cuanto a las diaconisas como trabajadoras sociales de la iglesia, les dedicaron poca atención; aunque se puede hallar dispersa alguna referencia en la literatura de ellos. (Schaff, p. 375). En relación con el avance del diaconado hacia el sacerdocio y su énfasis litúrgico, se alejaron totalmente. Martín Lutero mismo dijo que “el diaconado es un ministerio, no la lectura del Evangelio o las epístolas como es la presente práctica, sino la distribución de la ayuda de la iglesia para los pobres”. De ese modo restableció la crucial unión bíblica entre diáconos y *diakonía* (servicio) y fue más lejos viéndola como una parte vital del laicado antes que una orden sacerdotal.

De la misma opinión que Lutero fue otro líder de la Reforma, Juan Calvino, que vio el origen del diaconado en Hechos 6 y dijo que “La Escritura especialmente nombra como diáconos a aquellos que la iglesia ha designado especialmente para la distribución de las limosnas, cuidar de los pobres y la mayordomía de los fondos comunes para ellos”; luego añadió: “Aquí, entonces, hallamos la clase de diáconos que la iglesia tuvo, y el cual nosotros, siguiendo su ejemplo, tendremos”. Estas ideas calvinistas recibieron concreta aplicación en Ginebra, Suiza, donde hubo dos grupos de diáconos, uno distribuía las limosnas, los otros se ocupaban de los enfermos.

Los anabaptistas continentales, que algunas veces se conocen como el ala radical de la Reforma por su énfasis en el bautismo de creyentes, y los separatistas ingleses, que creían que la verdadera reforma solamente podía tener lugar con una completa separación de la iglesia de Inglaterra (Anglicana),

sirvieron como antecedentes para la aparición de los diáconos bautistas (y de otras denominaciones posteriormente) en el siglo XVII.

Los diáconos formaron parte definitiva de la vida de los anabaptistas. Jan Pauw sufrió el martirio en Amsterdam, Holanda, el 6 de Marzo de 1535 y fue claramente conocido como diácono. Alrededor de 1537, Ulrich Stadler, de los huteritas que establecieron sus colonias en Moravia y Transilvania defendieron el derecho de los diáconos a administrar disciplina. En 1580 la confesión de fe de los anabaptistas alemanes implicó que los diáconos formaban parte vital de la vida de la iglesia. Se puede estar seguro que “el primitivo movimiento anabaptista–menonita universalmente estableció el diaconado como un importante oficio ordenado”.

Henry Barrow, líder del movimiento separatista inglés entre 1585 y 1593, tuvo muchas cosas que decir en relación con los diáconos. En 1589 describió sus deberes como principalmente recolectando bienes de los miembros de la iglesia para repartirlos entre los santos con más necesidad. También exhortó a los demás diáconos a hacer propia provisión para los otros oficiales de la iglesia. Barrow atacó lo que él consideraba que era un mal uso de la posición de diácono. Observando que el obispo de Winchester sostenía que los diáconos eran oficiales gobernantes de la iglesia, dijo que este no era el privilegio de ellos en el Nuevo Testamento, sino que consistía en recoger las donaciones y distribuir las (Lealand H. Carlson, *The Writings of Henry Barrow*).

John Smyth, pastor de la congregación separatista de Gainsborough, Inglaterra, debe también ser considerado con seriedad en relación con este punto de vista sobre los diáconos desde 1608-1609, dado que fue el fundador y líder de la primera congregación bautista en la historia. Como separatista, Smyth escribió en 1607 que los diáconos bien podían ser hombres como mujeres. El principal deber de las hermanas era mirar que “ninguno de los santos carezca de lo

necesario y haya debida provisión para las cosas santas y las personas”. El principal deber de las diaconisas o viudas, las cuales él clasifica juntas, era “visitar y aliviar a las viudas, a los huérfanos, a los enfermos, a los cojos, ciegos, inválidos, mujeres con niños y miembros que murieran.” Smyth también dijo que los diáconos debían distribuir del tesoro de la iglesia para los huérfanos, las viudas, los pobres y otros.

Como resultado del énfasis que sobre los diáconos dio la Reforma vinieron a formar parte importante de muchas denominaciones cristianas: luteranos, reformados (incluyendo los presbiterianos), menonitas, anglicanos, congregacionalistas, bautistas y otros. La razón fue la amplia afirmación del valor y la centralidad de los diáconos en el Nuevo Testamento.

Conclusión

Dos aspectos que contrastan entre sí caracterizaron a la iglesia primitiva con la de la Edad Media. En la primera los diáconos se hallaban envueltos en un ministerio práctico de servicio cristiano, entre tanto que en el período de la Edad Media fueron aislados exclusivamente para la adoración. Los diáconos en la primera centuria ejercieron un importante papel en la visitación caritativa, actividades de benevolencia, administración, enseñanza, predicación, evangelismo, adoración, consejería, vida ejemplar y otros ministerios. El apartamiento de estas múltiples ocupaciones y ministerios hacia una estrecha función litúrgica contribuyó a su decadencia que duró hasta los tiempos de la Reforma, para que de nuevo fueran recobrados los ideales y prácticas del diaconado.

Segundo, aunque los diáconos en la iglesia primitiva interpretaban su función básicamente en relación con el servicio, los de la Edad Media abandonaron ese ministerio de *diakonía* en favor de un escalamiento en la política de una burocracia clerical. El estado y la posición adquirió más valor que la función; los conceptos del Nuevo Testamento fueron abandonados trayendo como resultado cientos de años de enfermedad del diaconado.

Los reformadores impugnaron el deseo excesivo de los diáconos de buscar promociones dentro de la estructura eclesíástica y los regresaron a trabajar en una gran variedad de servicios y ministerios. Como una corrección necesaria hicieron claro que la enseñanza del Nuevo Testamento establece el diaconado como un oficio legítimo.

Si leyeras el texto referente a las cualidades que deben tener los diáconos, 1 Timoteo 3.8-13, y comparas con el texto inmediatamente anterior notarás *la posición que tiene*; seguido inmediatamente a los requisitos para obispos. ¿No te has preguntado por qué? Unos contestan que es porque ambos, obispos y diáconos, son los dos “oficiales” únicos de la iglesia. Puede que haya razón en eso, pero es por algo más, porque el ministerio de caridad y misericordia ocupó en la iglesia primitiva, la más temprana, un lugar muy importante junto a la predicación de la Palabra; emerge junto a ella para ayudarla, para darle consagración, para complementarla. Pero lo curioso es que además de ser una necesidad básica *del obispado*, también lo es *de la iglesia*; porque por *necesidad* de ella, el apostolado lo inaugura.

Como ya has visto, los diáconos fueron los excelentes *servidores* de los obispos y de la congregación. Además, hay algo que es conmovedoramente indiscutible en el cristianismo: *es una religión de servicio*; el Fundador de ella dijo: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir” (Mr. 10.45), y también: “Porque ¿cuál es el mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? *Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve*” (Lc. 22.27). No sólo hizo la afirmación sino que vivió lo que predicó porque *anduvo haciendo bienes* (Hech. 10.38). Dirigió sus enseñanzas principalmente a los pobres, como se dice: “*A los pobres es anunciado el evangelio*” (Mt. 11.5). Y estos mismos pasos siguieron sus apóstoles y la iglesia en general. Los siete diáconos fueron elegidos no para inaugurar

un ministerio, sino para organizarse de modo efectivo sobre uno que ya existía.

La iglesia cristiana debe estar bien envuelta en el servicio al mundo y a sus propios hijos. Cuando uno lee los primeros capítulos de la primera Historia Eclesiástica que se escribió, Los Hechos de los Apóstoles, se da cuenta que es una iglesia efervescentemente servidora donde todos tratan de imitar al Señor entregándolo todo por los demás, de modo que *“no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían y traían el precio de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad”* (Hech. 4.32-37).

Si observas en medio del texto anterior se menciona el tema preferencial de predicación en esos momentos: **la resurrección del Señor Jesús** (v. 33). El tesoro de aquellos hermanos no estaba en la tierra “donde ladrones minan y hurtan” sino en el cielo, estimaban como de más valor “el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios”. Los apóstoles hablaban mucho sobre la esperanza celestial y los hermanos aprendían que la vida eterna *no consiste en la abundancia de los bienes que se poseen*; y procuraban hacerse ricos “en fe y en buenas obras”. No que los predicadores exigieran que se hicieran esas ventas porque si lees un poco más adelante, donde se cuenta lo que hicieron Ananías y Safira, hallarás que Pedro les dice: “Reteniéndola, ¿no se te quedaba a tí? Y vendida, ¿no estaba en tu poder?” (5.4). En todo ese generoso movimiento existía un principio de voluntariedad. No se coercía a nadie. Pero la iglesia era muy generosa; no predicaba que si aceptaban a Cristo recibirían casas, propiedades, herencias, empleos, etc. No. Anunciaban la resurrección y ya todo lo de acá abajo no tenía tanto valor como para los que no tienen esperanza. Todo el mundo estaba envuelto en la predicación y en el servicio.

¿Recuerdas por qué Judas propuso que el dinero del perfume fuera *vendido por trescientos denarios y dado a los*

pobres (Jn. 12.5)? Es que eso era algo cotidiano que Jesús y sus discípulos practicaban. El dinero que entraba a la bolsa se usaba para el sostenimiento de ellos mismos y para los necesitados. Jesús hizo un par de milagros para alimentar a los pobres, pero la práctica fue *comprar pan* (Mr. 6.37), para ellos mismos (Jn. 4.8), “pues los discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer” y para los necesitados (Jn. 13.29), “algunos pensaban que Jesús les decía: Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diese algo a los pobres”. Cuando terminó de alimentar a los cinco mil ordenó que recogieran los sobrantes (Mt. 14.20), “doce cestas llenas”. ¿Para qué? ¿Para comenzar un museo de reliquias? No. Para no tener que hacer otro milagro, dando un ejemplo de preocupación y economía.

Hemos visto que ese ministerio de servicio ha sido descuidado y hasta abandonado y los que están puestos para servir a los demás prefieren que les sirvan y los que quieren ser grandes, lo pretenden como en las naciones, mandando, no “diaconando”. Otras veces el contenido de la bolsa se vacía preferentemente en cuestiones menos importantes que la predicación y ayudar a los necesitados.

El ministerio del diácono y la elección de los obispos

Ya has comenzado a probar la Biblia como el mejor manual para el diaconado. ¿No es cierto que la pasaste bien con el estudio anterior? Quizás hallaste que el curso se te presentó como Pablo a los romanos, *con la abundancia... del evangelio*. Dios quiera que lo examines todo y *retengas lo bueno*. Ahora te adentras en otro interesante estudio y te llenarás de jugosos resultados; verás que la Palabra de Dios fluye leche y miel.

MISIÓN DEL DIACONADO VISTA POR UN REFORMADOR

Juan Calvino, en su *Institución de la Religión Cristiana*, libro IV capítulo IV, dice sobre "Uso y administración de los bienes de la iglesia": "De aquí es fácil hacerse una idea acerca del uso de los bienes eclesiásticos y cómo eran dispensados. Muchas veces dicen, tanto los cánones, como los doctores antiguos, que todo cuanto la iglesia tenía en posesiones, o en dinero, era patrimonio de los pobres. En consecuencia, se repite frecuentemente a los obispos y diáconos, que las riquezas que ellos manejan no son suyas, sino destinadas a las necesidades de los pobres; y que son dignos de muerte si las

disipan indebidamente, o las retienen para ellos. Y son amonestados para que distribuyan lo que se les ha encomendado, a aquellos para quienes es, sin ninguna acepción de personas, con temor y reverencia, como ante el acatamiento de Dios. De aquí las públicas protestas de Crisóstomo, Ambrosio, Agustín y los demás, atestiguando ante el pueblo su integridad. Y como quiera que es justo y está ordenado por la Ley de Dios que los que se emplean en el servicio de la iglesia sean alimentados de los bienes comunes; y como en aquel tiempo había muchos presbíteros, que ofrecían a Dios sus patrimonios, haciéndose voluntariamente pobres, la distribución se verificaba de tal manera que se proveía a los ministros y se tenía en cuenta a los pobres. Sin embargo se ponía mucho cuidado que los ministros que deben servir a los demás como ejemplo de sobriedad y templanza, no tuviesen salarios excesivos de los cuales pudieran abusar para lujos y delicadezas: sino que simplemente proveyesen para sus necesidades. Por esta razón dice Jerónimo: “Los clérigos que pueden mantenerse con su patrimonio, si toman los bienes de los pobres, cometen un sacrilegio y comen y beben su condenación”.

En cuanto a la regulación de los bienes de la iglesia dice: “Al principio la distribución era libre y voluntaria, porque se podían fiar perfectamente de la buena conciencia de los obispos y diáconos, ya que su integridad era para ellos ley. Después, con el correr del tiempo la avaricia de algunos y la mala dispensación de lo cual nacían graves escándalos, fueron la causa de que se promulgasen ciertos cánones que distribuían la renta de la iglesia en cuatro partes.”

- 1) La primera para los ministros
- 2) La segunda para los pobres
- 3) Para reparación de las iglesias y cosas similares
- 4) Para los extranjeros y pobres accidentales

No se opone a esta división el que otros cánones apliquen al obispo la última parte, pues no querían decir que tal parte

fuese propiedad del obispo, para que él la consumiese o gastase a su gusto, sino para que pudiera mostrarse liberal y dar hospitalidad a los huéspedes como lo manda Pablo (1 Tim. 3.2). Así lo interpretan Gelasio y Gregorio que no dan otra razón para que el obispo pueda tomar algo sino para que “pueda socorrer con largueza a los extranjeros y los presos”.

El diaconado y la evangelización

Así funcionaban las iglesias por siglos; mientras el clero no se corrompió con el poder y las riquezas, y los diáconos ocuparon su función de ayudadores para los ancianos, viudas y empobrecidos. Ya has visto cómo el ministerio diaconal o de compasión está en la misma esencia de la iglesia; cuando se constituían, el ministerio de compasión tenía que ocupar una posición financiera similar al de la predicación de la Palabra. Pero desde muy temprano hubo necesidad de que algunos hermanos fueran seleccionados para desarrollar oficialmente ese ministerio. De ese relato la historia escrita por Lucas nos dice lo siguiente: “En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria” (Hech. 6.1).

Nota que los diáconos aparecen en la historia de una iglesia *creciente* porque el número de los discípulos creció; si hubieran sido menos, unos pocos, o la iglesia hubiera estado estancada, con las pocas viudas que habría no hubiera sido ningún problema que alguna se quedara sin comer; pero como el evangelismo que ellos estaban practicando daba muy benedecidos resultados hubo necesidad de crear un ministerio paralelo al de la predicación: el diaconado.

Enseguida se hacen *listas* de viudas que *en verdad lo son* (1 Tim. 5.16). Las familias de la iglesia comenzaron a aumentar, diez, cincuenta, cien, muchos miles y al entrar a la obediencia de la fe traían su situación económica y social. No existía ayuda por parte del gobierno que las socorriera y por ser cristianas tampoco recibían alguna de los fariseos y del

tesoro del templo. El diaconado fue una necesidad que el evangelismo exitoso creó. Se hacían muchas visitas casa por casa (“Y todos los días, en el templo y por las casas no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo,” Hech. 5.42) y *los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres*” (Hech. 4.14).

No fue que ellos abrieran centros de ayuda para los pobres y por mediación de ese ministerio el número de discípulos creciera. Si eso pudo haber tenido algún resultado no fue el camino que la iglesia usó para crecer sino aquel que se señaló, *la locura de la predicación*. Ni siquiera estuvo en el pensamiento de ellos usar ese estilo de expansión misionera, al contrario, la provisión de panes estaba siendo relegada por ellos mismos a un nivel que no era conveniente ni cristiano. La iglesia no sirvió sus mesas y le dijo al mundo: “Vengan por el pan y mientras os saciáis os predicaré a Cristo”. No, los nuevos “creyentes” habrían venido con motivaciones deformadas, muy lejos de estar huyendo de “la ira venidera”. A nadie se le ocurría hacerse cristiano para que lo socorrieran porque ella no se hacía propaganda en ese sentido.

Si observas verás que *no fueron las viudas* las que comenzaron con la murmuración sino los hermanos; ellas no dijeron nada, no protestaron, no fueron a quejarse a alguna reunión, sino que pasivamente sufrían mansamente sus privaciones. Eso quiere decir que no estaban en la iglesia para que les dieran algo. Pero como en esos preciosos momentos el ojo de todos buscaba a quién poder servir, ciertos hermanos comenzaron a quejarse en nombre de ellas. La iglesia sabía desde el judaísmo y por el ejemplo mismo del Señor, que a los pobres había que atenderlos y por eso sin que podamos fechar el momento se empezó un ministerio de compasión *diario*, pues se habla de “**la distribución diaria**”. Los hermanos ponían “cada primer día de la semana” aparte algo, seguro que en la iglesia o “a los pies de los apóstoles” y de esa forma el Lunes,

el Martes, todos los otros días los pobres ya tendrían algo para comer (1 Cor. 16.1).

Un eslabón de unión

No escogieron el mejor camino para resolver el problema porque usaron la murmuración en vez de ir a los apóstoles y plantear la situación. ¿Por qué emplearon la crítica? Es muy difícil saberlo, pero conocemos que generalmente la gente lo que hace es eso, antes de resolver un problema primero se queja y suele chismear un poco al respecto hasta que con algo de amargura es planteado públicamente. Sin embargo supongo que haya habido prejuicios, ellos eran judíos, pero no hebreos sino griegos, hablaban ese idioma y nacieron fuera de Palestina quizás con menos ortodoxia religiosa que los capitalinos. De cierto modo se sentirían algo débiles y extranjeros y por lo tanto con algún miedo para plantear el problema. Si hubiera existido un "ministerio familiar" ya establecido, los hermanos a cargo de ello lo hubieran sabido a tiempo y las quejas no crecer tanto hasta que llegaran a oídos apostólicos.

Los diáconos solucionaron la cuestión, atribuyendo justicia a las necesidades y por ende, por estar en contacto con los empobrecidos de la iglesia podían escuchar sus quejas y dar las convenientes explicaciones. No hubo división y los hebreos y los griegos continuaron juntos, y si posteriormente de nuevo las razas amenazaron con separarse y persistieron algunas paredes de división, se debía más bien a cuestiones teológicas o doctrinales. ¡Quién puede hacer tanto para mantener la iglesia unida como un diácono!

Inconscientemente los diáconos se involucraron en *un trabajo pastoral auxiliar*, y aquellos quejosos, como las hermanas necesitadas, recibieron un contacto sano, mediador entre ellas y los ministros, y por el momento la reputación de estos que estaba siendo socavada fue protegida y pudieron continuar con el ministerio de la oración y la predicación sin preocupaciones por las críticas de sus hermanos. Los

diáconos tranquilizaron la situación y fueron un catalizador, calmaron los ánimos, sanaron las heridas y todos quedaron conformes de cómo se había arreglado la cuestión.

No fueron nombrados específicamente como auxiliares pastorales, el nombramiento no consistió en hallar siete “subapóstoles o subpresbíteros”, no, simplemente diáconos y por la naturaleza misma de su trabajo, por las circunstancias en que este lo coloca, le permite extender espiritualmente su influencia cristiana sobre aquellos con los cuales obligadamente entra en contacto. Pronto veremos la necesidad de que los diáconos sean personas espiritualmente sanas. Los buenos apóstoles entendían lo que estaban compartiendo con ellos, la atención de la iglesia. La confianza que estaban depositando era una herramienta que si bien podían usarla para hacer bien, la misma les permitiría igualmente hacer mucho mal. Esas características de servicio espiritual y humano, *sin ser apóstoles*, dentro del diaconado, las veremos desarrolladas posteriormente en la historia del poderoso movimiento espiritual que tuvo su origen con el Maestro y sus Doce.

Así que, los diáconos no inauguran el servicio a los pobres, ya eso se hacía, lo que hacen es *mejorarlo*, la iglesia por medio de ellos perfecciona su ministerio. Eso tienes que llevarlo en tu corazón, tu cargo es un modo de perfeccionar el servicio a la iglesia y se comprenderá por qué si lo haces bien ganarás un “grado honroso” y por qué históricamente se disciplinaba al diácono que se negaba a ejecutar su servicio o lo realizaba negligentemente. El testimonio de la iglesia en esta rama peligró, se frustra la congregación y se siente traicionada su confianza; si un hermano elegido para esa función no la desempeña bien. Son un eslabón que une al ministerio de la palabra por un lado y la congregación por el otro.

Misión y servicio de grandes vidas

Como ya he dicho, los diáconos no vinieron para auxiliar a la predicación ni como copastores oficiales, puesto que los dos campos, el de las mesas y el de “**la palabra de Dios**”

(6.2), en el versículo siguiente, echan por tierra cualquier intento de convertir a los diáconos en subpastores oficiales de la iglesia. Hay un ministerio espiritual que pueden desarrollar en calidad de *estupendos cristianos*, pero no fueron nombrados ni por el Espíritu Santo ni por la iglesia para pastorearla. Convertir a un diácono en pastor, confiarle totalmente el cuidado pastoral de un grupo de familias, sin haber estudiado ni sido llamado para eso, es obrar sin un sentido bíblico de llamamiento y traspasar la gloria de Dios, “Icabod”, de un sitio para otro. Si un diácono era llamado a ser evangelista, profeta, maestro, obispo, eso es potestad del Espíritu, pero no porque fuera diácono ya es todo eso. No. Era diácono, como diácono, un gran cristiano con cualidades que bien usadas podían ayudar mucho pastoralmente a la iglesia. Los que hemos estado en el ministerio de la Palabra por muchos años sabemos que a veces se le pide a la iglesia en general que “exhorte, anime, reprenda”, cosas que especialmente corresponden a un pastor, sin embargo en cierta medida todos, como buenos cristianos, la base misma de cualquier ministerio vocacional, podemos hacerlo. No es ministerio de los apóstoles abandonar su predicación para trabajar en obras caritativas, ni es ministerio diaconal dejar su servicio a los pobres para presentarse de casa en casa como un pastor, como si tuviera un llamamiento celestial para esa atribución.

Puede que haya llegado a existir una inclinación muy fuerte de parte del clérigo para incluir más al laicado en labores espirituales, para resolver por traspaso, el grave problema de que una directiva de diáconos haya tomado posesión del gobierno de la iglesia; sin ser ellos ancianos ni apóstoles. Y puede que sea el producto de una época apagada espiritualmente cuando los ministros trabajan sin celo vocacional; y ellos mismos no ven sus vocaciones como un alto privilegio no concedido a todos por igual. No están autorizados a repartir llamamientos como si fuera cosa común para distribuir.

En aquella gran época en que emergieron los primeros diáconos los queridos apóstoles alegaron que para ellos no era “**justo**” que dejaran de predicar algún sermón para llevar comida a las hermanas hambrientas. Pero algo muy notable es que la palabra que utilizaron, “*arestón*”, se usa también en Hechos 12.3, Juan 8.29 y 1 Juan 3.22 y siempre es traducida *agradar*. Lo que quisieron decir fue: “No nos gusta dejar la predicación para ser diáconos, eso no nos agrada ni a nosotros ni a Dios”. Si hubiera sido lo mismo ser predicador que ser diácono ellos no hubieran sentido algún escrúpulo vocacional, pero lo sintieron. A los ojos de los predicadores ambas cosas eran distintas, no consideraban la función de un diácono como la de un predicador o un pastor de ovejas. Y colocar a los diáconos en definidas funciones pastorales. ¿agrada eso al presbiterio? ¿Se sienten bien al compartir con ellos esa responsabilidad? ¿Se los ha pedido Dios? Desde un principio los diáconos ayudaban a los hermanos porque poseían *grandes vidas cristianas*, pero siempre eran supervisados por su obispo e informaban a él de cómo estaban las cosas, facilitaban el trabajo del siervo espiritual de Dios más que sustituirlo; hacían más expedito el camino para la influencia espiritual del pastor dentro de las familias de la iglesia sin desalojarla para establecer la de ellos mismos.

Si la iglesia era grande, tenía más de un presbítero que se ocupara de esos negocios como uno lo puede leer en 1 Timoteo 5.17, donde se menciona el plural para indicar que en Éfeso había más de uno: “**los ancianos que gobiernan bien... los que trabajan en predicar y enseñar**”. Incluso, si había ancianos cuya responsabilidad específica no era ser predicador ni maestro, ¿qué sería sino consejeros y ayudadores en otros muchos sentidos? En aquellos días de mucho avivamiento los predicadores sentían haber sido llamados por Dios para “pastorear la iglesia” la cual Cristo compró con su sangre; y según ha ido desapareciendo de la mente de ellos el

concepto de “llamamiento”, la secularización de la congregación ha ido agrandándose.

Elección de hermanos con una misión

La proposición de escoger diáconos parte de los apóstoles por las razones ya mencionadas, pero ellos no los escogieron sino la iglesia, “**convocaron a la multitud de los discípulos**” (v. 2); y más adelante dice: “**buscad hermanos de entre vosotros**” (v. 3). Los apóstoles ofrecieron la solución y la iglesia la aplicó. Buscarían hermanos idóneos; los doce pudieron haberlos escogido pero no lo hicieron, dejaron la selección de los candidatos en manos de la iglesia. Eso indica algunas cosas, primero, que dado el alto nivel espiritual que tenían los discípulos bien escogerían a las personas adecuadas de las cuales consideraran que tenían habilidades para desempeñar el trabajo. La congregación se conoce mejor a sí misma que los apóstoles que por su función están obrando en un área un poco más retirada. Cómo lo hicieron no se dice, posiblemente por votación; solamente que luego los trajeron para conocimiento y aprobación de los apóstoles, “**a los cuales presentaron ante los apóstoles**” (v. 6).

En esto aprendemos que la iglesia es la que tiene que elegir sus diáconos, pedirlos al pastor cuando nota que ella y el ministerio los necesitan; sin embargo la selección no debe hacerse sin que el siervo de Dios los contemple y les dé el visto bueno. Quizás, pudiera ser, que él objetara alguno. En este caso no pasó, pero pudiera pasar. Tal vez haya algún buen hermano pero que haya tenido o tenga cierta incomprensión con algún apóstol, ¿cómo va a trabajar para él, en coordinación con su ministerio si no se llevan bien? ¿Cómo *andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo*? En eso la iglesia tiene que ser muy sabia, no colocar como colaborador del ministerio a ningún hermano que no tenga una clara identificación con el ministerio de la Palabra, que en el futuro vaya a ser un estorbo espiritual y constante obstáculo, un agujijón en el costado del púlpito. La iglesia tiene que tener eso en cuenta,

no sólo está eligiendo a un servidor de las mesas sino a un *colaborador del pastor*. Como dice Albert Barnes: “Aunque los diáconos habían sido previamente designados por la iglesia ellos fueron traídos frente a los apóstoles para indicar que derivaban su autoridad de ellos”. El pastor tiene que dar su bendición al diaconado, la autoridad que los diáconos poseen no se las ha dado la elección de la iglesia sino la bendición pastoral. Esto permite, dado el caso que alguno se degenera como se dice que pasó con Nicolás, y alegue que ha sido designado por la iglesia para esa función, permite que el ministro decida prescindir de sus trabajos y pida a la asamblea de creyentes que elijan a otro en lugar suyo. No es el voto de la iglesia lo que lo perpetúa en su trabajo sino la aprobación espiritual del ministerio de la Palabra. No veo algún peligro en eso si el ministro habiendo considerado los hechos y las incomodidades que el susodicho hermano presenta, lo lleva a la congregación y le pide, por favor, que le coloque un nuevo sustituto que sea menos conflictivo.

Ya hemos visto que los apóstoles no eran neutrales ni estuvieron ajenos de *quienes* habrían de asumir la función de diáconos puesto que además ellos fijaron el número, aquel que consideraron suficiente para realizar un trabajo completo, en esta ocasión siete. “**Siete varones**” (v. 3). Eso indica que escogerían lo mejor de lo mejor, que habrían de emplear un proceso de filtración, para que pasase al diaconado la misma nata de la congregación, y por otra parte la fijación de la cantidad coloca como un límite a la desmedida aspiración de los muchos. No es preguntar: “¿Quiénes desean ser diácono este año?” El proceso fue inverso al de abrir una boleta para que todos los que quisieran anotar sus nombres autodesignándose como hacen los políticos. La iglesia buscó sus diáconos y no los aspirantes el cargo. No se autoeligieron. No, lo más posible sería que los hermanos de mayor nivel espiritual comenzaran a designar nombres y la asamblea a considerarlos: el diaconado no era un ofrecimiento para todos, era un

privilegio para ciertos hermanos que la iglesia considerara que calificaban.

En cuanto a que fueron “**varones**” y no mujeres, lo consideraremos más adelante, pero sépase aquí que aunque es cierto que las *diaconisas* luego aparecen formando parte de la ministración a las viudas, a los pobres y a otras hermanas, salen en la historia posteriormente como un desarrollo en el servicio y con funciones algo distintas a los de los siete. Puedes remitirte de nuevo a la primera lección sobre la historia del diaconado.

En cuanto a los deberes de los diáconos, ¿por qué no se hizo una lista de ellos? Porque es obvio que no hacía falta. Estaban para ayudar en la distribución de alimentos a los pobres, para hacer obras de caridad. Eso es todo. Es un gran ministerio, enorme servicio y a él, con todas sus energías, se dedicarían aquellos siete hermanos. No hay un catálogo que diga: “Que abran a tiempo y cierren las puertas de la casa de oración, que no dejen los candelabros encendidos, que recojan los papeles del piso, que revisen el baño, que acomoden a los pobres en sus asientos, que eviten que los ricos vayan a los primeros asientos habiendo llegado tarde al servicio y pasen por entre los hermanos que adoran desde temprano, que saquen a los niños revoltosos, que aconsejen a las hermanas de peinados ostentosos que se sienten retiradas para que no distraigan la atención de algún oyente hacia su moño y deje de meditar en el sermón; que las que se visten sin decoro se queden lejos de los ojos varoniles no sea que Satanás se aproveche de eso para meter pecado dentro del mismo servicio”. Y otras cosas por el estilo.

No, el ministerio principal del diácono es *servir* y en cualquier área puede hacerlo pero especialmente *fuera del culto*. No fueron elegidos para que sirvieran de centinelas a la hora de la predicación (aunque benditos esos que hacen lo posible para que el culto no sea interrumpido) ni para que leyeran los evangelios o suministraran incienso al obispo

cuando la adoración a Dios se degeneró. No, el trabajo principal del diácono es fuera de la reunión de la iglesia, por las casas. El servicio del templo es espiritual y en el diácono es añadido, un desarrollo de aquel primero. Ya hemos visto que históricamente el diaconado se degeneró cuando su función se hizo casi exclusivamente *eclesiástica* y el poco servicio a los pobres que la iglesia hacía se circunscribió al hecho por los monjes.

A continuación veremos algunas características del diácono.

DIÁCONOS INTEGRALES

“Buscad varones... de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría a quienes encarguemos este trabajo”.

Nota que un requisito estupendo es que fueran **“de buen testimonio”** (v. 3); y a mi juicio éstos se hallaban *dentro del grupo selecto* que no participó en ningún tipo de protesta o desunión de la congregación. Incluso, que no hubieran participado en la “murmuración contra los hebreos” (v. 1). Un diácono no debe ser un hermano “bilingüe”, o de dos lenguas, “sin doblez”, que posiblemente diga una cosa pero quiera decir otra, es decir, mentiroso, hipócrita, fraudulento. Si eligieron hermanos que tuvieran buen testimonio no debían pertenecer al grupo que no supo llevar el asunto por el canal cristiano a una solución, sino que se dedicó a murmurar de los varones de Dios a sus espaldas. No. El diácono tiene que ser una persona que siempre halle una solución cristiana a los problemas, alguien que no escinda sino que una el cuerpo de Cristo. Un colaborador y amigo de los apóstoles en cuyas manos la reputación de estos está segura.

En segundo lugar, buen testimonio *para los creyentes* (1 Tim. 4.12), entre ellos antes que entre los infieles. No que el testimonio de un diácono en el mundo no sea importante,

pero un gran diácono es elegido para servir *a la iglesia* no al mundo, a las viudas pobres de los creyentes: si su ministerio se amplía fuera de ese círculo está bien, pero primero debe ser dentro de él. El diácono es una necesidad del reino de los cielos. La principal área de su servicio son sus hermanos y hermanas en la fe. Un diácono puede ser un gran colega en el trabajo, un excelente obrero en la fábrica; ese testimonio es importante. Pero no es un requisito preliminar para el diaconado. Si es mal obrero, holgazán, respondón, impuntual, no debe ser diácono; pero que un hermano se destaque como ejecutivo, como contador público, como abogado, como médico, no quiere decir que ya está calificado para ser diácono sin revisar su testimonio en su iglesia. Sus conocimientos seculares no necesariamente son transportables a los religiosos. Es más fácil tener un buen testimonio entre incrédulos que entre los creyentes, aunque los incrédulos saben muy bien cómo debe comportarse un diácono cristiano, los creyentes lo saben mejor y exigen mucho más. Como enseguida vamos a ver, el diácono debe ser un hermano espiritual, de los cuales todos den buen testimonio, que no se ponga de parte de uno y *contra* los otros, con los griegos (porque si miras los nombres de los siete verás que todos eran griegos), pero también con los hebreos. Los que anduvieron murmurando *contra los hebreos* quedaron descalificados.

Lo mismo que el sacerdote que es elegido de entre los hombres *a favor de los hombres* (Heb. 5.5), así el diácono, su mira principal es *la iglesia*, siempre a favor de ella no de un grupo, no de unos cuantos. Un hermano que no se le vea su inclinación a favor de los hombres, ¿cómo podrá servirlos con amor? El que siempre halla faltas, hasta en los apóstoles, ¿cómo dirá que puede desarrollar un ministerio de compasión? Si no tiene gracia en sus labios, ¿la tendrá en sus manos?

Llenos del Señor con un ministerio humano

Otra cualidad diaconal, “**llenos del Espíritu Santo**” (v. 3). ¿Qué es eso? Pienso que es *la forma normal de ser cristiano*. Pablo dijo a los efesios: “Sed llenos del Espíritu” (5.18) y por el contexto uno deduce que se trata de *una embriaguez espiritual*. Sí, una embriaguez, pero con la Tercera Persona de la Trinidad; y siendo así sabemos que es equivalente a no ser un cristiano carnal porque el antónimo de Espíritu en la Escritura es **carne o Ley**.

El diácono lleno del Espíritu no es una persona carnal ni sujeta a ningún tipo de esclavitud y nada hay tan lejos de la hipocresía religiosa que alguien que esté todo lleno de Dios. Andando el tiempo la vida normal de muchos cristianos es ser sobrio en Espíritu, casi, como aquellos antiguos efesios (Hech. 19.2), no se les ve el Espíritu por ningún lado, no parecen o no son convertidos. Si estar borracho con Dios, si él “nos ha dado a beber de un mismo Espíritu” (1 Cor. 12.13), ¿beberemos sólo unos pocos sorbos? ¿alternaremos entre la carne y el Espíritu? ¿hoy estaremos apagados y mañana encendidos? Así es la vida normal de un cristiano, ¿cuánto no será la de un diácono o la de un anciano! ¿Habría algún peligro en enviar adonde se halla una viuda joven algún hermano así? No.

Él puede ir a dejarle la comida, leer algún pasaje bíblico con ella, hacer oraciones, aunque no sean *largas oraciones*, sin peligro de que la arrastre sensualmente o sea arrastrado por ella (1 Tim. 3.6). La vida espiritual de un diácono es inspiradora. Siempre busca lo de arriba y habla de las cosas del Espíritu.

Con esa observación de la Escritura me doy cuenta que *lo hace confiable*, tanto en el aspecto que he dicho como en la justicia de la distribución. Para repartir proporcionalmente, para que nadie quede inconforme, con honradez sin apropiarse de nada, no hay cosa mejor que ser lleno del Espíritu. Alguien pudiera asombrarse y decir: “¡No, ser lleno del

Espíritu es para predicar, para orar, para cantar, pero no hace falta para repartir comida, para proveer vestidos, para ayudar a pagar una renta, para localizar algún trabajo, para cuidar un enfermo, para ayudar en cierto funeral!” Evidentemente los hermanos primitivos pensaban de otra manera. Confiaban las riquezas materiales a los hermanos más espirituales, porque son los que mejor las manejan; nadie se queja ni hay sospechas, “malas sospechas” de ciertas pérdidas.

A menudo en la Escritura se califica el ser lleno del Espíritu con el *denuedo* como en Hechos 4.31: “Y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron con denuedo la palabra de Dios”. Pero si un diácono va a servir a las mesas, ¿qué denuedo le hace falta? Bueno, es mas o menos en este caso que con *ánimo pronto* o con entusiasmo, que esté contento con su trabajo, que lo tenga como un ministerio y se vea entusiasmado con lo que está haciendo; porque hay quienes sirven pero lo hacen *con murmuraciones y contiendas* (Fil. 2.14); hacen el trabajo pero se quejan mucho, se quejan de que pasaron muchos sufrimientos para colectar, que los dadivosos no lo eran suficiente, que no le tenían la ofrenda lista para cuando llegaran a recogerla, que esto y que lo otro, de modo tal que llega el auxilio a la viuda pero va acompañado de un sinnúmero de quejas. No, el diácono no debe quejarse, si está lleno del Espíritu lo hará todo alegremente, muy feliz. (“No os quejéis los unos contra los otros” [Stgo. 5.9]).

En cuanto a la “**sabiduría**”, ¿a qué se refiere? ¿a la forma de distribución, a la selección de los más necesitados, al don de colectar? ¿es habilidad para pedir dinero? Pienso que se trata de dos áreas específicas, una en relación con la mercancía misma y la otra con el tesoro de sus conocimientos escriturales. Ambas cosas juntas. El diácono tiene que ser capaz de tener un buen sentido de proporción, conocer cómo *administrar* sabiamente lo que le están confiando. No se trata nada más que de recoger algo e ir a llevarlo. En los asuntos financieros pueden cooperar mucho, en gastos de *benevolen-*

cia. Aunque si forman parte de alguna comisión relacionada con otras áreas materiales está bien. Si hay que reparar el templo, comprar algunas sillas, llenar el bautisterio, el diácono puede ayudar en la confección de un presupuesto sabio al respecto, pero hacer eso *sin dejar de hacer aquello*, sus queridos necesitados. El trabajo del diácono no es material, *es humano*.

Hay otros hermanos que también pueden colaborar, quizás el tesorero en eso de disponer dinero para trabajos que no son con la iglesia sino con las pertenencias de ella. No, por tres siglos, hasta la subida al trono del imperio romano de Constantino, la iglesia no tuvo templo, ni alfombras, ni sistemas de sonidos; pero como dijo el Señor, *a los pobres siempre los tendréis*; siempre los tuvo, siempre los habrá. Los diáconos existieron en ese período aunque no arreglaban nada, sino aquellas cosas que tenían que ver *con la vida humana* y así daban honra a la hermandad que el oficio tiene con la predicación de la Palabra y la oración.

Su nombre y su misión

Y por último, el diaconado debe ser mirado como *un trabajo*, “a quienes encarguemos este **trabajo**” (v. 3), o “este oficio”: ¿no es un trabajo? No dice “a quienes coloquemos en este sitio de *jerarquía*”. El diaconado no es una posición transitoria para continuar caminando hacia otros puestos en alguna escala jerárquica. No. Es un “oficio” y punto. Ahí se queda. No es un paso previo ni para el sacerdocio ni para el obispado; no hay ningún indicio en el Nuevo Testamento que diga que el que “anhela obispado” tiene que anhelar el diaconado primero. Hay hermanos que una vez que se han desarrollado como diáconos y han practicado la ayuda espiritual han sentido que Dios los llama también para ser predicadores de la Palabra; eso puede acontecer como ocurrió con dos de los primeros, Felipe y Esteban. Pero de los otros nada se dijo que siguieran el mismo camino. Fueron diáconos y murieron como diáconos.

Ocurren cosas extrañas en el espíritu humano, ¿cómo un hombre seleccionado para *servir* a los demás, un sirviente, pueda volverse arrogante? ¿cómo puede llegar a pensar que es superior si está dicho que el que sirve a la mesa es inferior al que se sienta en ella? Eso puede ocurrir solamente cuando el diácono deja de trabajar. Mientras esté trabajando y no dirigiendo no tendrá la tentación de enorgullecerse. Nadie que tenga que ir cada mañana acompañado por otros a las puertas de los necesitados para hacerles entrega de la ayuda y orar un rato con ellos podrá sentirse ufano de algo. La holgazanería y la falta de cumplimiento en su tarea es lo que puede explicar por qué cierto diácono ha asumido una postura muy propia de señor y no de siervo.

Casi todos los padres identifican a los “nicolaítas” de Apocalipsis 2.15 como los discípulos de uno de los primeros diáconos que llevó ese nombre. No está muy claro que sean los mismos que practicaban las tácticas de Balaam porque dice “también”, como un grupo unido al primero; pero de todos modos, si aquel viejo diácono degeneró en eso, ¿cómo pudo haber ocurrido?

Quizás fue al principio algo bueno, pero nadie pudo saber cuando fue elegido que *carecía de firmeza doctrinal* porque andando el tiempo hizo sus propias interpretaciones, derivó sus conclusiones y se deslizó dentro de una religión sensual cuando su moral misma se vino abajo. En vez de arrepentirse como era de esperarse, no cedió a las exhortaciones que le vinieron encima por medio de sus queridos compañeros sino que comenzó a dispersar sus ideas y pronto halló un grupo que le prestó atención y creyó sus mentiras. Pero nadie pudo imaginar lo que había de ocurrir en el futuro. Es bueno, en virtud de la prudencia, que los designados para el diaconado sean examinados doctrinalmente, porque al ir a los hogares, ¿con qué doctrina conversarán?

Hubo un día en la vida de Nicolás que *su nombre comenzó* a brillar con más intensidad en el orden de importancia que

el de sus otros compañeros y que el del mismo Cristo. Pudo haber empezado por un simple reconocimiento a sus trabajos. Muchos encomiaban sus labores. Su nombre empezó a ganar peso para sí mismo y se sonreía complacido al oírse nombrado por tantos hermanos. Andando el tiempo se comparaba con los otros seis y notaba que ya había alcanzado más fama que los demás, quizás no tanto como Esteban y Felipe, porque él no sabía predicar ni tenía la unción que aquellos dos santos. Los dos únicos astros que opacaban su reputación creciente eran esos dos y pudo haber empezado a tratar de apagarlos criticándolos y dando interpretaciones sensacionales y descabelladas a las palabras de Jesús. Como supo inmediatamente que los apóstoles y sus otros ayudantes lo desaprobarían desertó, se separó de ellos y formó su propia escuela sin nadie más que lo eclipsase.

Ya todos se identificarían ante el mundo y la iglesia como “*nicolaítas*” y de ese modo él habría alcanzado lo que quería, que su nombre y no el de otro se perpetuara. Así se hizo tristemente célebre un diácono que perdió su humildad y no reputó su nombramiento ya más como un trabajo. Nicolás fue “*prosélito de Antioquía*”. Una gran iglesia, muy misionera, donde abundaban los “*profetas y maestros*” (Hech. 13.1). Pero él no fue ninguno de ellos, ¿ya estaba convertido? ¿se “*convirtió*” en Jerusalén y luego fue allá? Se ignora. ¿Sería la envidia lo que le hizo, como a Satanás, dejar su propio lugar? Los diáconos deben permanecer en el sitio que Dios les dio y honrar su nombramiento hasta la muerte.

Vida y misión con fe

Si hay una característica que debe marcar la totalidad del carácter del diácono es *su fe*. Al primer diácono que eligieron, Esteban, se da el testimonio de que era un “**varón lleno de fe**” (v. 4). Los apóstoles no exigieron ese requisito porque, ¿cómo medir algo que sólo Dios conoce? Uno puede distinguir entre fe verdadera y *fe fingida*, pero no se puede medir el tamaño entre una fe y otra que sea real. Lucas dice que

estaba “lleno de fe” porque cuando él escribe la designación de los diáconos ya Esteban había muerto apedreado, era mártir. Las experiencias futuras en el diaconado son las que revelan el tamaño de la fe, andando el tiempo eso se sabe. Se hace historia y cada uno habla por sus hechos, si seguir en esa posición, mejorar, o caer definitivamente.

Es mejor entonces si es posible, que cuando se haga el nombramiento se tenga en cuenta las experiencias que cada uno ha tenido. Es importante eso, si ha sido capaz de probar con su vida que tiene fe. Tener en cuenta cierta limitación en el tiempo no está mal; permite al obrero agotado tomar un respiro, al holgazán sentarlo para siempre, o sacar a Nicolás. Un diácono lleno de fe es una bendición, no porque su rostro sea como un ángel, sino que equivale a decir que se trata de un hombre cuyas convicciones están tan profundamente enraizadas en la Palabra de Dios, que expondrá su misma sangre si fuera necesario para ver que el reino de Dios adelante. ¿Quién puede imaginar a Esteban negándose a cooperar en esto o en aquello o bloqueando algún plan de evangelismo con un cruel recorte presupuestario? El diácono que ha sido salvado producto de una tremenda explosión espiritual y misionera nunca es una rémora para gastar en alcanzar a los perdidos.

¿Quién jamás podrá soñar que este hombre tan versado en las Escrituras gastara la mayor parte de su tiempo miserablemente en entretenimientos no edificantes o leyendo cuentos de viejas o fábulas judaicas? Para que un diácono así sepa tanto y pueda manejar tan diestramente las Sagradas Escrituras tiene que tomarse mucho tiempo leyéndola y medítandola; y para que la aplique con tanta perfección ellas tienen que formar parte intrínseca de su sistema de vida. Entre tanto que Nicolás pulía su mismo nombre, Esteban lo escondía detrás de la cruz; Nicolás inventaba interpretaciones para buscar seguidores, Esteban exponía la Biblia y ansiaba la conversión de los demás. Nicolás no influyó para nada en la

historia del cristianismo, es una mancha en sus ágapes, pero Esteban, o al menos sus ropas, estremecieron hasta los cimientos la estructura monolítica de un joven llamado Saulo, que un tiempo después habría de evangelizar por Cristo, al mundo.

Ni Felipe, ni Esteban, ni el hermano Nicanor gobernarían los asuntos del diaconado como si fuesen suyos propios o se tratara de los negocios de este mundo; para ellos habían cosas, relacionadas con el alma y el cuerpo de los creyentes, que eran absolutamente más importantes que las ofrendas que se recogían para sus miserables amados.

Ahora bien, veamos lo que aquel gran predicador del siglo pasado, Charles H. Spurgeon, escribió en su autobiografía en relación con los diáconos en general y con los suyos. El propósito es introducir, creo que bellamente, el estudio del obispo; enfatizando en oración lo que ya has aprendido, la bendición que son para el reino de los cielos tanto los obispos como los diáconos, y la misericordia divina que se muestra en la relación de armonía que ambos tienen que llevar. Con humor y con sentimiento el gran príncipe de los predicadores escribe a favor del diaconado cristiano.

AUTOBIOGRAFÍA DE CHARLES H. SPURGEON

Desde que llegué a Londres, he tenido la oportunidad de conocer el remanente de lo que fuera un antiguo tipo de diáconos, finos, caballerosos, severos e ingobernables, no como yo los concebía, pero respetables, pura grandeza de los disidentes, vestidos de modo semiclerical, con bufandas blancas. La pasada generación de diáconos debe ser recordada con reverencia dondequiera que su memoria sea apreciada, pero dentro de todos ellos se halla mi amigo, consejero, mi mano derecha, Thomas Olney. Nunca un ministro ha tenido un mejor diácono ni la iglesia un mejor siervo. Fue por sesenta

años miembro de la iglesia de los cuales cuarenta y uno sirvió como diácono y catorce su tesorero. Era conocido por su constante asistencia a los cultos de oración y otras reuniones entre semana. En cuanto a fe, era un niño y su constancia, varonil. Creer en Jesús y trabajar para él constituyeron la vida misma de su nueva naturaleza. Eminentemente un bautista, pero amaba a todos los hombres. El pobre, especialmente el hermano pobre de la iglesia, siempre halló en él la simpatía sincera de un ayudador. Su nombre vivirá en nuestra memoria para siempre.

Entre mis primeros diáconos en Londres se hallaba uno que me dijo cuando fui a predicar a Exeter Hall y al Surrey Gardens Music Hall: "Soy un hombre viejo y no puedo andar al paso que usted siendo joven va, tampoco quiero serle impedimento y carga, por lo tanto en silencio me retiro e iré a trabajar con el Sr. Brock". Pienso que fue la mejor cosa que pudo haber hecho este buen hombre y también para nosotros. Un tiempo después fui a verlo y me pidió que llevara mis dos hijos para darle su bendición. Hablando me dijo: "¿No es cierto que lo mejor que hice en ese entonces fue quitarme del camino y no quedarme y servirles de obstáculo a la obra? Siempre leo sus sermones y mantengo mi subscripción". Aquel querido hombre murió un día después.

Mi equipo actual de diáconos consiste de hombres muy amables, activos, enérgicos, fervientes, generosos, cada uno de los cuales se ve que es apropiado para el departamento de servicio que atiende. Estoy muy agradecido a Dios de que nunca he sido el pastor de una iglesia muerta, controlada por diáconos muertos; aunque tal cosa la he visto con mis ojos y puedo decir que es algo terrible. Recuerdo haber ido a predicar a una iglesia que había decrecido excepcionalmente, la misma vista del edificio parecía un sepulcro, aunque aquella noche estuvo llena por los que habían sido atraídos por el predicador. El canto parecía fúnebre y los mismos miembros mudos.

Me fue muy difícil predicar y hallé que no había “movimiento” en el sermón, pareciendo como si estuviese siendo tirado por caballos muertos.

Después del servicio vi a dos hombres y deduje que se trataba de los diáconos, las columnas de la iglesia, recostados a los postes de la puerta de entrada en una posición indolente: y les pregunté: “¿Son ustedes los diáconos de la iglesia?” Me respondieron que eran los únicos y les dije que eso yo pensaba. Para mí mismo me dije que lo supe desde que *los vi* y me hice un enigma: He aquí una iglesia muerta, semejante al antiguo barco que era piloteado por la muerte, diáconos, maestros, ministro, pueblo, todos muertos y sin embargo pareciendo estar vivos.

Todos los oficiales de mi iglesia son mis verdaderos hermanos en Cristo. Para dirigirnos los unos a los otros o para referirnos no hay un modo establecido. A mí me llaman el “Gobernador”, supongo porque no intento gobernar; los diáconos son conocidos entre nosotros como “el hermano William”, el “Tío Tom”, el “Príncipe Charly”, el “Hijo de Alf”, etc. Algunos de ellos son muy distinguidos y tienen sus grados y pudieran ser llamados por sus títulos pero los amamos demasiado para dignificarlos. En una ocasión me dirigí a uno de ellos de un modo algo fuerte, aunque bien lo merecía, sin embargo me respondió: “Bien, es así como dice, pero quiero decirle, señor, que *moriría por usted en cualquier momento*”. A lo cual le respondí: “¡Oh, bendito seas! Siento haber sido tan duro contigo, pero ¿no lo merecías?” Entonces se sonrió, afirmó que sí y el asunto quedó liquidado.

Uno de mis diáconos me hizo una observación una vez que hubiera ofendido mortalmente a cualquiera que hubiera sido más sensible que yo. Fue un primer domingo del mes, la predicación había terminado e íbamos a tomar la gran cena (comunión) en el Tabernáculo. Le pregunté cuántos nuevos miembros iban a ser recibidos aquella mañana y él me respondió: “Solamente siete”; y al momento mi buen amigo añadió:

“Esto no compensa, gobernador, mantener todo este negocio tan grande para recibir siete miembros en un mes”. Y tenía razón, aunque la iglesia no esté colocada en la misma línea que un negocio del mundo; pero si la observación hubiera sido hecha a otros que conozco, las consecuencias hubieran sido grandes. Se de un pastor que es de la opinión que el Señor nunca ha hecho a nadie de tanta importancia como a un pastor bautista (¡claro, se refiere a él mismo!), y sucedió que uno de sus diáconos pensó lo mismo, que no había otro con mayor rango que él y a la postre no sorprendió a nadie que no pudieran seguir trabajando en armonía.

Un día yendo hacia el Tabernáculo hice la observación de que se debían hacer algunos arreglos menores, sin saber que estaba contradiciendo lo que uno de los diáconos encargados del mantenimiento del edificio había dicho. Cuando el hermano llegó por la tarde y el trabajo había sido hecho, preguntó quién lo había hecho en oposición a sus instrucciones. Le respondieron que había sido el “gobernador”. Su incuestionable espíritu de lealtad triunfó sobre su temporal irritación y dijo: “Muy bien, el barco debe tener un solo capitán”; y por mucho tiempo esa frase se convirtió en una buena contraseña. Yo mismo me he sorprendido algunas veces de la devoción de estos hermanos y les he dicho muchas veces que si hubieran seguido a un palo de escoba como me han seguido a mí hubieran tenido igual éxito. Oyendo esto el señor William Olney respondió: “Sí, querido pastor, pero es porque nosotros tenemos absoluta confianza en su liderazgo y es por eso que le hemos seguido dondequiera. Nunca nos ha extraviado y pensamos que jamás lo hará”.

Después de una enfermedad del pulmón que me mantuvo por un tiempo fuera del púlpito, le dije a uno de los diáconos: “Me temo que ustedes se estén cansando de tener un pobre ministro deshabilitado”, y uno de ellos, el menos expresivo, me dijo: “¿Por qué, mi querido señor, mejor es para nosotros tenerlo a usted aunque sea un mes al año que a cualquiera otro

en el mundo por doce meses”. Y estoy seguro que todos estaban de acuerdo porque a menudo me han pedido que me tome un viaje por mar, o que descanse un año, o varios meses al menos, pero siempre les he dado esta respuesta: “No me es posible dejar la obra por tanto tiempo hasta que el Señor me llame, y además hay razones bíblicas para que un ministro no deje su pueblo por más de seis semanas seguidas”. “¿Dónde está eso?”, preguntaron. “¿No recuerdan cuando Moisés subió al monte por cuarenta días, como Aarón y el pueblo se volvieron a la adoración del becerro de oro?”

Tengo una de las más sensitivas pruebas del amor, el auto-sacrificio y generosidad de un diácono. Durante una de mis más serias enfermedades tuve una gran ansiedad sobre asuntos de dinero. No había ningún fundamento real para eso porque mi esposa y yo nos hemos guardado escrupulosamente de “no debáis a nadie nada”, ni había la más ligera preocupación en relación con la obra de Dios que me pusiera ansioso en este sentido. Había caído en ese curioso estado mental quizás por el dolor y la enfermedad, cuando la mente atrapa algo impalpable y se aferra a ello sin soltarlo. Uno de mis hermanos vino a visitarme y tratando en vano de consolarme al fin me dijo: “Bueno, adiós señor, veré lo que puedo hacer”. Salió directo a su casa y en poco tiempo se hallaba de regreso con todas sus cuentas, ahorros, títulos de propiedades y los puso sobre la cama donde me hallaba en gran agonía, y me dijo: “Ahí, mi querido pastor, a quien debo todo lo que tengo en este mundo, eres bienvenido a todas mis posesiones. Toma lo que necesites y no tengas ni un solo momento más de ansiedad”. Por supuesto, en cuanto me mejoré le devolví a mi querido amigo todo lo que él me había dado bajo tal singular circunstancia. Aunque lo hubiera necesitado no hubiera tocado ni un centavo, porque era para mí todo aquello como las aguas del pozo de Belén fueron para David. Felizmente no me hizo falta nada de lo que me trajo pero nunca he podido olvidar la gran bondad de aquel hermano que estaba

dispuesto a dar todo lo que tenía para aliviar los temores sin fundamento de su afligido ministro.

Desde tiempos atrás siempre hemos oído mucho contra los diáconos y leído discusiones acerca del oficio, indudablemente en relación con personas no muy reverentes a sus personas. Muchos de nuestros ministros hablan de ellos amargamente y otros tiemblan a su sola mención; y no muchos se deciden a colocarse la armadura y enfrentar a estos dragones de la vida ministerial. A nosotros mismos nos han acusado de haber dicho que “un diácono es peor que un diablo porque si a éste tú resiste él huye, pero si tú resiste un diácono te hará huir a ti”. Ese dicho no es nuestro, no tengo ninguna razón para hablar tan severamente sobre ellos y aunque en algunos casos eso sea indudablemente cierto, nosotros no poseemos pruebas experimentales al respecto. Ni uno de los cientos de dichos que se nos adjudican es cierto y particularmente este se hallaba en voga mucho antes que nacióramos.

Nuestra observación de los diáconos nos ha llevado a ver que como regla general, son tan buenos como los pastores y lo bueno y lo malo puede ser hallado en ellos lo mismo que en los pastores en la misma proporción. Si hay diáconos que son señorones, ¿no hay pastores que son señorones? Si hay diáconos ignorantes y raros, ¿no tienen sus rivales en el púlpito? La iglesia tiene una inmensurable deuda de gratitud para estos miles de hombres piadosos quienes laboran en sus intereses día y noche, contribuyen largamente con sus bienes, cuidan de los pobres, de sus ministros, y en tiempos de dificultades como de prosperidad permanecen firmes en sus puestos. Aunque pueda ser hallado un error por aquí, otro por allá, alguna enfermedad, algo mal hecho, estamos seguros por una amplia y estrecha observación, que la mayoría de nuestros diáconos son un honor a nuestra fe; y bien nosotros podemos llamarlos como los apóstoles a sus hermanos, “la gloria de Cristo”.

Ocasionalmente merecerán la más fuerte crítica, pero siempre la más afectuosa estima. Priva a la iglesia de sus diáconos

y le quitarás sus más valientes hijos y su pérdida estremecerá las columnas de nuestra casa espiritual trayendo su ruina por todas partes. Gracias a Dios tal calamidad no caerá sobre nosotros porque la Gran Cabeza de la iglesia, en su misericordia hacia ella, mantendrá la sucesión de hombres fieles que mantendrán su oficio bien y ganarán para sí un grado honroso y mucha confianza en la fe.

Muchas cosas tienen que ser tomadas en consideración al estimar el carácter de estos hombres que tienen ese oficio en la iglesia, ya que muchas dificultades son sólo incidentales a esa posición y eso mitiga la severidad con que se juzga a esos hombres. Nuestros hermanos en la obra del diaconado no son tan migratorios como nuestros ministros, frecuentemente han nacido para Cristo en las iglesias en las cuales viven y mueren; no se mueven de sus puestos cuando los tiempos malos ensombrecen la congregación y permanecen encadenados a ella llevando el odio, la tristeza y el descontento por su decaimiento. Ningún traslado les devuelve la popularidad en ninguna parte; toda su carrera, buena o mala, siempre es recordada en el mismo lugar. Con la llegada de nuevos ministros entran nuevas cosas a la iglesia y los viejos diáconos especialmente, no pueden aprender y desaprender como se quisiera. Quizás métodos buenos e ideas santas son desechadas, y no son cosas pequeñas para probar la vida de un hombre bueno. Casi que pienso que se necesita un hombre mejor para hacer un diácono que para hacer un ministro. Nosotros, los que predicamos la Palabra, vamos primero, y esto agrada a la naturaleza humana; se necesita gracia para hacer que un hombre más viejo, más rico y a menudo más sabio vaya en segunda posición sin envidiar ni murmurar. Miles hacen eso y deben ser honrados por ello.

*C. H. Spurgeon, Autobiography,
Banner of Truth, vol.2, pp. 69-74.*

En lo anterior no dice cómo fue que los diáconos participaron en la elección del Sr. Spurgeon como pastor de la

iglesia, lo conocemos en otros lugares; pero lo que él mismo escribe es de inspiración para dar un modelo de cómo los diáconos podrían ayudar a seleccionar el ministro adecuado para la congregación, aquel que va a trabajar *con ellos*.

Estás ahora frente a otra exposición sobre los requisitos para el diaconado. Ya conociste cómo fue que los apóstoles decidieron crear el diaconado como *un cargo* necesario en la iglesia cristiana y las características que tenía que llevar como marca aquel primer grupo de hermanos. Pudiste ver que pidieron a la iglesia sino que escogieran hombres que se parecieran mucho a ellos mismos, no deseaban tener colaboradores que en vez de ayudarlos los estorbaran o que no cumplieran con la misión como ellos querían que la cumplieran. Los apóstoles pensaron en grandes cristianos.

Ahora, cuando ya las iglesias tienen un poco más de tiempo de establecidas, que han tenido alguna experiencia con el diaconado que ha funcionado por unos treinta años, continúan esos hermanos eligiéndose, cada vez que una nueva congregación se establecía, junto con los obispos y ancianos. ¿No lo lees en Filipenses 1.1: “*todos los santos* que están en Filipos *con los obispos y diáconos*”? No es algo que pueda separarse. “los santos” están *con* los diáconos y *con* los obispos. Por eso pienso que para desarrollar un ministerio diaconal correcto, en un curso que eso pretenda, también habría que obrar como el Espíritu indicó a Pablo en las pastorales, dar a conocer los requisitos para los obispos. Las epístolas donde aparecen los requisitos para el diaconado son conocidas como *pastorales*, las dos a Timoteo y la escrita a Tito. La fecha oscila entre los años 65 y 67 de la era cristiana.

Tienes que conocer a tus ancianos, saber cómo deben ser tus pastores, sus familias, etc. Ese pensamiento es el que me ha hecho pensar que si coloco una lección sobre los obispos rendirá en tu vida grandes dividendos. Generalmente los pastores son “migratorios”, pero la mayoría de los diáconos permanecen en la iglesia por muchos años. Si tuvieras que

ayudar a seleccionar un pastor para tu iglesia, estas dos lecciones te ayudarán.

“Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea. Pero es necesario que el obispo sea irrepreensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar bien su casa ¿cómo gobernará la iglesia de Dios?); no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo. También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo” (1 Tim. 3.1-7).

Llamamiento del obispo

Cuando tu iglesia vaya a ofrecer el púlpito a un nuevo ministro tienes que cerciorarte de que el obispo sea un varón *llamado por Dios*. Eso es lo más importante, el trabajo que se le va a pedir que haga es sobrehumano, la sabiduría que necesita para hacerlo bien *no es de este siglo ni de los príncipes de este siglo que perecen* (1 Cor. 2.6). En eso no se puede fallar porque si se introduce en tal elevado puesto un *obrero fraudulento* o un falso apóstol, después de muchos años todavía estarán lamentándolo. Pero ¿cómo estar seguros de que el candidato que se está examinando es un varón realmente llamado por Dios? Quizás no quepa aquí, sino en un trabajo dedicado sólo para pastores, pero por el momento eso hay que tenerlo en mente antes que otras y cualesquiera calificaciones. La iglesia debe decirse: “Vamos a llamar a un varón de Dios”. Tú como diácono tienes que tener eso presente, es el hombre con el cual vas a trabajar, aquel que traerá un gran ministerio para ponerlo junto al tuyo y no debe venir un señor que no sea un genuino apóstol. Algunas veces las iglesias cambian periódicamente de ministros, pero los

diáconos siguen en ella. Aquellos se van, ellos se quedan. Es importante la orientación en este aspecto.

La palabra que Pablo usa para decir “**anhela**” (v. 1), es *orégo*, que es desear algo *ardientemente* y también *buscarlo*. Una nota importante es que el que desea ser ministro del evangelio lo desea con todas sus ganas y fuerzas y además lo procura. Una posición pasiva y fría en relación con el ingreso al obispado es opuesta al ánimo común de los que se ocuparán de esa obra. Es curioso que el apóstol no haya escrito: “Si alguno siente el llamado de Dios” o “si alguno piensa que Dios lo está llamando”, Pablo no empieza ahí, sino “si alguno **anhela**”. Es interesante, al comparar lo que dice sobre los diáconos que no se mencione ese “anhelo”; porque los diáconos no reciben *un llamamiento* especial de Dios para serlo (como el del obispo, me refiero) simplemente se mira si tiene don para servir (que es lo que Dios intenta que él haga) si disfruta de una admirable vida cristiana o no, y la iglesia lo elige. Pero el obispado es algo más que don para predicar, más que ser un buen cristiano, concierne a un anhelo, algo que se busca, que con todo el fuego del corazón se intenta. Esa palabra encierra lo que significa un llamado del cielo, un poderoso ardor que consume vivamente el ánimo y las emociones, no se piensa ni se planea otra cosa que entregarse en sacrificio vivo y libación sobre el altar de la fe.

Es bueno entonces, acorde a lo que es el llamamiento de un pastor, que tú como diácono, la iglesia toda, procuren hacer arreglos, “*prepararle alojamiento*” (Filemón 22), sostenerlo económicamente para que “*no se enrede en los negocios de la vida a fin de que agrade a Aquel que lo tomó por soldado*” (2 Tim. 2.4) y pueda ser hallado como el apóstol “*entregado por entero a la predicación de la palabra*” (Hech. 18.5), sin que parte de su tiempo sea dedicado a algún *oficio* (18.3). La hospitalidad para los predicadores ambulantes, en los días del Nuevo Testamento, no era otra cosa que sostenimiento económico del siervo de Dios. Si la iglesia es pequeña y no

puede, pues no puede, se le puede traer aun así (si su fe lo consiente) y con toda seguridad pronto el Señor bendecirá sus trabajos de modo que crecerán al punto de poder hacer que diga: “*tengo abundancia*”.

Llamado para ganar

En este punto interrumpimos la exposición para continuarla luego, Dios mediante, en aras de hacer algunos comentarios relacionados con ese llamamiento y el contenido leído más arriba. Siempre, en mi experiencia, he ansiado tener junto a mí a los diáconos; como están sus requisitos junto a los míos, así he querido tenerlos cerca, muy junto a mi corazón. Y en muchos casos lo he logrado, recíprocamente hemos querido tenernos como *hermanos y colaboradores de Cristo*. Hermanos, sí hermanos, aquellos que procuramos ser parecidos a Dios, como fue Jesús. Hermanos para tratarnos como hermanos, con amor *sin fingimiento*, amor *entrañable*; prestos a socorrernos los unos a los otros. Donde cada uno se interesa por el bien en oficio y vida del otro. Una de las cosas más tristes que le pueden pasar a un pastor es tener que sostener en el diaconado, por cualquier razón, a cierto diácono que no considera como un verdadero hermano en Cristo, del cual tenga desconfianza y que aprecie semana tras semana las variaciones a que está sujeto su carácter y relación. Y lo mismo al diácono que ha perdido la confianza en el ministro, considera que como líder no siempre es confiable y como cristiano, no es un áureo ideal; anida en su interior reservas hacia él y no sería capaz de confiarle algo muy querido, por sospechas de que lo engañe.

El amor es el vínculo perfecto; si los diáconos y el pastor han de estar unidos y darse colaboración, ambos tienen que ser santamente escogidos y dedicados al Señor. En 2 Corintios 8.23 Pablo escribe: “Es mi compañero y colaborador para vosotros; y en cuanto a nuestros hermanos, son mensajeros de las iglesias y gloria de Cristo”. ¿No es bello hablar así? ¿hay un jardín con plantas más hermosas? Cuando llama a

Tito “compañero”, la palabra que usa es la misma que conocemos para comunión (*koinonía*). Aunque se trate de la relación entre dos ministros y no entre diácono y ministro, ¿quién afirma con razón que es distinta? Ningún pastor debe tratar a otro con más excelencia que con la que trata a cualquier hermano o hermana. ¿Quién podrá decir que los ministros, los diáconos y los santos todos, tienen que tener diferentes niveles de comunión? ¿No es más bien que todos seamos uno en Cristo? Sí, inmediatamente que un ministro vocacional llega a una iglesia, los heroicos diáconos tienen que procurar tener comunión con él, mucho más que una relación eclesiástica o federal. Como uno tiene que trabajar toda la vida sobre la fe, así mismo sobre el amor fraternal. Si hay una persona que el ministro no debe dejar de amar es a su diácono, si hay una que el diácono no debe dejar de amar es a su pastor.

La otra palabra que usa el apóstol, es “colaborador”, la misma que conocemos como “sinergismo”, donde dos trabajan juntos y de acuerdo. Los diáconos y los ministros son colaboradores para la iglesia, “la gloria de Cristo”. ¡Qué hermoso, “la gloria de Cristo”! Sin embargo, hay más.

Aunque todos trabajen juntos, y se traten como hermanos amados, con dignidad, es bueno que haya *un solo capitán*; el ministro es llamado para eso. Si su oficio lo tiene por designación del cielo, no será “un palo de escoba”, sino un líder guiado por el Espíritu, sabio y confiable. Solamente cuando los diáconos se dan cuenta que el ministro no es llamado por Dios, es más caprichoso que sabio, más astuto que inteligente, más carnal que santo, más egoísta que generoso, autocentrado, es cuando no debe seguir su liderazgo; y si ese mal ocurriera mejor sería que, por el bien de la obra de Dios, con el menor ruido posible, se le pida que “tome otro su oficio”. Si eso fuera necesario, justo ante Dios, ha acontecido una desgracia imborrable.

El ministerio de la diaconía

Los diáconos y el nuevo pastor, toda la vida, cada uno tiene que ocuparse en *su departamento de servicio*; sin invadir los unos la función del otro, trabajar distintamente de modo sincronizado, construyendo, como en tiempo de Nehemías, cada uno con su familia y dones, el tramo que le corresponde. En cada área de servicio, dedicación, entrega, especialización. Es una bendición un diácono especialista; un ministro especialista, con muchos ayudadores. Diáconos y ministros vivos, para que la iglesia no tenga nombre de que vive pero esté muerta; que no haya conflictos ni negligencias que maten el Espíritu y no sólo el sermón “no se mueva”, sino que nada esté muerto o *para morir*. Que los aires del Santo Espíritu soplen sobre todos, especialmente en amor, celo, ardor y anhelo por la casa de Dios y las almas de los perdidos, para que haya compensación entre lo que se invierte y lo que se obtiene; porque ¿qué mérito tiene manejar tanto dinero mensualmente si son pocos los que se salvan? Oh amados, nuestro gran negocio espiritual es ganar almas para Cristo, y todo lo que somos y lo que tenemos, la operación de toda nuestra maquinaria eclesial, es para eso, para que el mundo conozca al Salvador. Cada cosa la adaptamos con ese celestial propósito, al judío como a judío, al griego como a griego, al que está con ley como si estuviéramos bajo ella. A todos hacernos todo, para que de un modo o de otro no haya reuniones estériles, sin edificación ni perspectiva para expandir el reino de los cielos. El Señor nos ayude a que la gran visión de todos, ministros, obispos, diáconos y de los demás santos, sea “ganar algunos” y reflejar “la gloria de Cristo”. Si tienes que ayudar en la selección de un obispo, ten estas cosas en cuenta.

PROCESO DE ADMISIÓN DEL OBISPO

“Si alguno anhela obispado... pero es necesario que el obispo sea...”

1 Tim. 3.1,2

Es asunto muy importante en el que estás trabajando. Recuerda abrir tu Biblia en 1 Timoteo 3.1-7. Si formas parte de lo que ha sido llamado “comisión de púlpito” estás ayudando a encontrar, como aquel varón macedonio, algún apóstol que pase y los ayude. ¿Has notado que dice “**obispado**”? ¿Por qué no dice “anciano” o “pastor”? Cuando Pablo dejó a Tito en Creta no le dijo que se quedara allí para que colocara obispos sino “ancianos” (1.5). ¿Por qué no lo dice? Era natural que si se está comenzando una obra y los obispos son superiores a los ancianos y a los pastores, se comience por ellos, dando requisitos para elegirlos. No, no lo hace porque la palabra “obispos” y ancianos y pastores significan lo mismo. Los requisitos para obispos son los mismos que para pastores. Si compararas Hechos 20.17, donde Pablo hace llamar a “los ancianos”, con 20.28 verás que los califica de “obispos” siendo las mismas personas que ha reunido. La distinción se hace quizás para *enfaticar la responsabilidad*, cuando habla de modo grave y solemne del cargo que se ocupa; eso al menos es lo que me parece en la última cita de su sermón.

Indudablemente que el apóstol no desalienta la vocación, más bien la encomia porque le llama “**buena obra**” o buen trabajo, buena acción. Alguien que estará atento a todas las necesidades del rebaño porque nada está más lejos de la ociosidad que la vocación de un hombre enteramente entregado a la predicación de la Palabra. Ahora bien, si alguien afirma sentir ese “anhelo” y se ofrece o se le pide que venga a cuidar de la iglesia, hay “requisitos” para eso.

1. En primer lugar, Timoteo, que es el superintendente apostólico de la obra en Éfeso, tiene que echarle una mirada

a su vida; ahí empezará el *curriculum* o *résumé* del candidato. ¿Es “irreprensible” o no? Eso lo que quiere decir es que no se pueda acusar de falta alguna, que no haya en su modo nada que lo descalifique, que su honor haya sido preservado íntegro; la misma palabra que en 6.14 se traduce “sin reprensión”. ¿Por ahí empiezan los llamados “résumé” que envían los siervos de Dios para ocupar el pastorado de una congregación? ¿Alguno escribe: “He sido fiel al Señor por más de 25 años y en todo ese tiempo me he guardado sin mancha del mundo y no hay nadie que pueda acusarme de inmoralidad, de haber codiciado oro, plata o vestido de alguno” (Hech. 20.33)? Generalmente, los que anhelan el obispado de alguna congregación comienzan hablando no de sus virtudes morales, no de su fidelidad al Señor sino de sus títulos lisonjeros (Job 32.21). No es que los títulos académicos que un buen hermano haya obtenido sean menospreciables; siempre que no se constituyeran en su fin. Pueden hablar de capacitación. Pero, digo pero, sin que mal entendas, “capacidad” no es sinónimo de vida espiritual ni de consagración cristiana. Los títulos, se colocan en orden después de la vida del ministro. Da pesar que sean tantas las iglesias que no obren como Pablo ni como Timoteo para aceptarlos, sino que esas cosas son las primeras que buscan.

2. El segundo requisito apostólico tiene que ver *con su matrimonio*, “**marido de una sola mujer**” (v. 2); contextualmente se refiere a lo opuesto a la poligamia; no hay prohibición para los viudos ni siquiera para aquel a quien la mujer no ha “consentido” en vivir con él. Es el aspecto *legal* del matrimonio el que habría que mirar, si “legalmente” ante Dios está casado o no y mejor aun el aspecto *moral* de su matrimonio, es si vive inmoralmente o no. Es mirar al candidato *como esposo*; ¿ama a su mujer? ¿le ha sido fiel? Si no puede ser acusado de infidelidad conyugal entonces se prosigue el análisis de su “résumé”: ¿Se lleva bien con su mujer? ¿La trata bien, le es fiel?

3. El tercer aspecto que hay que mirar es *su carácter*, “**sobrio, prudente, decoroso**” (v. 2). Esas palabras tienen mucho que ver con la *forma de actuar* del obispo. Esto Timoteo lo podía hacer porque generalmente el aspirante era un hermano de la misma congregación o de alguna que todos conocían y podía emitir un juicio acertado sobre el carácter, cómo trataba a los demás, etc.

¿Y qué pasa si el que “anhela obispado” no pertenece a esa iglesia, sino que lejos en otra iglesia se halla? ¿Cómo evaluar su carácter? Es algo muy difícil, habría que preguntarle por carta a los miembros de su iglesia o tenerlo por un tiempo lo mismo que los diáconos, “a prueba”. De todos modos el carácter es imprescindible para evaluar un aspirante a obispado porque es el medio por el cual se va a relacionar con los hermanos y hermanas. Preguntas tales como: “¿Qué harías en esta situación que hemos tenido? Si te contaran esto y lo otro, ¿qué hubieras hecho?” Es decir, preguntas *pastorales*; no si predica bien o no, no es un orador lo que se está buscando sino un pastor de ovejas; claro, que también sea “**apto para enseñar**”.

Que sea “**sobrio, prudente, decoroso**” es importante, quiere decir “circunspecto, vigilante y moderado; “**prudente**”, que es *sófrona*, de una mente sana, temperante, discreto, sensato; “**decoroso**”, ordenado. Lo que significa es que sea capaz de tratar a todo el mundo sin producir escándalo, listo para aconsejar sabiamente, respetuoso. Aunque esas no sean las únicas cualidades ellas son muestras de *la capacidad de relación* apropiada que tiene que tener para que no entre en fricciones innecesarias, para que armonice con todos y sea un vínculo de unidad en la congregación. Y junto a esas tres características se hallan las otras mencionadas, “**no pendenciero, amable, apacible**” v. 3. ¿Se encoleriza con facilidad? Una buena pregunta. Otra, ¿es indulgente, perdonador, tiene la *ley de clemencia en sus labios*, su *gentileza* es conocida por todos los hombres? (Fil. 4.5, la misma

palabra). Nota como lo que propone Pablo es que se haga una evaluación de los humores temperamentales del candidato o mas bien que se mire atentamente la madurez de su carácter cristiano.

4. Seguido viene un examen de *sus inclinaciones personales*, “**no dado al vino, no codicioso de ganancias deshonestas**” (v. 3). No existía en ese tiempo, ni muchos siglos después, una ley eclesiástica sobre la abstinencia, pero sí se miraba como algo malo que a un aspirante a obispado le gustase el alcohol; mientras más lejos se hallara de ese uso mejor. Y además Timoteo debía fijarse, o conseguir algún reporte fiable, sobre su inclinación sobre el dinero, qué amor le profesaba, que es más o menos lo que significa *aphilarguron*, la palabra original usada. Hay que hablar con él de dinero y por medio de lo que quiere, por lo que se le puede dar, deducir su amor por ese metal (que es plata la que él menciona; la misma palabra hallada en 6.10). Un pastor que ame la plata, avaro, es una calamidad y su ministerio se llena pronto de muchos problemas y rara vez acaba bien.

Estos dos hábitos personales son importantes; ya la mayoría de los obispos modernos no tienen problema con el primero, pero sí no pocos con el segundo. ¿Se le pregunta esto a quien **anhela obispado** aquí o allá? ¿Qué espera financieramente usted de nuestra iglesia? Sin embargo si hay obispos que aman “la plata” también hay iglesias que la aman y son más dispuestas a invertir en otras cosas: arreglo del templo, pianos, órganos, alfombras, que en el ministerio. Son dadoras alegres para votar por el cambio de una puerta o comprar una campana, pero dan más vuelta a una moción de subir un cinco por ciento al salario del pastor que las que dio Sansón en el molino de los filisteos.

5. El otro punto para examinar a un candidato a obispo es *su familia*, “**Hospedador, que gobierne bien su casa... pues el que no sabe gobernar bien su propia casa, cómo cui-**

dará..." (vv. 4,5). He puesto el hospedaje dentro de la familia porque ella tiene que ver y cooperar con él. Si su mujer se opone a recibir visitas, especialmente a los extranjeros, ¿quién irá allí a pedir alojamiento? Si la iglesia prefiere puede tener un local para hospedar a los invitados, que no sea en casa del pastor, o quizás un capítulo en el presupuesto para pagarle algún "mesón".

La familia es importante, aquellos que él tiene cerca suyo, pero no tanto *cómo es* su familia, sino *cómo él* la conduce, cómo la dirige o como se traduce, **gobierna**. Y estrictamente como la está gobernando, en presente activo. No cómo sean sus hijos, si buenos y obedientes o rebeldes, sino cómo él los gobierna, qué hace él con ellos y si los *sujeta* bajo su autoridad, "**sujeción**". El pastor es el centro de atención, se mira su familia pero a través suyo. Es bueno que sus hijos sean obedientes, pero si hay algún díscolo, ¿qué?

Si algún hijo no quiere obedecer pero él lo somete, no hay problema, el impedimento para el apostolado está si él, como el antiguo Elí, no hace nada para impedirselo. No se debe valorar absolutamente el ministerio de un obispo por el cómo son sus hijos, sino el cómo el los gobierna. Si su gobierno es bueno e irreprochable, la culpa es de los rebeldes no del padre. Un buen obispo que tenga la desgracia de tener algún hijo *acusado de rebeldía*, no debe ser mirado con menosprecio como si él hubiera sido el culpable de haber fallado en la crianza. ¿No conoces a excelentes diáconos que les pasa lo mismo? ¿los echarías del diaconado por aquella hija indigna? ¿no sería más David "el dulce cantor de Israel" porque su peludo Absalón fue un ambicioso? Ya bastante dolor lleva por dentro. De todos modos su casa debe ser un modelo de orden y gobierno, para presentarlo a la iglesia que de por sí no es más que una casa o familia mucho más grande.

6. Otro requisito se centra en *su salvación*: "**no un neófito**" (v. 6), concretamente en *el tiempo* que lleva de convertido; no

debe ser un recién convertido por algunas razones. Este requisito es apropiado para la iglesia de Éfeso donde se halla Timoteo y la obra es relativamente joven y no se trata de nombrar como anciano a un experimentado hermano de otra congregación. En ese caso se le preguntaría: “¿Qué tiempo llevas como pastor?”, pero aquí no, sino, “¿qué tiempo llevas como cristiano?”

En un caso o en el otro la pregunta es mejor porque lo que se intenta es *medir la madurez espiritual* que viene con los años y que uno que hace poco conoció a Cristo no puede tener. El obispo debe ser una persona espiritualmente madura. Generalmente los ancianos de la iglesia lo eran también en edad, casados y con hijos; pero la edad de la persona no era tan importante como su edad espiritual; porque la experiencia espiritual comienza con el nuevo nacimiento y no con el físico. Sin embargo, dicho de paso, las iglesias primitivas se sentían inclinadas a darle el obispado a *ancianos* más que a jóvenes; y si las modernas meditaran bien en esas ventajas posiblemente harían lo mismo, usarían más a los siervos que ya están “retirados” y no votarían tan apresuradamente por un novato sin artritis.

De las últimas cosas que un cristiano aprende está *la humildad*; y aunque el comienzo de la vida cristiana tiene muchas cosas hermosas, amor, celo, generosidad, también tiene mucha arrogancia y se mira a los otros como algo apáticos, apagados, y si es obispo prematuramente ungido, como a inferiores. Contrariamente a la humillación en su conversión, el neófito es orgulloso y se cree mucho más de lo que es de modo que por su soberbia puede caer en el juicio del diablo y de un ángel de luz convertirse en un demonio. La falta de experiencia cristiana en muchos obispos les ha ocasionado innumerables contratiempos que hubieran podido evitarse si ingresaran al obispado en una edad un poco más tardía.

7. Y el último requisito tiene que ver con *su testimonio en el mundo*: “**que tenga buen testimonio de los de afuera**” (v. 7). Si el testimonio principal de los diáconos es dentro, con sus hermanos en la iglesia (Hech. 6.3), el del obispo es en los dos lados, en la iglesia y en el mundo. La iglesia nace para ir de cara al mundo, es su campo de acción, en especial el del obispo, ¿cómo hará *obra de evangelista* si no tiene un testimonio seguro entre los que trata de ganar para Cristo? “**Des-crédito**”, palabra que en primer lugar se refiere a la fama, al carácter y se usa también como “vituperio” en Romanos 15.3: la mala fama de un obispo en el mundo es algo funesto para esa iglesia, decrecerá hasta morir. Hay que fijarse cómo el mundo piensa de uno que quiere ser obispo, si lo tiene como una persona ordenada, decorosa, amable, santa o como un villano y un aprovechador que usará *la piedad como fuente de ganancias*. Quizás harían algunas entrevistas en su barrio.

La conclusión no es que estés buscando un varón perfecto; pero al menos esos requisitos son buenos, los elementales para tener como heraldo de la iglesia y del mismo diaconado, a alguien que también esté *lleno de fe, del Espíritu Santo* y además, como Apolos, *varón elocuente, poderoso en las Escrituras* (Hech. 18.24). Esas cosas, pienso, son las primeras en orden para calificar como bueno un “*résumé*”.

3

El ministerio del diácono y la diaconisa

Es bueno conocer los requisitos que Dios establece para elegir a otros, para juzgarlos *con justo juicio* y para no condenarse uno *en lo que aprueba*, pero es más provechoso personalmente, conocer las cosas que se le exigen a uno mismo para poder *procurar los dones espirituales*. Aquí tienes otra exposición del clásico texto sobre los diáconos (1Tim. 3.8-13).

Ten tu Biblia lista y ve subrayando sobre estas páginas aquello que a tu juicio sea muy importante.

“Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dado a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas, que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia. Y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado si son irreprensibles” (1 Tim. 3.8-10).

Ahora vienen los requisitos para los diáconos porque parejo con el ministerio de la Palabra en la iglesia primitiva, se hallaba el servicio a los pobres, uno al lado del otro. Dos oficiales, los que predicaban la Palabra y los que la hacen real por medio del servicio a los convertidos. Estos son los mismos que se eligieron al principio en Hechos 6.1-7 pero que ya por esta época, por el buen uso que estaban teniendo, formaban parte de la organización apropiada de una iglesia establecida.

No hay requisitos (como oficiales de la iglesia, en las pastorales) para “apóstoles, profetas, evangelistas”, pero sí para obispos y diáconos. Permanentemente la iglesia habría de tener estas dos clases de obreros, los pastores y sus ayudadores los diáconos.

ADICCIONES EN ALGUNOS

El primer requisito, lo mismo que para el obispo, la iglesia debe fijarse en su vida cristiana y sus adicciones personales, “honestos, sin doblez, no dados al vino, no codiciosos de ganancias deshonestas”, o estrictamente mejor quedaría si dijera, que sea un hombre “honesto” sin ningún tipo de adicción; porque la palabra que usa el apóstol referida al vino es *proséchontas*, cuyo primer significado es “adicción” o tener la mente fija en algo. El diácono no debe ser alguien esclavizado a su lengua, que por cierto, lo que el apóstol dice es más que hábito de chismografiar, es “doble lengua”, “doble”, decir algo por un lado y otra cosa por el otro. Estos dos requisitos son importantes para el cargo en cuestión. En tiempo de mucho calor un diácono podía llegar al hogar de algún hermano, especialmente a quien le traía alguna ayuda, y sentarse a platicar sobre diversas cosas y ahí mismo comenzar a hablar desmedidamente toda palabra ociosa y hasta murmurar diciendo lo que no tenía que decir; para evitar que dentro del diaconado se introduzcan hombres así, fáciles de lengua, es que se pone el requisito, que no diga una cosa por otra siendo inestable en su carácter.

Estando aún de visita la menuda conversación pudiera hacerse más agradable y en vez de beber agua venga el vino, un vaso, luego otro y abandonar su visita de humanidad dando traspies en la calle. Los psicólogos llaman *adicción* a estos tres pecados: chismear, alcoholismo y avaricia. Pablo también emplea la palabra *adicción*, pero es más que una cuestión puramente psicológica, es espiritual y su cura, como cualquier

tentación, es el arrepentimiento frente a Dios. (Conlleva una declaración de autovencimiento, como enseñan los Alcohólicos Anónimos). Si un diácono tiene una cara para el obispo y otra para los demás, ¿quién lo recomendará? Ahora, lo más posible es que no se entregue al vino en sus visitas porque una viuda pobre, ¿qué podría ofrecerle?

Además, es un requisito para considerar *antes* de escogerlo como diácono y no luego, porque dice que se someta “**a prueba primero y ejerzan el diaconado si son irrepreensibles**”. El examen tiene que hacerse previo al nombramiento, el estudio antes de la aprobación. Las “ganancias deshonestas” es también una “adicción”, aunque aparece dentro de los requisitos de los obispos en Timoteo, la palabra que se usa no es la misma, pero sí igual que en Tito 1.7. Es una ganancia *sórdida* o sucia, quiere decir que el diácono, aunque el candidato sea un próspero negociante, un hombre de dinero que aporte mucho para el sostenimiento de los ministerios, si se sabe que no está limpio en su trabajo, si su riqueza crece impuramente, “sórdidamente”, ese hombre influyente en el mundo no debe ser diácono de la iglesia de Jesucristo, es una mancha. Diácono sin adicciones.

Doctrina y vida del diácono

El segundo requisito es tributario en parte del primero, *que no padezca ambivalencias*, que no haya contradicción entre las doctrinas que sostiene y su conciencia cristiana, “**el ministerio de la fe... limpia conciencia**”. Cuando en otros lugares se lee sobre el concepto de Pablo sobre un buen ministro de Jesucristo, la *buena conciencia* es algo importantísimo (véase 1.19,20), una gran ayuda para encontrar el procedimiento correcto en muchas situaciones, la voz de Dios en el interior que va detrás de la Escritura. El diácono debe ser un hombre con una conciencia limpia, sensible, que lo mantenga enternecido para toda buena obra. Un hombre puede tener éxito en preservar su reputación porque esconde lo malo que hace, pero no la limpieza de su conciencia. Si un hermano, sea quien

sea, anda en malos manejos, inclinado a los tragos y buscando dinero de modo sucio, con *pesas falsas*, con fraudes, juegos; no se le debe seleccionar para que obre en un ministerio que expresa cabalmente el amor al hombre. Hay quienes, mirados por los labios, expresan un credo limpio e irreprochable, no hay objeción alguna para el sistema doctrinal que profesan. Asienten con ambas manos y rodillas a todo *el consejo de Dios*, reciben como verdad central del cristianismo “*el misterio de la piedad*, que Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (3.16); son *trinitarios*. Pero eso no basta, no es suficiente con pasar el examen teológico y ser declarado “ortodoxo”, “conservador” o quizás “armíniano” o “calvinista”, “premilenario y pretribulacionista”. No, eso es sólo parte del examen de un diácono. Es importante porque el pobre Nicolás no tuvo consistencia doctrinal y cayó de la gracia; pero es sólo la parte. Una vez que un nombre se ha estudiado *doctrinalmente* hay que seguir adelante y no quedarse ahí, pasar a ver su vida y si se halla que profesa algo pero vive de otro modo, cancelarlo.

Tiempo para funcionar

En cuando a la práctica de designar un hermano, colocarlo por un tiempo en el trabajo de diácono, para luego ordenarlo si es “**irreprochable**” es una costumbre muy extendida, pero errónea. Lo que el apóstol dice es que “previamente” a la ordenación al diaconado se examine la vida de quien se piensa que puede ayudar a los pobres. Como los diáconos nunca son elegidos de otras iglesias, como pueden ser los obispos, es fácil poder chequear si es un apropiado *sirviente*, si es alguien que le gusta servir a los hermanos. La iglesia, a veces mejor que los obispos, conoce a sus miembros, y no necesita mucho tiempo para saber si un hermano es servicial o por el contrario lo que le gusta es que lo obedezcan y lo sirvan como un señor. No hay que esperar tanto para ordenar un diácono. Las iglesias que practican ese período de prueba se encontrarán

con la dificultad de tener en un mismo grupo hermanos que ya han sido ordenados, a quienes mucho tiempo atrás se les han impuesto las manos, y otros que aún no son ordenados. Eso crea una especie de superioridad en los más viejos y pueden tender a creerse mejores o más completos y con más privilegios que los recién escogidos.

En caso de que un diácono no funcione bien *después* de la imposición de manos, pues se puede relevar sin más contemplación, ¿quién ha dicho que la ceremonia de *ordenación* es para toda su vida, pase lo que pase? No, es un acto solemne de consagración a Dios, que indica que el presbiterio y el resto de sus hermanos lo dedican plenamente al ejercicio de ese ministerio; pero si fallara en sus deberes, ¿por qué respetar lo que él tomó tan ligero y como nada? El mismo con su actitud puede darle “carta de divorcio” a su ministerio y *habiendo sido heraldo para otros venga a ser desechado*.

Para evitar fricciones y mal ambiente en tal caso, harían falta al menos dos cosas. Primero, una clara conciencia que el ministerio diaconal como cualquier otro cargo en la iglesia debe anualmente ser revisado, es un gran ministerio pero siempre en dependencia de una renovación personal o eclesial. Puede quedarse en el cargo casi indefinidamente si se mantiene sirviendo. Si los diáconos se eligen haciéndoles creer que son superiores a sus otros hermanos, que es un cargo más importante que el que tienen las señoras, los caballeros o el director de la escuela dominical, con más autoridad, entonces será difícil sin molestar, bajar a alguien con tantos humos en la cabeza. Pero si se ha enseñado que es una pura responsabilidad laboral, aquel que a sí mismo se vea que no está cumpliendo a cabalidad con sus obligaciones, no insistirá en que se le renueve su designación. (¿Recuerdas lo que hizo un diácono cuando Spurgeon llegó a Londres, cómo renunció para no ser impedimento?) Dará un paso afuera sin ofenderse: la condicional apostólica “**si son irrepreensibles**”, nunca debe perderse de vista para por ella evaluar el trabajo del diácono.

¿No hay una comisión de *evaluación* en la iglesia, que analiza el comportamiento anual de los elegidos? ¿por qué no incluir al diaconado también? Sólo los pastores son los que no se renuevan anualmente, a menos que sus ministerios resulten escandalosos y en ese caso (o que sean infructíferos), se toma la decisión de poner un relevo no anualmente sino en el momento más apropiado.

“Los diáconos sean maridos de una sola mujer y que gobiernen bien sus hijos y sus casas; porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús” (1 Tim. 3.12,13).

El diácono como esposo

En sentido general, sin contarlos, los requisitos para los pastores son más que para los diáconos porque su esfera de influencia y su trabajo es mayor, más solemne; sin embargo, sus hermanos diáconos, los cercanos colaboradores suyos, le siguen los talones. *Como esposo*, no debe ser menos que si fuera un presbítero. Fíjate, no es que el diácono *se considere* igual que un pastor, sino que *se le exige igual*. Son dos cosas distintas; Pablo pudo haber escrito: “Y para los diáconos digo lo mismo que para los obispos” y punto, que lean las mismas exhortaciones.

Pero no hace eso, repite algunas, omite otras, así resulta más personal y abate fácilmente la posibilidad de que alguno encuentre alguna excusa para ser menos riguroso consigo que con su anciano; o que piense que hay una misma horma para los dos. El mismo trato que la iglesia vigilante y el diaconado pide que le de el obispo a su esposa, así que lo tenga él con ella. El mismo trato que espera de un predicador del evangelio para sus hijos, déselo el diácono a los suyos. Me parece que aunque no sea predicador, el evangelio es la regla de conducta para todos, santos, obispos y diáconos; y con la misma condescendencia hacia la familia que el diaconado quiere que sus hijos sean juzgados, así páguesele igual misericordia a la familia del obispo. La iglesia no debe tener una medida para

los hijos de sus diáconos y otra más severa para los de su pastor.

Un trabajo difícil; la posibilidad de cesación

Con todo, hay una promesa hecha a los diáconos entre los “requisitos” que no se le escribe a los obispos (v. 13), “**ganan para sí un grado honroso y mucha confianza**”. Con todo, mirada estrictamente la escritura, no es una promesa, sino más bien revela las consecuencias que traerán sobre la vida de un diácono el hecho de que trabaje bien en su oficio. ¿Por qué se les dice eso? Yo puedo leer en eso *el difícil trabajo de un diácono*; sí, lo leo de ese modo, por dos cosas.

Primero, ¿no te acuerdas que dice: “sean sometidos a prueba primero”? v.10. Había que fijarse primero si era una persona que pudiera encargarse de ese trabajo, no todos servirían para él; si era un gran cristiano o un mediocre. Cuando se empezaba a buscar, para hallar algún diácono, había que descartar muchos nombres que “parecerían” que servirían para la responsabilidad, pero mirados más cerca, había que desecharlos, por alguna razón u otra. El trabajo del diaconado es algo muy difícil; el diácono está metido en el corazón mismo de la iglesia y todo su oleaje y estreñecimiento pasan por encima de él.

Segundo, cuando Pablo dice: “**porque los que ejerzan bien el diaconado**”, hace presumir que otros no lo iban a desempeñar bien. Lo que escribió fue: “**porque los que bien ministraron**” o “habiendo ministrado”, es un participio presente; Pablo está hablando por la experiencia que ha vivido y escribiendo lo que ya sus ojos han visto.

Sabe que el diaconado es algo difícil y algunos que *parecen* servir como diáconos, reúnen las cualidades, luego en la práctica no pueden seguir y tienen que abandonar el cargo. No hay ninguna deshonra en que un diácono se de cuenta que su trabajo es demasiado para él, que le está afectando su familia y su misma comunión con el Señor; hace bien entonces que con franqueza pida a la iglesia que le busque algún

relevo. Es mejor que haga eso y no que se diga que no está ministrando “bien”, sino mediocre o parcialmente. No hay por qué retener una posición si no se cumple con ella como se necesita.

Quizás por el tiempo, las condiciones, la salud, es mejor que un diácono permita que otro lo reemplace en su puesto. Si nunca ha tenido el diaconado como una posición de superioridad, si jamás se ha creído que la nominación lo colocó por encima de sus demás hermanos, no se resentirá en modo alguno en darle paso a un sustituto. Sería una verdadera desgracia para su espíritu que mirándose salir del cargo se acongoje como si algo terrible le ocurriera, como si fuera despedido deshonorosamente y sintiera que es objeto del menosprecio de sus otros consiervos.

El obispo, amigo de los diáconos, puede ayudar mucho con su exhortación, sugerencias, estímulos, para que si alguno de ellos se va quedando detrás se apresure. Si usa reanimación primero, quizás no haya que enterrarlo; y es mejor hacerlo como Juan quería “*boca a boca*”. Hago hincapié en esto de la salida de un hermano, porque se cuánto problema la situación difícil puede ocasionar. Con los que ejercen bien el diaconado no hay ningún problema, sino con los que no lo ejercen bien. En caso de que algo súbito (enfermedad, accidente) no permita que un hermano siga diaconando, se le puede retirar con el título de “diácono de honor”, sin excluirlo.

El que nunca se ha creído haber subido por encima de sus hermanos, al contrario, el que ha tenido su diaconado como una *necesaria humillación*, no se sentirá menospreciado por nadie aunque por un tiempo quizás traspase su responsabilidad. Al contrario, habría que juzgar el diaconado de modo muy carnal para pensar que se ha perdido estima al dejarlo, porque ¿quién pierde la estima de los demás porque no se incline más a lavarle los pies? ¿quién se disminuye porque ya por un período cese de usar la toalla y recolectar ofrendas para otros? ¿qué “sirviente” (diácono), mirado car-

nalmente, con el ojo oscuro del mundo, podrá sentirse mal porque ahora no tiene que “levantar polvo” para asistir a las mesas? Un período para refrescar, cobrar energías, o simplemente para darle oportunidad a cualquier otro, siempre viene bien; hasta puede resultar en un incremento de la visión para el oficio, porque mirando las cosas desde afuera se pueden ver mejor que desde adentro.

No, hermano, ninguna posición en la iglesia es vitalicia, ni es un pedestal del cual no podemos bajar. Hay veces que servimos mejor la obra que amamos poniéndonos a un lado que ocupando un puesto sin poder desempeñarlo. Mientras uno tenga el espacio ocupado y se aferre a él con las dos manos, los pies, las uñas y los dientes, aunque no haga mucho, ¿quién osará arrancarnos de él? ¿quién podrá venir y servir al buen Maestro si no lo dejamos? El diaconado es un trabajo muy fatigoso, razón tiene Spurgeon cuando dice que hace falta un mejor hombre para hacer un diácono que para hacer un obispo.

La distinguida posición de un diácono

Nota que dice, “**los que ejerzan bien**”, los que “diaconen” bien, los que “ministren” bien; no dice los que “dirijan bien” o “los que gobiernen bien”. El sitio que el diácono tiene para “gobernar” (exceptuado como miembro de la democracia) no es la iglesia, es su casa, v. 12. Nunca se usa la palabra “gobernar” o “dirigir” en relación con el diácono y su iglesia, en tal caso es el obispo el que dirige, como se dice en 5.17; y la palabra que utiliza el apóstol es “dirigir con autoridad”, “ir delante” para decir por aquí, por allí, por este sitio sí, por aquel otro no. Quiere decir, que eso de “gobernar” desde arriba sin hacer nada, ni para el obispo se aplica. Es más bien, el señorío *del ejemplo de la grey* (1 Ped. 5.3): no como las naciones del mundo con sus “gobernantes”. No hay base para que un diaconado tome las riendas de la iglesia, podrá hacerlo allí donde el obispado es menoscabado, quitado de su sitio y donde el que maneja el dinero es el que manda.

La palabra que se traduce en 3.5, “**cuidará**”, refiriéndose al obispo, nota que fue un cambio que intencionalmente se hizo para no usar “gobierne” en el v. 4; y significa más bien “tener cuidado”, “estar a cargo”. Hay cosas que el obispo, como padre en su hogar manda, tiene una autoridad celestial un poco distinta a la que tiene en su iglesia; y de todos modos su preocupación mayor es por nutrir, atender, estar al cuidado de la casa de Dios. Eso es lo que significa en la práctica “gobernar” la iglesia, cuidarla como Cristo mismo.

¿Cuál es la *posición* que tiene un diácono? Digo “posición” porque donde dice “**un grado honroso**”, la palabra es “posición”, palabra que significa “un paso”. Ya conoces por la historia que esa posición, eso que “gana” u “obtiene” no son ni méritos carnales, ni alguna posición “jerárquica”, los diáconos son diáconos y seguirán siéndolo, ¡Dios lo quiera! hasta sus muertes. Se ha visto que no es el paso inferior para ser obispo y menos sacerdote. Es cierto que el diaconado es un puesto muy privilegiado donde el diácono *avanza* no de un cargo para otro, sino dentro del mismo suyo, avanza espiritualmente y su alma se agranda, crece, se purifica, se renueva día por día y se convierte en mejor cristiano con el curso de sus años de servicio. Se espera eso porque se ha visto eso, se conoce que un diácono cada año es mejor, más humilde, más servicial, más útil, más amable, con un corazón mucho mayor que cuando empezó. ¿Pasa en todos? No, pero es el ideal. El diaconado es un medio para recibir *gracia* para santificar la vida entera; avanza él y hace avanzar la iglesia que sirve.

Avanza su influencia; da un paso más, otro y otro. llega muy lejos en la vida de aquellos que sirve; hasta que como al anciano *lo tienen en mucha estima*. Él no se ha fabricado, no ha comprado con lisonjas la posición que tiene, la ha “obtenido”, no se la han regalado, la ha *ganado*; es algo que él compró, diciendo, con mucho sudor, paciencia y oración. No ha habido alguna “promoción” en la iglesia, no lo han “ele-

vado” a alguna escala más digna, no, pero *ante los ojos de su iglesia*, de su obispo, del mundo y de los ángeles de Dios, él es como uno de ellos, ¿no miraron los hermanos así, *como un ángel*, el rostro del primer diácono mártir? Si le preguntaras a un buen diácono: “¿cómo es que los hermanos te quieren tanto? ¿cómo es que hablan tan bien de ti? ¿por qué te confían tantas cosas, pertenencias y secretos? ¿qué has hecho para llegar tan lejos dentro de sus almas? ¿por qué quieren saber tu preferencia por un candidato antes votar? Quizás por humildad responda: ¡No sé! Pero todos sí lo saben, por su trabajo, se lo ha ganado, no como Diótrefes que le gustaba *el primer lugar* pero lo agarró sin pertenecerle.

Pablo sabía que había diáconos que alcanzaban “**mucha**” confianza de parte de la iglesia, hasta casi se hallaba asombrado. No hizo nunca, no lo haría, tratar de evitar por algún celo que los hermanos no confiaran tanto en sus diáconos. Ellos se habían ganado esa confianza y él no se las quitaría. ¿Por qué le pedían consejos? ¿por qué los llamaban a orar como si fueran ancianos? Por la confianza que le tenían.

El diácono es como su Señor, que *no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo y estando en la condición de siervo se humilló*. No, no usa “rapiña” ni “usurpación”, Jesús se despojó, y luego Dios “hizo más que exaltarlo”. El diácono igual, se “despoja” y luego su Dios lo pone bien alto, no los hombres, no la iglesia. Su reconocimiento viene más alto, no como título, no como una placa sino del cielo.

Su Dios lo premia por su trabajo y la alta estimación que todos le tienen, el cariño que le dispensan, es el aplauso de la Deidad. No, no es “**grado**”, es “posición”, no es un símbolo militar sobre el pecho, es un puesto más elevado donde se ponen los pies, uno de los pasos o peldaños de la escalera empinada que sube hacia el cielo.

Dicen algunos comentaristas que “**mucha confianza**” se refiere al denuedo que adquieren ellos mismos para *predicar*.

¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Esa idea es completamente ajena a todo el texto y al trabajo mismo del diácono. Un diácono podrá predicar, sabrá hacerlo si Dios lo ha dotado y si ha tomado algún curso de homilética; será un excelente auxiliar doméstico del púlpito en las vacaciones o imposibilidades del pastor. Pero eso no tiene que ver con su diaconado a no ser el buen prestigio y la buena fama que como unguento adornen sus sienes. El propósito de elegir diáconos no fue que salieran por las casas a predicar, sino a servir. Si Esteban y Felipe salieron predicando no fue porque desde alguna casa lo hicieron. No hay que ser diácono para ser predicador, se puede ser uno siendo o no lo otro. Entonces, ¿los ancianos tendrían que hacerse diáconos primero? Dentro de los requisitos que se colocan para el diaconado no existe éste: “**apto para enseñar**”; eso fue lo que se pidió para un obispo. Si enseña, si predica, es *aparte* de su diaconado. Que un diácono llegue luego a ser elegido como anciano, ¿por qué no? Pero no todos los diáconos tienen que fungir como ancianos.

“Mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús”, es la confianza que los hermanos y el obispo depositan en él; una confianza bien ganada, bien establecida, se la merece, es tributo que se paga al que tributo se debe, honra al que ha servido como para que se le otorgue. ¡Reconocimiento inmortal para los servidores de Cristo, de la iglesia y de los ancianos!

LAS DIACONISAS

¿Te resulta espinoso este tema? ¿Has oído mucha discusión sobre si las mujeres deben o no ser diaconisas, si deben o no ser ordenadas al diaconado? Vamos a intentar analizar el asunto, seguro hallarás un poco de luz al respecto. Haremos lo de siempre, vamos a la historia y a la Biblia; lo que la iglesia no puso en práctica en sus primeros días y lo que no sea bíblico es añadido y no necesariamente tiene que ser practicado hoy en día.

Pero primero que todo voy a transcribir algo de lo que leíste en el primer capítulo de este curso.

“En cuanto a las mujeres, hubo diaconisas, aunque el origen de tal costumbre no se sabe. La información más tardía que poseemos de eso se halla en la literatura del tercer siglo que describe los deberes de ellas en detalle. Se usaban para ministrar principalmente a las otras mujeres y en cambio los diáconos a los hombres. Ayudaban a las mujeres recién convertidas enseñándolas a vivir pura y santamente y cuando iban a bautizarse. Del mismo modo las bañaban después que pasaban alguna enfermedad. (Connolly, *op.cit.*, pp. 146-148).

”Las diaconisas se originaron primeramente en las iglesias orientales debido a la posición de reclusión que la mujer tenía, que hacía necesario un ministerio especial para ellas. No aparecen en las iglesias de Occidente hasta el quinto siglo y en Roma hasta el octavo. Su número dependía del crecimiento de la congregación. Fueron escogidas aparentemente de dentro de las viudas que ya estaban sirviendo a las mujeres en la congregación (1 Tim. 5.3-16). Tuvieron un papel menos importante en la adoración que los diáconos y no podían aspirar como ellos a un oficio más elevado. (Davies, pp.3-6).

”En cuanto a la ordenación es evidente que no se practicó durante los tres primeros siglos. El origen de tal práctica se desconoce aunque se asegura que tuvo lugar dentro de las iglesias del Oriente; nunca en Occidente. Existe un escrito sobre el procedimiento. Después de un previo y cuidadoso examen, el obispo le imponía las manos en presencia del presbiterio, de los diáconos y otras diaconisas; luego acababa el servicio con una oración”.

Para continuar sobre la línea histórica del asunto he tomado el capítulo XIV, “Las diaconisas”, del libro “*Deacons Handbook*”, escrito por Gerard Berghoef y Lester De Koster, publicado por Christian’s Library Press; pp. 93-96.

“El Señor fue servido en su ministerio terrenal, por mujeres que iban con él de un lugar a otro; así escribe Lucas: ‘Acon-

teció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades. María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes' (8.1-3)."

Marcos reporta que en la crucifixión: "También había algunas mujeres mirando de lejos, quienes, cuando él estaba en Galilea le seguían y le servían" (15.40.41); y Mateo dice lo mismo (27.55).

Es natural que tales servicios hechos al Señor en el cuerpo, sean hechos también al cuerpo ahora, del cual el Señor es su cabeza, quiero decir, la iglesia. Las mujeres que le sirvieron fueron llamadas "diaconisas". Pablo escribe a la iglesia de Roma. "Os recomiendo además a nuestra hermana Febe, la cual es diaconisa de la iglesia de Cencrea; que la recibáis en el Señor, como es digno de los santos, y que la ayudéis en cualquier cosa que necesite de vosotros; porque ella ha ayudado a muchos y a mí mismo" (16.1,2).

Puede ser que el apóstol tuviera las diaconisas en su mente cuando instruye a Timoteo en relación con las cualidades para diáconos. "Las mujeres asimismo deben ser honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo" (3.11); aunque esto puede aplicarse a las esposas de ellos. De cualquier modo, esas calificaciones deben ser aplicadas a cualquiera que sirva a la iglesia como diaconisa.

Las viudas que reciben ayuda de la iglesia son especialmente aptas para ser diaconisas y Pablo prescribe sus cualidades. "Sea puesta en la lista la viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido, que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado sus hijos; si ha practicado la hospitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra" (1 Tim. 5.9,10). Lo que el apóstol aquí quiere evitar es

sacar las madres afuera de sus hogares para servir como diaconisas. Más bien se refiere a aquellas que ya han terminado de criar a sus hijos y pueden hacer lo mismo, envolviéndose en dar y recibir asistencia a la familia de Dios.

Como los diáconos, las diaconisas jugaron un papel prominente en la iglesia de Calvino en Ginebra. Sirvieron como enfermeras para los indigentes en los hospitales de la ciudad; cuidaban a los inválidos y a los ancianos en sus hogares. Extendían la mano de la iglesia a todo sitio donde se necesitara y fueron sus ojos y oídos para los entristecidos. El trabajo de ellas fue supervisado por los diáconos que a su vez recibían la supervisión del famoso Consistorio de Ginebra.

En cooperación con, y bajo la guía del diaconado congregacional (el cual está supervisado por los ancianos) las diaconisas realizan tareas como las siguientes.

1. Servicio a los ancianos, los enfermos y los inválidos. Los que podían incluir:
 - a. Cuidado a los enfermos.
 - b. Hacerles las comidas o llevárselas.
 - c. Cuidado de sus casas y arreglos de ropas.
 - d. Cuidado, por medio de otros, como arreglos diversos.
 - e. Acompañándolos en la soledad y leyendo para ellos.
 - f. Un ministerio de tarjetas, cumpleaños, aniversarios, etc.
2. Guiando a la juventud, en especial a las madres jóvenes.
3. Enseñanza en el cuidado del hogar, en especial cocinar y cómo manejar la economía.
4. Cuidado básico del niño, limpieza y salud.
5. Identificación con la madre que sufre con los problemas de sus hijos, que se haya fugado, o que tenga un esposo alcohólico o tenga problema con la justicia.
6. Enseñando a los niños, aconsejándoles sobre las verdades bíblicas.

7. Desarrollar, en coordinación con la iglesia, un depósito de alimentos y ropas para los pobres que lo necesiten. Para esta clase de proyectos los diáconos deben alegremente cooperar.
8. Proveer cuidado y consejo para los que se fugan del hogar, para los rebeldes, para las adolescentes embarazadas, para las madres no casadas.
9. Formar un equipo para mantener una línea de teléfono abierta para los que lo necesiten.

Bienaventurada aquella congregación que ve y aprovecha las múltiples oportunidades que tiene para el servicio con las diaconisas, especialmente capacitadas para todo ese servicio y hace sus arreglos para que se lleven a cabo.

Los diáconos y las diaconisas, bajo la supervisión general del pastor (o los ancianos), pueden trabajar en conjunto; sin que se pierda tiempo y esfuerzo en luchas entre ambos.

Pudiera haber, además, competencia (en este tiempo de movimientos de liberación) pero eso se resuelve con el ejemplo y las enseñanzas del Señor. El Señor, después de lavar los pies a sus discípulos dijo a los de su iglesia. “Ejemplo os he dado para que como yo os he hecho vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo, el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas bienaventurados seréis si las hicierdes” (Jn. 13.15-17).

Feliz aquella iglesia que “la competencia” entre sus oficiales consiste en ver quien sirve más. No renunciando a las responsabilidades que cada uno tiene según para lo que ha sido llamado, sino ejerciéndolas en amor.

Las congregaciones que no usan el servicio de las diaconisas pierden oportunidades de servicio en equipo. Los diáconos y las diaconisas que confunden lo que es trabajar por los demás con trabajar por sí mismos, pierden el gozo que da hacer por la obra del Señor.

Las diaconisas en la iglesia

Aunque Febe es la única diaconisa mencionada en la Escritura, la práctica de elegir mujeres para este cargo fue común en la iglesia antigua. Se pusieron algunos requisitos para elegir las:

1. Tenía que ser viuda.
2. Haber tenido hijos y criado una familia.
3. Casada una sola vez.
4. Un mínimo de cuarenta años; se preferían a las mayores.
5. De modo excepcional algunas vírgenes eran aceptadas y se les llamaba “viudas”.

La iglesia aplicó algunas restricciones:

1. Eran elegidas para ese trabajo pero no se instalaban con alguna ordenación o imposición de manos.
2. No ejecutaban funciones sacerdotales.

Tareas como estas realizaban:

1. Atender a las mujeres enfermas.
2. Enseñar a las recién convertidas para que se bautizaran.
3. Llevar mensajes del obispo a las hermanas.
4. Visitar a los mártires que iban a ser muertos.
5. Supervisar la conducta de las mujeres en los servicios de adoración; especialmente cuando se sentaban juntas.

El concilio de Orange, en el 441 d.C., decidió prohibir a las diaconisas y por cinco o seis siglos no hubo ninguna. Las mujeres reaparecieron en el servicio diaconal con el nombre de *diaconisa*, un nombre aplicado a las esposas de los diáconos que los ayudaban en el servicio de misericordia.

Como ya hemos observado anteriormente, fue durante el tiempo de la Reforma y especialmente en Ginebra, que las diaconisas regresaron a la iglesia. La práctica ha variado

desde entonces y continúa hasta nuestros días, desde donde no se usan, hasta la instalación de algunas como diáconos”.

Una exposición bíblica

“Las mujeres asimismo, sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo” (1 Tim. 3.11).

LAS DIACONISAS, BUENA OPCIÓN

Este es un versículo disputadísimo; unos piensan que “**las mujeres**” se refiere a las esposas de los diáconos; y pudiera ser verdad, pero no dice “sus mujeres”; en contra de esto está la alegación de que cuando habló sobre los obispos no mencionó a sus mujeres, ¿por qué entonces mencionar algún requisito para las esposas de los diáconos? Otros, siguiendo el contexto afirman que tiene que tomarse como “**diaconisas**”, las cuales ya existían en ese momento y se refiere en 5.9-16. Calvino piensa que se refiere a las mujeres de los diáconos, a la de los obispos y a todas en general. No está equivocado porque está bien claro que los llamados “requisitos” que se colocan para unos, para otros, no se cancelan para el resto de la congregación que también está en la obligación de cumplirlos.

Esa interpretación amplia no es descabellada cuando sabemos que el servicio de piedad estaba tan ligado al corazón de los hermanos primitivos y se habla de *hacer bien*, y de *la ayuda mutua* no olvidarse (Heb. 13.16); y como ya se pudo leer en el capítulo 5 las viudas diaconisas eran extraídas de entre aquellas que *practicaban* los requisitos exigidos. No obstante, como dedicaremos un capítulo para el hogar del diácono, tomemos las palabras como refiriéndose propiamente a *las diaconisas*.

Deben ser “**honestas**” (o respetables). la misma palabra que aparece para el diácono (v. 8); “**sobrias**”, la misma que se le pide al obispo (v. 2). ¿Qué quiere decirnos el Espíritu con eso? Que son compañeras en trabajo y en virtudes con

los obispos y con los diáconos. Evodia y Síntique, por ejemplo, ¿no revelan esto? Leamos lo que dice el apóstol: “Asimismo te ruego a ti, compañero fiel, que ayudes a *éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos*” (Fil. 4.3).

No se dice que estas dos hermanas fueran diaconisas ni predicadoras, pero lo primero es lo más probable. De Febe, Romanos 16.2 testimonia que “**ha ayudado a muchos y a mí mismo**”. Eso es combatir, luchar; el servicio es un modo de combate. Las diaconisas son soldados, libran combates en el campo de batalla y *vencen con el bien el mal* (Ro. 12.21). El enemigo, el pecado, la carne, luchan por hacerle la vida miserable al cristiano. Y visitar un enfermo, un preso, nutrir a un pobre, cubrir al desnudo, visitar a las viudas y los huérfanos en sus tribulaciones ¿no es un combate palpitantemente humano, maravillosa expresión de *una religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre*? Oh sí, aquellas diaconisas *trabajaban*, eso era “ministrar” para ellas; como los diáconos la única autoridad que tenían era la que les concedía como tributo el servicio. Pablo no se siente incómodo con ellas, al contrario, alaba a Dios por conocerlas, las recomienda cuando pide a Timoteo que haga una *lista* de ellas, no las olvida entre los requisitos; y piensa que son útiles para el diaconado consagrado y para el ministerio santo. El mismo hombre que escribió. “no permito a la mujer enseñar ni ejercer dominio sobre el hombre” es el que aprueba la implementación de las diaconisas en la iglesia; para este varón estricto no eran una amenaza a la virilidad en la creación, no una deshonra para el varón, sino una bendición para la iglesia. Para Pablo Febe, Evodia, Síntique, Priscila, **Trifena, Trifosa, la amada Pérsida** (Ro. 16.12), son hermanas muy queridas y privarles de servir no sólo sería un desperdicio, un crimen, sino una tremenda equivocación. Las mujeres sí tenían autoridad en la iglesia de San Pablo, sí, pero no la que se trepaba sobre la cabeza masculina, la autoridad del servicio, de la cual

con candor habló el Señor. El problema radica en que posteriormente el servicio se ha convertido en “cargo” y la posición de trabajo un medio para buscar la grandeza. Pero si servir se mira como servir y no como un peldaño para escalar montañas jerárquicas, no hay desorden alguno.

Además, es mucho más seguro para el obispado y para el diaconado que hayan diaconisas, hay cosas que las hermanas pueden contar, confesar a sus consiervas que serían ruborizantes para ellas decírselas a un varón; no lo harían, y además en ciertos puntos es mejor que ellos deleguen el escuchar la confesión a oídos del mismo género. Ningún cargo en la iglesia primitiva, ningún “oficial” se elegía para que se enseñorease de sus hermanos; por eso el caso de Diótrefes fue tan notoriamente escandaloso. Los que podían mandar no mandaban, dirigían con el ejemplo, las elecciones no se hacían para controlar esto o aquello, sino para servir por aquí y por allí. Las mujeres formaron y forman parte vitalmente numerosa de la iglesia cristiana y aislarlas o que hagan lo que puedan sin una organización ejemplar y bien dirigida en algún sentido sería una pérdida enorme.

En algunas denominaciones se organizan como “sociedad de mujeres”, pero generalmente aunque esa organización sea buena, está llena de reuniones estériles, se congregan para discutir, planear, oír programas, socializar, y en el mejor de los casos para promover ofrendas a misioneros lejanos. Por útil que sea todo eso, y aunque se continúe practicando, paralelo a ello una organización de diaconisas, adultas, responsables, respetables, sujetas a los ancianos o al pastor, dirigidas a los pobres y que apoyen con amorosos servicios el ministerio de la Palabra, es de un valor incalculable.

Para aquellos que son más exigentes en mantener la autoridad del hombre en el diaconado y como expresamente a ellas se les coloca *dentro* de los requisitos de los mismos y no en una parte separada exclusiva, pudiera organizarse un ministerio femenino de diaconisas sujeto a los diáconos, como una

rama de extensión de ellos, colaboradoras que recojan las orientaciones y pedidos que ellos les hagan; supervisadas por los diáconos y por el obispo. No hay por qué insistir en ordenación para ese trabajo, bien tarde apareció eso en la práctica cristiana; pueden o no estar en las reuniones regulares de los diáconos o ser invitadas de cuando en cuando. Pero como veo que de todos modos ellas son mencionadas y cuyos requisitos aparecen también en el carácter del obispo y del diácono, deben disfrutar de alguna relación con sus compañeros, tener alguna conexión espiritual con los mismos. Pablo no dice que aquellas otras lucharon “separadamente” del equipo apostólico sino “conjuntamente”.

Dos nuevos requisitos

Ahora bien, hay un requisito nuevo y negativo para elegir las diaconisas que tiene que ver *con el uso de la lengua*, no deben ser “**calumniadoras**”, o “diabólicas” que es lo que la palabra indica. Lo mismo que el apóstol afirma que pasa cuando se eligen diaconisas muy jóvenes, “aprenden a ser ociosas, chismosas y entremetidas, hablando lo que no debieran” (1 Tim. 5.13). Van a servir a cierta hermana, la ayudan sí, pero hablan lo que no deben y la envenenan toda. Hay que ver bien a quien se elige porque a una hermana que tenga la lengua suelta no debe pedírsele que asuma tan importante honor, facilitándose por su trabajo el placer diabólico de chismear. Preferible son las viejas; hay viejas chismosas también pero hay menos posibilidad a no ser que esté llena de amarguras y ya con ese defecto no se elige. Pienso por suposición, que Febe era vieja y aparte del gran historial que como diaconisa había acumulado en Cencrea y los muchísimos favores que el propio apóstol debió agradecerle, pide que la ayuden porque sobre eso es una mujer sola y además avanzada en días.

El otro requisito es que sean “**fieles en todo**”, fieles al Señor, leales a él, al obispo, a sus hermanos diáconos, a sus esposos (que podrían ser diáconos), a sus hijos, a la iglesia,

al ministerio mismo que se le permite hacer. Que lo que vaya a hacer lo haga bien, a tiempo, que sea responsable y si no puede ser puntual y atender continuamente un deber que pida asistencia y se la den, que no ande diciendo a nadie lo que ve y lo que oye en los hogares, descubriendo secretos escondidos dentro de las paredes que visita. Que use bien sus dos oídos, todo su corazón, ambos brazos, sus piernas y poco la lengua, a no ser para consolar y hablar palabra de verdad; porque *la ley de clemencia está en sus labios*, (Prov. 31.26). El corazón de todos está en ella confiado. Que no haya que repetirle que haga lo mismo porque ya lo ha hecho, que extienda su trabajo con ternura, que viva, hable y ministre de tal modo que como la antigua hermana Dorcas, sus compañeras no quieren que se muera. Que se hable de ella en la próxima generación. Una diaconisa, si es anciana, se halla casi en el pórtico del cielo, como aquel viejo obispo dijo: “El tiempo de mi partida está cercano”, su corona no está lejos, su premio tampoco, por tanto debe ministrar todo lo intensamente que pueda, echar afuera su mejor luz, lo mejor de sí misma, liquidarse, inmortalarse totalmente en el servicio de la fe. Si Dios le otorga una buena salud a una diaconisa, que la gaste hasta el final, gota a gota, porque lo que haga por los demás, a Jesús lo hizo: y dondequiera que se hable de este evangelio se hablará de ella.

4

La esposa del diácono y la del obispo

Recuerdas que dije en el capítulo anterior que hay varias interpretaciones sobre 1 Timoteo 3.11: que unos piensan que habla de diaconisas, otros de sus esposas y Calvino estima que abarca a cualquiera de las esposas de los oficiales? En ese capítulo me referí a las diaconisas; pero hay una pregunta: ¿Y no deben ser ellas viudas (al menos preferentemente)? Si las diaconisas son viudas, aquí las mujeres de los diáconos no podrán ser diaconisas; pero la iglesia las llamó “diaconisas”. ¿En qué sentido? Como no eran viudas, teniendo marido e hijos no tendrían tiempo para el diaconado, pero compartían un solo diaconado con sus esposos, el cual aprobaban y daban su ayuda por toda la vida, con entusiasmo y alegría. Sí, las esposas de los diáconos en ese sentido son diaconisas, a través de sus esposos porque comparten con él la carga y el privilegio del diaconado y además conjuntamente “ganan un grado honroso” (3.13). Si hay que aplaudir o colocar la palma del triunfo en la mano de un diácono que ha ejercido bien el diaconado, hay que llevar dos y darle otra a su mujer; por ser ayuda idónea.

El diaconado y el ministerio, sabemos, es un supertrabajo y lo sugiere las altas calificaciones que se demandan. Este capítulo por la forma personal que está escrito, sería bueno

que si eres casado lo compartas con tu mujer; que lo estudies con ella.

LA ESPOSA

La esposa es una necesidad ministerial y diaconal. Sin disputar con Pablo, el ministro necesita una esposa, así el diácono, y *¡ay del solo que cuando cayere no habrá segundo que lo levante!* (Ecl. 4.10). Si pudieras ver por dentro el matrimonio diaconal y el pastoral, te asombrarías de las relaciones de consolación que los unen. Ni el predicador ni el servidor de las mesas son tan fuertes como parecen. Te maravillarías que estos Davides, al oírles sus confesiones, hallan ganado tantas batallas con tan continuos temores. Y ambos tienen una sola persona como íntimo confesor: su mujer; y no lo menosprecia. Sin ella cualquiera de los dos se sentiría muy solo y agotado: porque cuando a uno se le llena de problemas y ansiedades todo el espacio de adentro del corazón, necesita a otro más para depositar un poco afuera. La buena esposa le permite apoyarse en su brazo, le deja que su alma se siente en sus rodillas, que recueste su cansada frente en su regazo. Si retorna cansado por haber andado la segunda milla, frustrado por alguna ingratitud, olvidado, criticado, con ambas mejillas heridas; ¿a quién irá sino a su inestimable compañera? De la puerta del cielo al corazón de su compañera. Conversan, opinan, oran, leen la Escritura y luego él se duerme tranquilo mientras que probablemente ella se ha quedado despierta toda la noche porque se ha cogido el problema de su compañero con más intensidad que él mismo; se desvela por amor, amor hacia el hombre, compasión por su trabajo; y sobre todo eso, semejante al apóstol, *la preocupación por la iglesia*. El alma de la esposa de un diácono o de un obispo es en todo semejante a la de su marido: de bronce y anda solitaria.

El ministerio de la predicación, aunque soltero pudiera tener más tiempo para el Señor, necesita una compañera; el ministerio de consolación si va acompañado, mejor. No es un requisito eclesiástico exigido, no se orienta “que sea casado”; pero al escogerlo debiera preferirse. He leído de un autor, Robert E. Naylor que en su libro, *The Baptist Deacon* [El diácono bautista], en el capítulo donde trata el hogar del diácono afirma que no hay impedimento alguno con un hermano que sea soltero y vaya a elegirse diácono; sin embargo el ejemplo que pone es negativo y termina con el deceso del mismo en el servicio.

Es cierto, como él dice, que el énfasis del apóstol implica más bien que no tenga dos esposas vivas, eliminaría a los divorciados, primero que a los que no se han casado. Esa forma de probar algo por lo que la Biblia *no dice* no es muy exegética porque en tal caso, también se menciona que tengan hijos y los críen bien, ¿quiere decir que si a un diácono o a un obispo la mujer no le da hijos hay que sacarlo o no elegirlo a menos que ella para? Podrás en tu iglesia elegir, si nombrar diáconos casados o solteros; pero de todos modos, la tarea es tan inmensa y aunque el soltero tenga más tiempo y libertad que el casado, posee algunas desventajas. Una de ellas es que no tiene con quién compartir su ministerio y “¡ay del solo!”

No he hecho una encuesta sobre eso, pero si los solos no tienen la poderosa mano femenina para levantarlos, tienen que existir más colapsos en el ministerio eunuco-diaconal, que entre los que tienen pareja. Pasa lo mismo que con los obispos, podrá ser soltero; pero ¿la experiencia no ha enseñado que es mucho más eficaz según envejezca y acumule años de casado?

Dos mujeres sin salarios

Por otro lado, lo mismo un obispo casado que un diácono, *tienen mejor paga de su trabajo* (Ecl. 4.9). Lo heroico de esto es que ni el diácono, ni su mujer ni la señora del obispo reciben paga alguna; el único que vive del evangelio es el ministro de

la Palabra; y en aquella época las diaconisas viudas, a las cuales la iglesia les pagaba honorarios. De veras, sin que mi intención sea oponerme a los otros ministerios pagados que las iglesias son libres para sostener, pienso que si el cargo de diácono siendo tan importante no es pagado, ¿por qué habrá que invertir dinero del tesoro de la iglesia para costear otros menos bíblicos? ¿No son los ministerios de la Palabra y el de compasión los más importantes? No sería raro que no haya recursos para enviar misioneros, para abrir nuevas obras, para regalar literatura cristiana, etc., cuando se gasta tanto en costosos servicios que a veces por su excesivo arte edifican poco. Pero dejando la digresión; ¿está consciente la iglesia que la esposa del obispo, los diáconos y sus señoras no devengan ningún sueldo?

Estas mujeres tienen un ministerio de apoyo, entre bastidores, en sus hogares, que es como un taller donde sus compañeros se reparan espiritualmente o un consultorio donde se sanan de sus golpes, para continuar con vitalidad sirviéndoles a ella. A menudo jamás se reconoce a la esposa del pastor o del diácono, al contrario, se les exige más porque es la esposa del pastor o del diácono; ¿con qué derecho? Ninguna de las dos ha sido elegida ni contratada. Lo primero que se hizo fue examinarlas en relación con el esposo. Tendrá que ser una mujer virtuosa como ejemplo, consagrada a su marido; el ministerio de ella es con él no con los otros, respaldarlo, sustentarlo, confortarlo. Si un diácono tiene una buena esposa ya va ganando en su diaconado; ¿no está escrito que *el que halla esposa halla el bien y alcanza la benevolencia de Jehová* (Prov. 18.22)? Es bueno que la iglesia las ame y las reconozca, las tenga en alta estima, no porque sea la esposa de un diácono o de un anciano, sino porque entiende que ellas comparten ministerios muy difíciles sin recibir paga alguna.

Generalmente tanto el diácono como el obispo incluyen a sus mujeres en sus ministerios y ellas les acompañan en todo.

Es mejor elegir un diácono que tenga una mujer muy discreta, no chismosa, que prohibirle que no le cuente nada; por una razón, él necesita compartir su ministerio. Si el pasaje de Timoteo se refiere a las esposas de los diáconos o a las de los obispos también, ¿no tienen ellas las mismas virtudes que estos grandes hombres? ¿No deben ser “sobrias”, (3.2), “honestas” (3.8)? Es cierto, la esposa del anciano se parece a él, la esposa del pastor es semejante a su marido; quizás por eso también se les llamó *pastoras*. No porque pastorearan iglesias sino porque *compartían el ministerio pastoral* de sus cónyuges.

La consejera

He leído y oído que hay mucho riesgo en contarle algunas cosas a la mujer. Es cierto; por temor a que ella lo diga. Pero la experiencia de otros es distinta, eligen no contárselo o se lo piden, no porque ella lo comunique, sino porque eso la va a entristecer, la enojará, la lastimará; y si un siervo del Señor no tiene quién más lo consuele y lo conforte, ¿cómo entristecerá a quien únicamente puede hacerlo? Como de todos modos la mayoría de los diáconos hablan bastante con su señora y nadie podrá evitarlo, si es un mal y no un bien, voy a dar mis ideas al respecto.

1. La mujer del diácono y la esposa del pastor deben ser parecidas; grandes mujeres cristianas. Cuando un ángel vino a Jesús *para fortalecerle*, pienso que no fue para friccionarle los músculos ni para darle algún toque mágico, sino que *conversó* con él sobre su misión, como lo hicieron Elías y Moisés en el Monte de la Transfiguración. El pastor y la esposa conversan mucho sobre la obra, él la tira mucho hacia sí aunque ella trabaje en otro sitio. Él no comparte plenamente el trabajo de ella, pero ella sí coopera con el suyo. Lo mismo el diácono, conversa con su mujer, le gusta conocer su opinión, a veces le hace falta, hablan y *las opiniones de ella* suelen reflejarse en la posición que él tome en esta o aquella

reunión; pasan inclusive a la iglesia desde una posición alta: para bien o para mal.

Ten en cuenta eso, la actitud que tome tu compañero puede ser la que tú le ayudes a tomar. Aunque está aconsejado por el sabio que *no des a las mujeres tu fuerza* (Prov. 31.3); el diácono no la da, *la comparte o la recibe* de ti. Lo que tú eres, lo que le dices, en lo que le pides que se meta o no se meta, se va a reflejar después, y por tus ideas él será exaltado o rebajado. Puede tu esposo tener un ministerio brillante u opaco. En aquello que no estés segura que sea sólidamente cristiano, bíblico, que por sabiduría celestial ves que es mejor para el pueblo del Señor, no opines, déjalo que en oración y por su relación con sus otros compañeros o con el obispo él lo decida. Es mejor decir: “No sé qué decirte, mejor oraré por tí”, que participar en un error.

Algunas veces un diácono o un obispo puede llegar a casa abrumado por alguien. Tal y cual persona lo maltrató. Como siempre, ambos conversan con sus señoras. La confesión está hecha, la terapia tomada. Y ahora ¿qué? ¿Qué hará la compañera? Siguiendo con Salomón, para hallar consejo para la *pastora o diaconisa*, ¿no has leído aquello de que *si alguno prevaleciere contra uno dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto* (Ecl. 4.12)? El obispo ni el diácono son “monedita de oro” para caerles bien a todos. ¿Cuál debe ser tu actitud hacia un hermano o hermana que “prevaleciere” contra tu esposo? ¿Te pondrás rápidamente de parte de él porque es tu esposo? Cuida de no hacer eso, el que ame a padre, madre, hermanos. esposos más que a Cristo no puede ser su discípulo y menos la consejera de uno de sus siervos. Tu relación con tu marido tiene que ser primeramente *cristiana*; los esposos ante los hijos y la iglesia tienen que mostrarse *cristianos* y tú eres *coheredera de la gracia* con él antes que hicieras tu pacto matrimonial. Ninguna relación humana debe obligarte a serle infiel a tu Dios cometiendo el pecado de la parcialidad. No. Si alguien entra en conflicto con

tu esposo, tú le oirás. Eso es lo primero que harás, escuchar *su versión* del asunto. Por ser tu esposo, un gran siervo, no quiere decir que no esté equivocado o su razón no sea total.

(a) Te aconsejo que aunque puedas resistir a “alguno” mejor es que resistas al pecado y al diablo primero. Antes de “defender” a tu marido es mejor que lo cures primero. Saca algunas medicinas y aplícaselas a las heridas, luego se verá qué se podrá hacer. Por el momento, simplemente, óyelo. Hay veces que le harás más bien no dándole la razón que concediéndosela; sobre todo si se trata de negros presentimientos o malas sospechas. El diablo arroja muchos malos pensamientos y pesimismos sobre los corazones de sus siervos. Trata de traerlo a la luz y a la paz, que suspire profundo y sonría de nuevo. En el gozo del Señor está su fortaleza.

(b) Segundo, no abras tus labios sin orar al Señor, pídele que él también ore sobre el asunto y ponga ante Dios al hermano “agresor” o la fantasmagórica calamidad que atrapa su imaginación. Cuando somos ofendidos, aunque nosotros también *ofendemos muchas veces* (Stgo. 3.2); la primera reacción es pensar y actuar carnalmente y en eso *no obra la justicia de Dios* (Stgo. 1.20), y podemos fácilmente juzgar o actuar injustamente. No debemos actuar jamás por venganza. Por otra parte, si tu esposo ha llegado envuelto en una espesa nube, real o imaginaria, intenta despejar sus dudas, mirar las cosas desde el ángulo que él no las ve y así alzarás de sus hombros la carga. Si pudieras leerle alguna promesa apropiada sería bueno. No hables imprecando a quien lo ha resistido, en su fuero interno como siervo del Señor hay más tristeza que enojo y él más bien quiere una solución que el exterminio de fulano o de mengano. No es que le quites la importancia al asunto que trae para que él se alivie, sino la *excesiva* importancia. Darle enseguida la razón podrá hacerlo sentir seguro en su testimonio, pero esa no es la solución para su alma. A veces un buen siervo se asusta con cualquier cosa. Tu

tarea como esposa es calmarlo, desvanecer sus temores y restaurar en su espíritu la paz.

(c) Como regla general, si se trata de un problema con algún prójimo, aunque no lo sepas todo ni puedas estar segura por qué ocurrieron así las cosas ni alcances a comprender, *inclínate al perdón y a hallar solución*. El espíritu del perdón es importante, *para que Satanás no gane ventaja entre nosotros* (2 Cor. 2.11), En este tipo de conflictos, malos entendidos, probablemente sea obra de Satanás. Aunque el ofensor no se haya arrepentido; perdona por amor al Señor, perdón por tu propia salud espiritual, perdón sin exigir arrepentimiento.

Debes estar *solícita en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*. (Efe. 2.3). La palabra que usa Pablo para “solícito” es “spoudájontes”, que es mucho más que desear la paz, que esforzarse, más bien es “luchar o combatir”. **“Solícitos en guardar la unidad...vínculo de la paz”** (v. 3). La paz en la congregación es *una conquista dentro de la buena batalla de la fe*, por la cual hay que pelear (1 Tim. 6.12; 2 Tim. 4.7). Satanás siempre está tratando de meter líos entre nosotros y se esfuerza diariamente en romper cualquier vínculo de amor que exista. Recuérdalo. No dejes que él *gane ventaja*; perdona y combate por la paz. El “ofensor” pudiera ser otro diácono o el mismo obispo; si no manejas bien eso, la sangre puede llegar al río, y la congregación sufrir una espantosa catástrofe.

La unidad en la iglesia, tanto como la paz, es un fruto del Espíritu; sin embargo *no es espontánea*, no es algo que viene dulcemente. El Espíritu llega y trae la paz, pero luego hay que mantenerla preservando la unidad. Desecha la idea de conseguir la paz sin combatir por ella. Lo que Pablo propone es guerra a la guerra, combate sin cuartel a lo que ahuyente la paz y la buena armonía entre los hermanos. Tienes que

mantener tu hogar en paz, librarlo de que te lo envuelvan en contiendas.

(d) Acompaña a tu esposo en el trabajo que demanda de él *mucha prudencia*. Hay sitios peligrosos. No abandones a tu precioso líder en la obra de su ministerio. Ni Eva ni Mical deben estar lejos de sus esposos cuando salta el tentador. Cordón de tres dobleces resiste mucho. El enemigo metido dentro del cráneo es descomunal. Tú eres su amorosa consejera y Satanás tratará de separarlo de ti. Puede usar su mismo trabajo para que tú no te des cuenta. El trabajo que realiza lo puede separar de Dios y de ti. Este es un ataque muy bien planeado por el demonio y pocos escapan ilesos. Satanás suele esconderse donde tú no lo supondrías; quizás detrás del altar, junto al arca de las ofrendas, a la sombra del púlpito, en la secretaría de la iglesia, detrás de la mesa de los panes de la proposición, en la puerta de una viuda pobre. ¿Qué pasará si tiene que socorrer frecuentemente a alguna viuda joven con hijos? ¿No ves que primero su compasión por ayudarla y escucharla, su mismo espíritu cristiano puede tornarse al revés por el diablo y lo que comenzó en el Espíritu terminar en la carne? Cuando Satanás tiene que conquistar el alma de un gran varón de Dios el mejor camino para hacerlo es dentro del ejercicio de sus virtudes cristianas, lo corrompe dentro de su servicio a Dios; poco a poco va tornando su motivación hacia otra parte y lo que empezó como amor fraternal continúa como atracción carnal y esto lo hace imperceptiblemente. La viuda que miraba agradecida al diácono, con la gratitud por las limosnas, mezcla su admiración luego con otros sentimientos. Sin darse cuenta.

Un nuevo ministerio

1. Debes estar lista *para cambios*. Si la esposa del diácono o del obispo no tiene tiempo para dedicarse como su marido a la obra de Dios, debe estar siempre dispuesta al Espíritu, entregada a él lo mismo que su marido. Pudiera acontecer que

por la excelencia del hogar, tanto de ella, como de sus hijos, como del diácono mismo, el Señor *les amplíe el servicio* llamándolos a otra labor. Este fue el caso del diácono Felipe. La segunda mención que se hace de este distinguido diácono es que fue llamado a otro ministerio: el de *evangelización* (Hech. 8.26-30). Por otra parte, con rigurosa fidelidad a la Biblia hemos declarado que esto fue un llamamiento especial, no porque *todos* los diáconos fueran llamados a ser evangelistas. Es interesante esto para que la esposa conozca que pudiera ser que a su hombre le encomienden alguna otra labor. Que su consagración crezca y el Señor le pida algún cambio en su trabajo. No creo que la esposa de Felipe hiciera objeciones, un ministerio tan libre y bendecido tuvo que estar respaldado por la que se quedaba en el hogar. El Espíritu lo eligió como evangelista (Ef. 4.11) y se dedicó a abrir nuevas iglesias, ayudar a la de Jerusalén comenzando obras en distintos puntos: Azoto, Jope, Lida, Ascalón, Arimatea, etc.

Pudiera el Señor llamar a tu esposo para que sea evangelista, misionero, inclusive pastor. Algo que no debes estorbar y entender es que la voluntad de él está sujeta a la del Señor y que ambos, tú y él están a disposición de Dios. Lo que veo en los matrimonios cristianos de la edad apostólica es que estaban juntos: Aquila y Priscila andaban juntos, Pedro, todos los apóstoles y los hermanos del Señor llevaban *una hermana por mujer* (1 Cor. 9.5); y eso habla que no tiraban hacia atrás sino hacia delante. El cambio de ministerio de diácono para evangelista tuvo que requerir alguna nueva adaptación doméstica del hogar, pero se hizo; no dejó de ser diácono porque siguió sirviendo, pero de otro modo. Más adelante se recuerda que era “uno de los siete” 21:8. No perdió honor. Como diácono estrictamente pasó a estar inactivo y supongo que elegirían a otro en su lugar, pero siempre fue recordado como diácono. Sus trabajos como evangelistas se conocen más, la Escritura da más cuenta de ellos y en cambio lo que hizo como diácono ha quedado en la oscuridad; pero

para el Espíritu, que ha dejado constancia, su ministerio diaconal no es menos y el otro que le vino posteriormente jamás pudo opacar ante los ojos divinos, aquellos primeros servicios a las mesas de los pobres.

2. También es bueno que como esposa *estés libre de celos*. ¿Ves que los trabajos del pastor, del evangelista *se conocen* más que los del diácono? Es natural que así sea porque se trata del ministerio de la Palabra y eso está por encima de todo; pero no quiere decir que el ministerio diaconal por ser menos notable a los hombres, quizás no tan histórico, sea inferior. El Dios que lo recuerda todo, hasta un vaso de agua fría que se dé, tiene grabado en su mismo corazón los servicios de los diáconos, y en aquel día, cuando los que han servido en “la oración y el ministerio de la Palabra” sean reconocidos, los que han trabajado en la compasión lo serán también, y sorprenderán a la iglesia al enterarla de los múltiples bienes que hicieron al Señor cuando estuvo desnudo, con hambre, enfermo y en prisión.

Como viste en el primer capítulo de historia, a veces los diáconos bautizaban con ciertas restricciones, Felipe lo hizo, bautizó al Eunuco (Hech. 8.38). Pero si ves, no fue porque era diácono, sino porque era evangelista, ¿o había algún otro pastor presente? ¿habría de llevarlo de regreso a Jerusalén para que los apóstoles lo hicieran? No. Hay un límite de funciones para el diácono. ¿Eres esposa de un obispo? Que tu esposo deje a los diáconos hacer su trabajo. ¿Eres esposa de un diácono? No lo envió Cristo a bautizar sino a servir a las mesas. Ambos tienen su ministerio y no interfieren en sus funciones. ¿Ves que hay mucha simpatía hacia el diácono, hacia su esposa? No lo envidies, es una bendición que los amen. ¿Dios llama a este otro diácono para aquel ministerio? No empujes a tu esposo a hacer lo mismo. Debes estar contenta y satisfecha con el ministerio que el Señor ha dado a tu esposo.

El hogar del evangelista y diácono Felipe era maravilloso. Lucas dice: “Saliendo Pablo y los que con él estábamos fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que *era uno de los siete*, posamos con él. Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban” (Hech. 21.8,9).

3. Serás sabia si *tienes lista tu casa*. Primeramente veo que *tendría una casa grande* para que pudieran caber tantos adentro. Si no se quedó alguno por el camino y los contamos por la lista que se da en 20.4, eran: Sópater, Aristarco y Segundo, Gayo, Timoteo, Tíquico, Trófimo, por supuesto, Pablo, Lucas, ¿cuántos van? Nueve, Felipe diez, su esposa once, las hijas, quince y como si fueran poco llegó Agabo y le dieron alojamiento, dieciséis. Un hotel. Una casa bien grande para no estar amontonados. La mujer estaría ocupadísima atendiendo a tantas personas y tan importantes. Cocinando para tanta gente. Pero sería una hermana muy hospitalaria. El hogar de uno de los siete se convirtió en unas pocas horas en un hospedadero de gigantes. Algunas *sabiéndolo* hospedaron ángeles.

Si tenía una casa tan grande y podía alojarlos por “**algunos días**” (21.10); ¿con qué recursos? ¿Los ayudaron los recién llegados? Una de las cosas que te preocupa con el alojamiento es el desbalance que eso produce en tu presupuesto, en una semana se pueden comer lo que tenías planificado para tres. Pero ¿no está escrito que *mi Dios suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria?*

Lo más pensable es que Felipe mismo no estuviera tan mal económicamente. Es una mera suposición porque Pedro llevó al Señor y a sus compañeros a su casa y sin embargo no tenía ni para pagar el impuesto. En un extremo o en el otro; el evangelista y la familia eran hospitalarios. Un ministro que tenga dinero, o un evangelista, que no tenga que depender de un trabajo secular, como Aquila y Pablo, es una bendición; va de un lugar a otro haciendo exclusivamente eso. Pero no

siempre es el caso, hay hermanas que tienen que tejer tiendas porque lo que el marido gana no alcanza y si va a ampliar su ministerio ellas tienen que apoyar el programa económico.

4. Y en último lugar, *ministras a tus hijas*. El hogar de Felipe era una bendición, sus hijas convertidas a la fe y además “profetizas”, con la palabra de Dios en sus labios; si no hablaban en la congregación, domésticamente podían ejercer su ministerio, aunque no hubiera ningún mensaje para Pablo por medio de ellas sino de Agabo, todas las otras mujeres que llegaban a casa recibirían ministración por sus enseñanzas. Es ideal del hogar del diácono y del obispo que aun su familia participe en la vida espiritual que él lleva; sirviendo al reino de este modo o del otro. Enseñan, cantan, oran, sirven. Y el día que se casen las doncellas lleven sus maridos verdaderas mujeres, formadas por el evangelio. Que el cristianismo tenga que agradecerte el hogar que tuviste, para tu amado y las hijas e hijos que él te dio. Y es mi deseo, *compañera de milicia*, en el país que estés, que las nuevas casas que salgan de la tuya, continúen presentando a este mundo las enseñanzas, el modelo, y sean réplicas, de las de aquellos primeros siete.

A continuación leeremos una gran anécdota de una sierva de Cristo.

UNA BELLA MISIONERA, CONSUMIDA POR CRISTO

(Bosquejo de la vida de Evelyn Harris Brand)

Esto que vas a leer es un brillante ejemplo de lo que ya has estudiado sobre mujeres que combaten por Cristo y de lo que estudiarás en el día de hoy. Mi propósito al copiar y adaptar la narración es que halles deleite e inspiración al leerla; quizás también te ocurra como a mí cuando la leí al pensar en lo poco que he sufrido por Cristo, que un sentimiento de vergüenza y humillación hacia el Cielo invadió mi alma. Se trata de un artículo escrito por Paul Brand para la revista *Christianity*

Today; 10 Enero de 1994. Él es un renombrado cirujano y especialista en lepra, mundialmente conocido. Ha obtenido muchos premios y reconocimiento por su trabajo con los pacientes de esa enfermedad. Vive ahora semiretirado y sirve como profesor clínico *emérito* en el Departamento Ortopédico de la Universidad de Washington y es consultado por la Organización Mundial de la Salud. Se titula “Dios creó el dolor”.

“Mis tías me contaban que mi madre era una mujer muy bella y que se vestía con elegancia, aunque de modo muy simple. Usaba lazos y sombreros de plumas que aún conservo guardados en un ropero. Estudió en el Conservatorio de Artes en Londres; pintaba muy bonito y sus compañeros se disputaban el privilegio de pintarla a ella. Cuando viajó a la India alguien comentó en el puerto: ‘Parece más una actriz que una misionera’.

”Pasado el tiempo mi padre murió a la edad de 44 años; entonces ella regresó a Londres, rota su alma y la salud quebrantada por el dolor y el sufrimiento. Recuerdo que al verla llegar me hice esta pregunta: ‘¿Podrá esta mujer encorvada y agotada ser mi madre?’

”Posteriormente, contra todo consejo e insistencia por parte nuestra, tras un solo año de reposo, regresó a la India; derramando su vida en la montaña, cuidando enfermos, enseñando, criando huérfanos, cortando árboles, sacando dientes, abriendo escuelas, predicando el evangelio. Vivía en una pequeña choza y viajaba de aldea en aldea.

”Al cumplir los 67 años fui por primera vez a la India, vivíamos el uno del otro a unas 100 millas, y costaba 24 horas poder vernos. Sus años de mucha actividad ya habían ennegrecido su piel, padeció la malaria y cojeaba de un pie. Se había partido un brazo y quebrado varias costillas al caerse de un caballo; supuse que se retiraría pronto, pero me equivoqué.

”A su edad aún trabajaba en la montaña (Kolli); otro día se volvió a caer y se rompió su cadera y permaneció inmóvil en

el suelo y sin socorro toda la noche hasta que por la mañana un hombre la encontró. Entre cuatro la bajaron de la montaña, la pusieron en un *Jeep* y por el difícil camino, sufriendo con cada bache, fue transportada al médico. Yo estaba fuera del país cuando todo pasó. Al regresar la fui a ver y le pregunté por qué no se retiraba. Se quedó callada. Le insistí que si no la hubieran hallado pudo haber quedado allí sin auxilio por mucho tiempo y morir sin asistencia. Le dije que podía vivir conmigo y que yo cuidaría de ella, la mayor parte de la gente se retira antes de los 80 años. Tomó aliento y me dijo: Paul, tú conoces estas montañas, si yo me fuera, ¿quién curará sus heridas, sacará sus dientes y les hablaría de Jesús? Cuando venga alguien que ocupe mi lugar, entonces yo me iré; además, este viejo cuerpo mío, ¿en qué lo voy a usar sino en lo que Dios necesita? Fue su respuesta final. El dolor fue su perenne compañero.

”Cuando estaba avanzada en años su belleza se extinguió. El mismo clima, sus caídas, la lucha con la fiebre tifoidea, la disentería, la malaria; todo eso la convirtió en una mujer flaca y algo encorvada por el dolor. Su piel, por años expuesta al sol y al aire, hicieron surcos en su rostro, tan abundantes y profundos, como no he visto en nadie más. La Evelyn Harris, de elegantes ropas y clásico perfil ya era algo del pasado. Mi madre lo sabía como todos los que la miraban; por eso en los últimos 20 años de su vida, no quiso tener ningún espejo en casa.

”Sin embargo, para mí era una mujer muy bella. Todos la querían. Cuando iba acercándose a la villa ellos salían, tomaban su bastón y la conducían a un sitio de honor. Recuerdo cómo se sentaba sobre una piedra y los aldeanos la rodeaban. Cantaban himnos, oraba por ellos y la escuchaban con atención hablar sobre el amor de Dios. Aún veo sus cabezas asintiendo, cómo le hacían preguntas y ella les respondía con su vieja mirada, aún chispeante de luz.

”Nadie sobre esta tierra, pienso, los amó tanto; ni a nadie atendían tan bien como a aquella huesuda mujer, a quien le

El ministerio de la diaconía

agradecían tanto; a una señora de rostro muy arrugado con su espíritu aún transparente. Para esos hombres y mujeres ella también era muy hermosa. Murió mi madre a la edad de 95 años. Cumpliendo sus deseos, la enterraron en el suelo, envuelta en una sábana de algodón, para que su cuerpo volviera al polvo y sus órganos, disueltos en la tierra, crearan una nueva vida. Su espíritu sobrevive, en alguna iglesia allá o clínica, en varias escuelas y sobre todo en los rostros de miles de aldeanos pobres que viven en una serie de cinco montañas al sur de la India. Dando su vida, la halló”.

Ora al Señor para que nos use en lo que él disponga. Luego abre tu Biblia.

5

Visitación de familias

Esto que sigue son las palabras del gran C.H. Spurgeon, escritas por él mismo en su autobiografía; me han parecido muy interesantes y tiernas, de modo que las he incluido en este capítulo. Las estudiarás como algo histórico, no común generalmente para los bautistas como él fue. Quizás sea normal en otras denominaciones. De todos modos, hay iglesias donde el pastor y los diáconos trabajan unidos aunque haya ancianos. Lo que a continuación leerás será provechoso. Si eres diácono y haces trabajo pastoral, te sirve; si eres un anciano, mejor se adapta. No es mi intención que el alumno que milita en una iglesia que solo usa diáconos transporte la idea de Spurgeon a su iglesia. Hay congregaciones que se sienten satisfechas y bien atendidas por los diáconos exclusivamente. Lo que deseo es proveer una guía para un caso o el otro; menos obligar reformas (para mí tiene más importancia la reforma teológica que la eclesiológica), que cada iglesia está en la libertad y tiene el conocimiento para organizar su gobierno y trabajo como lo estime bíblico o conveniente.

OTRA ANÉCDOTA DE C.H. SPURGEON

Cuando llegué a New Park Street, la iglesia tenía diáconos pero no ancianos; y pensé, de acuerdo a mis estudios del

Nuevo Testamento, que la iglesia debía tener ambos oficiales. Son muy útiles cuando uno puede tener ambos, los diáconos se ocupan de los asuntos seculares y los ancianos se dedican a la parte espiritual de la obra. Esta división del trabajo permite a que dos tipos de hombres usen sus talentos en el servicio a la iglesia. Estoy seguro que es mejor tener ambos que hagan ese trabajo en lugar de uno que lo haga todo y que a menudo se tornan en dueños de la iglesia en lugar de siervos, como ambos, diáconos y ancianos, deben ser.

Como no había ancianos en New Park Street, cuando les leí los pasajes que se refieren a los ancianos en el Nuevo Testamento les dije: “Este es un orden de obreros cristianos que parece haber desaparecido. En tiempos de los apóstoles ellos tenían los dos, ancianos y diáconos, mas ahora la iglesia se ha apartado de tal costumbre. Tenemos un anciano predicador, el pastor, y de él se espera que realice todas las funciones que corresponden a un anciano”. Uno tras otro los hermanos de la iglesia comenzaron a preguntarme: “¿No debemos tener ancianos?” Les dije que era mejor no buscar problemas cambiando el estado de las cosas, pero algunos jóvenes llenos de entusiasmo dijeron que propondrían a la iglesia que eligiera ancianos y así ocurrió unánimemente con el consentimiento de todos los miembros. No lesforcé a hacerlo, se los enseñé y ellos al ver que era bíblico, quisieron ponerlo en práctica. Los textos que aparecen en los libros de la iglesia para que los ancianos se ocupen de los asuntos espirituales son: Tito 1.5; Hechos 14.23; 1 Timoteo 3.1-7; Tito 1.5-9; Hechos 20.28-35; 1 Timoteo 5.17; Santiago 5.14; Hechos 11.30; 15.4,6,23; 16.4 y 1 Timoteo 4.14. Se aclara que se ocuparán de los asuntos espirituales sin tocar los seculares que corresponden a los diáconos.

Siempre ha sido mi costumbre consultar a los oficiales de la iglesia antes de hacer alguna nueva recomendación para diáconos o ancianos; y siempre me he mantenido atento en la búsqueda de aquellos que han probado estar capacitados para

el oficio por la labor que han realizado en su terreno privado. En nuestro caso la elección de los diáconos es permanente, pero la de los ancianos se hace anualmente, aunque usualmente permanecen en el cargo de por vida. Este plan ha funcionado admirablemente con nosotros, pero otras iglesias tienen otros métodos para funcionar. En mi opinión *la peor* forma de elegirlos es anotar el nombre de todos los hermanos en una boleta y luego proceder a votar por cierto número de ellos. Conozco de un hombre de edad que casi es elegido para el cargo por dos o tres votos, simplemente porque su nombre que empezaba con la letra A, encabezaba la lista en la boleta.

Mis ancianos son casi siempre veinticinco; han sido una gran bendición para mi vida y son de incalculable valor en el cuidado espiritual de la iglesia. Los diáconos tienen a su cargo las finanzas, pero los ancianos ayudan a aliviar la pobreza, les decimos que se puede dar alguna pequeña cantidad y entonces ellos traen el caso ante los diáconos. Fui en una ocasión testigo involuntario de un incidente que me complació mucho. Escuché a uno de los ancianos decir a un diácono: "Di a la anciana Fulana de Tal, tanto dinero la otra noche". "Fue muy generoso de tu parte," respondió el diácono. "¡Pero, ah!" dijo el anciano, "quisiera que los diáconos me devolvieran el dinero". El diácono le respondió: "¿Cuál es tu oficio, hermano?" "¡Oh!" respondió el anciano: "Ya veo, me he pasado de mi función como anciano, pagaré yo mismo el dinero de mi bolsillo, no quiero que el 'Gobernador' sepa que me he extralimitado en mi función". "No, mi hermano," dijo el diácono, "te devolveré tu dinero pero no vuelvas a cometer ese error."

Algunos ancianos han servido muy bien a nuestra iglesia conduciendo clases bíblicas y responsabilizándose en la supervisión de algunos puntos misioneros; mientras que otros hacen su trabajo especial, el "velar por las almas" de aquellos que han sido impresionados por la predicación, conduciéndolos a tomar una decisión por Cristo. Uno de estos ancianos

El ministerio de la diaconía

ha ganado de mí mismo el título de “perro de caza” porque siempre se halla listo para recoger las aves heridas. Un lunes por la noche, en la reunión de oración, se hallaba sentado cerca de mí en la plataforma; de pronto me di cuenta que se había desaparecido hasta que lo vi allá en un punto del edificio. Después de la reunión le pregunté qué le había pasado que se había ido tan desprevénidamente. Me respondió que fue porque mirando cuando la luz le dio en el rostro a una hermana en la congregación notó que se hallaba tan triste que decidió ir a sentarse a su lado para poder hablar con ella de Cristo una vez que la reunión se acabara.

Este mismo hermano ha hecho otras cosas como esas, poco usuales. Una pobre mujer pecadora le salió al encuentro en una calle, y al instante comenzó a hablarle de Cristo y a pedirle que dejara sus caminos pecaminosos. Comenzó a llover y tuvieron que esconderse junto a una puerta en la casa más cercana. Tocó y le pidió a la dueña que por favor le dejara permanecer allí mientras le hablaba a una pobre mujer sobre su salvación. La señora los invitó a entrar y sentarse. Antes de irse y agradecerle su amabilidad le preguntó si ella misma conocía al Señor. Creo que tuvo el gozo de conducirlos a ambas al Salvador y traerlas al Tabernáculo. Sólo la eternidad revelará cuántos de éstos han sido detenidos y bendecidos por alguna palabra dicha a tiempo y acompañada por ardiente oración y una clara enseñanza escritural del camino de salvación.

Otros de los ancianos han ejercido ministerios llenos de gracia en varias partes de la metrópolis y en los hogares de los condados por medio de nuestra Asociación de Evangelistas y Misiones Rurales. La labor de estos ancianos en la visitación de los enfermos, recuperar los extraviados, conducir los interesados al Salvador y la presentación de los candidatos a la comunión de la iglesia, será recordada en el

libro de las memorias del Señor y ya lo son con gratitud por el pastor y sus miembros.

C.H. Spurgeon, *Autobiography*,
Banner of Truth, vol. 2; pp. 74-77

Visitando la membresía

Como hay muchas iglesias que no funcionan con ancianos, y en algunas el oficio de diácono conlleva ayuda espiritual, y en otras asumen esa responsabilidad sus ancianos, introduzco aquí, para unos y otros una ayuda para la visitación de los hogares, prestada del libro *Elders Handbook*, escrito por Gerard Bergohef y Lester De Koster y publicado por Christian's Library Press, Grand Rapids, Michigan.

Una nueva y considerable mirada hay que echarle a la antigua práctica de la visitación de los hogares de la iglesia por los ancianos. La experiencia ha demostrado ampliamente que la visitación a las familias edifica iglesias fuertes. Tal visitación debe funcionar en base a una programación que incluya toda la congregación, anualmente, si fuera posible.

Consideraremos los siguientes aspectos en la visitación a las casas. ¿Por qué? El Señor provee para su cuerpo lo que por otro lado el mundo trata de duplicar por medio de los llamados “encuentros de grupos” y cosas por el estilo. Confianza, seguridad y unidad pueden lograrse por medio de una cuidadosa, planeada y conducida visitación familiar; traerá a la iglesia junta en una comunión local de todos sus santos, la que todos quieren y que ninguno de los terapeutas seculares puede dar. El término resume la dual responsabilidad de ambos, creyentes y ancianos, con estas palabras: “Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta”. Tanto el que es visitado como el que lo visita algún día tendrán que dar cuenta ante el Señor, quien está cercano a todos aquellos que se reúnen en su nombre (Mt. 18.20).

La visitación es parte del programa de la iglesia para la instrucción del creyente en fe y obediencia. Como tal debe entenderse como una lógica extensión de la palabra predicada.

Un programa de visitación regular a las familias conllevará los siguientes beneficios

1. Extiende el cuidado y el apoyo de la iglesia a los hogares de su membresía. “Por lo cual”, dice el apóstol Pablo, “animamos los unos a los otros y edificamos unos a otros así como lo hacéis. Os rogamos hermanos que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor, y os amanestán; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra” (1 Ts. 5.11-13).
2. La visitación familiar permite proveer medios y determinar las exactas necesidades de la congregación y así poder enfocar la predicación, la asistencia diaconal, los programas de enseñanza y atención a otros problemas específicos. La visitación le toma el pulso y la temperatura al cuerpo.
3. Les permite a los ancianos valorar el impacto de la predicación sobre la gente, de la enseñanza que se tiene y cualquiera de las otras funciones de la iglesia.
4. La visitación establece una significativa relación entre el anciano y la congregación aparte de la establecida por situaciones de emergencias y hace que las dificultades se manejen mucho mejor.
5. Provee formas de conocer un problema en cuanto sale y quizás resolverlo ahí mismo.

Siempre asumiendo, por supuesto, que tanto el anciano como el creyente tomen esa visita como algo más que un encuentro social.

Antes de la visitación

Es la responsabilidad del ministro hacer que la visitación familiar sea más útil predicando sobre el asunto de vez en cuando, con algún texto apropiado. La congregación com-

pleta debe entender y sistemáticamente recordársele, los valores implícitos en un plan de visitación, tanto para ella como para sus miembros: lo que pueden esperar del anciano, y qué él espera de ellos; y cómo el Señor puede ser servido por medio de ambos. El ministro bien puede colocar la visitación familiar en el contexto del papel clave que jugó dentro de la familia en la crianza de sus hijos y en la estabilidad de la sociedad. Textos tales como los siguientes vendrían bien: 1 Tesalonicenses 5.14; Hebreos 12.15; 1 Pedro 5.2.

Los ancianos pueden decidir si estructurar la predicación sobre la visitación familiar alrededor de uno o varios temas; o los ancianos ocupados en la visitación hablar sobre el tema en los hogares mismos. Algunos tópicos para conversar son los siguientes:

1. La familia

- a. Punto de vista bíblico sobre la familia.
- b. La adoración en familia, culto familiar, cánticos, oraciones.
- c. Formas en que los miembros se relacionan unos con otros.
- d. Problemas sobre las familias que tienen uno de los dos padres y la preocupación de la iglesia.
- e. Los padres que trabajan, ausencia de la madre del hogar, el padre que viaja.
- f. La disciplina en el hogar.
- g. Alimentación de los niños, entretenimientos, asistencia a la iglesia.
- h. Educación cristiana.

2. La iglesia

- a. Por qué la iglesia como familia se reúne para adorar los domingos.
- b. El rol de la predicación y del oyente.
- c. El culto, qué y por qué.

El ministerio de la diaconía

- d. Participación en las actividades de la iglesia.
 - e. Contribución financiera a la iglesia.
- 3.** Los siguientes asuntos generales pueden considerarse dentro de tópicos parecidos:
- a. La Biblia
 - b. Crecimiento del cristiano y su vida diaria
 - c. Oración
 - d. Aflicciones
 - e. Problemas de la juventud
 - f. Mayordomía de bienes y talentos
 - g. Valores
 - h. Fe y obras
 - i. Providencia y responsabilidad humana
 - j. Misiones y evangelismo

Hacemos las siguientes sugerencias prácticas para la conducción de la visitación familiar:

1. Es un esfuerzo de equipo. Usualmente el ministro (pastor) y un anciano, o dos ancianos, forman el equipo de visitación. Debes estar seguro de planear asuntos como estos:

¿Quién va a comenzar hablando? ¿quién leerá la Biblia? ¿quién orará al principio y para despedirse? ¿quién hará los arreglos necesarios? ¿quién tomará la iniciativa para cerrar la visita? Planear es una palabra clave para la visita.

2. Haga cada visita un asunto de oración.

3. Investigue por adelantado, si fuera posible, los problemas que se encontrará y la solución o las respuestas que dará.

4. Sepa los nombres de todos en la familia, su ocupación, nivel escolar, etc.

5. Asegúrese que se le espera haciendo arreglos por teléfono, anuncios en el boletín, etc.

6. Sin embargo, a pesar de que la haya planeado, evite una compostura teatral o “enlatada”. Deje que la visita se desarrolle normalmente, confíe que el Señor le dará las palabras que tiene que decir.

Durante la visita

Recuerde que usted como anciano, va en el nombre de y como representante del Señor y de la iglesia. Haga que su visita le sirva a él y a su iglesia y seguro que sus palabras tendrán su autoridad y poder.

Algunas sugerencias prácticas para conducir una visita:

1. La Biblia le da un gran valor a las relaciones familiares saludables (Ef. 6.1-4). Haga por lo tanto la ocasión *familiar*, invitando a los padres y los hijos a reunirse con usted por una hora.

2. Sea cuidadoso en su llegada. Espere a que lo inviten a pasar. Espere que le pidan que se siente. La gente es muy sensible a estas cosas. Comience bien.

3. Mantenga el buen humor. Sea cortés, modesto, muestre amor. Recuerde que los niños pueden hacer peligrar una visita, y deben ser ganados con una sincera atención hacia ellos.

4. *Trabaje* para involucrar a todos los miembros de la familia en su visita. Haga eso con simpatía y comprensión. Lo que aún no sepa en relación con sus intereses, ocupaciones, en relación con el propósito de su visita, trate de saberlo; pero mantenga la conversación dirigida a lo espiritual.

5. Si piensa comenzar leyendo la Escritura, seleccione el pasaje con anterioridad y traiga su propia Biblia. Quizás un breve y adecuado comentario mientras irá bien. Por favor, no comience con un sermón.

6. Trate de generar discusión, evite preguntas que se respondan con un sí o con un no. Por ejemplo discutiendo la relación personal con el Señor hallará que abundará en palabras en

relación con el conocimiento del Señor: por medio de la predicación, del estudio bíblico, la escuela dominical, aflicciones, tensiones, tentaciones, oración, obediencia. Pregunte cuál de esas cosas los ha beneficiado más y por qué; la que menos y por qué. ¿Hay otros medios de gracia? O quizás “¿Por qué ustedes creen que la Biblia enfatiza tanto la predicación?” “¿Cómo uno puede sacar más provecho de un sermón?” “¿Cómo se puede preparar uno mejor para que le aproveche más?” Evite preguntar si le gustó o no la predicación porque eso puede tentarlos a criticar al ministro (pastor) que puede conocerlo en su propio momento. Si así se conduce tendrá una fructífera y estimulante visita.

7. Recoja en su oración final todas las necesidades de *la familia*. Ore por aquellos que se lo pidieron, siempre con tacto.

8. No alargue mucho la visita, habrá otra oportunidad.

9. Evite discutir. Si la familia tiene alguna queja real en relación con el pastor, el culto, la iglesia, óigalas y prométele que se lo informará a los ancianos. (O al pastor, si son diáconos o ancianos ayudantes.) Si el asunto parece serio, haga los arreglos para que se ventile en tiempo y lugar apropiados. Evite también la idea de que está tratando de esconder críticas y disculpar faltas. No hay mejor forma para perder la credibilidad que hacer eso.

10. Tenga en cuenta que quizás hay miembros de la familia que tienen problemas que quisieran conversarlos en privado. Haga entonces los arreglos para otra ocasión.

Después de la visita

Medite en lo que pudo haber aprendido de su visita: mejor forma de llegar, de desarrollar la plática, de percibir los problemas, de aconsejar, animar, exhortar. Ore por su visita. Confiese al Señor sus errores y pídale que bendiga sus esfuerzos.

Los ancianos como un todo tienen que hacer que las visitas resulten de beneficio congregacional por lo que es importante que consideren lo siguiente:

- 1. Reportes y discusiones:** puntos fuertes, débiles, problemas reales y potenciales desde la última visita hasta el momento. Dones para el servicio descubiertos. Potencial para ampliación del servicio. El estado mental existente. El nivel espiritual. Preocupaciones y desafíos para tratarlos desde el púlpito.
- 2. Reacciones hacia la iglesia reveladas en esas visitas:** críticas, justas e injustas, sugerencias, apreciaciones, nuevos métodos y grandes metas.
- 3. Técnicas de visitación:** los mejores métodos de acercarse a ellos, los que hay que evitar; algo que haya que probar desde otro punto.

La visitación familiar puede ser aburrida para el que visita y el visitado. O puede ser un modo de unión que atraiga a los ancianos y al pueblo juntos para conocerse y entenderse mutuamente. Todo depende de usted y de la ayuda del Espíritu Santo en este importante aspecto del llamamiento de un anciano.

Visita a los hermanos pudientes

La siguiente exposición trata de la visitación a los hermanos ricos, o acomodados socialmente o simplemente que no son tanto lo uno ni lo otro, pero actúan como *avaros* y se sabe que *ninguno tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios* (1 Cor 10). Sin embargo, como luego verás cuando avances en la exposición, al visitar a un hermano de la clase alta o media, y veas que en relación con sus finanzas e incluso en la forma que has oído comentar que se comporta con sus empleados, no es digna del evangelio; quizás no sea mejor que se trate en una visita sino que de modo general lo abarque la predicación. Si eres diácono, habla a tu ministro sobre el asunto. Le proveerás un tema real para tratar, con amor sabio,

en su púlpito. Los diáconos al informar al obispo sobre las necesidades que van hallando en su visitación, enriquecerán la predicación, haciéndola pertinente.

UN BUEN ESPÍRITU CON PRINCIPIOS PUROS

El ministerio de compasión no está sólo relacionado con “las mesas”, pero pasa sobre ellas; y hay tanto espiritual como físicamente “pródigos” que desearían “las migajas que caen” de las mesas de los ricos. Los que entran a las casas bien provistas no deben ser aduladores para sacar provecho, ni espíritus neutrales que en cuestiones económicas se inclinan a ser permisivos e indiferentes. Aquellos que hablan para promover las bases económicas de la iglesia tienen que saber lo que están haciendo, no sea que recojan cosa inmunda y mezclen lo inaceptable a Dios con lo santo, simplemente porque los hambrientos lo necesitan.

Toda la ayuda económica que la iglesia recoja tiene que estar limpia; bajo ningún concepto se debe recibir dinero de personas que lo donan de *ganancias deshonestas*, fraudes, juegos o transacciones cuestionables; Dios *ama al dador alegre* pero también santo. (En los Estados Unidos se oyen iglesias que anuncian bailes acompañados con orquestas y bebidas embriagantes en las mismas instalaciones de la iglesia con fines filantrópicos.) El fin de ayudar a la cirugía de algún niño enfermo, cierto orfanatorio, etc., es bueno, pero el medio es pecaminoso. Una gran tentación que tienen los que administran los fondos de la congregación y desean que el programa establecido siga siendo apoyado, es tolerar y “hacerse el de la vista gorda” para una serie de cosas que no debieran hacer, porque contaminan todas las ofrendas al admitir algunas dentro del tesoro único y reciben sin muchos escrúpulos *precio de sangre* cuando debieran devolver la plata al traidor. ¿No está escrito en forma de condena: “y trajiste *lo hurtado*, o cojo, o enfermo y *presentasteis ofrenda*? ¿Acep-

taré yo eso de vuestra mano?” (Mal 1.13). Y la respuesta obvia es “No”. Los principios tienen que ser puros, aunque el dinero no “es inmundo en sí mismo”; no lo es nada.

“¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos, habéis engordado vuestros corazones como en el día de la matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia” (Sgo 5.1-6).

No contra ellos, sino contra lo que hacen

Es un texto fuerte, es una voz apostólica la que habla. ¿Podremos hablar de ese modo? ¿Puede un anciano o un diácono visitador hacerlo? ¿con qué autoridad? Aunque fuere *su espíritu* puede ser transportado dentro de nuestro programa de visitación. Esto que vas a estudiar no tiene la intención de parcializarnos con los pobres contra nuestros hermanos adinerados; su espíritu, más que exponer un texto con resentimiento contra ellos, es llamar a los visitantes a estar alerta, no sea que el bien espiritual pleno que tienen que hacer no lo hagan; movidos inconscientemente por raíces humanas o carnales. La dificultad que presenta el texto para un curso de visitación es que *no fueron dadas* para la visitación, sino para *la locura de la predicación* y por ser obvio, *para escribirlas*. Ignoro si tú que tomas estas lecciones sabes escribir. Si puedes hacerlo, mano a la obra, la página impresa es de mucha utilidad y lo que no puedes decir “cara a cara”, dilo *con tinta y pluma* (3 Jn 13). El ministerio de un anciano es amplísimo.

Hay gente avariciosa tanto entre los pobres como entre los ricos y es pecado. Es la segunda vez que Jacobo dedica un buen espacio a sacudir la avaricia de la gente rica. La otra ocasión fue en 2.1-7. Es un predicador muy valeroso al hablar contra el pecado de los ricos. En casi todas las sociedades ellos son los que tienen el poder porque tienen el dinero, y predicar contra ellos, ¿no sería ahuyentarlos de las iglesias? ¿no es dañar la obra porque cuando se marchan se llevan sus ofrendas y limosnas y dejan sin soporte financiero la congregación? ¿no cometería el autor de estas líneas una imprudencia y arriesgaría mucho al escribir un capítulo para tratar el asunto? No hermano, pero habría que especificar que Jacobo no habla contra los ricos sino *contra el pecado de los ricos* que es algo muy diferente. No se está oponiendo a que haya ricos, no se opone a que digan “**traficaremos y ganaremos**” (4.13), sino a que no cuenten con el Señor para nada y a que abusen como lo hacen para adquirir sus fortunas.

Si en una visita te dieran oportunidad de opinar sobre el uso del dinero, ¿hablarías como Santiago? Lo que Santiago condena no es el dinero de ellos sino *el modo en que lo ganan y cómo lo gastan*. Pienso que tendría varios ricos en su congregación. Podía hablar libremente frente a ellos, eran ricos cristianos, capaces de *soportar la palabra de exhortación*. Un rico que ame los sermones es algo maravilloso para la iglesia.

Creo que aquellos hermanos afortunados eran gente muy lista y sabían a qué iglesia ir. Uno esperaría, haciendo un pronóstico carnal, que se levantarían en medio del culto y se irían; pero no parece que ocurrió tal cosa. Santiago les había hecho pensar en la salvación de sus almas y por ella estaban dispuestos a oír cualquier cosa que tendiera a la vida eterna. Por otra parte creo que iban adonde predicaba Jacobo porque sabían que a él no le interesaba el dinero de ellos sino ponerlos en armonía con el Señor. Los hermanos de la clase media y alta, cuando son genuinamente hermanos, aman a su pastor,

su predicación, y no se molestan porque tengan de cuando en cuando que oír sus exhortaciones contra la avaricia.

En una visita a ellos o en un sermón sobre el asunto pueden ser alertados a no contaminarse con otros del mismo nivel de ellos, pero sin Cristo. Algunas veces entienden que el discurso no se aplica completamente a ellos sino a los compañeros, los que trabajan en lo mismo y son diferentes, para que al relacionarse tanto con tales y más cuales personas no se contaminen. Manda el Señor, *a los ricos que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos* (1 Tim 6.17); y por lo tanto acepten humildemente que se hable contra el pecado que puede, con horror, acompañar un éxito en este mundo. ¿No está escrito que alguien *"puede ganar todo el mundo y perder su alma"* (Mr 8.36)? Lo primero que hay que hacer con aquellos que más podrían ayudar a los pobres y a la predicación con sus finanzas no es pedirles dinero sino ayudarlos espiritualmente para que sus almas no perezcan con sus posesiones. Santiago es un gran ministro del evangelio y los acomodados, aunque sean reprendidos, lo aman.

Un buen anciano-diácono, para los ricos

Como ministro del evangelio también, me parece entender las razones que tiene este buen pastor. ¿Cuál es tu opinión sobre la iglesia?

1. Primer requisito: Tiene un concepto correcto de la iglesia. Un anciano o un diácono nunca debe perder su concepto bíblico de lo que es la iglesia que él sirve. No es representante de una corporación, ni embajador de las naciones de acá abajo; sino del cuerpo del Señor. Para Santiago, lo mismo para el Espíritu que inspiró su epístola, la iglesia no es una agencia bancaria, para guardar dinero; los miembros de ella no son "customers" (clientes) que depositan para ahorrar. Tampoco es un negocio terrenal. (Cuando Cristo

dijo: “En los negocios de mi Padre me conviene estar”, no dijo “negocio” como Valera tradujo, sino “en las cosas.”) Se puede decir con dos expresiones de Jesús: “los gentiles buscan todas estas cosas; pero entre vosotros no será así”. Si el dinero en un negocio es lo principal, hay que atraer hacia él los que más lo posean, para que sean sus inversionistas. Para Santiago la iglesia es una comunidad espiritual y se mueve sobre las ruedas de la Providencia y no sobre el dinero. Lo que mueve la iglesia no es su finanza sino el poder del Señor, la presencia del Espíritu Santo en un ministerio genuino. Un concepto eclesiológico correcto es básico. Tu iglesia necesita dinero, pero no como la antigua Babilonia que comerciaba con “almas de hombres”.

2. El segundo requisito: Cuando habla de ese modo, condenando el pecado de los ricos, muestra que *ama a los ricos*, porque por hacer bien a sus almas se expone a perderlos. Pero ¿quién ama más a los ricos, los que los adulan y no les reprochan sus pecados dejándolos morir en la condenación o los que les hablan del juicio de Dios para que se salven sus almas? Es cierto que las palabras del predicador son fuertes, pero su intención espiritual es buena. No habla como un político fastidiado por los males sociales, sino como un hombre de corazón pastoral, que se duele que los mandamientos del Señor sean quebrantados y que bajo su pastorado sea *más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios* (Mt 19.24). Muchos ministros por desgracia, han perdido el concepto de *eternidad* y no miran sus ministerios desde una perspectiva eterna, no cuidan a las almas *como quienes han de dar cuenta*, olvidan que tratan con almas inmortales, que habrá un juicio final sobre los pecados y que en cuanto una persona muere inmediatamente se presenta ante el tribunal de Dios.

La iglesia no es una organización para este mundo solamente, sino para el venidero. Si descubres en una iglesia que

su ministro te tolera tu pecado, te sonrío porque le conviene tratarte bien porque contribuyes con tu dinero a su sostén, huye de allí y llévate lo que tienes contigo. Debes estar en la iglesia donde se preocupen de tu futuro eterno y no de tus contribuciones; las que aprecian más el alma que el bolsillo.

Ahora bien, en la forma en que Jacobo habla no podemos encontrar *un llamamiento específico al arrepentimiento*. Eso precisa y tiene una explicación. Si analizas los seis versículos no hallarás alguna exhortación como esta, “arrepentíos y convertíos y serán borrados vuestros pecados”, sólo dice, **“llorad y aullad por las miserias que os vendrán”** (5.1). ¿Es que no desea que se arrepientan y sólo busca condenarlos? Lejos que tal cosa haga. ¿No habló de modo idéntico Jonás a los ninivitas?

3. El tercer requisito de un buen diácono: desea salvarlos. Por dos razones: primero, porque *les escribe* a ellos. Si uno visita a un hermano es porque ama y quiere contribuir a su salvación. Todo el mundo juzga que la epístola está constituida por extractos de predicaciones suyas; pero va más lejos en su interés por ellos que están distantes, *en la dispersión* (1.1). Si un anciano está interesado en salvar a alguien o exponerle *más exactamente el camino de Dios*, puede llamarlo aparte escribiéndole algo personal. Aunque luego lo mencionaré, *el tono* de las palabras tiene que ser juzgado por el medio que usa, *el literario* y por *la distancia* a que se hallan ellos, fuera del alcance de su voz y de una visita diaconal (pastoral, apostólica).

Y segundo, no les habla de arrepentimiento sino de juicio porque *no les revela un pecado nuevo*. Ellos eran pecadores conscientes de que lo que estaban haciendo estaba mal, lo habían oído de los pastores muchas veces, lo habían leído en los evangelios, y la propia conciencia les testificaba con reproches. Sin embargo persistían abusando de los pobres y enriqueciéndose a costa del sudor de ellos. Sabían que era

pecado pero no deseaban dejarlo, continuaban cometiéndolo. No son arrojados de la iglesia, son amonestados. Como diácono, ayuda para que la predicación sea efectiva y no haya expulsiones.

En cualquier iglesia hay hermanos endurecidos, que no son ricos pero tienen sus propios negocios y no son tan limpios en ellos como se deseara. Quizás no sea ya eficiente hablarles. Tienes otros recursos para hacer el bien: El púlpito y la literatura. Habla con tu pastor, infórmale; piensa en algún libro que pudieras hacer llegar a sus manos. Posiblemente una conversación sobre el asunto más bien degenera en una discusión llena de justificaciones que resulte de algún provecho. Si ya a una persona se le ha llamado muchas veces y de muchos modos a que abandone su pecado y no lo hace, los libros y el púlpito son los únicos dos medios que más al alcance del éxito podrían estar. Probablemente un estudio especial en la iglesia por algún invitado haga bien. Son difíciles de corregir los pecados que se retienen a sabiendas.

Ayudando espiritualmente

Todas las visitas tienen que procurar la santificación. Quizás no visites a ningún rico, pero gente con menos dinero puede compartir pecados similares. *La avaricia, la envidia y la vanidad*. ¿Por qué es que les dice que **vuestras riquezas están podridas y vuestras ropas están comidas de polilla** (v. 2)? Hay hermanos que tienen recursos económicos y gastan mucho, incluso se les amontonan cosas que no usan. Y ¿por qué no donar un poco de ropa para los pobres, una capa para el que no tiene ninguna, para uno de los hermanos desnudos de Jesús?

Hay veces que compramos en exceso por envidia y vanidad. ¿Y no es un pecado tener tantos zapatos, tantos trajes, tantos autos *sin usar* mientras que otros andan descalzos, desnudos o con ropas cosidas y a pie? ¿No es un pecado grande contra la obra de Dios gastar el dinero en vanidades mientras que apenas tenemos para costear algún proyecto o

para pagar programas de radio? En calidad de grandes cristianos, que no andan *en la vanidad de su mente* y que buscan una patria más allá, puedes hacer mucho para influir a favor de la modestia en los hermanos.

¿No es pecado guardar el oro y la plata en el banco, sin ningún uso benéfico mientras que otros no tienen ni para comprar la comida diaria? **“Vuestro oro y plata están enmohecidos y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego”** (v. 3). Ellos podrían alegar: “Pero, ¿por qué regalar mi dinero? Los otros no tienen nada por vagos o porque lo tiran todo”. Es cierto que muchos no tienen nada porque son haraganes, no les gusta el trabajo. Otros tampoco pueden poseer algo y vivir mejor porque lo malgastan sin sabiduría. Esos se tienen bien merecida la pobreza que los persigue. Que no se les ayude en nada. Pero no es el caso que plantea el escritor bíblico. Santiago afirma que aquellos pobres sí trabajaban porque **han cosechado vuestras tierras** (v. 4), no eran vagos; y ellos no son los que han malgastado el dinero, sino los ricos, no tenían dinero ni para comer, menos para tirarlo.

¿No son culpables de este pecado muchos ricos que hay en América Latina (con honrosas excepciones), que acumulan sus tesoros en las cajas de los bancos y no los invierten, no crean nuevos empleos y reducen la sociedad a la miseria? Como embajadores del mensaje de Cristo, cuando visitemos y conversemos sobre este tema, *amonestad a los ociosos* porque la moral apostólica es que *el que no trabaja no coma*; pero aquellos que sudan en sus labores, deben recibir justa remuneración. (Si escribes para algún periódico, ¿no podrías hablar cristianamente sobre esas desigualdades?) El que tiene, invierta y use misericordia, y *tendrá tesoros en el cielo* (Lc 18.22). Un anciano o diácono para hablar de este modo en una visita, aunque fuere generalmente, necesita haberse ganado de antemano la confianza y “un grado honroso”.

El tema de los jornales

En una visita productiva, sin ir enviado por algún sindicato de obreros, se puede ayudar al hermano empleador para que sea un modelo. Tener dinero, ser rico, no es pecado en sí mismo, pero sí *la forma en que se gana*. En el v. 4 dice que habían hecho la fortuna con lo que no les pagaban a los obreros, **“he aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros”**. Se que eso es un caso extremo, no dice que les habían puesto un salario bajo, abusivo y de explotación, sino peor aún, les habían engañado no pagándoles nada. Cualquiera de esos niveles de explotación es pecaminoso. Un jornalero debe tener un salario justo. No se trata de pagarle “según su necesidad”, sino según lo que trabaje. ¿No vivimos hoy esas injusticias laborales entre los trabajadores indocumentados en cualquier país? ¿No se les paga menos del salario mínimo y no se les ofrece ningún tipo de seguros en caso de accidentes y si los tienen se niegan a cubrir los gastos de hospitales? Los hermanos que emplean cristianos, recuerden que ambos tienen el mismo *Amo en los cielos* (Col 4.1). A los diáconos también los problemas laborales deben interesarles.

Traficar y ganar (4.13) no es malo, lo que es malo es traficar y ganar *pecaminosamente*. Tú gastas tu dinero, es tuyo, pero ¿sabes tú que *cómo lo ganaste* importa al Señor? Santiago dice que el dinero **testificará contra vosotros**. El Señor Jesucristo nos ha enseñado que él conoce cuánto dinero tenemos en el bolsillo, cuánto en el banco. en qué lo gastamos y cómo lo adquirimos; **“y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos”** (v. 4). El Señor permanece al tanto del ritmo que lleva la sociedad y conoce cuánto se le paga a cada uno y cuánto se le roba; cuando los obreros lloran sus injusticias y más aún, oran, sus suspiros y oraciones llegan a la presencia divina.

¿Para qué quieren dinero, para vivir **en deleites sobre la tierra y ser disolutos** (v. 5)? No pocos que hacen dinero y *buscan enriquecerse*, no llegan a *caer en tentación y lazo y en muchas codicias necias y engañosas* (1 Tim 6.9). Parece que se dirige más a inconversos que a hermanos que profesan fe *en nuestro glorioso Señor Jesucristo*. La explicación es lo que no quisiéramos; los ricos de Cristo se estaban portando igual que los que no lo eran; buscaban disfrutar de esta vida y aprovechar para cometer todos los pecados que les vinieran en gana. Piensan poco en los deleites que no son de la tierra, los que pertenecen al cielo, los de la fe y de la obediencia a Dios. Hay un ministerio bendito que realizar con ellos que no es sacarles aportes para la iglesia. Un ministerio santo, espiritual, intensamente interesado en que mejoren espiritualmente y sean un testimonio para la alta sociedad.

Visitando a los que sufren

Las siguientes palabras son más de consuelo que de exhortación y están también saturadas de esperanza. No contendrá la exposición todo lo que se pueda decir en la visita a una persona atribulada, ni siquiera todos o muchos de los textos que fueran conveniente, pero como una muestra de ayuda pienso que será útil. La visita al que sufre es importante, para mostrar nuestra hermandad, que el ministerio de compasión funciona, que *si algún miembro se duele* (y eso ocurre muy a menudo), con él padecen los otros. En este mundo tendremos aflicción, dijo Jesús, uno de los poetas escribió que muchas son las aflicciones del justo, y añadió, que de todas ellas lo libraré Jehová. Tal vez hoy o mañana no se trate de llevar comida a alguna viuda porque, su marido previsor lo dejó todo bien arreglado con un buen seguro y ella lo ha cobrado; no tiene necesidad de dinero, pero sí de una palabra de consuelo, algo de apoyo, sentir que no se halla sola.

El Señor “debe” ser lo suficientemente grande para todos de modo que ninguno precise de un consuelo humano, pero esa no es la cuestión, él no lo dispuso así sino hasta el cielo.

La común experiencia nos dice que sí, nos necesitamos los unos a los otros. Mientras alguien llora hay un buen compañero que con palabras le enjuga sus lágrimas. La simpatía y el apoyo humano cuando el alma se halla entristecida, “hasta la muerte”, hace falta. Tal vez ni palabras haya que pronunciar, pero saber que hay alguien cerca, entre los árboles, arrodillado por nuestra condición, es de apoyo y vigorización trascendentes. Acuérdate de los que sufren, toma el teléfono, usa el carro, programa alguna visita, envía una tarjeta, dale una vuelta a aquellos que hace un tiempo caminan con el corazón destrozado. Como Pablo, regresa por donde pasaste, confirmando a los creyentes. Sal, como Moisés, a tus hermanos, para que veas en la gran aflicción que los ha colocado la providencia. Quizás tu hombro es ágil, tu pecho está descansado, bríndalos como apoyo para la frente afiebrada, amigos y hermanos, aquellos que miran al vacío con ojos melancólicos. Hay hermanas, como María, para quienes el cielo ha predestinado que una espada traspase su alma, ¿las dejarás sangrar sin que tu mano les contenga la herida? ¿no irá alguno de la iglesia a la que pertenece no a sacarle el filo de su dolor, pero al menos conversar sobre los propósitos sublimes que la providencia tiene con tales sufrimientos? Encamina tu pie, si eres tímido, búscate un segundo, algún *dídimo*, hermano querido, que te acompañe a dar consuelo a quien suspira diciendo en su puerta: “¡Ay, Dios mío, si alguien viniera a verme!”

“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestro corazones; porque la venida del Señor se acerca. Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta. Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor.

He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo” (Stgo 5.7-11).

TODOS SUFRIMOS

Quién no ha sufrido, diácono? Tú mismo, ¿no has llorado? ¿No han venido padecimientos por Cristo sobre tu hogar y con él mucha consolación? Pues estás preparado para consolar a los que padecen. Quizás has perdido un hijo, una hijita, tus padres, y entonces sabes de suspiros y cómo sentarte junto a un pobre enlutado corazón.

1. *Ayudando a tener paciencia.* Cuando un alma sufre lo primero que la prueba destierra de su ánimo es la paciencia; esa es la palabra clave en el texto: **paciencia**, que se repite cinco veces. Cuando el Maestro hallaba un atribulado, con frecuencia comenzaba diciéndole: “Ten ánimo”. El estado anímico que invade al que sufre, es importante, si su moral espiritual se decae, el techo tocará sus sienes más pronto. Se hunde uno hasta los hombros cuando el ánimo tira abajo la fe y el horror invade por los cuatro costados. El terror nocturno de una noche de presagios, sospechas, presentimientos, es espantoso. Hay duendes imaginarios, figuras fantasmagóricas que flotan en una imaginación miedosa, que tan sólo la palabra de ánimo de un Salvador podrá hacer huir lejos, a lugares secos.

a. ¿No sufren los cristianos? Cualquiera que lea las epístolas de Pedro responderá que sí y *¡como cristianos!* Cuando uno se convierte, ¿se le quitan todos los sufrimientos? Sabemos que no, es evidente que no, porque los sufrimientos se corresponden *con los propósitos del Señor*. Tres ejemplos pone Santiago, uno de ellos es **Job** (v. 11): “**habéis oído de la paciencia de Job y habéis visto el fin del Señor**”. Ve como Santiago cita ejemplos bíblicos para consolar a los atribu-

lados. Job, es el prototipo de una persona que sufre, sin aparentemente merecerlo. ¿Puede servir para el que tiene sus alas recortadas con tijeras de fuego aquel hombre que se sentó sobre un montón de cenizas rascándose con una teja? Mucho, porque ese hombre *sufrió*; ese hombre es parte de *la revelación* de Dios, es una historia contada, escrita en lápidas eternas.

Fueron muchos sus padecimientos, perdió a todos sus hijos. ¡Oh qué dolor perder un hijo, cuánto no varios de ellos! ¿Quién podrá traer algún consuelo al que ha perdido el fruto de su vigor, la savia nueva de sus entrañas? ¿quién podrá ayudar a cerrar esa enorme herida, dónde hay algún ungüento que pueda suavizarla? Acuérdate hermano de los que han sido heridos por la muerte. La religión “pura y sin mancha” visita a las viudas y a los huérfanos. La palabra viuda significa “despojada”. No ignores a los que la providencia ha despojado, a esas mujeres que como Noemí se llaman “Mara”, amargura, que estiman que la mano de Dios las ha golpeado rudamente. ¡Terribles son las cosas que recuerdan en una casa donde hubo un muerto!

Hay heridas del corazón, heridas de la mente, heridas que se abren por los recuerdos; cosas que tropiezan con el pasado y lo que fue feliz se torna en lo más triste, lo más dulce acude en oleajes a la mente del que llora, y no hay acíbar tan amargo, ajeno tan ácido como éste. Vienen, sin ser enviados ni solicitados, los “consoladores molestos”, que en vez de irse pronto traen una filosofía impropia y como alfileres pinchan el alma y ella sangra más. No son diáconos ni casi seres humanos, esos seres empedernidos. ¿No habrá que consolar a aquella oveja que ha perdido su corderito? Y al mismo papá cordero, ¿no siente él muy hondo la partida de su pequeño rapaz? No los dejes solo; ve hermano, allí donde la sonrisa se ha extinguido. Dile que Job perdió los suyos, anímale a tener fe.

2. *Los de la soledad.* Pobre hermano Job, aparentemente naufragó su matrimonio; dicen que su esposa no lo comprendió y en la derrota lo maldijo y se marchó; quizás por un tiempo. ¿Habrá sido cierto? Pero cierto es que en cualquier iglesia hay hermanos y hermanas que han sufrido el colapso de sus matrimonios; a veces fueron enlaces de muchos años. Tal vez no puedas arreglar la unión; pero consolar si puedes. Si no hay ministerios para los “solos”; ¿no podrías sugerir que se empezara alguno? No se trata de disculpar sus faltas ni hacer juicio de condenación para los que se divorcian, sino ayudarlos. Además de la tragedia que han tenido, ¿se les sentenciará a la indiferencia?

En el ejemplo del patriarca vemos que lo *dejaron sus amigos y sirvientes*. Hay hermanos muy buenos para los cuales el Señor dispone que según avancen en años se vayan quedando solos; sus amistades desertan. Son envueltos en una terrible soledad. ¿No te alcanzará, diácono, tu grande corazón, para ponerlos adentro? Perdió sus riquezas y se enfermó de sarna. ¿No te han dicho que fulano y el otro perdieron su empleo o les fue mal en su negocio? A lo mejor no necesitan beneficencia; pero sí conversar con alguien el problema, quejarse. Se un firme convencido de que los propósitos del Señor se cumplen y son sabios. Visita a los solos.

3. *La “Doctrina de la Providencia”.* Es evidente desde el mismo principio en su libro, que *sus sufrimientos no ocurren al azar*, el diablo interviene, Dios también. El mismo Job así lo interpreta; sus palabras: **“En todo esto no pecó Job ni atribuyó a Dios despropósito alguno”** (Job 1.22). Él comprendió que no estaba siendo azotado por las fuerzas de un “destino” ciego, ni que sus pérdidas fueran sin sentido alguno y no condujeran a ningún lado. Un día llegó a su alma la tormenta. Como sobre hojas sus pensamientos en el alma fueron ráfagas, volaban como pajas todo lo que hizo y dijo, incluso lo que enseñó. Se quebraron los vidrios de sus ven-

tanás. Todo su edificio fue quedando tristemente abierto; por varios lados el dolor a chorros se metía y el alma no hallaba dentro de su pecho algún rincón para esconderse. Corrió desahogado hacia el altar y halló el asiento de Dios por el cual había orado. Fueron grandes sus vendavales, pero no pereció. Se refugió en una “roca” que era más alta que él, halló una hendidura y sobrevivió. La historia es maravillosa, él nunca lo supo, que sus agonías habrían de servir a sufrientes futuros para consolarse con su ejemplo y hallar sentido a lo que parece loco; el mismo Dios. Cuando visites al que sufre no olvides llevar en tu corazón esa preciosa doctrina, la que Pablo dijo que hacía que todas las cosas “cooperaran para bien”. Alivia mucho el espíritu del que sufre cuando es convencido que no es por azar lo que le pasa y que el Padre amante lo está supervisando. ¡Si en cada ocasión recordáramos esta verdad!

Cuando el sufrimiento ajeno excede a tu experiencia, siéntate callado al lado del que está padeciendo, cuando no entiendas la razón porque sufre, no sea que lo consueles con errores o mentiras. ¿Qué podrás decir a alguien que está confundido si tú no comprendes la confusión? Invítale con amabilidad a que acepte la supervisión del Señor en su caso y por tal razón todas las cosas obran para bien. Habrá un fin escondido en todo, se manifestará en algún tiempo y entonces podrá sonreír. Explica lo que el Señor dijo a Pedro, lo que yo hago tú no lo entiendes ahora mas lo comprenderás después. Pero hay un propósito y tendrá el sufrimiento un fin. Invítalo a dar un paso de fe y someterse bajo la poderosa mano de Dios, a tener paciencia porque ella está colocada entre la fe y la herencia de cualquier promesa: “imitadores de aquellos que por medio de la fe y la paciencia, heredan las promesas” (Heb 6.12).

Hay una herejía moderna que mira el sufrimiento como algo diabólico no enviado por Dios; se oye por dondequiera a predicadores que exhortan a las multitudes a despojarse de la cruz, a seguir a Cristo pero sin tomarla. Una y otra vez dicen a la gente que la pongan aparte que Dios no quiere que ningún

hijo suyo la arrastre. Eso no es verdad. La cruz es necesaria, el sufrimiento es un ingrediente beneficioso para el alma y está dispuesto por Dios.

A veces se busca, tiene que venir y es mejor hallarlo pronto; sobre todo cuando los principios quieren ser comprados o hurtados.

Salir al encuentro de cuarenta azotes menos uno es inevitable, hay que escogerlos, la cárcel tiene que abrirse, los santos penetrar, ser probados por diez días. Hay que sufrir, no somos ángeles, somos pecadores, el fuego tiene que aumentar hasta que se desprenda la escoria. No es filosofía cristiana la que enseña a esconderse del dolor sin salir a enfrentarlo, es enseñanza boba y de cobardes.

No, no consolar diciendo que hay injusticia, que habrá castigos; que no se merece pasar por lo que pasa. Ni que el dolor “pronto pasará”. Aunque la mejilla izquierda sangre y no haya tiempo para que la herida sea curada, tal vez el buen Dios estime que ya estamos preparados para colocar la otra y el mismo puño se agite y parta. Es consuelo lo que enseñan las promesas, no evasión. No, no hay evasión, la cruz tiene que ser tomada con las dos manos, girada hasta el hombro y caminar despacio, como se pueda, hacia el Gólgota, aparezca o no algún Simón de Cirene. Todos sufrimos y el Señor tiene mensajeros bíblicos de consolación: Tú eres uno.

Regulados por leyes

1. Leyes para el dolor. Adjunto a todo esto puedes asegurarle que sus sufrimientos *son regulados por leyes*. Santiago expone que el sufrimiento se desarrolla exactamente bajo una ley como las de la naturaleza. ¿Puede el labrador esperar que la lluvia tardía venga temprano? No. ¿Puede apresurar el proceso normal de siembra, crecimiento y maduración? No. ¿Qué puede hacer? “**Aguardar con paciencia**” (v. 7). Donde hay un propósito hay una serie de circunstancias y acontecimientos perfectamente gobernados. Dios no es un Dios de confusión sino de orden y de leyes. Este mundo está lleno

de leyes, fue hecho con leyes. Dios hizo esas leyes. La Biblia también es un libro lleno de leyes porque es un libro hecho por Dios. Dile al que visitas que en lo que padece hay sentido y *gobierno*.

Por ejemplo, empieza a llover, ¿escampará cuando le guste o tiene que esperar que las nubes pasen y viertan su precioso líquido? ¿cesa de tronar cuando la atmósfera se descargue o cuando lo queramos? ¿nace la semilla al compás de nuestra impaciencia o se toma su tiempo? ¿empolla la clueca sus huevos por tres semanas o los abandona a los catorce días? ¿habrá polluelos que piquen el cascarón a los trece?

Eso no es motivo de desesperación sino *de mucha seguridad* y con paciencia podemos esperar que llegue el último día. Esto podría probarlo con muchos textos pero voy a escoger algunos. Jesús dijo: “Subid vosotros a la fiesta, yo no subo todavía, porque **mi tiempo aún no se ha cumplido**” (Jn. 7.8) y : “Pero ninguno le echó mano porque **aún no había llegado su hora**” (Jn. 7.30); y : “Sabiedo Jesús que **su hora había llegado**” (Jn. 13.1). El salmista dijo en oración: “En tus manos están **mis tiempos**”. El mundo del sufrimiento es un mundo gobernado por las leyes de Dios y justo al tiempo señalado cesará; bien porque las circunstancias pasen o porque alguna promesa, por medio de la fe haga su efecto, y entonces traiga consolación por medio de Cristo. Para todo hay tiempo, para alegrarse y para llorar. Así hablan los sabios.

El maravilloso orbe de la salvación exige que el contorno histórico así se comporte; nada es dejado suelto cuando Dios lo planea. Dicen algunos que el fin del hombre es ser feliz; yo sé que el fin bíblico del hombre cristiano es glorificar a Dios por medio de su obediencia; por lo mucho que padezca. Las palabras del que consuela van dirigidas a aceptar la realidad, a tener fe en una “Mente” que ejecuta su voluntad, a promover una esperanza, que como luz blanca y dulce, brilla al final del oscuro túnel.

No podrás resolver su situación, no, ella podrá seguir por un tiempo siendo la misma. Mirar las cosas desde la perspectiva divina aminora el sufrimiento, consuela. Si por dentro del que sufre las cosas cambian, si mira desde dentro del espíritu de modo distinto (dicen que con optimismo y resignación), con fe, no importa mucho que nada afuera cambie. La forma en que se agarre, quizás como Moisés, “por la cola”, hará completamente inofensiva la serpiente que antes metía miedo y hacía huir, venenosa. Dile al que sufre, que mire con los ojos de Dios.

Seguro que *junto con la prueba* (tentación) el Señor proporcionará *la salida* para que se pueda escapar.

El viento no sopla de donde quiere, sino por donde lo envía el Señor; ruge el león, el huracán, muge el buey junto al pasto, todo lo manda Dios. Fiera, instinto, caos, cada cosa la gobierna el Todopoderoso. Ni un cabello de nuestra cabeza puede ser tocado sin su expresa autorización, no abre sus alas un simple gorrión para volar sin que él le conceda el permiso. Aun Satán no se puede acercar y tocar, ni ofrecer algo, ni asustar si no acude a pedir autorización para realizar su zarambo. ¿No te parece que si en una visita a uno que está sufriendo por cualquier cosa, aunque no puedas arreglársela, le harás bien si lo dejas pensando dichosamente que no hay desorden en su caso y que leyes sabias dominan su situación? Será como buscarle una piedra para que se siente.

Un final

1. Quizás se queje de que no ve al Señor; dile que lo verá *al fin*. Dice: “¿**Habéis visto el fin del Señor?**” (v. 11), llega la hora y se acaba, las nubes se tardan mucho en pasar pero pasan, los relámpagos y truenos nos estremecen pero al fin la tormenta se va, la semilla se demora en brotar pero brota. Existe un fin y ese fin, como somos cristianos, es del Señor. La fe cuando es real, aunque el Señor no le dé explicaciones se conforma con afirmar: “*Señor; tú lo sabes todo*”. No se trata tanto de hacer un juicio moral sobre el sufrimiento como

hicieron con aquellos pobres galileos sobre los cuales cayó la torre de Silóé, que pensaron que “eran más pecadores que los demás hombres”. Y aunque así ocurriera con el que se visita, haz que lo acepte, que pida perdón y confíe en recibirlo. Puedes convertir la visita en algo íntimo, interesante, espiritual, pero sin meterte en un complicado laberinto del cual te sea difícil salir. Ve al aspecto práctico del sufrimiento, para que se enmiende el corazón.

La filosofía de la fe en las promesas del Señor, la confianza en su gobierno, la paciencia en su sabiduría, son mucho más seguras que escarbar en lo desconocido y pronunciar suposiciones de las cuales nadie puede hallarse seguro. Cuando se sufre por los pecados cometidos y no son perdonados, el mundo destruye, pero cuando se padece con Jesús, él consuela. ¿Quién sabe cuando el Señor con su benignidad conduce a alguien al arrepentimiento y quién podrá saberlo cuando viene hablando en un torbellino? Cada uno, como Elías, podrá identificarlo, en el terremoto o en el silbo apacible y delicado. Afirma una y otra vez, que *aunque sea desecha su piel, con sus ojos verá a Dios* (Job 19.26,27).

En la vida de Job oímos al Señor hablar al comienzo de sus sufrimientos cuando lo dispuso todo. Durante el desarrollo del libro no dice una palabra, sólo escucha y mira. Pero al final de nuevo habla y bendice. Cuando sufrimos nos parece que el Señor está ausente. Job clamaba mucho, incluso en los mismos discursos a sus amigos se detenía y oraba. Nada pasaba. Dios no respondía. Sólo al fin justificó a Job y lo bendijo. En eso es lo que quiere Santiago que sus hermanos piensen para consuelo. Esas cosas son bellas, si las trasmites dejarás las mejillas, de lágrimas, enjugadas.

2. Insiste en el carácter de Dios. El Señor es “**muy misericordioso y compasivo**” (v. 11). Cuando uno, todo el mundo padece, suele pensar que ha fallado Dios en su amor, ¡no hay tal cosa!; pero San Pablo que bien conocía la tribulación más

allá de toda medida, habló de los sufrimientos y de *toda cosa creada* que vaya en contra de un cristiano y añadió: “Nada nos podrá separar del amor de Dios en Cristo”. Es la hora en que suele dudarse, pero es la que más necesitamos estar seguros de su infinito amor; de que ama a los suyos *hasta el fin*. Si abres tus labios en ese sentido harás mucho bien. Habla del amor del Señor, de que como el eje de una rueda, aunque todo alrededor dé vueltas, él permanece fijo, todo rota, cambia; él no. No hay nada mejor para anclar fuera de la tierra del abandono y la desesperación, que arribar a las playas del amor de Cristo.

Aunque los sufrimientos de los lectores de Santiago no eran los mismos de Job y padecían por injusticias sociales; la aplicación sirve. Si a quien visites sufre por injusticias, consuélate del mismo modo. ¿Visitas a algún obrero despedido? ¿alguien que ha sido echado fuera de su empleo sin razón alguna, producto de la inflación, o por cualquier otra causa? La amenaza a las necesidades básicas de la vida produce muchos sufrimientos e inseguridades en el presente y para el futuro. Haz lo que puedas ahí con tu ministerio de compasión, materialmente, hablándoles a otros que quizás tomado el caso puedan ayudar; y además asegurando lo que Aquel que no miente prometió. Se sufre cuando no podemos hacer nada para dejar de sufrir y en tal caso, *esperar en el Señor*, esperar su segunda venida (v. 8). Subráyale antes de irte que “el Señor es muy compasivo”, no es un mal padre ni mal amo; que aunque esté callado no está lejos, en silencio; mira y dirige. Las cosas acabarán siempre como él quiere.

Sus efectos

Aconséjale que es importante que mientras padece preserve su paz, que no agite innecesariamente las aguas que le rodean haciendo su vida una carga para sí misma y para los que le rodean. Puedo observar *los efectos del sufrimiento sobre nuestros hermanos, amigos y familiares*. Santiago está

consciente que cuando hay muchos sufrimientos los ánimos se alteran y la impotencia que la situación nos impone nos hace desahogarnos en otros a quienes castigamos injustamente. Cuando uno sufre tiene que cuidar mucho sus relaciones con los hermanos y no quejarse contra ellos diciendo: “No me ayudaron, tuve que sufrir solo, nadie me echó una mano, no vinieron en mi auxilio. Aman mucho mientras uno está bien, pero cuando estuve enfermo no me visitaron, cuando perdí a mi familiar cada uno se volvió a su trabajo y se olvidaron de mí, la iglesia ha hecho muy poco por mí en mi adversidad, etc.” No dudo que por ahí anda la mano del diablo. Es el principio de la apostasía, a veces su resultado. Ojo avisado. Si el dolor no humilla, rebela.

Si oyeras frases de quejas, dile que eso no aprovecha, por dos cosas, *seréis condenados*. O mejor dicho “para que no seáis **juzgados** (*krithéte*). A menudo los que sufren se quejan lastimeramente de los otros y alegan que no se han comportado como cristianos con ellos, quizás eso sea cierto, pero *la queja tampoco lo es*. Pablo, cuando fue dejado solo no se quejó de eso; su actitud fue diferente, dijo: “**No les sea tomado en cuenta**” (2 Ti 4.16) porque, añade, “**el Señor estuvo a mi lado**” (v. 17). Cuando uno se queja de otros revela que no ha sido acompañado por el Señor tampoco. Además, cuando nos quejamos de que no nos han socorrido en nuestro dolor, ¿*somos justos*? ¿Hemos socorrido a otros cuando ellos han sufrido? ¿No somos culpables de eso?

Y no os quejéis, dice Santiago, *porque Cristo te oye*. Él está junto a la puerta o “las puertas”. De quien te quejas no lo oye, pero el Señor sí. No importa que las puertas se hallen cerradas, Cristo está ahí. Y él es juez. Si como Job, hay que dar libre curso a la queja, que la oiga el Señor en oraciones. Así el alma se alivia y perdona, pero cuando la oyen seres humanos, aumenta el rencor. Hasta aquí ayudas para los que sufren.

6

Visitando a los enfermos, ofendidos y apartados

Prepárate para un festín de instrucciones sobre la visita a los enfermos. Examina con ojo agudo el texto que te suministro. Razona y que Dios bendiga tu aprovechamiento. Cuando acudes junto a un lecho de enfermo, ¿cómo empleas tu tiempo allí? Se sabe que siempre es breve, pero ¿cómo usas esa hora, quizás?

ORAR, NO DIVERTIR

El sabio dijo: “El que canta canciones al corazón afligido es como el que quita la ropa en tiempo de frío, o el que sobre jabón echa vinagre” (Prov 25.20). Cuando visitas a una persona apesadumbrada, ¿vas para hacerla reír o para consolarla? ¿distraerla un poco? Convengo que hay muchas formas para hacerle bien: pero unas son mejores que otra. Hay consejeros “molestos” que aconsejan la diversión para librarse de las penas. Eso no es lo que el Espíritu enseña. La Biblia nos instruye de otra forma para manejar el dolor. Ese modo de pensar secularmente ha llegado también a la iglesia y cuando se trata de “espantar” los males, se le dice a la gente que cante. Santiago predicaba para los sumergidos en el dolor y no les decía que salieran a algún sitio a regocijarse con los

demás ni que bebieran vino. Esa clase de alegría ética no es para cristianos; existe otro regocijo *en el Señor siempre* y no en el *vino que hay disolución*.

El ambiente de consuelo *se proporciona con oración*. No es inocente que nos aconseje a orar cuando nos hallamos tristes y nos pida que cantemos cuando nos sentimos alegres. **“¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración”** (5.13). Sin embargo no siempre se hace así. Hay quien está triste pero no ora, en cambio se queja. Y eso casi que no está bien. Como cristianos maduros nunca debemos entristecer a los demás, es mejor que oremos. ¿Por qué? Es mejor orar que quejarse. Lo es porque hay tristezas que *sólo Dios puede quitarlas*. Por ejemplo, si uno se halla triste por su pecado, ¿quién puede quitarnos ese pesar sino el que nos da el perdón? Si hemos fracasado en algún sentido, ¿quién podrá consolarnos en nuestra derrota? Si hemos perdido algo muy valioso, ¿quién podrá reponerlo o al menos compensarnos por lo que nos falta?

Además, es mejor orar que quejarse porque cuando oramos *ejercitamos nuestra fe*; en cambio el quejarse lo que hace es descubrir nuestra incredulidad. Eso demuestra que somos hombres y mujeres de fe, que hemos aceptado nuestra tristeza y que pedimos al Señor que nos ayude a sobrellevarla o nos la quite.

Otros no se quejan cuando se hallan tristes, pero no oran sino que procuran *divertirse* o al menos usan entretenimientos para quitarse el pesar de encima. Quizás eso tenga algún resultado pero es mejor orar que buscar olvidarse uno de una situación divirtiéndose, porque *no se aprende la lección de Dios*. Cuando somos afligidos tenemos que detenernos y considerar lo que el Señor nos ha querido enseñar; como está escrito: “En el día del bien goza del bien; y *en el día de la adversidad, considera*. Dios hizo lo uno y lo otro, a fin de que el hombre nada halle después de él” (Ecl 7.14). Si se pasa por el sufrimiento sin hacer consideraciones y evaluaciones, sin

reflexionar mucho sino procurando escapar de él. cuando todo acabe se habrá recogido muy poco fruto. Esas son las lecciones de la vida que no se pueden perder. Quizás quiere purificarnos y si nos divertimos lo que hacemos es apagar el fuego que está limpiándonos de escorias.

Y por otra parte, al divertirse algunos *podrán pecar* y buscar en su alivio placeres pecaminosos. Lo que el Espíritu nos recomienda es orar. no ir a una fiesta, no es hacer un banquete, ni ir a una discoteca. La aflicción es la llamada de Dios a la oración, cuando estamos tristes es que nos llama a orar. ¿Está alguno afligido? Póngase de rodillas.

Canciones de alabanza

La otra práctica que casi ha sido sacada de su lugar es la alabanza. “¿Está alguno alegre? Cante alabanzas” (v. 13). Por otro lado, cuando estamos tristes tampoco nos pide que cantemos. ¿Cómo nos va a obligar a semejante hipocresía? Aunque hay quienes, por la gran fe que poseen, como San Pablo, pueden cantar atrapados en un cepo los pies. El Señor no quiere que hagamos de payasos o teatros. No nos pide que substituyamos la oración por la alabanza. Las aflicciones mayormente nos vienen por nuestra razón y Dios quiere oír quizás, más un suspiro que un himno.

Nuestro texto nos enseña *una descripción real* de lo que es un cristiano. ¿Alguien que siempre anda melancólico? No. ¿Un tipo que siempre está contento y cantando alabanzas? Tampoco. Un cristiano siempre melancólico es un cristiano enfermo, una pobre copia de lo que debiera ser, alguien que no conoce las consolaciones en Cristo ni sabe lo que es regocijarse en él siempre. El cristiano aunque no sea temperamentalmente alegre es espiritualmente alegre. ¿No son bellas las sonrisas del cristiano que por temperamento es serio?

¿Nunca tendrá un día gris en el cual no sienta ganas de cantar? ¿Nunca nada le aflige? ¿Nunca tiene convicción de pecados? Los cristianos cantan alabanzas, pero *no siempre* están cantando alabanzas porque entienden que cantar *no es*

la única forma de alabar al Señor. Vivir conforme al evangelio es la mejor alabanza, glorificando el nombre del Señor es el mejor modo de alabarlo, guardando sus mandamientos. En un cristianismo normal hay las dos cosas, risas y llanto.

La obediencia es la mejor de las alabanzas porque vale más que los sacrificios y que todo lo otro. Conozco muchos de esos que siempre están cantando alabanzas pero no se sienten responsables con los mandamientos del Señor. Hay veces que obedecer es muy difícil y cuesta lágrimas. El Señor no nos salvó para que fuéramos felices sino para que fuéramos obedientes; y lo disfrutáramos eternamente siendo *participantes de la naturaleza divina*.

Pero hay algo más, nota que las alabanzas están *asociadas al canto*. No dice que diga alabanzas, sino “cante”. Hoy hay una costumbre muy dispersa de irrumpir a cada minuto en la conversación normal o en la predicación en expresiones de alabanzas al Señor que en la Biblia están asociadas al canto o a la oración. Tiene que ser regulada aunque no extinguida. Por ejemplo, ¡Amén! ¿Dónde la hallas en el Libro de Dios? En los salmos, en la oración y quizás al final de algún clímax literario de alguno de los apóstoles. Pero no halla usted que Pablo esté hablando con Agripa o Felipe con el eunuco o Pedro pidiéndole la comida a Simón el curtidor y a cada diez palabras diga un amén, un aleluya o algún hosanna. Lea el libro de Job, las lamentaciones de Jeremías y verá que no hay ninguna. Ellos no podían ser hipócritas. No que necesariamente me oponga a la frecuencia con que se digan esas expresiones sino a que ellas sean necesarias para “mostrar” nuestra espiritualidad o el sello de la regeneración. La verdadera espiritualidad es *la conducta santa*, no la honra de labios, sino de vida. Mas como ya he dicho, hay necesidad de regulación no de exterminio, dado que si son expresiones emocionadas de lo que el Espíritu hace, no hay que reprimirlas nunca; para que uno no sienta que predica, ora o vive entre muertos.

Por otra parte el cristiano debe cantar *alabanzas*. El texto griego lo que dice es “salmos”. Esto no se dice para los cultos sino para la vida personal de cada uno. En los cultos se pueden cantar “salmos, himnos y cánticos espirituales”. El cristiano real no canta sólo en los cultos, canta en el camino, en el trabajo, en su carro y por supuesto también en el templo. Cantar alabanzas es cantar para alabar al Señor, no porque el canto del cristiano sea una consecuencia de que se halla alegre sino porque su canto es *una expresión de gratitud* a Dios que le reconoce. Sabe que se halla alegre por la bendición del Señor y por eso le alaba. Canta porque le gusta la canción, su letra o su música, canta porque agradece al Señor. Quiere decir que cuando canta, *adora*. No es para ponerse alegre. Ya él está alegre, o se halle triste. No es para poner a otros gozosos. No es para contagiar a nadie. Es para adorar, rendir tributo al Señor. La esencia y orientación de la alabanza es la adoración y no el gusto musical de la congregación, del director o de los ajenos que visitan. Este principio de adoración, que debe regular nuestras alabanzas personales y públicas será el que evitará que se haga mundana nuestra música o que hagamos del culto, del mismo corte, sonido e intención, que los escenarios de inconversos. ¿Canta usted para Dios, o canta porque le pagan, o canta porque lo aplauden o canta porque le gusta cantar? El verdadero motivo para cantar del cristiano es porque *alaba*. Si hay que visitar a un hermano acongojado y está triste, pero quiere cantar, cantemos. ¿qué tiene de malo cantar en una visita? Nada. Lo que tiene es de inusitado.

Visitando a los enfermos

El cristiano conforme se entristece, dice Santiago, también se enferma. Los cristianos nos enfermamos. Los que creemos en Cristo como nuestro Salvador tenemos que guardar cama, nos da fiebre, tenemos que acudir al médico.

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el

nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiese cometido pecados, le serán perdonados” (5.14,15).

Avisos

Hay dos áreas de la vida en que muchos creyentes tienen que ser educados: la enfermedad y la muerte. Son dos temas que muchos rehuyen tratar; y por su naturaleza misma cuando la ocasión de estas realidades toca la vida, se está demasiado sensible para “considerar” las cuestiones. En la visita o antes, la culturización bíblica sobre la enfermedad y la muerte es necesaria, si no queremos estar desarmados para hallar explicaciones o enfrentar de modo adecuado ambas contingencias. La enfermedad, lección número uno, *es un aviso de Dios*. De que nuestras casas no son eternas (Sal 49.11).

1. Para que pensemos en la eternidad, que somos un soplo, que no tenemos aquí morada fija, somos peregrinos. Las enfermedades son los eternos mensajes de Dios. Cuando nos enfermamos Dios nos está tratando de decir algo.
2. Recordándonos que la salud es uno de sus muchos beneficios; que hay que aprovecharla en su servicio mientras dure; y como el rey de la antigüedad, “andar humildemente” cuando haya pasado.
3. Cuando eso acontece pensamos que la muerte se nos ha acercado y pudiera ser que el momento para ver el rostro de Dios esté cercano.

Lecciones para un enfermo

Aunque aprendemos con una enfermedad, su mayor beneficio es *la gracia que se recibe*, especialmente por la humillación a que nos somete. Nunca antes, paralelo al impacto que deja un fracaso, sentimos que somos tan humanos; y por supuesto, débiles. Se nos acaba la arrogancia, al morder el polvo, pasamos nuestros deberes a otros; la autosuficiencia obligadamente vuela y querámoslo o no hay que recibir

agradecidos el amor y la caridad que quieran usar. Y no podemos ser tan altaneros, las circunstancias tampoco lo permiten, para rechazar las misericordias. Lo que hemos sembrado se conoce, otros se desviven por ayudarnos. Dios nos acaricia con manos humanas. La visita a un doctor, más que la de un dentista, estremece. Estamos cobardemente atentos a los pronósticos malos y atendemos sus observaciones, si lo presentimos, con verdadero pismo. En caso de que opine que haya que hacer alguna larga investigación, cualquier prueba; se siente uno como un conejo de laboratorio, pequeño e insignificante como un puñado de polvo. Nos vemos forzados a descubrir nuestro cuerpo a extraños y nuestra vergüenza no tiene límites. El orgullo es hecho pedazos y nuestra mayor pena es moral y espiritual.

La visitación a los enfermos es parte de nuestro trabajo como diáconos o ancianos. Uno podrá no ir a un hogar por otra razón, menos por ésta o por muerto. Pablo, con voz de reto arguyó: ¿Quién enferma y yo no enfermo (2 Cor 11.29)? Cuando estamos enfermos nos ponemos muy susceptibles y si alguien que esperamos, no va a vernos, lo recordamos toda la vida. Es tan humano la visita a un enfermo que los mismos enemigos de David consideraban que tenían que ir a verlo aunque comentaran en voz baja ¿cuándo morirá y perecerá su nombre (Sal. 41.5,6)? No obstante, infórmate primero porque se da el caso de que hay enfermos que no desean que los visitemos para que no los veamos en su estado de humillación.

También cuando nos enfermamos Dios *nos hace ver nuestra fe*, es como si nos la pusiera enfrente, si nuestro ojo es luz la podremos medir. Generalmente cuando uno se enferma y lo someten a sospechosas investigaciones la fe es probada duramente, no puede evitar pensar que podría ser grave la enfermedad y terminar muriéndose. Su propia imaginación le trae los pensamientos más trágicos y la poca fe se estremece toda y recorre el cuerpo hundiéndolo como a Pedro en las aguas, o huye por las ventanas del corazón dejando la con-

ciencia aterrorizada. Cuando la enfermedad pasa, porque su propósito fue solamente revelar el monto de la fe, se llena de vergüenza pensando, ¿dónde se halla la fe en la inmortalidad del alma? ¿Dónde está la fe que pregonamos en la resurrección? ¿No habíamos creído que Cristo se halla a la diestra del Padre? Siente vergüenza de mirar a Dios y llora como Pedro, amargamente. ¿Qué concepto luego tendremos de nosotros mismos? En una visita a un enfermo la lectura de pasajes sobre la fe, sobre las *preciosas y grandísimas promesas* en ella escrita, son de valor incalculable.

Otro bien que nos trae el Señor cuando nos enfermamos es *la simpatía* que crea en nosotros. Si siempre tuviéramos salud, no comprenderíamos a los que se enferman. Nos costaría trabajo orar por ellos, los olvidaríamos en oración, apenas los visitaríamos y nunca llegaríamos a “enfermar” con ellos (2 Cor 11.29). No daríamos atención apenas a los que están en casa u hospitalizados, se nos “olvidaría” orar por ellos, apenas les atenderíamos cuando desgranaren sus males, ni entraríamos plenamente en la consideración espiritual que ha tenido para sus almas tal y tal diagnóstico.

El que se ha enfermado como Pablo y sostenido entre extraños gálatas sabe muy bien lo que es no ser menospreciado, y puede acudir junto al lecho de un compañero hermano y sentarse a su lado como si él mismo estuviera enfermo. Hermano diácono, ora para que el Señor te ayude a aprovechar tus *frecuentes enfermedades*. ¿del estómago? (1 Tim. 5.23); ¿de los ojos?

Llamar a los ancianos

Lo mismo cuando se halla triste por cualquier motivo, que cuando se padece en el cuerpo, el recurso espiritual es el mismo: La oración. “**Llame a los ancianos de la iglesia y oren por él**” (v. 14). El hermano enfermo puede orar por su propia recuperación. Eso debe hacerlo. Pero hay más; su familia también debe hacerlo, pero aquí Santiago pide que “**llamen a los ancianos de la iglesia**”. ¿Por qué? ¿son ellos

los únicos que tienen fe o saben orar? No, no es por eso. ¿Entonces, por qué? Pienso que para que el hermano enfermo y sus seres queridos *sean unidos más al ministerio pastoral de su iglesia*. Quizás los ancianos o pastores, por sus múltiples ocupaciones o por el tamaño de la iglesia hace mucho que no llegan a ese hogar. Ese es un buen momento para llamarlos y que vengan para orar juntos, leer una porción de la Escritura y charlar sobre cosas espirituales. El Señor no quiere que nadie esté separado de sus siervos. Estos momentos de posibilidad de enfermedad o muerte es cuando más unidos debemos hallarnos a ellos. Si como diácono haces esa labor, ahí está tu ministerio.

A veces el anciano no se entera, no sabe que un hermano está enfermo. Si es de aquellos que más se distinguen puede que lo note, pero si es del cuerpo, de aquellos que “*son menos dignos*” pueden pasar varias semanas antes que lo sepa. Enseña que te llamen, diles que se pongan en contacto contigo y ve a verlos. No está mal, es mejor, que vayan dos o tres pues dice “los ancianos”. No demasiados porque puede ser la recámara pequeña. Ni hay necesidad que preparen algo para beber o comer porque los que irán no tienen eso en mente ni a eso acuden; la visita es espiritual, pastoral, no social.

Funciones limitadas

Examinemos ahora el llamado “don de sanidad”. Nota que dice “los ancianos” no uno en particular ni menos aún *alguien omnipotente*. Todavía es la época apostólica, sin embargo ya en las iglesias en vez de reposar la sanidad de los enfermos en alguien omnipotente para curarlos, el énfasis recae en “**los ancianos y la oración de fe**”. Ellos no irían y le dirían al hermano, “levántate y sé sano”. No, irían, se arrodillarían e implorarían la sanidad y la oración de fe lo recuperaría. No hay don de omnipotencia. ¿Qué pasará a un enfermo que cree en la omnipotencia de un don si no se recupera? ¿a dónde va a parar su fe? ¿qué le pasaría al amor por los ancianos si los tiene como uno de esos *muchos dioses* y señores (1 Cor 8.5)?

Los apóstoles no eran omnipotentes. Nosotros visitamos a los enfermos y dependemos de que el Señor haga su voluntad en ellos. Quisiéramos poder sanarlos o que él lo hiciera, pero tenemos que depender de su voluntad. Hallo en el Nuevo Testamento, no razón para conformarnos de que el hermano continúe postrado, sino orientación cuando no es sanado. ¿Por qué se quedó Trófimo enfermo en Mileto si Pablo estaba lleno de los carismas de Dios (2 Tim 4.20)?

Ni tampoco excluye el uso de medicamentos. ¿No recetó Pablo medicina a Timoteo por su úlcera, supongo (1 Tim 5.23)? ¿Y por qué llevaba consigo a Lucas, “el médico amado”? Eso de ir de visita y diagnosticar o “recetar” medicinas es peligroso. Es mejor llevarle comida o dinero. Lo que ha sido bueno para uno puede no ser efectivo en otro; y un fallo en este campo puede ser lamentable. Además fuimos llamados no como médicos sino como “ancianos de la iglesia”, con funciones espirituales y religiosas no farmacéuticas. ¿No es cierto que a muchos del pueblo hispano nos gusta hacer las funciones de médicos y recomendar remedios? (*¿Remedieros?*)

Los ancianos son llamados para que usen *la fe de ellos* en la oración, y por la oración *de los ancianos* el hermano podría recuperarse. Se suponía que los ancianos tuvieran más fe que el enfermo y por eso se les pedía auxilio, para que en el ejercicio de ella pudieran levantarlo. No se haría depender, si un juicio se avecinara, la sanidad del enfermo de la fe de él sino sobre la que trajeran los que vendrían a visitarlo. Eso es lo que enseña el texto. Si no ocurre ninguna recuperación y todo continuara como si aparentemente no se hubiera elevado oración, no habría que culpar al enfermo.

Por otra parte, la visita de un anciano o de un diácono no substituye a la de un médico. Ni por nada del mundo compartimos la opinión de que un santo debe abstenerse de acudir a un médico. Después que salgan los ancianos puede llegar el Dr. Lucas si anda por allí. El aceite con que se solía ungir a

los enfermos no era religiosamente milagroso, nadie fundaba sus esperanzas en esa ólea unción. Era un símbolo del Espíritu. Ni medicina ni elemento supersticioso obrador de milagros. La costumbre supersticiosa conocida como “extrema unción” no tiene ni remotamente algún paralelo con lo que aquí Santiago el judío recomienda. Júntense los diáconos y digan al Señor: “Auméntanos la fe”.

Autoexamen espiritual

Existen en nuestro texto ideas provechosas sobre *la condición espiritual del enfermo*. Dice que “**si hubiere cometido pecados le serán perdonados**” (v. 15). No hay una declaración expresa que conecte su enfermedad con sus pecados, es sólo una posibilidad. “Si hubiere cometido pecados”. Quizás no los ha cometido, quizás sí. Hay enfermedades que sí vienen como un juicio de Dios, como en el caso de los corintios por sus pecados en la cena. Pero otras, como la de Timoteo, no hay indicación que así lo fuera. Más que preocuparnos la salud física del enfermo, está la espiritual. ¿Habrá pecado este hermano? Junto con su dolencia, ¿cómo habrá vivido la fe últimamente? ¿cómo estaría su consagración? ¿en qué se ocupaba cuando cayó enfermo? ¿estaba siendo leal al Señor?

Cuando nos hallamos enfermos debiéramos *examinarnos espiritualmente y buscar el perdón de nuestros pecados*. ¿Quién nos garantiza que no vayamos a morir muy pronto? ¿Cómo no vamos a temblar al pensar en morir enemistados con Dios y con pecados no perdonados sobre nuestra conciencia? Pienso que si se manda a buscar a los pastores no es simplemente para que nos curen, sino también para hablar con nosotros sobre nuestra condición espiritual. Para que oren también por el perdón de nuestros pecados. Para que mejoremos nuestra condición espiritual. La enfermedad permite un acercamiento a Dios. A algunos les llega ese momento y no están aún preparados para partir. Otros cuando saben que alguien murió de cierta enfermedad les parece que ellos

también podrían morir de lo mismo y acuden pronto al hospital para que se les examine.

Cuando el Señor envía una larga y penosa enfermedad a algunos de sus hijos, lejos de ver en ello la falta de amor suyo, debe ver su profundo cariño. Para un cristiano que quizás esté frío o tibio, es un peligro morir en un accidente o repentinamente del corazón, porque podría tener sobre su conciencia pecados no perdonados. Es piadoso el Señor cuando como a aquel rico de la parábola le envía avisos que vendrá por su alma (Luc 12.20), o como al maldito Herodes, al tiempo que lo castiga ejemplarmente le da oportunidad para que en su lecho se arrepienta (Hech 12.22,23). Ve a casa del enfermo, simpatiza con él, oren juntos, consuélalo y hazle el bien espiritual que puedas; cuando te vayas dejarás detrás, sino una *agradable* visita, al menos una *útil* visita.

Visita a un hermano ofendido

“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.”

Santiago 5.16–18

Nuestro texto nos muestra dos cosas que debilitan la iglesia del Señor. Las veremos separadamente y si las estamos sufriendo el Señor nos ayude a que ya no existan más. La primera, *los pecados no confesados* y la segunda, *la oración*, digamos: “terapéutica”, pero mejor, “intercesora” y reconciliadora. Con esta exposición aprenderás algunas cosas preliminares en relación con una visita a cualquiera que haya pecado, especialmente en contra de algún otro de la familia de Dios. El Señor declaró que son bienaventurados los pacificadores; aquellos que anuncian un evangelio de paz y buscan la unidad entre hermanos.

Él mira con gusto a los que se dedican a terminar con los pleitos fraternales, los que han acogido como una misión sagrada ir adonde el diablo ha metido su mano y sacarla; enderezar, como diría Miguel Cervantes, por boca de su Quijote, "enderezar entuertos". Un buen cristiano es un *reparador de portillos* (Isa 58.12); que se siente con la misión, entre la iglesia, de ser *guarda de su hermano* y cubrir su testimonio *con tablas de cedro* (Cant 8.9). Bajo ningún pretexto podemos actuar como lo hizo Cam cuando contempló la desnudez de su padre, ir a contarle a sus hermanos; sino lo que hicieron Sem y Jafet para no verlo, caminar de espaldas con los rostros vueltos a su vergüenza, con ropas para cubrir-las (Gén 9.23). El que ve a su hermano *cometer pecado* no irá y lo contará, sino que *pedirá y Dios le dará vida* (1 Jn 5.16).

Como es tan abundante el conflicto entre hermanos y seguro hallarás mucho trabajo espiritual que hacer entre ellos, esta exposición será breve, para ajustar otra seguidamente que le sirva de complemento y de material enriquecedor. Dios haga que las aproveches al máximo y que si fuera posible una vez que hayas pasado el examen del curso, puedas volver a ellas una y otra vez.

Confesión pública

Cuando vayas a visitar a un hermano que ha pecado de cierto modo, o está muy ofendido por algo, no te muestres ávido de que te cuente lo que pasó; quizás sea mejor para él y para ti que retenga consigo la narración completa de la historia; excepto que sea imprescindible para hallar alguna solución (reconciliación). Mi propósito ahora es que conozcas algo de lo que ocurre cuando se confiesa un pecado; sabiéndolo podrás juzgar si vale la pena o no que te enteres. Calvino y Robertson tienen una interpretación casi cautivadora de esta expresión: "**confesaos vuestras ofensas unos a otros y orar unos por otros para que seáis sanados**" (v. 16). Ellos dicen que se trata de cualquier pecado que uno cometa, puede ir donde se halla un hermano, decírselo y

pedirle que ore a Dios para que le perdone. Si se mantiene la conexión de esta porción con la de arriba, por medio de un “pues” que nuestra versión no contiene, sería válida la interpretación; por lo menos muy posible. Sin embargo, hay otra interpretación y la tomaré sin recomendar la anterior por lo siguiente:

1. Aunque es bueno tener una conciencia tan delicada que tras haber pecado nos sintamos llenos de horror, temamos ser reprobados y busquemos algún compañero que nos ayude, pidiendo para nosotros misericordia, aun así, *es un riesgo*, porque, ¿Quién nos garantiza que después de habernos satisfecho intercediendo en nuestro favor, no vaya y descubra el secreto a otro?

2. La confesión de pecados a ajenos tiene *un efecto debilitador*, porque entristece al hermano, puede defraudarlo, echar por tierra la admiración que nos tenía y ya no servirle más de inspiración, y peor aún, darle una justificación para que cuando peque diga: “¡Fulano también lo ha hecho!”, o sembrarle la idea para que haga lo mismo.

3. Se puede convertir en una práctica colectiva, con una *proyección humana* más que divina, y haga que la confesión misma a un hombre alivie tanto que luego no se le confiese a Dios; y tranquilice sin perdón la conciencia.

La confesión de pecado *tiene un lado peligroso*, porque cuando uno cuenta el pecado a un segundo, a menudo se dan o se piden detalles, se analizan motivaciones y se emiten juicios; todo lo que hace que la confesión sea muy descriptiva y tenga ya fuerza parecida a una reproducción y hace que el confesor *lo reviva en la imaginación*, lo trae a su memoria y si no se está en la misma presencia divina, la evocación de tal recuerdo y los sentimientos que ellos desencadenan se transforman como en una repetición del hecho. Esa es la razón por la cual sentimos miedo de hablarle aun a Dios de los pecados que ya una vez le confesamos, porque tememos que Satanás

se aproveche de la confesión y haga que blasfememos su nombre en su propia presencia. Tal vez por eso el penitente publicano, sin desgranar sus iniquidades dijo en el templo: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lc 18.13), sin detallar sus miserias. Y el apóstol, al mismo Jesús se limitó a decir: “Señor, tú lo sabes todo” (Jn 21.17), sin entrar en detalles. Los pecados ajenos a los demás deben confesarse a Dios solamente.

Ofensor y ofendido

Prefiero tomarlo como la autorización a confesar los pecados contra quien se han cometido. Nuestra versión suaviza o dirige la traducción en ese sentido y nos da “ofensas”, pero la palabra que Santiago usa es “pecados”. Cuando nosotros hemos “ofendido” a alguien tenemos que pensar que hemos “pecado”, o sea que conjuntamente con la ofensa también hemos ofendido a Dios. No podemos tener una doble perspectiva del pecado, que ofendamos al hermano por un lado pero que nada hemos hecho a Dios. No son dos cosas independientes.

El propósito de la confesión es *la reconciliación*, con Dios y con el hermano. Con Dios porque necesitamos el perdón del hermano, o al menos pedírselo, y porque cuando uno confiesa su pecado a un hermano muestra dos cosas que Dios acepta, *humillación* y *arrepentimiento*; dos gracias importantes para que él nos perdone. Si uno peca contra un hermano, le pide perdón a Dios pero rehúsa pedírselo al prójimo, posiblemente ni aun Dios le perdone, porque ha confesado su pecado al Señor pero *sin gracia* puesto que si la tuviera iría a reconciliarse humillado con aquel contra quién faltó. Si cuando visitas al ofendido te cuenta lo que ocurrió, aconséjale que en privado se entreviste con el hermano, para que se reconcilie y halle perdón, de arriba y de abajo.

La confesión en este sentido es útil para salvar la comunión de los hermanos en la iglesia y preservar la sencilla fraternidad. Si eso no pasa, se van formando bloques fraternales

aislados que amenazan a la larga la unidad del cuerpo de Cristo. Por lo que dice el autor de la epístola la confesión es necesaria para *poder sanar*. Mientras no hables con el hermano que te ha ofendido o al que tú ofendiste, no te sanarás. El silencio no sana esas heridas. El posponerlo no cura esa enfermedad. Sin embargo si se hace, la reconciliación será más firme y más tierna la unión de lo que fue antes. Tendremos una iglesia con una fraternidad enferma y herida mientras no recibamos gracia para humillarnos y arrepentirnos en confesión. Trabaja anciano y diácono en lograrlo.

También es necesaria para *poder orar*. Fíjate que la oración aparece después de la confesión: “Confesaos vuestras ofensas y **orad**”. No se puede orar juntos mientras haya pecados por medio, mientras las heridas no sean curadas, mientras la enfermedad del amor no se cure. Luego podremos orar, porque no podrán orar dos si no estuvieren de acuerdo. Ninguna práctica espiritual es posible sin la confesión mediando. Ni cantar, ni participar de la cena, ni evangelizar. Dios no acepta nada de eso, aunque lo hiciéramos obligados, porque no lleva gracia. El mismo Dios nos cura, nos sana, *después* de la confesión de nuestros pecados.

Como he dicho, Santiago apunta muchas veces hacia la oración como una gran cosa. Anteriormente ha dicho que cuando se está enfermo se ore. Luego, que tras la confesión se ore para sanidad. La confesión misma, por su propia naturaleza no es suficiente para sanar una relación enferma. La oración hace falta, no como un broche de oro a una conversación de reconciliación, sino *porque hace que Dios obre*. Esa es la explicación de “**la oración eficaz del justo puede mucho**” (v. 16), o “mucha fuerza tiene una petición de un justo hecha eficaz” (lit. griego). ¿Conocemos esa fuerza? ¿Es la fuerza que empleamos en nuestra iglesia? No, no es la fuerza de la propaganda la fuerza de la iglesia, ni la fuerza de su dinero, ni de la personalidad o influencia de sus miembros. Es la fuerza de la oración la que todo lo puede. Esa es la fuerza

que hizo que Elías cerrara el cielo y lo abriera. Fue la fuerza que trajo la sequía y la lluvia. La fuerza que obra milagros.

Sin embargo es la fuerza *de los reconciliados*. Separados no somos fuertes, no podemos hacer nada. Pero reconciliados podemos orar apropiadamente de modo que Dios nos oiga. ¿No debiéramos reconciliarnos hoy mismo para poder orar de modo que nuestra oración sea una bendición? Quizás estamos orando, en los hogares, en la iglesia, pero no hay milagros, porque no hemos sido sanados. Dios no nos ha perdonado, no hemos sido curados. Aquellos visitantes que trabajen con los que se ofenden, sepan que el diablo hace que permanezcan siempre enojados el mayor tiempo posible; y si se lo impedimos, *no gana ventaja* (2 Cor 2.10,11).

El ejemplo de un hombre de oración

Cuando el diablo y la carne se unen en yugo semejante para romper una iglesia, metiendo conflictos intestinos, hay que arrodillarse con frecuencia pidiendo ayuda. Oración por los hogares, por el púlpito; clamar a Dios día y noche. Hacer circular hacia el cielo el número de peticiones firmadas por la fe. Santiago nos da el ejemplo de Elías y la lluvia. ¿Por qué escoge ese? ¿porque piensa que la iglesia necesita, como el labrador (v. 7), la preciosa lluvia que la refresque y le dé nueva vida? Quizás, pero pienso que escogió ese ejemplo por una razón, para añadir que *era similar a nosotros*. Dice que era hombre “**sujeto a pasiones semejantes a las nuestras**” (v. 17). A mí me parece que esa traducción lo descalifica mucho y sin razón. Una traducción mejor es que Elías era un hombre “semejante en sentimientos” a nosotros. Es la misma palabra que se usa en Hechos 14.15. No se dice nada de que Elías estuviese dominado por pasiones carnales y que fuera un esclavo de ellas. Así no hubiera podido orar ni menos ascender al cielo. No, Elías era *un hombre*, no un ángel, un hombre pecador, un hombre salvo, un hombre de oración, con los mismos sentimientos que nosotros, con nuestras mismas

limitaciones, *no un superhombre*, no un supersanto, no un dios. Tenemos que reconocer que somos así.

¿Y por qué fue oído? No porque fuera un dios, ni un supersanto. Santiago nos lo dice, que fue oído, pero no por algún mérito especial que él tuviera. Su masa humana, su barro no era mejor que el nuestro. Y Dios lo oyó. ¿Porque oró con mejor calidad? No. La palabra “ferviente” también está fuera de lugar en el texto. Santiago lo que dice es “con oración oró”. Más bien lo que enfatiza no es alguna cualidad interna de la oración, ni calor, ni nada, sino *su insistencia en orar*. Oró sin desmayar, lo que implica que lo anterior existía también. Y eso es lo que hace falta hoy. Que oremos más. No que pulamos nuestra oración, no hay que dar cursos sobre oración, eso es casi una profanación de lo sagrado, lo que hay que hacer es orar más, aumentar nuestro número de oraciones y el Señor hará maravillas entre nosotros. Los diáconos tienen que realizar su trabajo con muchísima oración, deben ser personajes de oración, para que sean por Dios bendecidos.

Sin embargo, nota que la oración con fuerza pertenece al hombre *justo*, o mejor, “justificado”; literalmente “de un justo hecha eficaz”, eso ocurre solamente en el hombre que tiene fe y ha sido justificado ante Dios. Él es fortalecido para que ore, pero según se puede ver en la voz pasiva que se halla en femenino, la que recibe la energía, la fortaleza, la que es activada es la oración. No es que el poder de su oración provenga del corazón humano, sino que le viene de Dios, él mismo le suministra gracia a su oración y ella es convertida en algo eficaz, operante, capaz de ser oída en los cielos.

Por lo general, uno suele dirigir sus “sentimientos” en sentido opuesto y negativo a donde debiera y los vierte por la boca en quejas perjudiciales. Estoy de acuerdo que tantos sentimientos y llantos no se pueden acumular por mucho tiempo en el corazón porque hacen mal, hay que verterlos, pero en oración primeramente y luego a quien corresponda. Los sentimientos tienen que ser sanados. No podemos vivir

la vida en Cristo, partiendo el pan juntos, ofrendando, cantando juntos y por dentro encerrar sentimientos espantosos hacia otras personas. Esa vida emocional, profundamente afectada, tiene que ser profundamente sanada. No somos ángeles, no somos supersantos, pecamos muchas veces.

Si tuviéramos mayor gracia no ofenderíamos tanto, pero como lo hacemos, nos hace falta la ayuda de aquel Pacificador, que nos dé su misericordia para ir donde el hermano y pedirle su perdón, para confesarle el mal que le hemos hecho, para restituirle lo que le hemos robado y luego volviéndonos en doble oración, abrazados, alabar al Señor y orar por nuestra recíproca recuperación. No hay necesidad de usar sofisticadas técnicas psicológicas, ni siquiera apoyarnos en la mediación de algún consejero, que nos recuerde por medio de la ciencia lo que por los evangelios ya sabemos, que tenemos que cerrar las heridas que estupendamente hemos abierto.

Si somos engendrados por el Espíritu Santo no hallaremos dificultad a eso ni le oponemos resistencia, sino que intentando guardar “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”, iremos y haremos lo que tengamos que hacer, humillarnos ante Dios y al que ultrajamos. A veces son familiares, hijos, esposos, padres. La falta de humildad es uno de los obstáculos mayores, somos orgullosos, estamos dispuestos a hacer cualquier otra cosa que implorar el perdón del hermano. Y como ya lo hemos visto, sí, lo necesitamos para ir al cielo, en el sentido de que rebajarnos en su presencia es como hacerlo ante el Dios invisible. Incluso, aunque el ofendido no nos retorne el perdón, aunque la reconciliación no se logre, los beneficios de la gracia que se obtienen no merman para el que la ha puesto en práctica. Y por lo que respecta a nosotros, aun debemos perdonar, suponiendo el caso de que el otro no aprecie y solicite nuestro perdón. También uno aprende a perdonar sin que se le pida.

Ahora bien, vayamos a las palabras enseñadas por Jesús en **Mateo 18.15–22**; las dividiremos en dos porciones.

“Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dílo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano” (Mat 18.15–17).

Si particularmente fuera a conectar este texto, lo haría más con el versículo 9 que con el 14. En aquel se enseña a no hacer pecar a nadie, en éste cuando alguien peca contra nosotros y puede conducirnos a pecar también. El pasaje está estructurado para dos niveles, no pecar nosotros como reacción al pecado de otro y además procurar alguna corrección para el ofensor. Para tu sorpresa quizás, te invitaría a que examinaras el texto, y verías que en ningún sitio se hace notar que el principal propósito sea la unidad o armonía de la iglesia; es mucho más, darnos una pauta para que aprendamos cómo el pecado se corrige; además del espíritu de perdón que debe saturar la congregación (constantemente). Como eres sabio, nota que no es el ofensor el que va a donde el ofendido, sino el ofendido es quien tiene que acudir a él. Generalmente el que se queja con todo el mundo es el ofendido. La primera orientación cuando escuches su caso es pedirle que vaya y le hable, sin acompañante.

CON QUÉ OBJETIVO VISITARLO

Sin embargo, observa *los sentimientos* que deben motivarlo (v. 15): no de venganza, resentimiento, alejamiento, ni siquiera de purísimo amor fraternal, sino *misioneros*. No es tan solo ir y hablarle para reconciliarse, eso es una parte: menos para perder un asistente a las reuniones; tampoco para que pida perdón porque puede mezclarse con eso el deseo de complacer al orgullo herido, sino para *ganarlo para Cristo*.

No para “ganarlo” como hermano o amigo. El que ha pecado necesita convertirse de su pecado y regresar a Cristo desde su apostasía. Cuando un hermano peca contra otro ofende a Dios. No es sorpresa para nadie que aquellos que con tanta frecuencia incurren en este tipo de faltas no se hayan convertido a Cristo ninguna vez y se esté llamando “hermano” o “hermana” a alguien que es inconverso. ¿No recuerdas cómo “grandes” y populares “hermanos” se vieron envueltos en querellas con los apóstoles, tales como: Himeneo, Fileto, Alejandro el calderero, Demas, Diótrefes. Todos ellos resultaron ser inconversos.

Fíjate *el medio* para devolverlo (ganarlo) a Cristo, *la reprensión*: “Ve y repréndelo”. Es la misma palabra que Pablo utiliza en 1 Timoteo 3.16 para el uso de la Escritura. Si lo entendemos así, lo que el Señor quiere es que se vaya, con la Biblia en los labios, y se le predique un sermón de arrepentimiento. ¿Pero generalmente se hace eso? Se emplean múltiples evasiones, se le llama para que no interrumpa su asistencia a la adoración, se le habla pero desde el ángulo humano, con reproches justicieros y despectivos, con más similitud a un azote para bestias que la corrección de un hermano.

Quizás preguntes: ¿Y cuándo se ha ganado a un ofensor? La respuesta es: “cuando te oye”; lo que quiere decir no es que oiga con las orejas naturales sino “cuando te hace caso”. La motivación no es tanto que regrese a la comunión con la iglesia, sino que se arrepienta ante Dios que es el primer compañerismo que tiene que restaurar; no para que se olvide todo, que es una consecuencia más que una motivación. La visita tiene como objetivo que culmine con una confesión de pecado y posteriormente todas las cosas buenas que tienen que ver con el amor fraternal caen por su propio peso.

La iniciativa para la visita

Observa que cuando existe una ofensa en la congregación *no se debe esperar* que el ofensor vaya al ofendido; eso pasa

sólo en aquellos que tienen mucho de la gracia de Jesucristo en sus espíritus; lo común es que el ofendido sea quien tome la iniciativa. Jesús dice: “**Ve**”. No dice: “No hagas nada, olvida el asunto” (aunque pasar por alto la ofensa algunas veces es más sabio que ir corriendo a pedirle cuentas a alguien); ni tampoco: “Espera que su conciencia le remuerda y vaya a ti”; y menos usar hipocresía: “Salúdalo amablemente o con ósculo santo cuando lo veas, como si nada hubiera pasado”. Por razón de uno mismo quizás esas alternativas serían aceptables, pero como el ofensor ha pecado, el Señor pide que se inicie un proceso para salvarlo. Ser ofendido no es tan peligroso para el alma como ofender. Si se trata de un “hermano”, alguien que adora con nosotros, que profesa semejante respeto para la palabra de Dios, que no es un impío que no tiembla a ella, hay que hacerle el bien de molestarlo con alguna exhortación. (Véase 2 Cor 5.12,13.)

Ten en cuenta que se está hablando cuando hay problemas entre dos hermanos; en otros lugares del Nuevo Testamento se orienta a exhortarnos los unos a los otros. Mas con todo eso, hay que evitar ser un censor profesional y estar pendiente siempre a las faltas de los hermanos para llamarlos en privado y exhortarles como si fuéramos perfectos. Aun cuando se trate de dificultades interpersonales la amabilidad y la indulgencia no deben faltar.

Segunda visita con un diácono o anciano

Ahora viene la segunda visita para ganar a un ofensor; ahí puedes ir tú, amado diácono; “**toma aún contigo uno o dos**” (v. 16). En la segunda visita es recomendable que algún anciano o diácono esté presente porque si estudias las palabras del Señor, tanto como buscar su arrepentimiento se halla el comienzo de una serie de *pasos legales* sobre su *posible* expulsión de la comunión de los santos. La presencia tuya y de alguno más en el hogar de un ofensor tiene como uno de sus objetivos servir como **testigos** de la obstinación del ofensor y del esfuerzo que se ha hecho para traerlo al

arrepentimiento. Está visto como a la luz del sol de mediodía, que la iglesia aunque es una comunidad de amor y tolerancia, a veces tiene que erigirse en un tribunal, llamar “testigos”, oír casos que se le traen, y aplicar disciplina para los que han pecado. Si no se mantiene un sistema disciplinario en la congregación, que colabore con la purificación que una predicación bíblica del púlpito consigue, la iglesia se llenará de falsos hermanos con fe fingida, con gente problemática que tarde o temprano se amotinarán para fraccionarla.

Estoy consciente que esto suena extraño en este nuevo mundo en que se toma la disciplina como una señal de falta de amor y la tolerancia de cualquier tipo como la mejor representación de amor entrañable. Pero juzga por ti mismo lo que dice el nuevo pacto. La presencia de otras personas para que testifiquen lo que se ha dicho, los intentos que ha habido, son necesarios por los que van a exhortar y por los que son amonestados. Los asuntos personales entre hermanos, que entristecen y apagan al Espíritu tienen que ser tratados, y por todos los medios evitar que se trate injustamente a nadie ni que se difame una buena comisión de embajadores o la misma iglesia. Un hermano endurecido podría dar un informe falso de esa visita, en palabras y motivos y llegar a oídos de otros que no estuvieron presentes y creerlos, para maldición de la unidad de la congregación. Los testigos tienen que ser hermanos fiables y activos que cuando hayan presenciado todo, lo juzguen y lo conversen con absoluta imparcialidad, dado que rara vez el endurecido se queda mudo, sino que sale por ahí, como aquellas zorras de Absalón, con una tea en la cola incendiando toda la viña.

Informe a la iglesia

El tercer paso ya no es una visita, estarás en la iglesia y habrá *un informe de testigos* y alguna otra embajada elegida por ella. Los testigos imparcialmente lo contarán todo, de cómo trataron inútilmente de “ganar” con reproches para arrepentimiento al ofensor; y habiendo la congregación es-

cuchado el informe, procederá a elegir aun a dos o tres, no ya en nombre del ofensor, ni con él, sino bajo el propio nombre del Rebaño del Señor, que vayan y le pidan al ofensor que se humille y confiese su pecado. Si el último intento no trae resultados, en una sesión ordenada y firmemente se le separará de la membresía teniéndolo por **“gentil y publicano”** (v. 17). Se le considerará no convertido o que se ha pervertido tanto que mientras continúe así no podrá formar parte de la adoración pública. La iglesia es para los convertidos, para verdaderos “hermanos” que se humillan ante la palabra de Dios y respetan sus acuerdos.

Tal vez te preguntes, ¿no es eso llevar las cosas muy lejos? ¿no sería eso hacer que la iglesia se enrede en la solución de querellas intestinas y desviarla de su objetivo de salvar al mundo? Puede ser. A veces eso pasa, la congregación tiene que estar constantemente solucionando conflictos entre hermanos. Por eso es que los diáconos y los ancianos pueden ayudar para mitigar ese dolor, ahorrar sufrimientos y no dejar que Satanás convierta a la madre de los cristianos (si pudiera así llamarla) en un perenne jurado contra sus hijos.

Trata que esas cosas queden entre diáconos y ancianos y los hermanos reciban informes, sin detalles, al menos que alguno lo pida. ¿Qué tipo de pecados son los que *exigen* un proceso judicial? Pienso que no todos sino éstos; los que ponen en peligro la vida espiritual de algún hermano, los escándalos morales que ensucian el testimonio de la iglesia ante el mundo y las apostasías, los que renuientemente deciden abandonar la congregación y vivir apartados de ella.

Vamos a proseguir, pero con los versículos siguientes.

“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo. Otra vez os digo que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi

nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (Mat 18.18–22).

Desatando a un ofensor

Seguramente la idea principal de esta porción sea *el proceso para el perdón*, o algo así. Jesús acabó de indicar que los pecados de los miembros de su Cuerpo no son de incumbencia individual y que alguien tiene que juzgarlos; cuando se pertenece a su Iglesia ella tiene derecho. También enseñó que la iglesia da por borrado un pecado cuando el ofensor se arrepiente; sin que se tenga en cuenta que el mundo siga escandalizándose y comentándolo. Pero hay cosas que tienes que aprender como un oficial de la iglesia.

Dios *respalda la decisión* que la iglesia tome (v. 18): “**Todo lo que atéis en la tierra... será atado en el cielo**”. Cuando la iglesia separa a un miembro obstinado, esa separación tiene su eco en el cielo, Dios la apoya. Eso deben conocerlo aquellos que se enteran de un acuerdo como éste y no les produce ni frío ni calor, se les comunica, se encogen de hombros y alegan que Dios los apoya. He visto que antes que se desarrolle el proceso anterior, es decir, entre el escándalo y su tratamiento pasa cierto tiempo que es aprovechado por ambos lados para comunicárselo a otros. El que ha pecado generalmente se lo cuenta *según su versión* a sus amigos que se identifican con su causa y le dan apoyo y razón. Hasta oran, piensan que se está cometiendo una injusticia, etc. Así los que no son aprobados se aglutinan. Recuerda esta parte para cuando estudies sobre la visita a los apóstatas.

Teniendo en cuenta eso, adonde puede ir a parar un asunto en el cual participas, seguro que verás tu visita como algo muy serio. El que se endurece contra la iglesia después que ella ha agotado toda su fuerza para traerlo al arrepentimiento, que no se haga ilusión que Dios lo perdonará en oposición a la iglesia.

La iglesia sabe que *es ella* la que en tal caso puede excomulgar, Jesús pone en sus manos la última palabra, no en un sacerdote o en el llamado “papa”. Claro, Dios sanciona esa decisión si estrictamente se ajusta a la justicia de su Palabra. Si no se siguen los pasos apropiados de visitación, exhortación para lograr “ganar” por el arrepentimiento al “hermano”, no se puede esperar que en el cielo se ratifique la votación. Y menos cuando, como en los pasados mártires del cristianismo, se condenaron sin que en la Biblia hallase algún respaldo tal atrocidad.

Espíritu para desatar a un ofensor

Fíjate en *el espíritu* que debe dominar en la asamblea cuando se presenta el nombre de algún miembro impenitente (vv. 19,20). Cuando Jesús dijo: “Si dos o tres se pusieren de acuerdo... yo estoy en medio...” estaba pensando ahora no en el rebelde sino en la propia reunión de los creyentes que manejan el caso.

1. Debe prevalecer un anhelo de perdonarlo y no de separarlo.
2. Después de oír el informe debe haber oraciones pidiendo al Señor que le perdone su pecado. Si después de haber orado su actitud no cambia, si sigue endurecido, se le puede excluir.
3. Juzgar las cosas como las juzgaría el Señor, que ha prometido su presencia. Esa es la razón por la que el acuerdo que se tome tiene sanción celestial porque él se halla allí y lo influye todo. No ignores que en una junta de negocios Cristo está, debemos portarnos como cristianos. Los que menosprecian ese tipo de reunión tienen que saber que él asiste como a cualquiera otra. Los que no les gustan las iglesias pequeñas aprendan lo mismo, que a él le gusta congregarse con “dos o tres” lo mismo que con mil. No hay más presencia de Cristo entre los muchos que entre los pocos. Encuentro que como diácono esas ideas te serán valiosas en tu visita a un ofendido que pretenda menospreciar incluso el tamaño de la iglesia. Debes tener en cuenta

que no es sólo su presencia “mística” en “nuestros corazones” sino de otro modo porque dice “en medio”.

Al final verás que el que viene a nuestros cultos a perdonar, quiere que también nos perdonemos (vv. 21,22). “**¿Cuántas veces perdonaré... setenta veces siete**”. Pedro pensó que tenía que ponerse un límite al perdón porque Jesús proponía *un perdón sin límites*. Perdón sin medida para el que reincide, para el que lo pide (e incluso dentro de nosotros para el que no lo pide, aunque sea disciplinado); el que nos perdona sin límites, nos pide lo mismo (Lc 17.3,4).

4. Al concluir de este modo, el Señor como que arregla lo que se piensa de sus palabras anteriores y define la iglesia como un sitio de perdón más que de juicio; y en todo caso un tribunal *inclinado a la absolución* de los acusados. Lo único que se pide frente a él es arrepentimiento. ¿No es eso lo que más necesitamos? ¿cómo se puede sentir un desdichado que sabe que Dios lo ha perdonado y sus hermanos no? Querido diácono, ayúdate Dios como líder, y sean estos tus enfoques piadosos en tus trabajos de visitación a los ofensores.

Visita a un hermano apartado

Esta sección te equipará para conocer cómo conducir una visita a un hermano extraviado, lo que llamamos “apartado” pero que teológicamente es definido como *apóstata*. Santiago dice: “**Si alguno de entre vosotros**” (5.19). En la labor de recuperar a los que se van quedando en el camino debieran participar todos; cualquiera puede, si Dios se lo indica, hacer algo por aquel que ha dejado a Cristo; pero más que dejarlo a la iniciativa del que sienta el impulso, es mejor que los diáconos y los ancianos tomen carta en el asunto y en el programa de visitación se incluyan los nombres de aquellos de los cuales se ha oído que andan espiritualmente en malos pasos. Si la visita a un hermano ofensor es difícil, quizás no lo sea tanto como acudir al hogar o hacer una entrevista con uno que ya dice que no cree en Cristo o se ha ido para el mundo

o cualquier religión de obras. Al finalizar este estudio pienso que habrás sido ayudado en esa tarea de benevolencia y compasión.

Hay un punto en el proceso de apostasía en que todavía quedan esperanzas, el susodicho no ha *pecado de muerte*, no ha blasfemado el Espíritu, aún hay algo que se puede hacer. Santiago lo define como “**extraviado**”. Nuestro texto nos habla de lo que hay que hacer con los que comienzan a apostatar, no exactamente que ya llegaron a la apostasía pero se encuentran en camino hacia ella, andan “extraviados”, aún se pueden contar como “hermanos”, todavía hay alguna esperanza de rescatarlos.

En todas las iglesias hay extraviados y también apóstatas. Mi alma está llena de buena intención y quiero mostrarte qué hacer con esos que nos abandonan.

“Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma y cubrirá multitud de pecados” (Stgo 5.19,20).

PRIMERAS SEÑALES

Lo que pretende Santiago es conducir la iglesia a hacer algo por los que dejan el evangelio. Pienso que hay un tiempo en que eso se puede hacer, un tiempo muy corto, breve. Es muy difícil cuando alguien habiéndose hallado en la verdad y la deja lograr que regrese a ella. El mejor tiempo es cuando comienza a dar señales de tener perturbación con la verdad, ayudarlo a las primeras muestras de que tiene dudas, cuando su conflicto espiritual comienza, cuando ha empezado a manifestar a otros su incertidumbre, perplejidad o ya desacuerdo declarado con respecto a los postulados del evangelio. Como diácono o anciano es menester que estudies bien las doctrinas de la fe, especialmente aquellos puntos que los que contradicen atacan más; los que hacen clara distinción de

ciertas herejías de religiones modernas. La Declaración de Fe de 1869 que repartió Spurgeon en su iglesia, es algo bueno para los que básicamente están de acuerdo con esas doctrinas. Los que piensan que faltan otras que habría que colocarle, pienso que no hay que pedir permiso para hacer un folleto más completo. Existe en español. El diácono que visita a un apóstata tiene que estar bien informado. Algunas veces ya se sabe a qué secta se está uniendo, en qué punto de la perdición de su alma se halla y puede estudiarse el caso, doctrinalmente, antes de ir a entrevistarlo.

Mientras se halla entre nosotros, entretanto no ha dejado la congregación, antes que ya haya buscado y encontrado otras personas que compartan sus desviaciones. Esto es lo que llamo ayudarlo a tiempo, mientras hay posibilidad de lograr que se convenza de su error. Generalmente hay menos peligro cuando un hermano en la fe tiene que trabajar con un hijo de este mundo que con uno del infierno, es más nocivo un hereje que un Poncio Pilato.

Hay un tiempo avanzado de la enfermedad en que ya el enfermo se vuelve incurable, en ese caso como dice Juan en su primera epístola, no hay ni siquiera que orar porque ha pecado de muerte. Si el error toma fuerza y sus raíces se profundizan, es muy problemático desarraigarlo, la persona pierde el temor de Dios, la reverencia por la Escritura, se vuelve su juez, endurece su conciencia y sobre todo entristece al Espíritu Santo y ya sin la unción suya se sume en la más completa oscuridad no viendo nada de lo que se le ponga enfrente. Por eso he dicho que hay que estar atentos y tratar al hermano enfermo lo antes posible antes que su mal lo invada por completo y se nos vuelva imposible regresarlo de su apostasía. Las visitas son el contacto para detectar esas cosas a tiempo.

Si la iglesia no tiene ningún plan arreglado de visitación, si los ancianos y los diáconos sólo gobiernan o nada más que funcionan en los servicios, el diablo andará campante por

donde le guste. El sermón es eficaz, pero hay un pastoreo privado, una influencia directa, como quien dice darle en el hocico al diablo mismo, cara a cara, que es necesaria de todas maneras. He leído de aquel gran hombre que fue Roland Hill, cuya capilla era redonda y dijo que la había construido así “para que el diablo no tuviera ningún rincón donde esconderse”. Si Satanás observa que los hogares no están bien guardados pastoralmente, con facilidad podrá hacer su entrada a ellos; él tiene muchas maquinaciones, engaños, astucias y siervos listos para hacerlo.

En **Hebreos 6.4-6** se nos describe lo cerca que una persona puede llegar a la salvación y regresar sin haberla adquirido. Pero su autor es enfático, no hay nada ya que hacer por él después de haber avanzado tanto hacia la verdad.

Un arma indispensable

Por otro lado, no basta con tener deseos de hacer volver al pecador del error de su camino para lograrlo, *hay que poseer suficientes conocimientos*. El que se ha apartado de la verdad lo ha hecho porque no ha podido responderse a sí mismo, ni ha logrado asimilar una serie de dudas y conflictos mentales, muchas veces implantados en su mente por el padre de mentiras; y si alguno pretende ayudarle tiene que hallarse familiarizado con esas dudas y saber cómo manejarlas, es decir, poseer más conocimientos que quien está apostatando. Si posee igual o menos, lo que hará será exponerse a ser contaminado y también perecer. La iglesia no puede enviar a cualquiera a rescatar al que ha apostatado, no son muchos los que pueden hacerlo sino “**alguno**”. El ministro, el anciano o un diácono son los más apropiados. Debieran haber ancianos o especialistas en diferentes tipos de herejías, que puedan combatir las con éxito. Por ejemplo, recibir cursos sobre “*Testigos de Jehová*”, “*Mormones*”, “*La idolatría*”, “*El ateísmo*”, “*Espiritismo*”, “*Astrología*”, “*Adventismo del Séptimo Día*” y religiones o filosofías similares. Los diablos temían al poder de “*la doctrina*” de Jesús (Mr. 1.27).

Desahucio

Pienso que la exhortación de Santiago es oportuna ya que si eso ocurre, el apóstata crea en los demás *un sentimiento de desahucio y miedo*. Hace que los otros pierdan las esperanzas y lo den como incorregible y sin remedio. La propia apostasía desconcierta. El que apostata debe conocer que inmediatamente sus antiguos hermanos no sentirán deseos de ayudarlo, estarán remisos a hacerlo e incluso encontrándose evitarán el engorroso tema que los ha apartado al uno del otro, sentirán miedo hablarle. Los apóstatas prefieren esconderse y los hermanos huir.

Será porque se le mira distinto, quizás como enemigo, como desertor, porque se le teme a la discusión; es algo así parecido al diagnóstico de una enfermedad. La apostasía al principio se toma en el alma como una ofensa personal, algo que se le ha hecho a un hermano más que a la verdad. Santiago les pide que rompan esos sentimientos de desahucio y vayan, si pueden, adonde se halla el hermano que ha errado y le traten de mostrar lo equivocado que está. Es mucho más fácil no hacer nada, no visitarlo; pero eso no es lo que el Espíritu *dice a las iglesias*, sino que se procure el rescate. El diablo ha alzado muchos apóstatas, sobran religiones en el mundo, da dolor ver las calles transitadas desde temprano con los mensajeros de la mentira; que no perdonan las casas de los evangélicos. Ellos visitan, ellos caminan hacia nosotros, ¿no defenderemos con vara y cayado lo que se nos ha confiado?

El encuentro

Ahora veamos cómo debe ser el encuentro entre un apóstata y un diácono. El que ha recibido misericordia para ser fiel debe saber que el que yerra su camino y se aparta de la verdad está condenado a la muerte. Eso no lo puede olvidar. Frecuentemente hay hermanos que continúan teniendo amistad con los apóstatas, se visitan y hablan entre ellos de todo menos de la iglesia, no abordan el tema de la salvación ni de la doctrina.

Tienen miedo recíprocamente. Por nada del mundo aceptarían formar parte de alguna embajada a nombre de la iglesia. Si se les elige postergan indefinidamente la visita y jamás la hacen. Por lo menos una vez el hermano fiel debe intentar reconciliarlo con Dios, al menos en una ocasión deben hablar sobre la doctrina, darle muestras que le interesa su condición espiritual. Si no quiere hablar más sobre el punto, si rehúsa nuestros consejos y desecha nuestro llamado, no veo razón para seguir viéndose ya que se ha ido de nuestro mundo; después de una y otra amonestación, deséchalo (Tito 3.10).

¿Será correcto separar la amistad y la doctrina? Una amistad implica comunión y ¿cómo tener comunión con alguien fuera de nuestras creencias? ¿qué compartir? ¿de qué hablar si no se habla de Cristo y de la salvación de las almas? Si el que ha apostatado es un familiar; bajo las bases de no romper el vínculo natural, medidas de no implicación espiritual y compromisos pecaminosos también tienen que tomarse.

He oído de ancianos que la iglesia cuidaba como a padres, ancianas como a madres, una vez que han sido atraídos por sectas erradas, no escatiman esfuerzo, pasan frío, hambre, sufren reproches en plena calle repartiendo tratados y biblias adulteradas. Lo que no hacían con nosotros lo hacen ahora *contra* nosotros, no recogían pero ahora *desparraman*. Son más fieles a los demonios que a Dios.

Hermano diácono, ¿por qué? ¿por qué la motivación *carnal* impulsa hacia afuera con más fuerza que la *espiritual*? La religión por obras en estos días finales, es mucho más activa, generalmente, que la religión de fe; los apóstatas son más sagaces que los hijos de luz. Como no podemos usar motivaciones carnales para mover a nuestros hermanos a ocuparse de los otros, hay un solo camino, el del avivamiento espiritual. Sin competencia pero anteponiendo una rivalidad espiritual, la solución está con el Espíritu Santo. La mayoría de los que apostatan son personas carnales que escogen el error porque no aman la verdad y se sienten más a gusto dentro de un grupo

que no sea espiritual y les proponga salvación, evangelismo, por obras; y nada de arrepentimiento o perdón de pecados. Hay que estar preparados para encontrarse con los extraviados, bien preparados, y con ganas de hacerlo. Si estuviéramos más llenos del Espíritu, la brigada de rescate sería mejor y más competente.

Conociendo la situación

Algunas cosas que el diácono debe conocer de un apóstata

1. Debe conocer que los herejes no son salvos, que el que se separa de la verdad no llegará al cielo, que las doctrinas que una persona profese son vitales para su salvación y si no regresa que espere la **muerte de un alma**.

Esa ha de ser la motivación para salir a visitar al apóstata, para no recibirlo en casa o quedarnos callados; si persiste en esa forma doctrinal de pensar se ha apartado de la verdad y su alma morirá. Los herejes codician a los santos porque si los vuelven sus prosélitos ayudarán a sus méritos personales de salvación; los fieles hablan a los apóstatas para rescatarlos, para que vivan, para que no mueran. Es la vida eterna lo que se le quiere dar. No es un prosélito, no es un número lo que se pretende recuperar, sino “un alma” y en condiciones peligrosas. No hay otra motivación para visitar a un apóstata, ni para hacer evangelización de ninguna especie, sino la salvación de la muerte de un pobre pecador para gloria de Dios.

Es un impulso realmente de acuerdo con la religión de Jesús, en conformidad con el espíritu del Nuevo Testamento, según el perdón de los pecados. No queremos ni osamos blasfemar nuestro ministerio motivándonos de otra manera. No. Y si notas bien, en sentido estricto la motivación mayor viene por una clara seguridad sobre *la condenación* de su alma, más que por *la bendición* de ella. No es la idea de que se quiere que goce del paraíso, sino que, como el rico en el Hades, no se quiere que vaya allí. El diácono (y el anciano) tiene que conocer bien, espiritualmente, lo que significa la

muerte de un alma, lo terrible que es el infierno; y así hallará energías para no ser perezoso en visitar a todos, especialmente a aquellos que después de haber conocido el camino de la verdad lo dejaron. Mejor que no hubieran nacido. Es espantoso morir condenado leyendo a Pablo porque se *tuerzan las cosas difíciles de entender* (2 Pedro 3.16).

2. Hacer volver a un apóstata no es hacerlo volver a la congregación sino hacerlo volver a la verdad. No se trata de visitarlo para que el domingo que viene vaya al culto, no es que retorne a la adoración. Eso no satisface. Lo más importante es visitarlo y hablar sobre sus dudas, sobre las enseñanzas que han puesto en sus oídos.

No se puede pensar que la iglesia está bien atendida formando la opinión por la asistencia. No. Estará bien atendida si los ancianos y los diáconos están bien mezclados con la congregación, si la conocen bien por dentro y pueden ayudarla a tiempo. Algunas visitas se cuentan como “buenas” porque terminan con una promesa de que el domingo se verán en el servicio. Eso no es realmente lo que se debe procurar, sino *curar* la apostasía (Oseas 14.4). Que en el próximo servicio esté es algo, pero el término *reconciliación* con Dios implica algo más que la presencia física.

3. Que el error doctrinal conduce inevitablemente al pecado carnal y no a uno sino a **multitud de pecados**. El error es pecado, cualquiera que sea; pero hay errores que “no son pecados de muerte”. Por la Escritura se conoce que el error conduce siempre a la corrupción *de las buenas costumbres* (1 Cor 15.33).

El error se convierte en un “camino”, se vuelve un sistema de vida; más tarde o temprano aparecerá el pecado de un modo o de otro. El corolario también es cierto. A veces la apostasía teológica sigue a la carnal y se escoge aquella para justificar ésta. Por ejemplo. Sabemos que la relación con el Espíritu Santo es vital para un salvado, ¿qué relación *personal* y

provechosa podrá tener con él el que lo considera “una fuerza activa”? Ninguna.

4. Cuando se haga volver a un pecador del error de su camino, únicamente entonces se **cubrirá una multitud de pecados**.

El pecado no puede ser “cubierto” a menos que sea perdonado (Ro 4.7,8). Si no es cubierto con la justicia de Cristo, no es perdonado y se le **inculpa**. El único pecado que Dios olvida es el que perdona (Heb 8.12), “y nunca más me acordaré de sus pecados”. No salimos para usar cualquier método que cubra el pecado sin que se haya arrepentido. No se puede olvidar el pecado a menos que se confiese. Si se encubre el pecado no prospera la iglesia. ¿Y se puede cubrir multitud de pecados y de pecadores? Hay tres preguntas que puedes hacerle al extraviado: ¿Conoce usted que el pecado produce la muerte de su alma? ¿Por tan poco ha de dejar al Señor? ¿Sabe lo que es la muerte de un alma?

Explícale que es haber sido abandonado por Dios y los ángeles; significa ser llevado a la condenación eterna nada más se muere. Entrar a un lugar de donde jamás se sale y morir por la eternidad junto con aquellos que también apostataron. ¡Qué desgracia fue la del rey de Babilonia y que se nos dibuja en Isaías 14.9-13! ¿No te hace pensar en algo muy similar a lo que ocurre a los infelices apóstatas, que bajan al infierno sabiendo himnos y textos de memoria? Si les pudiésemos visitar junto a sus rejas, podríamos formar un coro con los himnos que ellos llevan en sus memorias o repetir capítulos bíblicos que aún guardan en sus conciencias. No des de lado a los extraviados, aunque no sea un placer conversar con ellos, ten presente, antes que sea tarde, que quizás queda algún tiempo. Puede que aún su apostasía no sea definitiva y la misericordia permita que quede como algo temporal.

Aunque aquí no he tratado los casos de apartamiento por otras razones, por atenerme sólo al texto, muchos de los procedimientos expuestos y las observaciones escritas, son

El ministerio de la diaconía

aplicables a otras categorías y a muchos pecados de la carne y hermanos que desgraciadamente han caído en tentación; Dios los bendiga, caballeros del servicio, como brigada espiritual, en el rescate de esos que habiendo sido lavados han regresado a revolcarse en el cieno.

Ministerio a los extranjeros, niños y ancianos

“NÁUFRAGOS”

Quizás tú seas extranjero o lo hayas sido; si esa ha sido tu suerte con mucho más énfasis entenderás por qué debe aparecer un capítulo de estudio en este curso. Los extranjeros necesitan la ayuda de las iglesias cristianas. El gobierno tiene mucho más recursos para ayudarlos que nosotros, pero no pocos no pueden recibir ayuda de él por una razón u otra, a veces son indocumentados y las leyes nacionales no los contemplan en ningún plan de socorro social. Si por cuestiones civiles las autoridades excluyen de ciertos favores, beneficios y privilegios a los que llegan al país de otras regiones del mundo; la iglesia mucho más humanitaria a quien importa más un hombre que un ciudadano, tendrá que extender su mano y hacer algo para esos, generalmente empobrecidos y tristes “náufragos”, como los llamaría Eric María Remarque. Hay sociedades no cristianas que ayudan y organizaciones paraeclesiales que lo hacen; que sirven de estímulo y hasta de amor provocativo para la iglesia.

Son seres humanos que han dejado atrás muchas cosas, desarraigados por diversos motivos, voluntarios o compeli-

dos, expulsados por revoluciones o derrumbes económicos, arrojados muy distantes, como piedras de un volcán que lejanamente entró en erupción. Creo que fue Víctor Hugo quien dijo: “Los volcanes arrojan piedras, las revoluciones, hombres”. Y esa es exactamente la palabra, *arrojados*; unos por tierra, otros por mar, otros por aire, por donde puedan, huyen de algún presente, se esconden de algún pasado o buscan un futuro con mejor significado. Pero el balance que los pueblos quieren tener en su población, la situación económica, les fruncen el ceño y los reprimen; pocas veces son mirados con sonrisas, lucen antipáticos y desentonan con vestuarios, olores, costumbres y lenguajes raros.

Es casi incomprensible el alma del extranjero. Habría que ser extranjero, dijo el Señor, para entender lo que es un extranjero. Cuando llegué a Estados Unidos, casi sin poder hablar su idioma, recuerdo que una norteamericana que conocí en España vino a vernos y estando conmigo en una oficina de correos, notó cómo una de las empleadas nos trataba, le preguntó en su idioma: “¿Alguna vez has estado como extranjera viviendo en otro país?” La señora se turbó evidentemente y enrojeció hasta la raíz del pelo, negando con la cabeza. Entendió bien por qué se le formulaba la pregunta, que sin duda le aguijoneó su conciencia.

Influencia de los extranjeros

Soy extranjero hace algunos años, vivo en un país que no es el mío, confinado a una patria ajena; comprendo el alma del extranjero y sus muchas angustias, como el Señor en su Ley: “No angustiáis al extranjero porque vosotros sabéis *como es el alma del extranjero*, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto” (Éx 23.9). Sería larga la lista, pero si te interesa el tema más allá de lo que aquí lees, busca en una concordancia bíblica la palabra “extranjero” y te sorprenderás sobre todo como la Ley de Moisés, dada por el Señor, tiende a protegerlos, pidiendo en muchos textos que Israel use misericordia con ellos. Los extranjeros, he leído, tienen un

sitio muy querido en el corazón de Dios, junto a la viuda y al huérfano; “Jehová vuestro Dios *que ama también al extranjero, dándole pan y vestido*” (Dt 10.18). ¿No eran muchos de ellos paganos incircuncisos? ¿No estaban corrompidos moralmente? ¿No eran una amenaza continua para la religión judía? ¿No importaban con sus costumbres corruptas la deformación teológica de la nación? Sí, pero Dios ama al extranjero porque es *extranjero*, es un ser humano que sufre.

Esas son generalmente algunas de las razones que esgrimen los que tienen prejuicios raciales contra los extranjeros y batallan diabólicamente para que se pasen leyes que les nieguen egoístamente los beneficios que pudieran, con un poco de ajuste, compartir con los expatriados. Traen otra religión, según los nacionales, inferior; y ellos amenazan con su insistente proselitismo, la estabilidad religioso-espiritual de la nación. Si la nación es generalmente protestante, como ocurre en E.U.A., miran a los hispanoamericanos católicos, a los indios politeístas, a los árabes mahometanos, como un peligro que invade el alma de la nación; sin añadir la repugnancia espiritual que viene aparejada con los cultos que practican. Si la nación es predominantemente católica, como la mayoría de las conquistadas por los iberos, los protestantes tienden a ser como una especie de infección que necesita un pronto y urgente antibiótico para deshacerse de ella.

Dado que generalmente el viejo clero se las arregla con facilidad para influir sobre el poder temporal y los magistrados profesan vivir bajo la misma denominación en que nacieron, no hay escrúpulos por parte de alcaldes, concejales y otros, para limitar los derechos que los reformadores debieran tener. No entienden que una cosa es la religión de los extranjeros y otra son ellos mismos, como seres humanos, con *alma*, como dice el Señor en la ley. Si no entienden mucho sobre las necesidades básicas de los extranjeros y sus familias, menos entienden el alma de ellos. Si no entienden su religión, tampoco su espíritu. La experiencia nuestra en E.U.A. es que

la invasión latinoamericana no ha sido ninguna amenaza, sino una oportunidad tremenda que hemos tenido de formar iglesias evangélicas; cientos, miles de los llegados de Centro y Sur América por cuestiones políticas y económicas, se han enriquecido más pronto espiritualmente de lo que han logrado económicamente. Se les ha hecho la luz. Cualquiera que estudie el Nuevo Testamento y llegue a Antioquía comprenderá cómo el Señor usa la emigración para la evangelización del mundo.

Muchos han retornado a sus lugares de origen, unos vivos y otros llevados en cajones de muertos, pagados los fletes aéreos por colaboraciones comunitarias. Sin embargo, el retorno de tantísimos ha sido espiritualmente victorioso y donde han llegado han testificado de la nueva fe que les acompaña desde el extranjero y no pocos enseñan como maestros, abren misiones y predicán la palabra que antes de salir desconocían. Una nación se debilita religiosamente no porque se ponga en contacto con naciones paganas, no porque abra sus fronteras a gente de otras culturas, sino porque cuando ellas entran, hallan iglesias flojas, un evangelio licuado y congregaciones que apenas se preocupan de ministrarles para salvación.

Moisés dijo que Dios ama *también* al extranjero. Si los ama los incluye en su corazón, los tiene grabados en su pecho y afirma que “también” porque esos sentimientos hacia los venidos de afuera no disminuye en una pulgada los que siente para los nacionales. Los hijos engreídos, como el pródigo de la parábola, se molestan por la fiesta que se les hace como recepción a los que han llegado de “la provincia apartada” y vivieron “perdidamente”. Dios no ama menos a los norteamericanos porque los mejicanos le entren por cualquier punto de la frontera; Dios no mira con odio a los avariciosos “coyotes” y siente compasión por esa multitud de “mojados” que no vienen a quedarse, porque añoran mucho, sino a conseguir un poco de dinero. No hay menos amor para los

neoyorquinos que para los asiáticos hacinados en bodegas de barcos que son contrabandeados por los puertos de la inmensa metrópolis. No, Dios ama también a los dichosos que se quedan, llorando como a muertos los que viven en otro lado del mundo. Dios ama a los desgraciados que devuelven, aunque sean prófugos de la matanza en una plaza pública de Pekín.

Es generalmente falso que los extranjeros les quiten los trabajos a los nacionales. Si algunos les quitan, porque los empleadores hallan más baratas sus manos, pagan bien caro lo que les ofrecen y sudan como esclavos, sin derechos de salud pública ni de socorro social. Generalmente los trabajos más malos, los que los mismos nacionales no quieren hacer. De todos modos, influyen poderosamente en la fuerza de trabajo y lejos de debilitar la economía la fortalecen; pagan sus impuestos, luchan por arreglar sus papeles migratorios y soportan con estoicismo el desdén. Pero es Dios quien les da “pan y vestido”; dándoles salud y oportunidad de empleo.

Hay naciones ricas que se muestran como un individuo, egoísta y avaro, no quieren compartir con otros lo mismo que del Señor y de su religión mucho mejor, han recibido. Quizás, aquí, los norteamericanos olvidan que ellos también fueron inmigrantes y que la tierra originalmente perteneció a los pocos hijos de Adán, de piel cobriza, que ahora han encerrado en “*reservaciones.*” Moisés, que se enseña en toda la nación, prohibió que *se torciera* del derecho del extranjero. Sí, ¡tiene derecho! (Dt 24.17); y cuando se sacudan las mieses en el campo y *se olvide* alguna gavilla, no se puede volver a buscarla, sino dejarla para el extranjero y sus dos compañeros de tristezas, la viuda y el huérfano (Dt 24.19). Serán migajas las que recogen, pero no se les eche afuera, déjenseles las espigas laborales que han tirado. Si los que han nacido dentro tienen para ellos y para sus hijos, ¿se quedarán sin comer porque no almacenen el rebusco? No.

El alma del extranjero

¿Entiendes el alma del extranjero? ¿Conoces todo el dolor que hay en esta común frase: “choque cultural”? Piensa, por ejemplo, en el idioma. Ese es uno de los problemas mayores que encuentran algunos inmigrantes a países anglosajones. Apenas se pueden comunicar y mientras superan el susto de que las autoridades de inmigración los atrapen y los deporten, no pueden evitar el terror de entrar a una oficina si no son acompañados ¡por un niño! que les traduzca. Evaden cualquier conversación con los nacionales y se hacen en suburbios para formar “ghettos” y comunidades del mismo origen. Esto les compensa un poco el sentimiento de inferioridad que se les desarrolla y les come las entrañas con rabia y resentimientos de por vida. ¿Sabes lo que es pensar como adulto y hablar como un niño? Algunos inmigrantes son personas educadas en sus países, cultísimos, y llegan y trabajan como barrenderos, lavaplatos o picapiedras, por una suma ridícula, humillante. ¿Nunca has visto a un anciano sonreír ingenuamente frente a un interlocutor que le pregunta o le regaña sin saber que lo están ofendiendo con el tono y las palabras? ¿No has visto a los naturales reírse de los extranjeros porque no comprenden su jerga?

Y ¿qué podrán hacer los diáconos y la iglesia? Si el “choque” fuere el idioma, habilitar programas de enseñanza para los que lo deseen u orientación donde se dan. Si fuere en otras áreas, trabajo, litigar por conseguir por medio de los hermanos, información y que se establezca la costumbre de que todo el que sepa de algún empleo lo informe y se lleve un registro o “buzón”. A veces las necesidades de los extranjeros tienen que ver con ropas. Un almacén de ropas usadas, de miembros, amigos y desconocidos. Hay gente que se compra ropa nueva porque se “cansa” de usar la misma o porque no se le envejece por el tipo de trabajo que con ella hacen. Las diaconisas podrán ayudar mucho en eso. Ellas pueden conseguir ropa de niños, que casi nunca se deteriora

porque crecen antes que la deshilen y así un montón de chiquillos pueden ser cubiertos antes que se las tire. Estos pequeños muchas veces no tienen pañales o necesitan ayuda en vacunaciones.

Tiene que haber algún médico benevolente por el área que ayude, quizás con poca suma; o gratuitamente. El gobierno puede tener sistemas de vacunación, a veces las escuelas las requieren e indican dónde se pueden recibir sin precio o a bajo costo. El problema mayor se encuentra en darle solución a la renta de los apartamentos, la vivienda; hallar un techo barato para ellos. En algunos países son tan caras que no habría iglesia con todo su presupuesto que pudiera asumir esa responsabilidad. Hay sitios de “refugios” para esos “desamparados” que la comunidad puede proveer. En este país muchas personas rentan habitaciones que por supuesto el costo es considerablemente bajo. En lo que sí se pudiera pensar es en tener un fondo de emergencias, para los hermanos extranjeros que se quedan de pronto sin empleo y sienten la amenaza de que los echen de sus casas por falta de pago. Es muy riesgoso usar ese dinero como préstamo; mejor es regalar algo entre tanto la congregación intensifica sus esfuerzos, de verdaderos hermanos, para hallar trabajo para el necesitado.

Treinta piezas de plata para los extranjeros

Hay muchos textos que pudieran formar parte de este estudio bíblico; he escogido Mateo 27.7,8: **“Y después de consultar compraron con ellas (las 30 piezas de plata) el campo del alfarero para sepultura de los extranjeros. Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy: Campo de sangre.”** Ese fue el destino final que tomaron las treinta discutidas piezas de plata que le pagaron al señor Judas Iscariote por delatar el paradero de su Maestro. Tras ciertos escrúpulos farisaicos sobre la limpieza o no del dinero, la pequeña suma se invirtió en un cementerio. No estuvo mal del todo, ¿verdad?

El dinero pudo haber cogido otro camino, por ejemplo, ¿por qué no se lo dieron a la familia del suicidado? Si estaban en Keriot alguien pudo habérselo llevado. Pero no, ni a los fariseos ni a los discípulos les interesaban socorrer a los parientes de Judas, estuvieran en Jerusalén o en otra parte. Cuando un extranjero muere fuera de su tierra y era el medio de sostén (robando, jugando, en negocios sucios o trabajando honradamente pero muerto imprevistamente) casi nadie piensa en los que él sostenía enviándoles dinero (si lo hacía). Ellos no reciben más la plata y se acabó, que lloren al muerto o que algunos exilados caritativos le paguen el envío de los restos. En el caso de Judas de Keriot pasó así mismo; pero hasta donde sé ni su cuerpo (espantosamente mutilado) ni su tesorito salieron de la capital. De todos modos, si tuvo mujer, hijos o le quedaban vivos los padres y abuelos, fue mejor que no lo vieran como quedó después de morir. Espantaba. Algunas veces cuando hablo en la funeraria por motivo de la muerte de algún extranjero pido a los que están presentes que ayuden a sus familiares con alguna donación. Hasta el momento nadie me ha reprochado el atrevimiento.

Las monedas pudieron destinarse para los pobres, Jerusalén tenía bastante mendigos. Tampoco lo hicieron, a los hipócritas no les importa mucho que haya mendigos siempre que ellos estén bien. Los fariseos no hicieron nada. No hubiera estado mal tampoco, al menos eso le hubieran agradecido, ya que él *hablaba* de ellos, pero en beneficio propio, *no porque se cuidara de los pobres porque era ladrón* (Jn 12.6). No todos los extranjeros son honrados, ni como Lot lloran y gimen por el pecado de los sodomitas, sino que se meten en la sociedad y en aquel punto en que ella es más cenagosa. Se ponen en unos meses peores moralmente que lo que llegaron, mejor les hubiera sido no haber salido de sus países. Judas era ladrón, quizás ladrón en Keriot lo mismo que en Jerusalén. Aunque tuvo contacto con el evangelio y con los apóstoles no se convirtió y siguió siendo un robador e *hijo de perdición*.

No toda la inmigración es limpia, suelen llegar gente de todo tipo, excelente y canalla; que “hablan” a favor de los pobres pero lo único que piensan es sacar provecho de la religión y aspiran a meterse dentro de una iglesia para poder estar cerca de la bolsa y tener fácil acceso a sus intereses. Pero así es el mundo, así son las sociedades, se mueven de un lugar a otro buenos y malos. En ese caso, si la iglesia los conoce, que no les ayude a legalizar sus residencias para que sintiéndose incómodos vuelen al sitio que primero tuvieron.

El Señor quiso que las monedas se usaran en un pedazo de tierra, mala y útil, para enterrar pobres, como un memorial eterno, tanto de la sangre de Judas como de la de Jesús. “Este, pues con el salario de su iniquidad adquirió un campo y cayendo de cabeza se reventó por la mitad y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, *Acéldama*, que quiere decir, Campo de sangre” (Hech 1.18,19). Veo que el juicio de Dios sobre Judas fue muy impresionante. Ahorcándose, bastaba con romperse la nuca. Pero además de partirse la cuerda se rompió como si alguien la empujase hacia abajo, como si el peso de su pecado fuera descomunadamente inmenso, y se reventó prácticamente en dos mitades. Dividido en dos como su mismo corazón lo estuvo. Fue tan extraño y espantoso todo que a los habitantes de Jerusalén les impresionó sobremanera. Luego vino la muerte de Jesús y sus estremecedores acontecimientos. También impresionó. Una parte de la gente asociaba el terreno con la sangre de Judas y otros con la de Jesús, según quien contara el relato.

El empleo del dinero no estuvo mal, porque los extranjeros que morían en Jerusalén al menos tenían ya un sitio seguro donde ser enterrados con respeto. Alguien ha dicho en proverbio: “Del lobo, un pelo”; al menos algo. Si los diáconos no pueden conseguir uno o varios médicos que ayuden a los extranjeros, si no hay dinero para una clínica, si no se les

puede ayudar con la renta, quizás cooperar de algún modo con los que se van muriendo y no tienen “ni dónde caerse muertos”. Quizás Judas lo inauguró y fue de él la primera tumba solitaria que se abrió. Atrás acudirían cadáver tras cadáver de los demás inmigrantes. Era un cementerio público. Nada costaba un pedazo de tierra allí para volver al polvo. Una de las cosas más caras que hay en el mundo, en muchos países, es morir. Los señores que arreglan todo, hacen féretros, tejen flores, venden tierras, fabrican lápidas, suelen en abundancia ser muy despiadados. Es carísima la industria de los enterradores. Si hubiera posibilidad de ayudar a comprar un cementerio para los extranjeros, sería muy humano. No importa que sea chico y se llene rápido; porque hay pueblos en que la “Muerte” hace su cosecha con bastante triunfo. Por lo menos quizás cuando haya algún sitio vacante los pobres que vayan a morir no lamentarán tanto ser los primeros.

Con este suceso el Señor revela que la sepultura de un hombre (aunque haya sido un miserable) es algo importante; los judíos no cremaban a sus muertos. ¡Dios no permita esa costumbre pagana entre nosotros! Hay creyentes que exaltan tanto el valor del alma que no le dan casi ninguno al cuerpo que la protege. No es tampoco hacer de la sepultura un culto a la muerte, sino darle a lo que fue un primoroso diseño divino, el cuerpo, y quizás templo del Espíritu Santo, una honrosa sepultura.

La muerte de Cristo, y su traición, proveyeron al mundo tierra para ministrar compasivamente a los extranjeros. De cualquier parte que un emigrado fuera, si se hallaba en Jerusalén, podía morir tranquilo que su cadáver sería depositado al lado de otros mendigos, que como él mismo, quizás salieron buscando libertad política y la hallaron; con privaciones; abandonaron a los suyos sin verlos más ni enriquecerlos tampoco. Pero no les dejarían además del dolor, una gran deuda encima; los enemigos de Cristo que tenían dinero

suficiente, hicieron un negocio sucio, le echaron la culpa al dinero y no a ellos mismos y compraron un área desierta para sembrar, a los extranjeros desposeídos que vieran corrupción. Acuérdate hermano diácono, vivas donde vivas, de esos muchos “náufragos” que van constantemente de una punta del mundo a la otra y que el Señor ha especificado en su Ley que *al extranjero que more entre vosotros lo amarás como a ti mismo* (Lev 19.34).

COMPASIÓN POR LOS NIÑOS

El corazón de Dios está lleno de compasión hacia las mujeres y los niños. Con frecuencia en la Escritura, cuando se dan las cantidades de gente presente en alguna reunión con Jesús, se hace esta nota: “sin contar las mujeres y los niños”. No los contaban, pero los muchachos estaban allí, habían ido con sus padres y participaban de la fiesta espiritual de ellos. No es que los niños no interesen a la Santa Escritura; pero ¿por qué? Pienso que se hace esa nota general para que pensemos que lo que ellos sean depende de sus padres. Es un error tratar de abarcar muchos niños *sin incluir a los padres* en el programa de alcance. A veces los pequeños reciben directamente beneficios de Dios, pero lo usual es que la salvación y bendición de los mismos dependa de la bendición que traiga la relación paterna.

Los niños son importantes en el Nuevo Testamento; inclusive en una ocasión la merienda de uno sirvió para que el Señor realizara un poderoso milagro (Jn 6.9). Cuando el Salvador respondió preguntas referente a la legalidad del divorcio, si notas, verás que en el relato enseguida aparecen los padres yendo hacia él con los niños en brazos para que los bendijera; porque cuando se oye de divorcios se piensa en los hijos. En el templo pasó lo mismo; los fariseos se llenaron de rabia cuando oyeron a los jóvenes cantar para Jesús y él los calificó de “niños”. Y los jóvenes son niños; como niño tuvo

a su apóstol Juan y le permitía recostarse en su pecho. Así hacen los jóvenes cuando aman mucho a su padre. La iglesia no debe olvidar que espiritualmente los jóvenes aunque alcancen ya los veintiún años, deben ser considerados como niños.

Si cuidamos de los niños, estaremos haciendo exactamente lo que a Dios entenece. No te sorprendas que la primera parte del estudio que a continuación leerás no trate sino *indirectamente* sobre los niños; está más bien dirigido a *los padres de los niños* y en especial a la relación que más importa a ellos, *el matrimonio*. Mi ánimo, al componer la exposición, es que ayudes a los niños de tu iglesia y aun fuera de ella, principalmente para que vivan juntos; sin separarse por divorcio u otras causas. Los pequeños necesitan que los padres vivan con ellos, tenerlos a ambos bajo el mismo techo. Una casa sin uno de los dos es una casa muy vacía. He visto que los niños cuando son pequeños pasan más tiempo (exceptuando el tiempo del sueño) en la habitación de los padres que en la suya propia. ¿Y eso por qué? A menos que “el padrastror televisor” los haya adoptado, ellos prefieren *relacionarse* con sus padres por encima de cualquier otra cosa y entre los mismos (sin son varios) se llegan a los celos por disputarse el contacto afectivo, atención, reconocimiento y admiración de quienes los trajeron a este mundo. Las personas necesitan a las personas más que a las cosas y así son los niños (a ciertos padres les es más fácil darles dinero que tiempo).

Todos los niños tienen dos padres, pero ellos los necesitan *juntos*, vivir con ellos más que ser visitados, para que no les nazca por ausencia una especie de amarga frustración que al principio no entienden pero sienten, hasta que más tarde arrastrándola la sienten y la piensan; también la lloran. Cuando los padres deciden divorciarse, están decidiendo, generalmente, para mal de los niños. Es cierto que la separación podrá devolver, en ciertos casos, la paz a los pequeños que ya no oirán disputas y gritos. Es cierto que es

mejor la soledad de una casa semivacía que llena de peleas; pero ¡por amor divino! ¿por qué no piensan en los pequeños cuando están generando las causas del divorcio? Esa disolución muestra que si no los dos, al menos uno, ha sido un mal padre; porque no ha sabido negarse o conducirse de modo que ellos ganen. Jesús se opuso al divorcio (Mt 5.31,32). Por mucho tiempo los hijos no identifican a sus padres *como esposos*, la relación entre ambos apenas la perciben; para ellos *son sus padres* y los conectan consigo mismos más que entre sí. Quieren a sus padres, “no saben” que son esposos. Por egoísta y estorbante que ese concepto sea, es el que tienen; y lo digo para afirmar la necesidad que los pequeños tienen de que sus padres estén unidos en santo matrimonio para toda la vida.

Como una ayuda para la visitación con propósito de ayudar a los niños, tengamos un estudio en Efesios 6.1–4.

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”.

CUIDADO DE LOS NIÑOS

1. *El énfasis en la crianza de los hijos* debe comenzar por la relación entre los padres, *como esposos*. Si uno observa el espacio que escribe para tratar la relación de padres-hijos, es muchísimo más corto que el que dedica a los esposos y a los siervos con los amos. No porque sea de poca importancia el asunto, sino porque si existe una excelente relación entre los esposos, ya casi por sí mismos los hijos serán educados, *viendo*. Cuando la familia ve que sus padres se aman, que la madre respeta a su esposo, que él la sustenta, la cuida y se entrega a ella como Cristo a la iglesia, de un ejemplo así tan

perfecto, los hijos saldrán bien criados. Por lo menos hay mucha ganancia en todo eso.

Hoy en día se dedica muchísimo trabajo a arreglar los hijos, los educadores de buena voluntad luchan incesantemente con esto. Hermano, si la familia está influida más y más por Cristo, si los hijos son educados en los mandamientos del Señor, y principalmente si *ven el buen ejemplo* de los padres, no habría que preocuparse tanto por cómo saldrán; *si las primicias son santas también lo es la masa restante, si la raíz es santa, también lo son las ramas* (Ro 11.16). Un par de padres amantes, cariñosos, que vivan el cristianismo en el hogar, serán las mejores lecciones que los muchachos recibirán. Nadie duda de que existen muchas familias así y que cuando los pequeños se convierten en hombres y mujeres casi hay que echarlos para que vivan en otro sitio por lo agradable, como un paraíso que les ha sido el hogar paterno. Lo que a los hijos escribe se parece mucho a lo que dijo para las esposas: “**Hijos obedeced en el Señor**” (v. 1). El ministerio de compasión por los niños tiene que comenzar ayudando a sus padres a ser buenos esposos. ¿Qué énfasis das a tus hijos, querido diácono?

2. La segunda enseñanza es que *los padres representan al Señor en medio del hogar*, son como sus comisionados, para transmitir a la posteridad sus leyes y la herencia de su revelación. “**Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor**” (5.22). Por ahí empiezan las cosas, los padres tienen que *representar al Señor*. Si los hijos desde que son traídos al mundo ven y aprenden de sus padres los mandamientos del Señor, si los identifican con la Ley de Dios de cuyos labios, corazón y práctica la reciben, no será muy difícil que les obedezcan y que lo hagan “**en el Señor**” (v. 1). No es una autoridad natural ganada, sino espiritual, hecha manifiesta por la relación que ellos mantienen con sus hijos y con Dios. Los problemas que algunas familias enfrentan se debe a que

los hijos no ven ni reconocen al Señor en sus padres, ni viven, ni les han enseñado como el Señor Jesús. No pueden exigir más obediencia al Señor que la que ellos mismos profesan. No es que los hijos tengan a los padres como dioses, en sentido divino, pero sí son ellos el prototipo mismo de lo que es la deidad.

“**Porque esto es justo**”, en Colosenses 3.20 dice: “Porque esto agrada al Señor”. Los padres que han enseñado el evangelio a sus hijos y lo han adornado con sus vidas, es justo que se les obedezca en todo, y agradecerá al Señor. No tanto porque les deben la vida, los cuidados y el sostenimiento de años, porque eso cualquier padre lo considera un deber asumido, sino porque lo que les reclama, lo que les pide, lo que les ha enseñado es por sí mismo justo y la desobediencia una rebeldía, una injusticia, una enorme frustración a la intención y al esfuerzo que ellos mostraron en la crianza.

3. Ahora podríamos considerar *el peligro de los consejeros modernos y de padres abusadores*; los primeros representando a los hijos, más que a los padres; los declaran con más libertad y menos sujeción a ellos que lo que la Biblia hace. Se les defienden derechos y se les titulan dueños de sus vidas como si no tuvieran que agradecer casi nada a sus “progenitores” (que es la palabra usada para padres en el v.1). El resultado es catastrófico: Las excelentes tradiciones familiares son revisadas por la juventud y quedan como opcionales, los conceptos espirituales y sagrados pueden ser discutidos y rechazados porque no son necesariamente los de Dios. La anarquía familiar sigue a eso; y por supuesto la apostasía a los principios cristianos; siendo no el hogar y la sociedad los más perjudicados, sino el mismo reino de Dios. La revelación bíblica vino primero a través de la familia y la destrucción de ella contribuirá sin duda al derrumbamiento del reino del Señor; si es que fuera posible.

No puede uno ver sino a Satanás detrás del cuestionamiento de todos los valores familiares y de los valores espirituales que se han transmitido como una herencia preciosa, por milenios, dentro de las paredes del hogar. Una sociedad diabólica es sólo la que puede enseñar el desamor hacia los padres, a los abuelos, en aras de que cada cual haga con su vida lo que le beneficie. Ese egoísmo y ese menosprecio tan grande es una ingratitud que no pasarán por alto los ojos de Dios que los tendrá como un terrible pecado. Sí, a los hijos hay que disciplinar, para eso se les enseñan los mandamientos del Señor, para que los pongan por obra, y si por debilidad carnal o por deliberada rebeldía los ponen a un lado, la “**amonestación del Señor**” cabe y tiene que tomar su lugar. “Amonestación” es más que una reprensión, es un castigo; no necesariamente físico, que es el menos provechoso, hay otras muchas formas de llegar al espíritu para corregir la causa de desobediencia. Los que piensan que a los hijos hay que dejarlos que hagan lo que ellos quieran sin interferirlos, se equivocan.

Pero consiervo, si velas por los intereses de los niños, ten los ojos abiertos porque hay padres que tienen las manos muy largas y abofetean fácilmente y en cualquier sitio. No honran a sus hijos. Tampoco el abuso de autoridad porque malos padres hay que son indignos de llevar ese nombre y someten a sus hijos a un régimen de vida peor que el de esclavos y son los causantes que se rebelen con enojo pecando contra el Señor y contra ellos mismos. Hay muchísimo abuso contra los niños por parte de padres, padrastros, abuelos y guardianes a quienes los progenitores laboriosos (por placer o por necesidad) han contratado mientras ellos salen a trabajar a la calle.

La compasión podrá llegar pidiendo a la iglesia que haga según pueda algo por los niños desamparados, los de la calle, *sin padre, ni madre ni genealogía*. No necesariamente promoviendo la adopción de ellos directamente, pero sí, quizás adoptando alguno *económicamente*, en algún lugar lejano

donde tal vez el dinero valga un poco más que donde se tiene. Hay organizaciones confiables, dirigidas por hombres dignos, que permiten enviar alguna contribución para sostener un huérfano en otro paraje del mundo, sin que uno sea engañado. Hasta le envían a uno la foto del niño o de la niña que se está manteniendo. Rompe el corazón contemplar cómo algunos infantes pasan hambre en ciertas regiones, las noticias los muestran con sus vientres enormes, llenos de parásitos, y las cabezas gigantes. Cuando uno mira dentro del corazón, halla que los sentimientos que se tienen para cooperar con esta clase de ayuda son muy parecidos a los que se tienen para los misioneros en el extranjero. Hay un parecido sublime entre alimentar un niño y ayudar a las misiones.

Si no se puede ayudar sistemáticamente, al menos en fechas señaladas como Navidad, Reyes magos, etc. Hay iglesias que hacen eso, y es muy bonito, recolectan juguetes y ropas para los niños y por los días de Navidad las regalan a los pobres que saltan de gozo apretando contra el pecho un muñeco usado. Los niños deben recibir el bien que la iglesia tenga, sea económico o espiritual. Sobre todo este último, organizando campañas cristianas para ellos, con ropas, libros y estudios al alcance de sus mentes. Sé que son muchos los ministerios que la iglesia podría tener y rara vez tiene recursos para todos; pero al menos, ¡oh hermanos, hagan algo por los niños!

Los diáconos que andan en visitación tienen que proteger a los menores, *espiritual, social y legalmente*: enjugar sus lágrimas y velar porque no sean robados sus intereses. Cualquiera que sea la gestión que tenga que hacer, pastoral (espiritual), social (cuando se les explota y a veces pervirtiéndolos) o jurídica (policíaca) no debe escatimar esfuerzo para lograrla y que los pequeños sean protegidos. No tenemos suficientes manos para poder ayudar a todos los niños del mundo, ni dinero. Hay otra clase de ayuda que concierne a la seguridad integral de ellos. Hay veces que en la visitación

oímos que algunos vecinos aporrean sin piedad a niños que son suyos o ajenos y luego los amenazan con más golpes si dicen algo. Los chicos mienten cuando se les interroga sobre las huellas de violencia que les dejan en sus carnes y alegan caídas y tropiezos involuntarios. Recuerdo haber visto en un noticiero a una muchacha filmada por una cámara secreta, que cuando el niño se negaba a comer lo que ella le daba le empujaba la comida a golpes sobre el cráneo. Aquello partía el corazón de dolor y cólera. A veces pasa eso, los padres por necesidad o por vanidad, tienen que trabajar ambos y dejan sus hijos en cualquier mano. Este es uno de los males modernos que está aniquilando la influencia de los padres en el hogar.

También se conoce que hay familiares abusadores, padres legítimos, padrastros y hasta abuelos que se aprovechan de los nietos para (¡infamia!)... me niego a escribir los pecados de esos sexagenarios; porque vergüenza siento hablar de *lo que ellos hacen en secreto* (Ef 5.12). En el curso de relación que se tenga con una familia se puede conocer lo que miran en la televisión, lo que leen (¡si dichosamente conocen alguna familia donde haya sobrevivido ese hábito prehistórico!) porque a veces los adolescentes en sus colegios son iniciados en un tipo de lectura barata y hasta apropiada para arruinarles la mente y el alma.

Si las iglesias tienen amigos policías, mejor. Mientras escribo esto estamos haciendo gestiones para que uno venga a nuestra sociedad de jóvenes para hablar sobre la delincuencia entre los adolescentes, las pandillas, las drogas, etc. Oí que en algunos lugares se ha llevado a muchos jóvenes a las cárceles para que vean lo que es estar allí y *huyan de la ira...* de los carceleros. Un infierno. Parece que el resultado ha sido satisfactorio, siendo bajo el porcentaje de los que mirando una prisión por dentro han cometido delitos como para ir a ese lugar. (¿No los han llevado al infierno?) En algunas escuelas presentan, en relación con el automovilismo y el alcohol,

películas que muestran con excelencia descarnada cómo se estrangula un chofer, cómo se rompen sus brazos y se quiebran, como palos secos, ambas piernas. Los niños, los jóvenes, deben aprender las consecuencias del pecado para que lo eviten. Y nuestra compasión por los niños se extiende a los que están en camino hacia este mundo.

Los niños que no llegaron al mundo

Una palabra más a favor de los niños que no han visto este mundo, los que aún están en el vientre de sus madres y por la facilidad de leyes que aprueban el aborto, en peligro de morir sin ver la luz del sol. Quizás no sea fácil hallar algún texto bíblico que diga: “No irás a una clínica de abortos” aunque podrás encontrar fácilmente uno que dice: “No matarás”. ¿Has conocido o sabido con alguna cercanía cómo viven esos dueños de clínicas para abortos? Sus vidas son miserables en grado extremo, el lucro les come las carnes como polilla la madera. No hay gente más vacía y desesperada que esa. Si Dios prohíbe a cualquiera que arranque la vida de su prójimo, también se aplica al suicidio y a los abortos; principio general aplicable sin las imposturas defensivas del tiempo o la formación física. Es vida y la vida no debe ser quitada a otro ser viviente, esté donde esté y con la constitución que tenga. ¡Y pensar que haya madres “cristianas” que autoricen a sus hijas a limpiar su moral (fruto de la fornicación y mala cabeza de ellas) por medio de esto! Les aconsejan y hasta las acompañan; manteniendo en absoluto secreto lo que han hecho las dos, para conservar intactas la imagen social y la membresía de la iglesia.

Los antiguos enseñan que Dios es el que da la vida y sólo él puede quitarla: “Jehová dio, y Jehová quitó” (Job 1.21). La más frecuente “razón” que los padres de un feto aducen para hacerlo bajar prematuramente al Sheol es “moral” (sin contar la conveniencia económica y la libertad social). Yo no sé si tú hermano, has leído mucho al respecto y tienes alguna idea de los horrores que encierra esa palabra “aborto”. Es una de las

cosas más inhumanas que se hacen sobre esta tierra, uno de los crímenes autorizados más despiadados que la imaginación pudiera concebir; contra criaturas completamente inocentes e indefensas; y esto por mano de aquellos que debieran ofrecerles más protección y confianza, sus padres. Para que tengas una pálida idea copiaré parte de las memorias no publicadas de un autor cubano que hace algunos años dejó su país.

Al llegar a vivir donde lo había hecho previamente una enfermera anestesista, nos dimos mi esposa y yo, a la desagradable tarea de tirar todo lo que oliera a medicina y a quirófano. Hallamos muchas cosas relacionadas con el matadero de niños que allí, a escondidas, habían cultivado: un bisturí oxidado, frascos de alcohol medio usados, ampollas con anestésicos locales, etc. El doctor amigo de la señorita utilizaba todo aquello y mucho más que se llevaron, para practicar abortos clandestinos.

Hubo un tiempo en mi país, después de la guerra, cuando éramos sólo 6 millones de cubanos y a cualquier médico que atraparan haciendo abortos lo condenaban a cinco años de prisión por cada uno. El gobierno promovía bastante la reproducción humana para sustituir a los miles de exilados y a los muertos. Faltaba la fuerza laboral y en una sociedad de obreros y campesinos la esperanza se situaba en el vientre de las mujeres. Cuando todos los canales normales de emigración fueron bloqueados, la población se incrementó: y también, dicho con imparcialidad, la buena atención infantil redujo el índice de mortandad. Un hijo natural en cualquier parte era bienvenido y la mamá no tenía por qué avergonzarse. Fue grande la explosión demográfica que se produjo; la llamada "liberación de la mujer", el movimiento "feminista", la obligatoriedad de que las niñas fueran de temprano a estudiar lejos de sus hogares y otras muchísimas causas más, elevó pronto el número nacional a más de doce millones de personas. Como la economía socialista no rendía, la utopía

no podía llenar tantas bocas con comida; el pan, la leche y todo comenzó a escasear. El gobierno gastaba a manos llenas el dinero en apoyar, entrenar y expandir los movimientos subversivos de América Latina; pero el pueblo que crecía necesitaba más que propaganda internacional y balas, pan. Y no había.

Los sociólogos del régimen y cualquier observador mediocre se dieron cuenta que familias tan prematuramente formadas eran un desastre social, y aunque la población aumentó, la familia se fue destruyendo y aparecía por doquier la delincuencia. Comenzaron a meditar, cabizbajos, en la conveniencia de detener las reproducciones que previamente habían alentado.

Actualmente es fácil encontrar en cualquier lado algún anticonceptivo y las muchachitas menores hablan de esterilidad y procedimientos al efecto como de tomarse un helado. Casi toda la “educación sexual” que se oye en los colegios tiene como único propósito informar para evitar el embarazo. Los hospitales han abierto de par en par sus puertas a todos los que quieran practicarse algún “legrado” (aborto). Es muy común ver chicas vestidas con el uniforme estudiantil y sus libros bajo el brazo, pasar la anestesia en algún salón, y dando cabezazos. El padre la imagina en un aula y ella está en un salón de recuperación. Se ha extendido tanto el problema que los médicos cumplen sus deberes con ya bastante mal humor, sin un ápice de delicadeza hacia la damisela, con el benévolo propósito de que no regrese más y tome precauciones.

Los tanques de basuras en los hospitales, como el de... se llenan de fetos y algunos resultan tan crecidos que aún después de puestos allí siguen moviéndose en medio de otros compañeritos que fueron arrojados primero y ya están inmóviles y fríos; o hasta que el sol y las hormigas les traigan la muerte. ¡Oh madres!

Los abortos clandestinos también se practican cuando alguna señora no quiere que su nombre se manche (la concien-

cia no importa que se ensucie toda), o alguna “señorita” (que ha perdido su virginidad hace tiempo) que es descubierta tardíamente por su madre. Los carniceros fuera de la ley son más arriesgados y por su cuenta hacen esos sacrificios, no a Moloc, sino al príncipe de las tinieblas. Estos suelen ser muy peligrosos por el riesgo de muerte por infección que conllevan; pero la gente los paga bien y salen con dolor y contenta.

El médico de abortos clandestinos es más que cruel. Una vez que ha sacado afuera su víctima tiene obviamente que deshacerse de ella. Arrojarla a la basura no puede; entonces con un gran bisturí la descuartiza arrancándole sus extremidades para ir reduciéndola de tamaño y que quepa por el desagüe. ¿Y qué hace con el cráneo sólido? Lo patea con el talón del zapato hasta que lo convierte en una masa irreconocible, aun por su misma madre. Todo se echa en una taza de servicio sanitario y ¡adiós!, hacia el alcantarillado. Donde vivimos el doctor amigo de la dueña lo usó como uno de estos hospitales. ¿No abrirían allí, satisfechos, sus ojos los demonios?”

Dime, querido, ¿no haremos algo, individualmente y como iglesia? ¿Es que eso no es “espiritual” y no concierne? ¿Elegiremos para la silla presidencial a hombres “liberales” que persigan más a un grupo antiaborcionista que a los jefes de la mafia? ¿Le daremos el voto a un bocón así, que por promesas económicas sacrifique los mejores valores que la sociedad debe al cristianismo? Hagamos algo, de cualquier modo, con el voto, con manifestaciones públicas autorizadas, o con literatura, para protestar en nombre de Dios, y de sus mismos ángeles que lo ven, contra ese holocausto.

El sostenimiento económico y el presupuesto

Si lees 2 Corintios 8 y 9 observarás que toda la congregación estaba envuelta activamente en el servicio de apoyo para los pobres, huérfanos, viudas, presos, tristes, etc; incluso, verás que la preocupación por los necesitados no sólo estaba circunscrita a una congregación individual sino que se preocupaban *los unos por los otros*; del mismo modo ocurría a nivel de iglesias, como si poseyesen “un plan cooperativo” de asistencia recíproca y organizada. Esa ofrenda la estaban recogiendo los ministros misioneros; no era para ellos específicamente, aunque quizás los pastores de la capital se beneficiaran.

La iglesia no es un negocio terrenal sino espiritual, no es su dios el vientre ni sólo los hermanos piensan en lo terrenal; el oro no santifica su altar sino el altar su dinero (Mt. 23.18–20), sin embargo, el dinero para todo sirve (Ecl. 10.19).

Hay muchas cosas que tener en cuenta para financiar la obra en un lugar; entre ellas debe tener la primera posición en el presupuesto, el sostén económico de un obrero. Mientras más entregado se halle un ministro a la predicación del evangelio, más posibilidad habrá de que la obra prospere. En cuanto a eso tenemos que recordar que *él es digno de su alimento* (Mt. 10.10) *y así ordenó el Señor a los que anuncian*

el evangelio que vivan del evangelio (1 Cor. 9.14) y *no pondrás bozal al buey que trilla porque digno es el obrero de su salario* (1 Tim. 5.18).

Cuando se hace el presupuesto para abrir una nueva obra, para mantener una congregación pequeña o una iglesia grande, siempre se mira que un monto de las ofrendas colectadas se disponga para mantener al siervo de Dios y su familia, en parte o completamente. Las cosas que se dicen, se piensan y se sienten en torno a esto, son tantas que un capítulo no bastaría para enumerarlas.

¿No te acuerdas cómo los diáconos históricamente recogían ofrendas, de casa en casa? Comprueba cómo la costumbre histórica fue una práctica bíblica, leyendo 1 Corintios 16.2. Ahí se ven las dos cosas, sugiere que el domingo se lleven las ofrendas a la reunión de la iglesia y no haya que colectarlas en los hogares por manos de los diáconos y las diaconisas. Puede, como mucho de lo heredado de la Ley y de los profetas, que sea una sugerencia de aquello de *traed los diezmos al alfolí*.

Hoy estudiaremos porciones en la Epístola de San Pablo a los Filipenses con el propósito de conocer algunas cosas que atañen al sostenimiento económico de los pastores y los misioneros; específicamente los que trabajan *directamente* con las iglesias; los que ellas envían como Pablo, Silas, Bernabé, que son los que más seguros estamos que el Espíritu y el evangelio han arrojado lejos de sus tierras (Hech. 13.2).

Según avances en el estudio aprenderás algo, como mirando por una celosía, dentro del alma de un pastor o de un misionero. Si alguien siente una profunda simpatía por los misioneros es quien esto escribe; los he conocido pasando muchos pesares lejos de los suyos, extraños en otra cultura, comiendo y viviendo como no lo aprendieron, haciéndose *a los judíos como judíos para ganar a los judíos*, a los chilenos como chilenos, a los peruanos como peruanos, a los colombianos como colombianos, a los españoles como españoles,

a los chinos como chinos. No es fácil predicar en cualquier otro sitio, no teniendo como tribuna el púlpito de una iglesia llena de cismas como en Corinto, o de veleidosos gálatas o de semiherejes como en Colosas; o alzando un púlpito en cualquier barrio extraño en las costas de Etiopía o cerca de Tarsis entre el legendario pueblo Vasco. Los ancianos que *trabajan en predicar y enseñar son dignos de doble honor* (1 Tim. 5.17).

Quiera el Señor hacernos partícipes con estos estudios de la simpatía y apoyo para aquellos que han confesado sinceramente: *“Tan grande es nuestro afecto por vosotros que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos”* (1 Tes. 2.8) y que al recibir nuestra ayuda entre turbulentos ataques del maligno, cerca o lejos, incomprendidos y no aplaudidos, en honra y en deshonra, puedan decir consoladoramente: *“Doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubieseis sacado vuestros propios ojos para dármelos”* (Gál. 4.15).

EXPOSICIÓN SOBRE EL SOSTENIMIENTO ECONÓMICO A PASTORES Y MISIONEROS

Según la epístola de Pablo a los Filipenses

“En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos pero os falta la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia, en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4.10-13).

I. Señales de apoyo al ministerio

Un requisito básico para el amor, la unidad en *la ayuda mutua*, es el entendimiento. Cada hermano debe procurar entender al otro; especialmente al ministro, al misionero. Estos siervos de Dios necesitan de nuestra ayuda económica y si no logramos entender sus trabajos y sus sentimientos no podremos amarlos y por lo tanto no los apoyaremos. Dios quiera que al terminar este estudio ese cometido se haya cumplido. ¿Sabes que hay veces que los ministros se torturan ellos mismos, innecesariamente? ¿Sabes que hay iglesias que siendo suficientes en número para sostener un ministro no lo tienen? El ministerio de misericordia tiene oportunidad para ayudar.

1. Señales de cooperación. Algunas veces los ministros y misioneros se sienten muy solos y piensan que sus hermanos los han olvidado. Ellos no ven ni oyen las intercesiones que se elevan. Es interesante pensar por qué el apóstol usa esta palabra “**revivido**” o “reavivado”, una figura tomada del renacimiento de la vida en los árboles cuando pasa el invierno y llega la primavera; vuelven las hojas y las flores, es decir, todo retoña. Quizás sea un poco especulativo y presuma algo de lo que “pudo” haberle ocurrido.

¿Por qué dice que ahora el **cuidado**, más bien el **pensamiento**, de ellos se reaviva? La palabra que utiliza es “pensamiento”. Fue como si por un tiempo su amada iglesia, la corona de su ministerio, supuso, lo hubiera olvidado. No fue así, los hechos lo probaron, pero es que estando preso, ¿no era normal que tuviese esos desoladores pensamientos? Me parece que es como si se le escapara aquello que por un tiempo imaginó y oró, lo que le quitó el sueño y su paz.

Ahora, comprueba que sus sentimientos estaban equivocados. Él pensaba que no lo amaban, que se habían olvidado de su persona, pero luego, al llegar Epafrodito con aquellos obsequios, dinero, ropa, alimentos, supo que no era cierto,

sólo su fantasía había obrado en contra suya imaginando irrealidades. Hay épocas en que los corazones de los más santos, cuando están solos, se hipersensibilizan, y se atormentan con suposiciones y se estremecen por lo que no existe. ¿Sabes que lo mismo le puede pasar a tu pastor y aun le caen esos sobresaltos infundados a los misioneros de ultramar? Amado, debemos entender el mundo de los siervos de Dios en este sentido. Era cuestión de **oportunidad**, de problemas externos no internos. Ellos estaban dispuestos a ayudarlo pero no habían podido hasta ese momento y él se había torturado sin razón. Si logras ayudar al pastor quitándole esos negros pensamientos, traerás paz a su corazón y dibujarás una sonrisa en sus labios. Eso es aplicar el ministerio de misericordia con el santo varón y hacerle ver que apoyas su trabajo.

2. El gesto de la iglesia le ahuyenta sus temores y le muestra que ella *está pensando en él*. El apóstol inmediatamente corrige sus palabras y añade que no, que no ha habido otoño en el amor de ellos, que aún sigue vivo. Nuestra versión dice: **“Vuestro cuidado de mí, de lo cual estabais solícitos”**, pero lo que el autor realmente escribió fue: **“en pro de mi pensar sobre lo que pensabais”**. Significa lo mismo, y nuestra versión va al hecho. Ciertamente que ellos pensaron en él porque le mostraron, enviando al pastor y el donativo, que lo estaban haciendo. ¿Cómo puede uno mostrar que piensa en algún hermano lejano si no le hace una carta ni le envía nada? Hay muchas formas para expresar el amor de la iglesia por su pastor; si los diáconos lo aman, si no se disputan el cariño de ella por él, promoverán esos bellos sentimientos.

La iglesia es la que debe cuidar, pensando en su pastor, pensando en su condición y en sus necesidades. ¿Tendría el apóstol que escribirles una carta contándole todo lo que le hace falta para que ellos nombraran una comisión de estudio, vieran el presupuesto, ajustaran las finanzas y luego volvieran a reunirse para votar por la suma probable? ¿Hay que darle

tantas vueltas a una visible ayuda pastoral? ¿Tiene el pastor que pedirlo porque ellos ni piensan ni lo ven? El apóstol vio que la falta no era en el pensamiento sino que no habían tenido oportunidad de hacerle constar que pensaban en él, quizás porque no hallaban a ninguno que pudiera dejar su hogar e ir tan lejos, etc. Recuerda lo que dijo no de sí mismo sino de otros siervos, *los que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar* (1 Tim. 5.17).

II. Los ministros y sus necesidades

1. Tienes que saber que generalmente *un ministro no comparte sus problemas* con la iglesia; no porque desconfíe de ella sino por no sobrecargarla y porque teme que sus palabras signifiquen lo que él no quiere que digan. Ese es el mutismo que tienen que leer sus diáconos. Muchos hermanos piensan en sus faltas, sus colaboradores deben hacerlo en sus necesidades y no esperar que él pida. Mira en el texto a un apóstol callado. Aclaró lo que se le escapó anteriormente y ahora regresa para aclarar lo que sirvió de aclaración. **“No lo digo porque tenga escasez..”** ¿No tenía él escasez? Sí la tenía. ¿Y por qué lo niega? No lo niega, lo que él escribió fue: **“No lo digo según escasez”**, lo que quería decir es que teniendo escasez no lo indicó, no hubiera hablado sobre el asunto si ellos no lo hubieran atendido, hubiera continuado pasando privaciones que haber pedido para él, como hizo para otros, algún donativo. Ese es un tema sobre el cual no platica un apóstol. No, prefería continuar en su pobreza que extender una mano para la limosna. Si otras iglesias leyeron esto tuvieron que sonrojarse y bajar sus rostros avergonzadas. Porque él no pidiera no quería decir que no le hiciera falta. Que lo vieran contento no quería decir que no tuviera preocupaciones financieras, que no estuviera sufriendo por la estrechez; estaba contento no porque no tuviera necesidades sino porque había **aprendido a contentarse cualquiera que sea su situación.**

¿No se engañan los hermanos descuidados que juzgan que el pastor no le hace falta nada porque está alegre y no lo pide? No era que todas las iglesias lo atendieran de maravilla porque en una carta a su discípulo amado le dice que le traiga su viejo capote desde Troas, porque no tiene para comprar otro y nadie se ocupa de conseguirle uno.

Es un apóstol muy virtuoso y ha aprendido mucho de la gracia divina, Cristo lo ha fortalecido en todo y es capaz de resistir cualquier privación con su boca cerrada y sin protestar por su abandono, lo único que hace es sufrir callado la ingratitud. Hay veces que la iglesia y sus líderes están tan distantes unos de otros que no saben de sus dolores. Que se escriba de nosotros como de Moisés, *salió a sus hermanos y los vio en sus duras tareas* (Éx. 2.11). Y cuando palpó sus aflicciones comenzó a buscar algún remedio. Lo que hacemos por otros, no olvidemos a los ministros.

2. Cubriendo sus necesidades. Hay una palabra algo difícil de explicar: “**abundancia**”. Si el mundo ve que un ministro tiene abundancia sospecha de él, los malos hermanos lo envidian. Si un pastor quiere tener abundancia y la busca, se le tiene a mal porque *el que milita no se enreda en los negocios de la vida*. Sin embargo, la palabra puede significar no lo mismo cuando se trata de un gran ministro y de una gran iglesia. Ambos deben siempre definir opuestamente la palabra. Para la iglesia “abundancia” es socorrer a su pastor todo lo mejor que pueda y deba. Para él, “abundancia” debe ser lo básico para vivir decentemente. En las palabras del apóstol hallo una sorprendente satisfacción: su humildad. Parece que exagera un poco cuando dice que **sé tener abundancia**. ¿Cuándo leemos que él la tuvo? Recuerdo que trabaja para subsistir, que comparte lo que tiene, pero “abundancia”, ¿cuándo y dónde? Es que para Pablo, “abundancia” no es lo mismo que para muchos de nosotros, para él tener abundancia es tener para vivir y para compartir *con los que padecen necesidad* (Ef. 4.28). Tener más de un par de sandalias es

abundancia, tener dos capas es abundancia, tener dinero para una semana es abundancia, tener comida para varios días es una fiesta. Es un hombre absolutamente privado de egoísmo y por eso habla de ese modo, uno cuyo tesoro no está en la tierra. No dudo que si hubiera tenido en abundancia como nosotros conocemos hoy, hubiera padecido por su abundancia. Lo hubieran envidiado o calumniado. Hubieran querido colocarse en su puesto para vivir como él vivía o lo habrían difamado diciendo que despojaba a las iglesias para su propio beneficio. La iglesia está comprometida con Dios en hacer que a su amado pastor no le falte nada, pero que tampoco reciba un salario en forma de *ganancia deshonestas* (Tito 1.11). No tiene por qué consagrarlo a vivir como Juan, con *langosta y miel silvestre*.

¿Te ha gustado la exposición anterior? Lee ahora esta sobre...

INVERSIONES CELESTIALES

“Sin embargo bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación. Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir sino vosotros solos, pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades” (Fil. 4.14–16).

III. Aliviando el corazón pastoral

1. Si tienes un gran ministro, un varón con espíritu apostólico, tratarás de entender *sus escrúpulos financieros*; por qué prefiere no formar parte del presupuesto donde se estudie su salario o de la comisión que vea la posibilidad de hacerle algún regalo. Lo que recibe lo pone alegre y bajo temor. Feliz por la expresión de amor y temeroso porque la generosidad sea aprovechada por Satanás para alzar barreras en contra de su ministerio. Por eso leemos en Pablo, referente a esto,

explicaciones y más explicaciones. En esta porción el apóstol continúa tratando el espinoso asunto, para él un ministro honrado, de cómo quedaría su testimonio después de haber aceptado la ayuda que los filipenses le enviaron. Este asunto del dinero es algo que lo pone muy sensible y son innumerables las excusas que da para que el criterio que tienen de él no sea cambiado. Siempre se propuso predicar el evangelio “*gratuitamente*” (1 Cor. 9.18), y condena constantemente a aquellos que abusan del derecho de ser sostenidos para provecho propio. Si tu ministro es así, es mejor que no hagas llegar a sus oídos las palabras de los que se oponen siempre a que reciba algún beneficio.

En lo siguiente verás cómo podrás encaminar tu ministerio de misericordia para *compartir espiritualmente* el ministerio pastoral. A menudo no es el incremento del salario, ni los regalos que el pastor reciba lo que más satisfacción le dan sino *el hecho* de recibirlos. Primero comienza por el efecto que produjo aquel donativo sobre su corazón y luego pasa al negocio mismo mostrando cómo la iglesia alivia sus cargas.

De nuevo habla como si tuviera que excusarse, “**sin embargo bien hicisteis**” (v. 14), porque quiere dejarles constancia de que no estaba ansioso de las dádivas de ellos para no ser confundido con aquellos falsos maestros que solo pensaban en lo terrenal. Pero por otro lado, tampoco quiere humillarlos hiriéndoles la generosidad con que lo han tratado. Eso estaría mal, que ellos se ofendieran hablándoles como un ingrato que no aprecia el amor que le muestran. No, no quiere eso, aprecia mucho lo que hacen por él, pero deja claro que no anda buscando los bienes ajenos. Realmente si un hermano no quiere participar en el ministerio de misericordia hay que reconocer que el dinero es suyo; eso es lo que dijo Pedro a Ananías tocante a su heredad: “*reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder?*” (Hech. 5.4). Aquel hombre no murió por ser poco generoso sino por mentir.

Volviendo a Pablo, aquella ofrenda, dice él mismo, contribuye a aminorar un poco sus tribulaciones; y de ese modo es aliviado al compartir su angustia. Eso es lo que indica la palabra **participar** o más bien “mostrar compañerismo o compartir”. Los filipenses *compartieron* con él su aflicción y por lo tanto se sintió aliviado con aquel generoso envío. Sus aflicciones son tanto materiales como espirituales y la ofrenda misma tanto como *la acción* de ellos le alivia. Se sintió mejor, no les contó nada de lo que le hacía sufrir, pero le hicieron bien, no escuchándolo sino ayudándolo.

Es muy raro que un pastor cuente sus penas a los hermanos de la iglesia pero ellos pueden aliviarlo con “acciones” que le conforten. Algunos compañeros diáconos, o ancianos donde los haya, pueden sostener sus brazos como Aarón y Hur los del Moisés cansado (Éx. 17.12). ¿No recuerdas cómo el Espíritu ha puesto a los diáconos en la misma epístola que a los obispos? ¿No es para que los ayuden? ¿No has examinado que los requisitos de uno y de los otros son muy parecidos? Ese es uno de los objetivos de este curso, que tu nivel espiritual sea agrandado y puedas con más eficacia ayudar el ministerio de la iglesia, llegar a ser un compañero más íntimo de los hermanos y del siervo del Señor.

Él no tiene a más nadie, exceptuando a su esposa, sino a ti. Tú como Pedro, Jacobo y Juan, perteneces al grupo selecto a quien él puede decir con íntima confianza: “*Mi alma está muy triste, hasta la muerte*”; o te podrá reprochar en su agonía: “*No habéis podido velar conmigo*”. Trata de ganarte por tu vida espiritual, paso a paso, la confianza de tu pastor; de modo tal que él, por ser discreto y reservado, no sude sangre en sus soledades. Puedes estar seguro, que si te duermes, Dios enviará para reemplazarte, *un ángel para fortalecerlo*; pero, ¿no te dará pena que uno que nada sabe de gemidos y lamentos consuele a quien tú comprendes mejor?

IV. Una excelente inversión

1. *Cooperación financiera.* Y para que ellos se den cuenta que no es un ingrato les hace saber que recuerda lo que han hecho por él en tiempos pasados. **“Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio”** (v. 15). Los ingratos olvidan los favores que se les hacen, sobre todo cuando cesan de recibirlos. Los agradecidos siempre los recuerdan aunque no se les hagan más. Pero como veremos, ninguna de esas ayudas que recibió las tomó como favores sino como *ofrendas de apoyo* a su glorioso ministerio y como *una excelente inversión*. Seguro que ellos las enviaban con ese sentido, para Pablo y para el pastor y misionero, porque lo amaban, mas él las consideraba como una identificación con su labor, como un sostenimiento de su llamamiento para **la predicación del evangelio**. Aunque un vaso de agua fría sea lo único que puedas dar para ayudar a la evangelización del mundo, recompensa tendrás. Por pequeña que sea tu ayuda, es necesaria; por ella misma y por el gesto solidario. La blanca de una viuda es mirada, por dos ojos divinos, como un aporte mayor que el de aquellos que ayudan a Dios con sus sobrantes.

2. Nota *el tiempo apropiado* para comenzar a comprometerse financieramente con la dispersión del evangelio. Directamente o no la ayuda a un ministro es una cooperación con su obra. Parafraseando a Juan: “El que le dice bienvenido a la persona de un ministro y lo cobija con sus bienes, *participa de sus buenas obras*” (2 Jn. 11).

Es importante que notes lo excelente y excepcional que fueron, apoyándolo en su ministerio. Observa cómo empezaron a usar sus bienes e invertirlos en la predicación del evangelio. **“Al principio de la predicación”**. He dicho “invertirlos” y no “gastarlos” y menos hablaría como Judas de “desperdicio” porque el dinero que damos como ofrenda para la obra del ministerio, para costear la predicación, es un dinero

que se invierte y se ganan intereses altísimos, “tesoros en el cielo”, ya que el Dueño de la obra ha prometido que desde un vaso de agua fría hasta lo más, recibirá recompensa. Si eres cristiano debes invertir algo en la predicación del evangelio. Si eres líder, como supongo por estar tomando este curso, debes ser ejemplo, no para ser imitado por los hermanos y hermanas, sino por ser consecuente con Dios mismo, quien te ha asignado el alto puesto de servir. Si no quieres como aquellas antiguas mujeres *servir a Jesús con tus bienes* (Lc. 8.3; Mt. 27.55), mejor es que te vuelvas a Galilea.

¿Y cuándo comenzaron a hacer esas inversiones? “Al principio” de la conversión de ellos, en cuanto recibieron la gracia de Dios y participaron de sus riquezas espirituales, apoyaron el medio que los salvó a ellos. Es normal, es un fruto del Espíritu que así pase. Si se ha llenado del Espíritu Santo no hay que educarlo en esa generosidad, no tiene que recibir una larga promoción de mayordomía. Por gratitud hacia Dios y por amor para aquellos que queremos que tengan la misma experiencia de salvación que hemos recibido es que apoyamos con inversiones esta estupenda y costosa obra de la predicación del evangelio. No obstante, los recién convertidos participarán en la adoración pública ofrendando; y en el curso doctrinal que reciban antes del bautismo, deben conocer todo lo referente al manejo del dinero en la iglesia y cuantas explicaciones sean necesarias para que se incorporen a la obra.

3. Reflexión para las iglesias sin sostenimiento propio o no comprometidas con las misiones. ¿Agradecerán los de muchos años en la fe la salvación, cuando apenas invierten dinero en costear a los apóstoles? No es algo excepcional que haya miembros de las iglesias cristianas que no respalden la predicación del evangelio cuando realmente hay iglesias enteras que apenas contribuyen y por años otras tienen que enviarles recursos. Desde los tiempos apostólicos parece que algo de eso pasaba porque los propios filipenses, según Pablo,

constituían una excepción. **“Ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir sino vosotros solos”** (v. 15). Eso no está bien. Es una prueba de escasez de bendición espiritual de Dios que hayan congregaciones que disfruten por años del ministerio pastoral y aún no alcancen a cubrir todos los gastos necesarios en la predicación del evangelio, o que apenas apoyen la obra misionera en otros sitios, como también los filipenses gustaron hacer.

V. Motivo para recoger y enviar ofrendas

1. Cuando se piensa ayudar una obra hay *un sentimiento que mueve la mano*, el amor hacia el trabajo de Dios y *la necesidad* que en ese punto exista, o que tal misionero tenga. La iglesia en Tesalónica no era una mala congregación y tenía muchas personas nobles e instruidas; y además poseían una fe que era ejemplo para el mundo entero (1 Tes. 1.8). Tesalónica, si se lo proponía, podía cubrir bien los gastos de más de un apóstol o varios misioneros. Los filipenses no ignorarían ese hecho, pero aun así le envían su ofrenda allá (v. 16), **“Pues aun a Tesalónica...”** No dijeron: “No, él está en Tesalónica, esa es una buena iglesia, les está sirviendo, ellos pueden mantenerlo”. No. Si analizas eso te das cuenta que aman al apóstol y la obra que él hace. Sus aportes no dependen tanto de la necesidad que pretenden cubrir como del hecho de que ellos aman hacerlo, les gustaba cooperar con la predicación del evangelio, haya mucho dinero o no, haya iglesias mayores o no, reciban directamente o no el fruto del trabajo que financian. Casi no se puede hacer mucho cuando algunas almas pequeñas o mezquinas siempre están en desacuerdo con algo y hallan razones en cualquier punto para no cooperar.

La clase de respaldo económico que damos a la obra de Dios está más de acuerdo con el estado espiritual de nuestro corazón que con la falta que nuestro dinero haga aquí o allá. Los filipenses no podrían dar quizás como daban los de Tesalónica o los de Roma, pero dan y eso es bueno, por ellos

mismos y por los otros, porque encuentran *una loable razón para ayudar: Amor*.

Ya hasta aquí es suficiente por hoy; no obstante, si tuvieras algún tiempo extra lee este apéndice que no he querido retener conmigo por si resulta de tu placer y provecho.

DIOS Y NUESTRA CUENTA BANCARIA

“No es que busque dádivas sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. Pero todo lo he recibido y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios. Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén. Salud a todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan. Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa de César. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén” (Fil. 4.17-23).

Previniendo acusaciones

1. Concluyo mi exposición, alargando un poco el asunto del estudio anterior, pero añadiendo otras cosas. Dios conoce nuestro sistema de contabilidad, el “**debe y haber**” o “**entradas y salidas**”. Conoce cuándo financiamos la predicación del evangelio y con qué cantidad. En este espacio el apóstol nos revela *el pensamiento íntimo que tiene para usar una catarata de excusas*. En cuanto se trata de dinero, ofrendas, que vayan dirigidas al pastor, éste tiene que tener mucho cuidado y no dejar de agotar todas las posibilidades para prevenir que su ministerio sea desacreditado en ese renglón.

Aquí va otra aclaración: “**Pero no es que busque dádivas, sino que busco fruto...**” (v. 17). Es como si el apóstol sintiera un secreto horror de que lo identificaran con los otros, aquellos que se aprovechaban de las iglesias en beneficio de sus

propios vientres. Quizás imagines que son excesivas las excusas porque él no envió ninguna petición para que le mandaran algo, ellos lo hicieron porque quisieron ser movidos por el amor. ¿qué falta hacía justificarse tanto? Pablo tiene que saber eso, que si no lo ha pedido no tiene por qué preocuparse, entonces ¿por qué lo hace? Quizás para aleccionarlos indirectamente y que tuvieran la oportunidad de compararlo con aquellos otros que eran abiertos enemigos de la cruz de Cristo. O tal vez porque siempre existen hermanos que aunque no se opongan a alguna ayuda al ministro, en sus corazones no la aprueban y aprovechan cualquier oportunidad para descalificarlo. No solamente es prudente en no pedir sino también en recibir. Está previniendo acusaciones que redunden en la formación de prejuicios contra sus sermones.

Es una cosa rara que un ministro le pida aumento a la iglesia; pero si pasara, ¿qué harías? Comenta con otros alumnos de este curso lo que harían.

- 1) ¿Criticarlo sin estudiar su petición?
- 2) ¿Estudiarías su petición a la luz de sus necesidades y las posibilidades de la iglesia para satisfacerlas? ¿Y si fuera cierto que necesita urgentemente lo que pide?
- 3) ¿No crees entonces que es una señal de que la iglesia tiene que tener más abiertos sus ojos hacia esa área de su vida como los tiene hacia otras? ¿Si no fuera cierto?
- 4) ¿No crees que hay que orar por el ministro y ayudarlo para que sea más apostólico en este aspecto de “debe y haber”?

Lo que nunca debe ocurrir es que la sangre llegue al río y tal petición establezca un precedente inolvidable para acumular enojo y luego acabe en una crisis entre él y la congregación.

Aumentando la cuenta bancaria

2. Dios siempre paga, da recompensas. Y una explicación muy hermosa que da del por qué ha recibido el donativo es

por dos razones: Que piensa que al hacerlo *serán recompensados*, porque piensa que *hay retribución* para los inversionistas en el evangelio (v. 17). “**Frutos que abunden en vuestra cuenta**”. Recibiendo lo que ellos le enviaron, aceptándolo, utilizándolo, haría que el Señor de la obra en la cual aquello se consumiría, los bendijera por tan magnánimo hecho. Esa es una doctrina en promesa que hemos aprendido, que los que cooperan con la predicación del evangelio son bendecidos por Dios y **umentan su cuenta**, no la disminuyen, ganan intereses con esas inversiones. ¿Has leído lo que el apóstol dice? Aplícalo a tu vida. Si ayudas la predicación del evangelio tu dinero no se perderá sino que Dios lo recompensará haciendo que se te multiplique y tu cuenta no vaya para abajo sino para arriba. Pablo aquí está pensando en términos de entradas y salidas como vimos arriba (**dar y recibir**), como se usa en contabilidad bancaria.

Independientemente de los frutos celestiales que cosechan los que cooperan con la predicación del evangelio, aquí en la tierra también son prosperados. El Señor conoce nuestra cuenta bancaria, él sabe cómo va nuestro libro de cheques, nuestras salidas y entradas, las deudas que poseemos, el dinero que ganamos, etc. El se encargará de que donde dice “entradas” se aumente la cuenta y haya más frutos. Eso, por supuesto, no quiere decir que algún hermano con pretexto de actuar por fe se endeude para enviar dinero a alguien que lo necesita o simplemente lo pide porque lo quiere. Eso no es bíblico porque está escrito que la voluntad será *acepta según lo que uno tiene no según lo que no tiene* (2 Cor. 8.12).

Y no queda todo ahí sino que consigue para ellos una promesa oportuna, como para asegurarles más lo que ya les ha dicho, que lo que se hayan quitado para apoyar el evangelio será devuelto por el Señor, rápidamente, que él mismo se ocupará de la pasajera escasez que eso produjo y que la suplirá conforme a sus riquezas en gloria y para su gloria. ¿Quiénes son los que padecen necesidad?, ¿los que sacan

diezmos y ofrendas para financiar la predicación del evangelio? No. Dios, nos dice el apóstol: “Suplirá todo lo que os falte conforme a sus riquezas en gloria” (v. 19). Y puedes tener por cierto que cualquier ayuda es como una simiente; y que él aumentará vuestra sementera que fue temporalmente disminuida.

3. Pero hay otra razón por la cual aceptó aquella ofrenda, *que Dios se complacía en que así lo hicieran*. “**Olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios**” (v. 18). Si no lo hubieran hecho, ellos no hubieran tenido la oportunidad de ofrecer aquel sacrificio en el altar de su vida. Era necesario para la gloria divina que él aceptara el donativo, por temor a que alguno hallara motivo de escándalo en su conducta o que él fuera infamado, no debía detenerse en recibirlo porque entonces los filipenses no habrían podido ofrecer un sacrificio a Dios tan agradable. Era un sacrificio “acepto, agradable, de olor suave”. ¿No es suficiente eso? Acuérdate que el ministerio más importante para apoyar en toda la obra del Señor es aquel por medio del cual los pecadores son salvados: *la locura de la predicación*.

El recurso más importante para el sostenimiento

Uno individualmente puede ayudar a los necesitados, compartir lo que posee con aquellos que ve que tienen muy poco. Ya en el desarrollo del curso quizás has sido promovido en ese sentido; pero hay un paso más. ¿Podrá la iglesia involucrarse, si no lo está, más de lleno en un ministerio de compasión? ¿Cómo? Esto que estudiarás, no es precisamente para que *tú* lo hagas, sino para que sabiéndolo lo compartas con otros; y quizás si Dios bendice la idea, entusiasmados los muchos, la iglesia pueda aprender sabiduría y reformar su presupuesto en bien de ella misma, de su enclave y de otros lejanos que sentirán, por los envíos, los rayos de su amor.

EL PRESUPUESTO DE LA IGLESIA

El *presupuesto anual* de la iglesia es la meta; tiene que ser ajustado de acuerdo a los intereses básicos, sobresalientes, que la iglesia cristiana ha juzgado como tales en su historia. El diaconado tiene que tomar conciencia en esos cambios. Si la iglesia no tiene un sostén financiero propio debe procurarlo, si por la escasez de la cooperación no llegan las entradas a ser suficientes como para sostener un obrero *digno de su salario*; hay que resolver esa situación. ¿Cómo? Quizás el problema radique en la esmirriada cooperación de los hermanos, son flojos en la consagración, viven egoístamente; o tal vez son tan pobres que se puede decir que lo son *profundamente*, como los viejos macedonios.

Ningún presupuesto es fijo, baja y sube, de acuerdo a cómo nos comportemos y nos siga la mano divina. Suponiendo que la membresía aumente, los esfuerzos por alcanzar nuevos pecadores tienen que ser también multiplicados y seguro que nuevos ajustes tendrán que hacerse; pero hay un punto ya, cuando se están ganando a los pecadores, que al venir ellos, los que no son de la casa de César ni tienen relación con Chuza, intendente de Herodes, tienen que ser atendidos, porque han acudido por sus almas pero pasan frío, no tienen una capa para envolverse, les suena el estómago mientras oyen y si los despedimos sin ofrecerles algo se desmayarán en el camino. Ofrecer el evangelio no es todo; hay sentimientos humanos que tenemos que poseer y no podemos ahogarlos en nuestros pechos y endurecer nuestros espíritus y cerrar los ojos para los que nos miran *esperando recibir de nosotros algo*, además de la palabra del Señor.

1. El primer paso *no es hablar de dinero*, sino del Señor. A veces la pobreza del poder económico de la congregación se debe a que el nivel espiritual de los hermanos es bajo; si progresaran espiritualmente lo harían de todos modos en cualquiera otra área; si entienden bien lo que ha costado el

perdón que por gracia han recibido, el valor del evangelio, la vida eterna, el costo increíble que tiene un sermón ungido por el Espíritu, la suma incalculable que vale una simple verdad revelada, el tesoro que cualquiera pagaría por un rato de comunión con el Infinito, la delicia del amor entre hermanos, las bendiciones que se reciben por una oración de intercesión; si supieran todo eso, difícilmente no estarían dispuestos a desprenderse de todo lo que tengan y darlo para los pobres. El agradecimiento y amor al Señor es lo que nos hace su obra muy querida, de tal modo que daríamos no sólo dinero sino nuestras propias vidas. ¿No fue por amor que aquella antigua mujer rompió el frasco de perfume caro sobre el cabello de Jesús? ¿Quién le dijo que lo hiciera, a quién había visto, qué precedente existía? Ninguno.

2. Una profundización del cristianismo vigente, una extensión de la esperanza celestial, un fortalecimiento de la fe, son necesarios para que la generosidad, entre otras cosas, extienda sus ramas y se haga gigante. El camino para la cooperación financiera es *espiritual*; no hay que hablar de la tierra, donde todos conocemos sus necesidades, sino del cielo, de la recompensa con Jesús, del inestimable valor de la resurrección de un cuerpo glorioso, semejante al de Jesús. Si las convicciones espirituales se aceran, si el pensamiento a favor de Dios vuela áureo hacia los lugares celestiales, junto con Jesús el Señor traerá múltiples crecimientos; *con él nos dará todas las cosas* (Ro. 8.32). Si se siembra lo espiritual se cosechará lo material.

Las dosis de Biblia tienen que aumentarse, llenarse los cultos de oración, el celo y el fuego del Espíritu arder por todos lados. No fuego fatuo, nacido solamente en emociones sin raíces bíblicas, no chisporroteo de espinas que saltan por los aires y se apagan pronto porque emergen asustadas por gritos y consignas desaforadas. No, la consagración bíblica es diferente, no alardea, camina, empuja, es de Dios, consume, salta para vida eterna. No se para, asombra. Que el alma

se llene de Dios y las finanzas del banco eclesiástico aumentan. Se recoge más dinero hablando del amor de Dios que del codiciado metal. El oro llega solo cuando el altar es santificado y el altar santifica el oro. Sin dinero no se puede ayudar a los pobres ni a nadie, pero lo más importante no es el dinero, sino el Espíritu. La cooperación viene en andas y suplica que se le reciba como un privilegio gastarse en el presupuesto común, cuando ve que el tabernáculo se levanta y sobre su techo baja Dios. La experiencia habla de que la anemia espiritual es la causa de la económica. Recuerda que no es mucha calamidad decir “*No tengo ni oro ni plata*” si se puede añadir, “*mas lo que tengo te doy, levántate y anda*”.

3. Luego viene *el evangelismo*. Los pobres serán alimentados si la iglesia reacciona a favor de las almas perdidas. Cuando *el número* de discípulos aumentó, ya hemos estudiado, aparecieron los diáconos y otros ministerios. El crecimiento de la iglesia es necesario, si no se alcanzan nuevas almas, no se puede usar la opción de exprimir el presupuesto de los que ya han sido salvos. Es mucho mejor que entre nuevo dinero con un chorro de almas frescas, como una corriente de refrigerio que sople sobre la iglesia. Quizás Dios, viendo lo apegados que somos a lo material, hace depender muchos de nuestros sueños, del suyo principal, alcanzar el mundo. El ministerio de la palabra es primero que el de compasión, pero en cuanto pueda este último debe correr y alcanzar al otro; no debe quedarse atrás y dejarlo por mucho tiempo andar solitario. No obstante, los pobres dependen para su alimentación, las viudas, los huérfanos, de que se salven los perdidos. La extensión del reino de los cielos es necesaria. Se colocan ancianos, se sostienen a los que trabajan en predicar y se invierten recursos en ampliar ese ministerio. La primera inversión tiene que ser evangelística. Las iglesias gastan actualmente mucho más dinero en otros ministerios. Estudia, descubre sus presupuestos y verás que lo que dedican de sus recaudaciones para comprar Biblias, Nuevos Testamentos, folletos, panfletos,

tratados, obra misionera, etc., es muy reducido en comparación con los otros capítulos que han abierto. En algunas iglesias norteamericanas, en vieja decadencia, cuatro o cinco ricos pueden mantener los carísimos gastos de un edificio enorme y un ministerio antiguo, pero esa es una excepción, improbable en latinoamérica; sin ideal de ningún tipo.

Cuando se haga o se revise el presupuesto anual, el ministerio de la palabra y los gastos para hacer *obra de evangelista* tienen que ser los más anchos posibles. Un presupuesto estrecho en este campo indicará un corazón estrecho y una visión bastante oprimida. Sucumbe cualquier iglesia que no haga evangelismo. Ayer leí de la iglesia pastoreada por el Rev. Bill Hybels en *Willow Creek*, que tiene un presupuesto anual de 15 millones de dólares; el primer año de comenzar la obra alcanzó a 150 y el tercero la iglesia estaba formada por 3 mil. Actualmente es la segunda en membresía en Estados Unidos, tiene 15 mil, la segunda más grande iglesia protestante. Sin analizar *los métodos de crecimiento* que usa este hermano, que para muchos son muy disputados; de todos modos ilustra mi punto, que según se expanda la membresía, la capacidad de movimiento económico aumenta. Si una obra de crecimiento es genuina, si la anima el Santo Espíritu, si como fuego consumidor abraza los corazones de la membresía, si las conversiones no son egoístas, si la gente no acude a la iglesia por conveniencia humana y material sino huyendo de la ira venidera; si la iglesia crece así, las bendiciones materiales también abundarán y el bien transitorio, temporal, será sobrepasado por la huella que dejará en la historia de la denominación, de la iglesia Universal, del lado acá de la morada eterna.

Prudencia, siempre prudencia

El pastor, los diáconos, los que influyen en las finanzas, pueden reunirse y en oración chequear cómo han estado andando las cosas y por orden de importancia *celestial* y

humana decidir la distribución del dinero que supuestamente entrará durante el año. Quizás haya ministerios que ya estén empezados que no se puedan de inmediato cancelar, pero a la luz del Espíritu, según el tiempo acuda en auxilio de todos y la mano del Señor provea para lo que falte, los arreglos para recolocarlos en orden debieran empezar. Hay problemas cuando se han creado intereses financieros, cuando hay empleados no imprescindibles que dependen de la remuneración que la iglesia les da por la colaboración que prestan aquí o allá. Tienen familias que mantener y por algún tiempo también han hecho su presupuesto contando con el empleo que su iglesia les ofreció. En eso hay que ser igualmente humano, de un manotazo no se puede suprimir todo; pero la oración, el tiempo y la providencia divina suplen perfectamente lo que haga falta para llevar a realización el sueño de ganar el mundo y sostener a los pobres. Si esas condiciones existen, hay que tener una mano muy sabia para moverla porque queriendo hacer bien puede ocasionar roces, heridas, que afecten la unidad de la iglesia y dañen, más que beneficien, lo que se ha querido lograr. El Espíritu que mueva cualquier arreglo tiene que ser altamente cristiano.

El estudio de los pros, los contras, el tiempo, la sazón, es necesario; por equipo, en grupos, y finalmente llevados a la iglesia para su análisis y examen. No se debe forzar un acuerdo, ni precipitar ninguna idea, porque por buena que sea tiene su momento para darse a luz y si antes de tiempo se quiere sacar afuera, ni se aprueba y termina todo en un triste aborto. Si la congregación lleva algún tiempo sufriendo estancamiento y apenas se están cubriendo los gastos ya programados, quizás los arreglos tendrán que ser menores; por un tiempo, hasta que el Señor que atiende todas las ideas, las origine, las impulse. Puede que el tiempo de organizar un gran programa de beneficencia no haya llegado, aun esté por venir, y que lo que Dios pida no sea fomentar la creación de un banco de ropa o de comida sino andar de rodillas, suplicando en

angustia, la redención de las almas y que la congregación, atrapada, debilitada, inmóvil, alcance alas de águilas y se remonte.

Hay ministerios que se podrían empezar aun dentro de las condiciones más precarias, si el aporte no es financiero, o al menos no se recoge dinero. Por ejemplo, si hay una serie de hermanos empobrecidos, quizás no se pueda sacar del tesoro común alguna ayuda, pero se podría individualizar la cooperación y pedirles a ciertos voluntarios que de lo que ya tienen o puedan adquirir que traigan o lleven a cierto lugar y hacer un montón, respetable, que al ponerlo todo junto, dé la impresión de un cúmulo de amor; y cubra parcialmente tal vez, las necesidades de mengano o fulano, que son hermanos queridos. Organizar es una palabra importante. Llamar en auxilio a algunos, conversar sobre el particular y pedirles que se ocupen de aquello y de lo otro. Se fija un día, se citan a unos cuantos, se les habla, se les instruye, se les envuelve en el cielo de ese sueño, se organiza otro día para fijar el campo de acción de cada cual, se mira la membresía y a quienes se les puede pedir que participen; y manos a la obra, hablando, exhortando, dando el ejemplo y ya se ha puesto en movimiento un ministerio de compasión sin que siquiera pase por dentro del tamiz presupuestario.

Formación de grupos de compasión

Seguido del estudio del presupuesto y las iniciativas que pudieran hallarse afuera del banco de la iglesia, está la formación de grupos, digamos familias, directamente ante las cuales ciertos diáconos y diaconisas son responsables. Hay mucho escrito al respecto; pero disiento en el sentido de que mucho de lo que se ha comentado de ese valioso ministerio descarga, sin piedad y sin recato, la labor pastoral sobre el diaconado. Los diáconos son diáconos y como diáconos, grandes cristianos, pueden cumplir tareas espirituales, propias a sus propios ministerios que sirven, por supuesto, de valiosa cooperación y de gran ayuda a la que realiza el pastor

único o los ancianos. Pero cada uno en su puesto. Las denominaciones que no usan los ancianos tienen necesariamente que pedir a los mismos diáconos que hagan funciones pastorales; siempre que tengan la precaución de no elegirlos al azar, sino hacer la selección según el nivel que cada uno posea y dentro de ciertos límites regulados por el obispo. En cuanto a responsabilidad, y fijándose en la bendición que el Señor dé a un hermano y a otro, algunos podrán ir más y más haciendo un excelente trabajo espiritual. Si los diáconos son mayores de edad, es más fácil distribuir las familias, se les podrán asignar lo mismo jóvenes que viejos, pero si el diaconado es joven y carece de alguna experiencia, es difícil encomendarle una gama completa de responsabilidades que incluyan a ancianos experimentados. No obstante, si a una misma persona se piensa encaminarla como diácono y como anciano, puede hacer la primera obra y no toca lo segundo, ocuparse exclusivamente de servir domésticamente a sus asignados sin que se introduzca en un campo para el cual es inexperto.

Traigo a colación todo eso porque cuando la iglesia es pequeña, cuando la situación viviente, o mortecina, de la congregación, no permite una atención amplia del ministerio de compasión, por medio de las familias, con los diáconos gestionando la compasión, se pueden suplir muchas necesidades y cada grupo, bajo la cabeza de un diácono o de una diaconisa, puede comprometerse a ayudar a algunos de sus miembros que padezcan necesidad. Cuando uno se duele, el diácono se entera, y avisa a los demás para que corran y presten algún socorro, así se alivia el dolor y el cuerpo del Señor prosigue encantado.

Deudas

Hay familias, iglesias enteras, que apenas pueden hacer algún arreglo presupuestario a favor de un sentido ministerio de compasión, aunque lo quisieran, porque no pueden, están hundidos hasta las orejas en deudas no sabiamente contraídas. Como las deudas dentro del pueblo cristiano es algo que

afecta sensiblemente la obra del Señor, en este manual para diáconos, provechoso es siquiera someramente, tratemos el asunto, para adoctrinamiento propio y de aquellos con quienes platiquemos. El ideal cristiano, como dicen los hermanos norteamericanos, es “*debt free*” (libre de deudas); para la iglesia, para la familia, para cada cual; *no debáis a nadie nada* (Ro. 13.8) dijo el querido apóstol. Los créditos, la “confianza” que los acreedores dicen tener en nuestra trayectoria de pago, no es más que una mal intencionada lisonja para hacer que por vanidad o arrogancia invirtamos en algo que quizás no es imprescindible o puede esperar; o al menos no colocará en la posición encadenada de *un siervo* (Prov. 22.7). Es muy triste tener que trabajar solamente para pagar deudas y ver como el sudor semanal o mensual se extingue de un brochazo, sin poder casi mirar el dinero, porque hay deudas atrasadas, que por obligación moral y social hay que cancelar. Como todas las semanas hacemos algún estudio bíblico sobre este asunto vamos a uno. Se halla el texto en **Mateo 17.24–27**. El pasaje tiene muchas cosas importantes que veremos una por una.

1. La primera tiene que ver con cómo el Señor se sujetó a las leyes de su país, dadas por Moisés para el sostenimiento del culto (Éx. 30.11; Neh. 10.32). Cuando le preguntaron a Pedro: “**¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?**” (v. 24), la categórica respuesta, sin ir a preguntarle, fue: “**Sí**” (v. 25). Aunque él habría de poner fin a aquel sistema de adoración implantado por Moisés, no lo hace sin primero cumplirlo. No halló en su Persona ni en el futuro decadente de aquella religión (el judaísmo) una excusa para no contribuir. Pagó el impuesto como un judío más. ¿No buscan algunos muchas excusas para dar de lado a la contribución a la obra de Dios? Es doloroso cuando ven que una obra va declinando y contribuyen a hacerla más difícil y decadente haciendo huir sus aportes económicos. Los diáconos y el pastor a menudo se angustian además por causa de que la obra no crece en el

mundo, al mirar los informes financieros. Jesús pagó su dinero aunque la obra empezaría a extinguirse, la ayudó hasta el último momento. ¿Por qué no ayudar ministerios perecederos aunque luego vayan a ser abolidos?

Pienso que, según ese impuesto judío, la contribución cristiana debiera reposar sobre la conciencia individual con más peso que una contribución voluntaria con peso compulsivo.

2. Nota que la obra de Cristo era verdaderamente pobre. Aquellos colectores quizás se hicieron la idea de que pronto abriría sus bolsillos y fácilmente les pagaría sus impuestos; pero lo que pasó fue que dejó al descubierto que aquel poderoso movimiento espiritual no tenía dinero y que no se había organizado para recaudar fondos sino para predicar el evangelio del reino. Y fue necesario hacer un milagro para cubrir el pago: **“Ve al mar y echa el anzuelo y el primer pez que saque tómallo y al abrirle la boca hallarás un estatero”** (v. 27). No porque las recaudaciones deben ser menospreciadas, sino para establecerlas *como medios y no como fines*. Pedro, por ejemplo, permanecía en el cargo, sostenido por fe, sin recibir salario; sin embargo no vivió debiendo. Si un ministerio es realmente movido por la fe, no tiene deudas. Pero el mismo suceso prueba, de un modo o de otro, que la obra de Dios necesita dinero para cumplir con los compromisos temporales que tiene con la sociedad en que vive. El sistema organizado de contribuciones, para miembros, que luego se organizó ha sido bueno y debe preservarse.

3. Observa *la prudencia financiera de Jesús*. Dice que entró a posar en casa de Pedro: **“Y al entrar en casa”** (v. 25). No fue a un mesón, no a un hotel, no había recursos para eso. Hoy en día esos sitios son terriblemente más caros que hace dos mil años, y los que viajan de un lugar a otro, haciendo promociones e impartiendo “talleres” de preparación, debieran ser más económicos, escoger los sitios de menos lujos. tal vez el hogar de algún buen hermano, para no gravar la obra

de Cristo con gastos que harían falta muchos diezmos para poder sufragar.

Hay una esperanza también para aquellos apóstoles pobres. Pedro tampoco había pagado el impuesto y no hay datos de que hubiera pedido dinero “adelantado” al Señor para eso; pero Cristo, sin conversarlo con él siquiera, hizo un milagro de provisión para los dos: **“Dáselo por mí y por tí”** (v. 27). El Señor siempre asume nuestra necesidad financiera, hace suyas nuestras deudas, aquellas que hemos contraído no por vanidad carnal o religiosa, sino por necesidad y compromiso con la sociedad.

Pienso que en esa área, la del impuesto, o más general, el dinero, los cristianos tienen que asegurarse de no *ofender* a nadie (**para no ofenderles**), ni a los demás hermanos, si algo se debe, ni a los inicuos, porque la negativa a pagar, el “olvido” intencional, puede darles motivos para hablar mal de Jesús y de su precioso movimiento espiritual. He oído también de creyentes en Cristo, que anualmente se consiguen abogados impíos, que les ayuden con mentiras a evadir cuantiosas sumas de dinero, que de ser veraces tendrían que abonar al fisco (declaración de ingresos). Dios los juzgará a ambos, a los abogados fraudulentos y a los cristianos que los contrataron para que mintiesen a su favor. Si alguien, por ser hijo de Dios, no tenía alguna obligación de pagar el impuesto fue Jesús; siendo dueño de todo no era justo que pagase nada. Pero no examinó ninguna razón teológica, que ni comprenderían ni admitirían, para evadirse. No tiene ningún apoyo la iglesia romana para evadir los impuestos de sus ministros, porque Pedro, que según dicen es su cabeza y primer papa, los pagó.

4. Será provechoso que ahora miremos el milagro mismo. Jesús no recogió una ofrenda ni pidió prestado el dinero, sino que lo consiguió de modo que glorificara a Dios. Él conocía que entre las aguas del mar de Galilea existía un pez que

extrañamente se había tragado una moneda que a algún pescador se le había caído. No se dice que algún ángel se lo reveló o que lo vio en visión, sino que él mismo con sus propios ojos había tomado en cuenta aquel hecho. ¿Alguien puede presentar una prueba más fuerte de su omnisciencia? Si una cosa de tan pequeña importancia como esa, la tuvo en cuenta, ¿las mayores no? ¿A quién se le pierde algo o lo halla que él no lo sepa? Donde esté puesto esto o aquello lo sabe Jesús. Conoce él dónde está depositado todo el dinero del mundo, en qué bancos, en cuáles cuentas y a quiénes pertenece. No podemos olvidar que sabe todo lo que debemos y lo que poseemos. No hay ni un solo centavo en este mundo que él no sepa quién lo tiene. No olvidemos, como diáconos, ancianos e iglesias, que si Jesús conocía dónde se hallaba un miserable estatero, mucho más conoce dónde se encuentran las riquezas de todos los hombres y el estado financiero de nuestros depósitos. ¿Cuál es su opinión de nuestro presupuesto? ¿Le satisface, está complacido con el monto que al ministerio y a los pobres hemos asignado? ¿Qué le parece lo que se gasta en piedras ornamentales? Abramos, como Ezequías, aquellas cartas, las hojas del presupuesto, ante los ojos de Jesús de Nazaret.



Guía para el estudio de

El ministerio de la diaconía

de Humberto Pérez

Guía preparada por Alberto Samuel Valdés

© 1997 LOGOI, Inc. Miami, Florida
Todos los derechos reservados



Cómo establecer un seminario en su iglesia

Para sacar el mayor provecho del programa de estudios ofrecido por FLET, se recomienda que la iglesia nombre a un comité o a un Director de Educación Cristiana. Luego, se deberá escribir a Miami para solicitar el catálogo ofrecido gratuitamente por LOGOI / FLET.

El catálogo contiene:

1. La lista de los cursos ofrecidos, junto con programas y ofertas especiales,
2. La acreditación que FLET ofrece,
3. La manera de afiliarse a FLET para establecer un seminario en la iglesia.

Luego de estudiar el catálogo y el programa de estudios ofrecidos por FLET, el comité o el director podrá hacer sus recomendaciones al pastor y a los líderes de la iglesia para el establecimiento de un seminario o instituto bíblico acreditado por FLET en la iglesia.

LOGOI / FLET
14540 SW 136 Street, N° 200
Miami, FL 33186

Teléfono: (305) 232-5880

Fax: (305) 232-3592

Cómo hacer el estudio

Cada libro describe el método de estudios ofrecido por esta institución. Siga cada paso con cuidado. Aunque una persona puede hacer el curso individualmente, sería más beneficioso si se uniera a otros de la iglesia que también deseen estudiar. Recomendamos que los estudiantes se dividan en pequeñas “peñas” o grupos de estudio compuestos de cinco a diez personas. Estas peñas han de reunirse una vez por semana en la iglesia bajo la supervisión del Director de Educación o de un facilitador para que juntos puedan cumplir con los requisitos de estudio (los detalles se encontrarán en las próximas páginas).

Cada grupo necesitará escoger un “facilitador” (guía o consejero) que seguirá el manual para las peñas que se encuentra a partir de la página 263. El concepto de este tipo de estudio es que el libro de texto sirve como “maestro”, mientras que el facilitador sirve de coordinador que asegura que el trabajo se ha hecho correctamente. El grupo puede escoger su propio facilitador, o el pastor puede seleccionar a uno del grupo que cumpla con los requisitos necesarios para ser guía o consejero, o los estudiantes hacerlo por turno. Se espera que la iglesia tenga varios grupos de estudio y que el pastor sirva de facilitador de una de las peñas. Cuando el pastor se involucra su ejemplo anima a la congregación entera y él mismo se hace partícipe del proceso de aprendizaje.

El que realiza este programa podrá:

1. Usar este texto con provecho, destreza, y confianza para la evangelización y el discipulado de otros.
2. Proveer explicaciones sencillas y prácticas de principios, verdades, y conceptos que son comunicados en este estudio.

3. Usar los pasos de nuestro método en el estudio de este libro y otros.

Para realizar este curso necesitará:

1. Un ejemplar de la Biblia en el idioma castellano.
2. Un cuaderno para hacer apuntes (que usted debe adquirir) y hojas de papel para hacer dibujos.
3. Opcional: integrarse a un grupo de estudio (peña).

El plan de enseñanza LOGOI

El proceso educacional debe ser disfrutado, no tolerado. Por lo tanto no debe convertirse en un ejercicio forzado. A su vez, se debe establecer metas. Llene los siguientes espacios:

Anote su meta diaria: _____

Hora de estudio: _____

Día de la peña: _____

Lugar de la peña: _____

Opciones para realizar el curso

Este curso se puede realizar de tres maneras. El alumno puede escoger un plan intensivo. Completa sus estudios en un mes y entonces, si desea, puede rendir el examen final de FLET para recibir acreditación. Si desea hacer el curso a un paso más cómodo lo puede realizar en el espacio de dos meses (lo cual es el tiempo recomendado para aquellos que no tienen prisa). Al igual que en la primera opción, el alumno puede rendir un examen final para obtener crédito por el curso. Además, otra opción es hacer el estudio con el plan extendido, en el cual se completan los estudios y el examen final en tres meses. Las diversas opciones se conforman de la siguiente manera:

Plan intensivo: un mes (4 sesiones)	Fecha de reunión
Primera semana: <i>Lecciones 1-3</i>	_____
Segunda semana: <i>Lecciones 4-6</i>	_____

Tercera semana: *Lecciones 7-8* _____

Cuarta semana: *Examen final de FLET* _____

Plan regular: dos meses (8 sesiones) Fecha de reunión

Primera semana: *Lección 1* _____

Segunda semana: *Lección 2* _____

Tercera semana: *Lección 3* _____

Cuarta semana: *Lección 4* _____

Quinta semana: *Lección 5* _____

Sexta semana: *Lección 6* _____

Séptima semana: *Lección 7* _____

Octava semana: *Lección 8* _____

Examen final _____

Plan extendido: tres meses (3 sesiones) Fecha de reunión

Primer mes: *Lecciones 1-3* _____

Segundo mes: *Lecciones- 4-6* _____

Tercer mes: *Lecciones 7-8 y examen final* _____

Cómo hacer la tarea de las lecciones*

Antes de cada reunión el estudiante debe:

1. Leer el capítulo (o los capítulos) por completo.
2. Responder las diez preguntas y desarrollar entre tres y cinco preguntas basadas en los capítulos tratados en la lección.
3. Utilizar los dibujos para aprender, recordar, y comunicar algunos puntos esenciales de la lección. El alumno debe mirar los dibujos que explican algunos de los conceptos del capítulo, leer la explicación que los acompañan, y entonces repetir los dibujos varias veces en una hoja de papel cualquiera hasta llegar a memorizar los conceptos.

4. La sección EXPRESIÓN trata con la pregunta de cómo comunicar los conceptos aprendidos a otros. Desarrolle ideas creativas para compartir los conceptos bíblicos con los talentos que Dios nos ha dado, por medio de nuestra personalidad única, y en el poder del Espíritu Santo. También debe hacer una lista de oración a fin de orar por creyentes y no creyentes, pidiendo que Dios provea oportunidades para ministrarles.

*El estudiante debe haber completado toda la tarea de la lección 1 antes de la primera reunión.

Lección 1

Las bases del diaconado

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

1. ¿Qué significa la palabra “diácono” y qué idea posible se puede derivar de la palabra original?
2. ¿Quién es el modelo ejemplar a seguir en la cuestión del diaconado?
3. ¿Cómo se mide la grandeza en la familia de Dios?
4. ¿Cuáles son dos pasajes clave en el estudio del diaconado?
¿Cuál de estos prefiere el autor como señalando el principio oficial del diaconado?
5. ¿Qué funciones cumplían los diáconos en la iglesia primitiva?

El ministerio de la diaconía

6. ¿A qué se debe la declinación del diaconado en la iglesia oriental y la occidental en la edad media?
 7. ¿Qué influencia tuvieron los reformadores sobre la posición de diácono?
 8. ¿Qué estilos de diáconos describe al autor y cuáles son sus características?
 9. ¿Qué opina nuestro autor acerca del vestir del diácono?
 10. ¿Qué características le “encantan” a nuestro autor de los buenos diáconos?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.

Dibujos explicativos

Dibujos de los puntos principales

- **Explicación:** Jesucristo es el ejemplo a seguir en el diaconado (como también en toda nuestra vida cristiana). Es muy significativo que en el Evangelio según San Marcos (10.45) nuestro Señor define su misión en términos del servicio que él iba a prestar. Debemos notar que él afirma específicamente que no vino para ser servido. Esto nos presenta un gran retrato del amor de Dios ya que Jesucristo siendo Dios merece todo nuestro servicio. El Evangelio según San Juan también nos presenta a Jesús como siervo humilde cuando lo vemos lavando los pies de los discípulos (Juan 13.1-17). Además, el Evangelio según San Lucas nos presenta a Jesús sirviendo a creyentes fieles en el futuro reino como recompensa por el servicio fiel de ellos! (Véase Lucas 12.35-40.)





- **Explicación:** Hay personas que se piensan muy dignas o importantes para servir a otros. Algunas hasta llegan al punto de maltratar y abusar a los que trabajan de siervos o sirvientas. Sin embargo,

Jesús enseñó sin equivocación que el camino a la grandeza es el servicio a otros. Debemos notar que Jesús no abogó en contra de la grandeza. Más bien, no puso la meta de la grandeza en su reino y nos dio la vía a seguir para llegar a dicho fin: El que quiere ser grande debe ser servidor de otros. El diaconado da una buena oportunidad para comprender estos principios y aplicarlos.

- **Explicación:** Los estudiantes de la Biblia varían en su opinión acerca de cuándo comenzó el diaconado oficial en la iglesia. Tal parece que



en Hechos 6 encontramos más bien la función de los diáconos y no el establecimiento de un oficio de los mismos. En 1 Timoteo 3 hallamos las calificaciones o requisitos para aquellos

que servirán como diáconos oficiales en la iglesia local. Ambos pasajes son instructivos en cuanto la función y el carácter de los diáconos.

- **Explicación:** En la iglesia primitiva los diáconos más bien sirvieron de acuerdo a sus funciones bíblicas. Ellos realizaban un ministerio de amor y caridad que incluía ayuda en las áreas

I glesia primitiva	Servicio
E dad media	Declinación
R eforma	Reforma

de administración y hasta educación y adoración. En la edad media se vio una declinación en el oficio de diácono, ya sea porque la posición se llegó a ver como un

escalón para llegar al sacerdocio o porque hubo un incremento en las funciones litúrgicas. A causa de estos se perdió el enfoque sobre la caridad y el servicio que deben caracterizar a los diáconos. En la Reforma Protestante vemos un retorno al modelo bíblico del oficio.

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

- 1) Hacer una lista de oración que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** condiscípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

Lección 2

El ministerio del diácono y la elección de los obispos

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

1. ¿En qué partes distribuían la renta de la iglesia los canones que se promulgaron en la iglesia a causa de la avaricia y los escándalos?
2. De acuerdo al texto, ¿qué relación existe entre el diaconado y la evangelización?
3. ¿Cómo explica nuestro autor la relación entre la provisión para los pobres y la evangelización?
4. De acuerdo a nuestro texto, ¿qué relación existe entre los pastores, los apóstoles y los diáconos?

El ministerio de la diaconía

5. ¿Cómo describe el autor la relación entre el servicio del diácono dentro y fuera de la iglesia?
 6. ¿Cómo explica el texto el requisito que un diácono sea de “buen testimonio”?
 7. De acuerdo a nuestro autor, ¿Qué requisitos básicos se nombran en el llamamiento del obispo?
 8. De acuerdo a nuestro texto, ¿Qué significa que el obispo sea “irreprensible”?
 9. De acuerdo a nuestro autor, ¿qué problema es común en los obispos modernos, cómo se relaciona a la iglesia y cómo se debe evaluar?
 10. ¿Qué conexión hace el autor entre la humildad y el ser neófito?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.


Dibujos explicativos

Dibujos de los puntos principales

- **Explicación:** A causa de la avaricia y los escándalos, los cánones de la iglesia primitiva repartían los bienes de acuerdo a cuatro categorías que interesantemente todavía se utilizan hoy. El ministro recibía una porción de las ofrendas como también los pobres se beneficiaban de ellas. Otra parte de los dineros se utilizaba para la reparación de las iglesias y asuntos similares. Además, había fondos para los extranjeros y pobres accidentales. No existe una porción específica de las Escrituras que da estas



cuatro divisiones en sí como las únicas o las correctas. Sin embargo, la Biblia enseña claramente que la iglesia debe proveer para sus obreros y que debemos de cuidar de los realmente necesitados. La reparación de iglesias se hace necesario cuando la iglesia se reúne en edificios que se gastan con el uso y con el tiempo. Debemos usar nuestros recursos con sabiduría.



Diaconado
Evangelización

- **Explicación:** En la iglesia hay problemas que a veces amenazan el ministerio, y “problemas” que surgen a causa de la bendición del Señor. Uno de estos “problemas” positivos

es el crecimiento debido a la evangelización. Debemos de guardarnos de que nuestros pastores dejen el ministerio de la palabra y la oración para atender a las necesidades culturales de los creyentes. Más bien, el crecimiento da oportunidad para que el ministerio de los diáconos crezca en servir a los nuevos cristianos necesitados. Por lo tanto, existe una relación proporcional entre el ministerio de la evangelización y del diaconado. Cuando crece uno, debe crecer el otro.

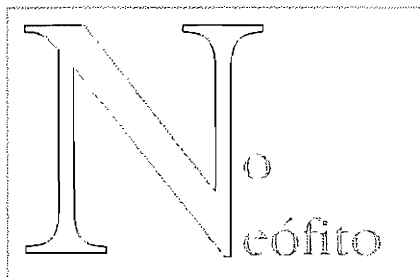
- **Explicación:** A veces las iglesias utilizan a los diáconos para cumplir varias tareas dentro del culto de adoración que en realidad no realizan las tareas que las Escrituras les designan. El ministerio de

Diáconos
Culto de
Adoración

los diáconos es primordialmente a los cristianos pero no necesariamente dentro de los confines del servicio de adoración. De la misma manera que los

pastores no deben dejar las obras específicas a las cuales Dios les ha llamado, los diáconos deben concentrarse en el servicio para el cual el Señor los ha colocado en el cuerpo de Cristo.

• **Explicación:** Muchas veces nos vemos tentados a colocar a nuevos creyentes en puestos oficiales en la iglesia ya sea



porque son buenos negociantes, populares, bien parecidos, chistosos, o de buen corazón. Sin embargo, las Escrituras dejan en claro que no debemos poner a un neófito en el cargo de diácono, no sea

que el orgullo les haga caer. La madurez cristiana se desarrolla con el tiempo y la obediencia. Debemos resistir la tentación de poner a personas sin las calificaciones bíblicas en posiciones de autoridad en la iglesia. Si sucumbimos, estaremos desobedeciendo la voluntad explícita de Dios e introduciendo innumerables problemas a la iglesia.

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

- 1) Hacer una lista de oración que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** condiscípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

Lección 3

El ministerio del diácono y la diaconisa

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

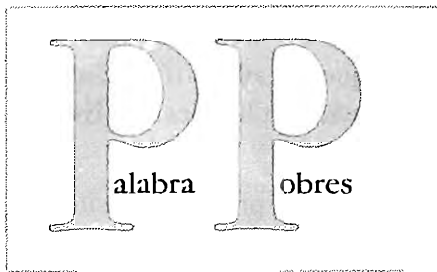
1. ¿Qué ministerios se hallaban uno al lado del otro en la iglesia primitiva?
2. ¿Por qué dice nuestro autor que los obispos y diáconos deberían ser obreros permanentes en la iglesia? ¿Está de acuerdo? ¿Por qué sí o por qué no?
3. De acuerdo a nuestro autor, ¿cuál es el primer requisito que debemos evaluar en un diácono?
4. ¿Qué sugiere el texto con referencia a asegurar la calidad de ministerio que están (o no están) realizando los diáconos en la iglesia?

5. Con referencia a la familia ¿cómo distingue nuestro autor entre la posición de pastor y diácono y sus respectivas exigencias?
 6. ¿Por qué dice nuestro texto que el diaconado es un trabajo difícil?
 7. ¿Qué relación tiene el diaconado con la enseñanza y la predicación?
 8. ¿Qué interpretaciones principales se ofrecen para la frase “las mujeres asimismo” en 1 Timoteo 3.11?
 9. ¿Quién es la única diaconisa nombrada en el Nuevo Testamento?
 10. ¿En qué consistía el trabajo de las diaconisas en la iglesia primitiva y qué se les restringía?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.

Dibujos explicativos

Dibujos de los puntos principales

- **Explicación:** El apóstol Juan escribió en su primera epístola: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Juan 3.16-17). Debemos notar que Juan habla de la relación entre “hermanos” en la fe. En la iglesia primitiva el ministerio de la palabra iba



acompañado del ministerio a los pobres. Las Escrituras muestran que el amor y el compañerismo cristiano se manifiestan en compartir nuestros bienes materiales con otros creyentes. También debemos dar a los no cristianos pero la prioridad es primero a los hermanos en la fe que están necesitados.

Evaluación Anual

Diáconos

DICIEMBRE						
			☑			

- **Explicación:** Es peligroso vivir sin evaluaciones que miden nuestro progreso en la madurez cristiana y nuestro trabajo en la iglesia. Varios pastores han fracasado en el

ministerio en parte por no estar sometido a un grupo de hombres cristianos maduros a quienes tiene que dar cuentas de su tiempo y acciones en el ministerio. Debe haber un sentido en el cual los pastores, diáconos y miembros de la iglesia estén en una constante evaluación que reconoce lo bueno y anhela mejorar en las áreas débiles. Además, se debe hacer una evaluación extensiva por lo menos una vez al año. (Nota: Cada seis meses sería mejor.)

¿? Diaconisas

Esposas ¿?

- **Explicación:** La sencilla frase “las mujeres asimismo” en 1 Timoteo 3.11 ha ocasionado discusión y tal vez debate en cuanto a su significado. Algunos la entienden como referencia a las

esposas de los diáconos, los pastores, o ambos, mientras que otros la toman como referencia a un orden de diaconisas en la iglesia primitiva. Es difícil llegar a una conclusión absoluta. Debemos recordar que la posición de diácono tiene que ver con servicio. Por lo tanto, una diaconisa no estaría desobedeciendo las instrucciones en 1 Timoteo 2.11.12 acerca de las mujeres, la enseñanza y la autoridad en la iglesia.

Obras de diaconisas

Ministrar	mujeres
Ayudar	recién convertidas
Enseñar	a vivir vidas santas
Bañar	mujeres enfermas

• **Explicación:** En las iglesias orientales y después en las occidentales surgieron diaconisas que ministraban en discipular a las mujeres y servirles en sus necesidades especiales. Algu-

nas de sus tareas incluían ministrar principalmente a las otras mujeres, ayudar a las recién convertidas, enseñar a las mujeres a vivir vidas santas, y bañar a las mujeres enfermas. Es lógico que los hombres no pueden ministrar con eficacia en algunas de estas áreas. Por lo tanto, ya sea que una iglesia reconozca un orden oficial de diaconisas o no, sí puede enfatizar el servicio especial que las mujeres pueden rendir a otras hermanas en la fe. El diaconado tiene que ver con servicio y todos debemos servir.

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

- 1) Hacer una lista de oracion que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** condiscípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

Lección 4

La esposa del diácono y la del obispo

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

1. ¿Qué posición toma el autor frente la enseñanza de Pablo y el estado matrimonial de los pastores y los diáconos? ¿Por qué piensa así?
2. ¿Qué enseña nuestro texto acerca de elegir y nombrar a obispos o diáconos solteros?
3. ¿Qué punto de vista expresa el autor acerca del trato que la iglesia le da a las esposas de los pastores y diáconos?
4. ¿Qué ministerio considera el escritor que sea el principal para las esposas de los obispos y diáconos?

El ministerio de la diaconía

5. ¿Cómo decide el autor entre elegir un diácono con una esposa discreta y uno con esposa chismosa a quien se le prohíbe hablar del ministerio con ella?
 6. ¿Qué relación existe entre la actitud de la esposa y la del esposo en el ministerio?
 7. ¿Cuál debe ser la actitud de la esposa hacia otro cristiano que prevalece contra el esposo?
 8. ¿Qué consejos da el autor para manejar las situaciones en las cuales el esposo ha sido maltratado por otros?
 9. De acuerdo a nuestro autor, ¿cuál es el mejor camino que Satanás tiene para conquistar el alma de un gran varón de Dios?
 10. ¿Qué consejos generales da el autor a las esposas de los diáconos y obispos?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.

Dibujos explicativos

Dibujos de los puntos principales

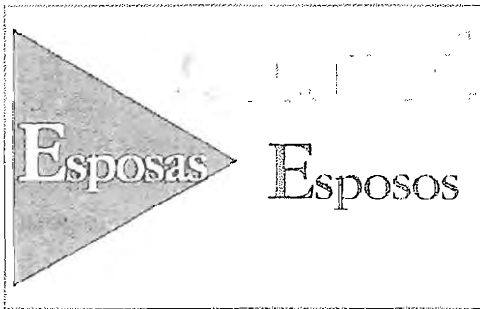
- **Explicación:** El apóstol Pablo afirma que es preferible que el ministro sea soltero (sin decir que casarse es pecado). El autor de nuestro texto dice sin equivocación que “el ministro necesita una esposa, e igualmente el diácono”. Indudablemente el siervo soltero puede estar más dedicado a los asuntos

<h1>¿Esposas?</h1>	
<input checked="" type="checkbox"/> No	<input checked="" type="checkbox"/> Sí
Cristo Dedicación	Compañera Distracción

de Jesucristo mientras que el casado tiene la distracción de cuidar a su compañera. Por un lado algunos piensan que el consejo de Pablo debe entenderse

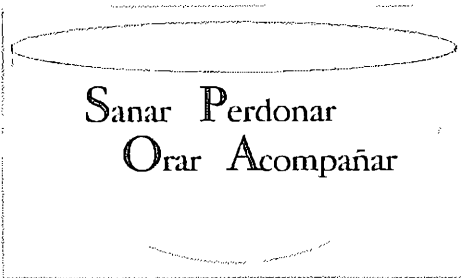
específicamente como dirigido a aquellos que se encuentran en tiempos o situaciones difíciles (véase 1 Cor. 7.26). Otros reconocen este factor pero también notan que lo que Pablo dice siempre tiene aplicación válida. Nuestro autor aboga que el ministro necesita una compañera a causa de sus flaquezas. Nadie debe casarse forzado y existe don de continencia (véase 1 Cor. 7.7). Cada persona debe estar convencido en el Señor antes de proceder.

• **Explicación:** El autor de nuestro texto amonesta a las esposas diciendo “que la actitud que tome tu compañero puede ser la que tú le ayudes a tomar”. Esta advertencia tiene mucha relevancia



ya que varias esposas en las Escrituras han influenciado negativamente o dado mal consejo a sus maridos (ej: Eva, Sarai, la esposa de Job, las esposas de Salomón, Jezabel). Por lo tanto,

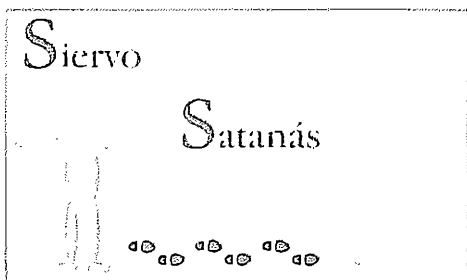
aunque las esposas pueden ayudar grandemente deben cuidar de sus actitudes, acciones, y consejos.



• **Explicación:** A veces cuando nos sentimos mal nos tomamos una sopa. Nuestro autor le da cuatro consejos a las esposas de los ministros para esas ocasiones cuando los

pastores son maltratados por las personas. La SOPA que se sugiere incluye los siguientes ingredientes: Sanar— la esposa debe ayudar a sanar al esposo antes de intentar defenderlo;

Orar— ella debe orar antes de hablar; Perdonar— el perdón debe ser prioridad para que Satanás no gane ventaja; Acompañar— el pastor enfrentará situaciones de tentación y por lo tanto la esposa debe estar al lado de su esposo para ayudarlo.



• **Explicación:** El siervo del Señor puede ser tentado por Satanás y desviado aun cuando este está cumpliendo con su ministerio. Por lo tanto, nuestro autor sugiere que la esposa

acompañe a su cónyuge (ya sea pastor o diácono) en el trabajo que “demanda de él mucha prudencia”. Nuestro texto presenta el caso de las visitas hechas a alguna viuda joven. Lo que comienza con una obra de compasión se puede torcer y terminar en pasión inmoral. Como regla, el pastor o diácono nunca debe estar a solas con una mujer que no sea su esposa. En casos o sitios peligrosos la sabiduría dicta llevar a la esposa. Hay personas que se deleitan en las falsas acusaciones. Si es un caso en el cual una mujer acusa a un hombre, siempre se cree a la mujer y se sospecha del hombre. Por lo tanto, el siervo de Dios debe cuidarse.

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

- 1) Hacer una lista de oracion que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** condiscípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

Lección 5

Visitación de familias

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

1. ¿Cuál es la “dual responsabilidad” bíblica de los pastores y las congregaciones a que el autor hace referencia?
2. ¿Qué beneficios puede traerle a una iglesia la visitación cuidadosa, planeada y conducida?
3. El autor divide el proceso de visitación en tres etapas: antes, durante y después de la visita. ¿Cuál es la idea o meta principal de cada fase?
4. Explique brevemente las diez sugerencias que el autor provee para conducir una visita provechosa.

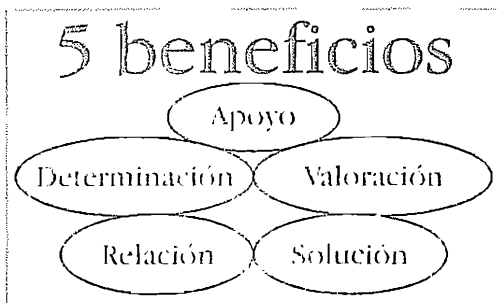
El ministerio de la diaconía

5. ¿Qué opina nuestro autor acerca de las ofrendas “limpias” e “inmundas”?
 6. ¿Cómo explica el autor la diferencia entre estar contra los ricos y hablar en contra lo que algunos hacen?
 7. ¿Qué es lo que deben procurar todas las visitas ya sea con ricos o con los más pobres, y qué pecados nombra como comunes a los ricos y a los que no lo son?
 8. ¿Cómo responde el autor a la enseñanza de algunos de que los cristianos no sufren?
 9. ¿Qué realidades acompañan el sufrimiento?
 10. ¿Qué consideraciones ayudan en el manejo del sufrimiento?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.

Dibujos explicativos

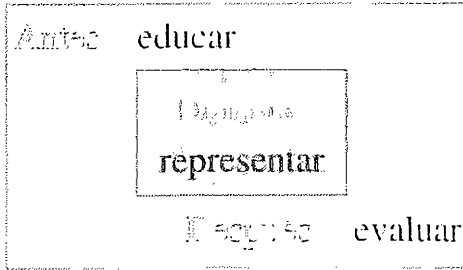
Dibujos de los puntos principales

- **Explicación:** El ministerio de visitación conlleva varios beneficios tanto para los miembros de la iglesia como también para sus ministros. El autor de nuestro texto menciona cinco beneficios en particular: **1. Apoyo:** La visitación extiende el cuidado y apoyo de la iglesia a los hogares de sus miembros; **2. Determinación:** Por medio de las visitas se puede determinar las necesidades

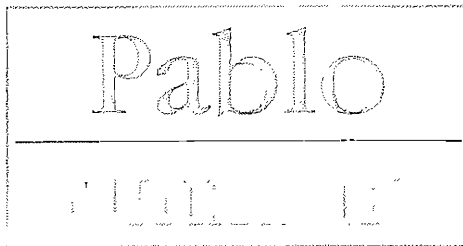


de la congregación y así enfocar la predicación para que ayude en esas áreas; **3. Valoración:** La visitación ayuda a valorar el impacto

de la predicación y de los otros ministerios de la iglesia; **4. Relación:** Las relaciones significativas entre el liderazgo y la congregación son establecidas en la visitación; y **5. Solución:** La visitación provee formas de conocer problemas y tal vez solucionarlos ahí mismo cuando ocurren.



de visitación sea eficaz es bueno pensar acerca del proceso y considerarlo de tres puntos de vista: antes de la visita, durante, y después. Antes de la visitación debemos educar a nuestras congregaciones acerca del valor de las visitas. Durante la visita debemos representar al Señor. Y después de la visita debemos evaluarla a fin de aprender a hacerlo mejor y confesar nuestros fracasos.

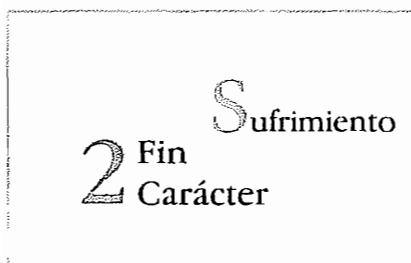


promete que en este mundo los cristianos sufrirán. Pablo nos muestra esta verdad no sólo en sus escritos sino también por su vida. Por un lado sabemos que “todos los que quieren vivir piadosamente en Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3.12), y por otro que “esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4.17). El buen diácono no niega el

• **Explicación:** Algunos tienden a hacer las cosas en la iglesia de una manera desorganizada sin pensar bien en lo que están haciendo o por qué. Para que el ministerio

• **Explicación:** A veces nos encontramos con hermanos que enseñan que los cristianos no sufren o no deben sufrir. Sin embargo, la Biblia nos

sufrimiento sino que sufre él mismo y además ministra a los que sufren.



• **Explicación:** Nuestro autor sugiere dos consideraciones que nos ayudan a manejar el sufrimiento. Sabemos que el sufrimiento tiene un principio y también tiene un fin. A veces la tribulación dura por corto

tiempo y otras veces por más. Sin embargo, tenemos la confianza de que nuestro Señor amoroso, misericordioso, y perfectamente sabio no permitirá que suframos más allá de lo necesario. El carácter de Dios no cambia durante nuestro sufrimiento. Él sigue siendo misericordioso y compasivo. Sin embargo, nuestro carácter puede cambiar para el bien si confiamos en Dios durante nuestra prueba. Podemos estar completamente confiados de que Dios puede tomar nuestros sufrimientos y convertirlos en algo que nos beneficia y que a la vez nos conforma más a la persona y carácter de Jesús.

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

- 1) Hacer una lista de oración que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** discípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

RECORDATORIO

¿Ya han solicitado los exámenes para los que deseen acreditación en la peña? Si no se ha hecho, comuníquese inmedia-

tamente con las oficinas de FLET en Miami para que el examen final les llegue a tiempo. Junto con los exámenes, FLET les enviará las explicaciones correspondientes acerca de la manera de rendir el examen.

Solicite su examen final a:

LOGOI / FLET

14540 SW 136 St., #200

Miami, FL 33186

o a los teléfonos:

305 - 2325880

FAX 305 -2323592

Lección 6

Visitando a los enfermos, ofendidos y apartados

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

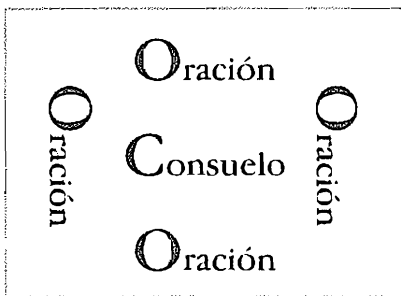
(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

1. ¿Qué es lo que proporciona el ambiente para el consuelo?
2. ¿Qué razones da el autor para la prioridad de la oración en manejar la aflicción?
3. ¿Qué otra acción sugiere nuestro autor que debemos tomar en medio del sufrimiento?
4. ¿Qué avisos sugiere el autor que nos da la enfermedad?
5. ¿Cómo interpreta nuestro autor la instrucción de Santiago: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros para que seáis sanados”?

6. ¿Qué meta tiene el diablo con referencia a los ofendidos y qué deben saber los que visitan a dichos hermanos?
 7. De acuerdo a nuestro autor, ¿qué dos fuerzas se unen para dividir la iglesia y qué debemos hacer para combatirlas?
 8. ¿Qué disposición es uno de los obstáculos mayores a la reconciliación?
 9. ¿Cuáles son los cuatro pasos en el “proceso para el perdón”?
 10. ¿Cómo interpreta nuestro autor el asunto de la autoridad para atar y desatar?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.

Dibujos explicativos

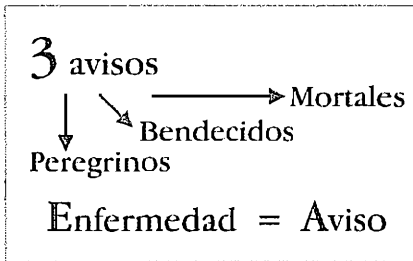
Dibujos de los puntos principales



- **Explicación:** Nuestro autor explica como la oración proporciona el ambiente de consuelo. Por cierto, Dios es quien puede mejor consolarnos. Por lo tanto, la comunicación con él por medio de la oración

constituye un paso excelente y escritural (Santiago 5.13) en el manejo de la aflicción. Para los cristianos, nuestro Dios y Padre es “Padre de misericordia y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Corintios 1.3b-4). Es importante notar que Dios nos utiliza a nosotros en el proceso de consolar a otros. Sin embargo, Santiago ordena

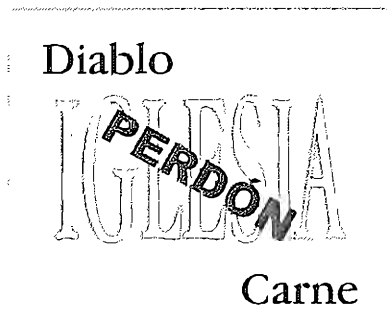
que el afligido ore. Somos responsables en alguna medida aun durante la aflicción.



• **Explicación:** Nuestro texto explica que la enfermedad puede servir de aviso para nosotros. El autor especifica tres avisos que la enfermedad tal vez nos da: **1.** Somos peregrinos. En esta presente edad los

cristianos no tienen hogar permanente. La enfermedad nos hace recordar esto; **2.** Somos bendecidos. La buena salud representa una gran bendición del Señor (aunque en las manos del Señor el sufrimiento también puede resultar en bien); y **3.** Somos mortales. La enfermedad nos recuerda que tal vez pronto veremos al Señor. De cualquier modo, la enfermedad nos llama a la reflexión y a la oración.

• **Explicación:** Entre los enemigos que conspiran contra el cristiano y la iglesia se encuentran el diablo y la carne (el



mundo es la otra que Juan nos menciona en su primera epístola). Una de las metas de Satanás (a la cual se presta la carne fácilmente) es dividir la iglesia. Las iglesias unidas presentan al mundo un testimonio del amor de Dios y de la realidad de que Jesucristo

ha venido para salvarnos. La humildad facilita la unidad. Muchas veces la humildad se manifiesta en el perdón. Sin perdón no hay unidad y sin unidad no conquistaremos a nuestros enemigos espirituales.

El proceso del perdón

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.

• **Explicación:** Una de las cosas que contribuye a la falta de unidad en la iglesia es que no obedecemos las instrucciones del Señor con referencia a la solución de pro-

blemas entre hermanos. Nuestro autor define dichas instrucciones como “el proceso del perdón”. Debemos reconocer que la meta de dicho proceso es la reconciliación y el perdón que la facilita. Podemos ver que la cantidad de personas aumenta cada vez más a medida que progresamos en el proceso. Primero, el ofendido habla con el ofensor. En segundo lugar, si no hay resultado, llevamos a dos o tres con nosotros. Si esto no resulta, lo comunicamos a la iglesia. Por fin, el ofensor es excomunicado hasta que se arrepienta. Recuerde: la meta es reconciliación, no venganza.

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

- 1) Hacer una lista de oración que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** condiscípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

Lección 7

Ministerio a los extranjeros, niños y ancianos

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

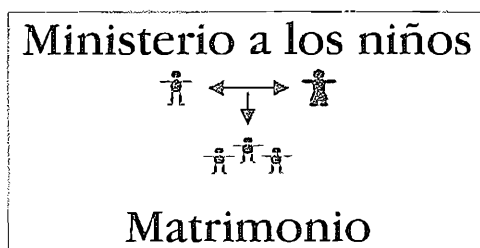
(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

1. ¿Qué consejo general da nuestro autor con referencia a tratar con los extranjeros?
2. ¿Qué considera el autor que es un error con referencia a los niños y el programa de alcance?
3. ¿Qué relación es la más importante con relación a los niños y qué debe hacer la iglesia al respecto?
4. Además de tener dos padres, ¿qué necesitan los niños?
5. ¿Qué relación existe entre la educación de los hijos y la relación matrimonial?

6. ¿Cuáles son algunas de las ideas que provee el texto para velar por los intereses de los niños y mostrarles compasión?
 7. ¿Qué significa el ministerio de compasión en el caso de los ancianos en la iglesia?
 8. ¿Qué consejo da nuestro autor con referencia a la soledad y los ancianos?
 9. ¿Qué sugiere nuestro texto con referencia a los últimos días de vida de los ancianos?
 10. ¿Qué recomienda el autor que la iglesia haga a favor de los pastores envejecidos?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.

Dibujos explicativos

Dibujos de los puntos principales



• **Explicación:** Ya sea en la familia o en la iglesia en muchos casos estamos equivocados acerca de la mejor manera de ministrar a los niños.

Damos por sentado que el ministerio enfocado directamente a los niños resultará como el más eficaz. Sin embargo, la mejor manera de ministrar a los niños (después de evangelizarlos y discipularlos) es fortalecer el matrimonio de sus padres. Se ha visto que cuando los niños tienen problemas no siempre significa que algo anda mal en el matrimonio de sus padres. Pero, si algo no está bien en la relación de los padres siempre se manifiesta en los hijos. Un matrimonio en el cual los niños pueden ver afecto y amor contribuye a que los hijos

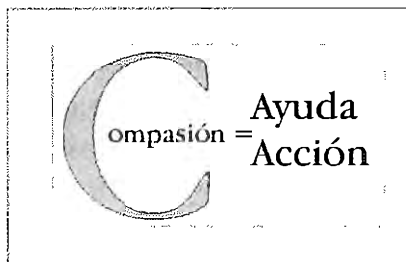
se sientan seguros y felices. Sólo Dios tiene más poder que la familia. Los matrimonios que andan mal afectan a los niños poderosamente. Los que andan bien, también. Por lo tanto la iglesia debe ayudar a la familia, no conspirar contra ella con exceso de actividad o reuniones mal preparadas que no ministran a los matrimonios.



• **Explicación:** El ministerio hacia los niños incluye varias facetas todas difíciles de tratar. Sin embargo, con oración, compasión, y la sabiduría que el Señor nos da debemos ayudar a las

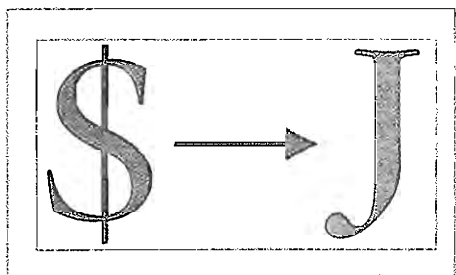
víctimas de tres de los crímenes cometidos en contra de los niños y tratar de prevenir que ocurran. Los niños abandonados de las calles representan un área de gran necesidad en el ministerio. Otra es el ministerio a los niños abusados que requiere amor, firmeza, y a menudo la participación de la ley. Por fin, debemos batallar en contra del aborto (el abuso peor de los niños) como también ayudar a las jóvenes y mujeres que se hallan en un embarazo de crisis o que han sufrido uno o varios abortos.

• **Explicación:** El ministerio de compasión hacia las personas mayores en la iglesia tiene doble aspecto de acuerdo a nuestro autor. Por un lado, la iglesia debe ayudarles y ministrarles lo cual es natural.



Pero por otro lado, debemos animarles a poner su fe en acción sirviendo en varias capacidades en la iglesia. Debemos recordar que la iglesia es una de las pocas

organizaciones en la cual la edad es un beneficio y no un punto negativo. La sabiduría de un santo fiel envejecido es de inestimable valor para una congregación. Si Dios aún no ha llevado a uno de sus hijos o hijas al cielo tal vez significa que todavía les queda oportunidades para servir. ¡Usemos a los ancianos!



• **Explicación:** A veces las empresas no cristianas cuidan más de sus empleados que las iglesias cristianas. La jubilación de los ministros representa un área de la cual la iglesia debe pre-

ocuparse en proveer. Hay varias opciones disponibles en planes de retiro y la iglesia debe decidir esto con oración y consejo financiero sabio. Servimos a un Dios todopoderoso que nos provee con todo lo necesario para ayudar a los nuestros. Muchas veces no es cuestión de finanzas sino más bien de confianza. ¿Estamos confiando en Dios y siendo obedientes a él?

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

- 1) Hacer una lista de oración que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** discípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

Lección 8

El sostenimiento económico y el presupuesto

Escriba la respuesta y el número de la página donde la descubrió. En un segundo paso usted escribirá unas tres a diez preguntas propias. Por lo tanto, cuando le venga una pregunta nueva a la mente, ya sea basada en el material del capítulo o quizás en las mismas preguntas a continuación, escríbala en su cuaderno a fin de compartirla después con el grupo. Si está haciendo el curso sin ser miembro de un grupo o peña, trate de descubrir la respuesta a su pregunta con la ayuda del texto, con la Biblia, en otros libros de referencia, o consultando un maestro de la Biblia o su pastor. Sin embargo, antes de consultar los libros de referencia u otros maestros trate de resolver la cuestión reflexionando sobre el mismo texto bíblico. Escriba las posibles respuestas a su pregunta en su libreta para después compararlas con lo que dicen las otras fuentes que consultará.

Diez preguntas

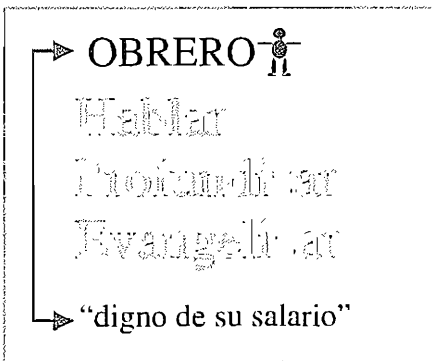
(Consulte su texto para hallar las respuestas.)

1. ¿Qué posibilidades sugiere nuestro autor para explicar por qué una iglesia no tiene entradas suficientes para sostener un obrero digno de su salario?
2. ¿Qué pasos se sugieren a fin de lograr que la iglesia contribuya como es debido al Señor y su obra?
3. ¿Qué sugiere el autor acerca de cómo decidir la manera de distribuir el dinero en la iglesia?
4. ¿Qué situación debe ser evitada por los cristianos si es que van a contribuir de manera significativa a la obra del Señor?

5. ¿Cómo relaciona nuestro autor la omnisciencia de nuestro Señor con nuestro estado financiero?
 6. De acuerdo al autor, ¿qué debe ocupar el primer lugar en el presupuesto de una iglesia?
 7. ¿Qué razones (junto con su respaldo escritural) da el autor para el sostén económico de los pastores?
 8. Por lo general, ¿cómo se comportan los pastores con referencia a comunicar sus necesidades a la congregación y cómo debe reaccionar la iglesia?
 9. ¿Qué “loable razón para ayudar” ofrece nuestro autor?
 10. De acuerdo al texto, ¿por qué aceptó Pablo la ofrenda de los filipenses?
- Escriba entre tres y diez preguntas propias, dando sus posibles respuestas.

Dibujos explicativos

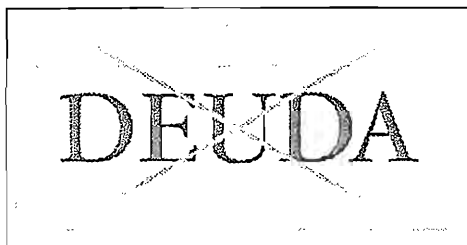
Dibujos de los puntos principales



- **Explicación:** Nuestro autor ofrece tres sugerencias a fin de que la iglesia tenga suficientes fondos par pagar a los obreros que son dignos de su salario. Es cierto que hay pastores ociosos que no trabajan lo suficiente para merecer un salario. Debe-

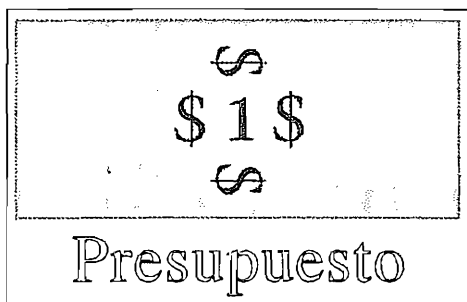
mos recordar que el obrero es el que merece recompensa por su labor. Por otro lado hay iglesias que no recompensan adecuadamente a los pastores que en realidad trabajan. Tres sugerencias hacia ese fin son: 1. hablar del Señor, no del

dinero; 2. profundizar la vida cristiana de los hermanos; y 3. evangelizar. Se ha notado que las personas ofrendan no tanto cuando escuchan acerca de una necesidad, sino más bien cuando una visión cautiva su corazón. Las iglesias sin visión que no ponen su fe en acción no deben esperar muchas ofrendas. Y sin ofrendas, nuestro ministerio es limitado.



• **Explicación:** Un problema financiero peor que la necesidad económica es la deuda. La iglesia debe enseñar a sus miembros acerca de cómo llevar

las finanzas de manera sabia y piadosa. Tal vez la envidia o el espíritu materialista de este mundo motive negativamente a los hermanos a hacer compras o entrar en deudas que los esclavizan. Cada situación semejante le resta a la obra del Señor. Los hermanos que han caído en deudas serias deben hacer todo lo posible para pagar sus deudas lo más pronto posible con la ayuda del Señor. También, el estar en deuda no significa cesar de ofrendar algo al Señor.



• **Explicación:** Nuestro autor sugiere que el primer lugar en el presupuesto de la iglesia le pertenece al salario para el obrero. A primera vista tal parece una afirmación incorrecta o quizás

carنال. Sin embargo, si el obrero no puede cumplir sus obligaciones financieras, resulta un mal testimonio. Si el ministro no puede proveer por sus necesidades y las de su familia, tendrá que buscar otro trabajo adicional (y tal vez dos) para sobrevivir. También, el pastor experimentará problemas

con su esposa. La obra sufre con un ministro así ya sea por mal testimonio, falta de tiempo para la obra, problemas familiares o todas estas consecuencias. Mejor es pagarle al pastor!



• **Explicación:** A muchos pastores les cuesta hablar acerca de sus finanzas con el consistorio de la iglesia, con los miembros, o con los diáconos o la junta administrativa. Ellos

no quieren parecer como amantes del dinero o quizás por otro lado piensan que los pastores siempre deben vivir en pobreza y necesidad. Como consecuencia, este silencio sirve como pared entre el pastor necesitado y aquellos que lo pueden ayudar. Por lo tanto, los líderes indicados deben ser sensibles a la situación económica del pastor. Una evaluación periódica y sistemática del salario del pastor tal vez sea útil. Además debe existir un fondo de emergencia para situaciones imprevistas.

EXPRESIÓN: Para cumplir con esta sección el estudiante debe:

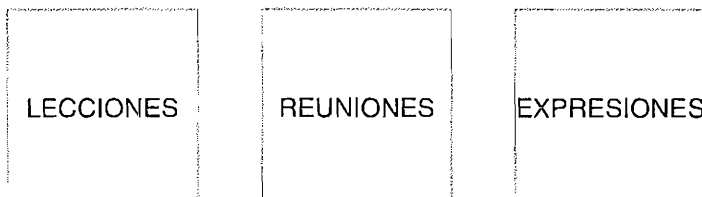
- 1) Hacer una lista de oracion que incluya: **a.** personas a quienes desea comunicar las buenas nuevas de la salvación; **b.** discípulos para que Dios les ilumine, motive, y proteja; **c.** el guía del grupo. Estas dos últimas categorías corresponden a aquellos que están participando en un grupo o peña.
- 2) Enumerar ideas creativas para comunicar las verdades bíblicas; y
- 3) Dar gracias a Dios por las oportunidades que ha tenido.

*Manual
para el
facilitador*

Introducción

Este material ha sido preparado tanto para el uso individual como también para grupos o peñas guiados por un facilitador, el cual guía a un grupo de cinco a diez estudiantes a fin de que completen el curso de ocho lecciones. La tarea demandará esfuerzo de su parte, ya que, aunque el facilitador no es el instructor en sí (el libro de texto sirve de “maestro”), debe conocer bien el material, animar y dar aliento al grupo, y modelar la vida cristiana delante de los miembros de la peña. La recompensa del facilitador en parte vendrá del buen sentir que experimentará al ver que está contribuyendo al crecimiento de otros, del privilegio de entrenar a otros y del fruto que llegará por la evangelización. El facilitador también debe saber que el Señor lo recompensará ampliamente por su obra de amor.

A continuación encontramos las tres facetas principales del programa FLET: las lecciones, las reuniones y las expresiones.



- 1. Las lecciones:** Las lecciones representan el aspecto del programa del cual el alumno tiene plena responsabilidad. Sin embargo, aunque el estudiante es responsable de leer el capítulo indicado y responder las preguntas, también debe reconocer que necesitará la ayuda de Dios para sacar el mayor provecho de cada porción del texto. Usted como facilitador debe informar a los estudiantes que la calidad de la reunión será realzada o minimizada según la calidad del interés, esfuerzo y comunión con Dios que el alumno

tenga en su estudio personal. Se ofrecen las siguientes guías a fin de asegurar la alta calidad en las lecciones:

- a. El alumno debe tratar (si fuese posible) de dedicar un tiempo para el estudio a la misma hora todos los días. Debe asegurar que todos los materiales que necesite estén a mano (Biblia, libro de texto, cuaderno, lápices o bolígrafos), que el lugar donde se realice la tarea tenga un ambiente que facilite el estudio con suficiente luz, espacio tranquilidad y temperatura cómoda. Esto puede ayudar al alumno a desarrollar buenos hábitos de estudio.
 - b. El alumno debe proponerse la meta de completar una lección por semana (a no ser que esté realizando otro plan, ya sea más acelerado o más despacio, véanse las pp. 226 y 227).
 - c. El alumno debe repasar lo que haya aprendido de alguna manera sistemática. Un plan posible es repasar el material al segundo día de haberlo estudiado, luego el quinto día, el décimo, el vigésimo y el trigésimo.
- 2. Las reuniones:** En las reuniones o peñas los estudiantes comparten sus respuestas, sus dudas y sus experiencias educacionales. Para que la reunión sea grata, de provecho e interesante se sugiere lo siguiente:
- a. La reunión debe tener entre cinco y diez participantes: La experiencia ha mostrado que el número ideal de alumnos está entre cinco y diez. Esta cantidad asegura que se compartan suficientes ideas para que la reunión sea interesante como también que haya suficiente oportunidad para que todos puedan expresarse y contribuir a la dinámica de la reunión. También ayuda a que el facilitador no tenga muchos problemas al guiar a los participantes en una discusión franca y espontánea, pero también ordenada.

- b. Las reuniones deben ser semanales: El grupo o peña debe reunirse una vez a la semana. Las reuniones deben ser bien organizadas a fin de que los alumnos no pierdan su tiempo. Para lograr esto las reuniones deben comenzar y concluir a tiempo. Los estudiantes pueden quedarse más rato si así lo desean, pero la reunión en sí debe observar ciertos límites predeterminados. De esta manera los estudiantes no sentirán que el facilitador no los respeta a ellos y su tiempo. (Véanse las páginas 226 y 227 para otras opciones.)
 - c. Las reuniones requieren la participación de todos. Esto significa no solo que los alumnos no deben faltar a ninguna reunión, sino también que todos participen en la discusión cuando asistan. El cuerpo de Cristo, la Iglesia, consiste de muchos miembros que se deben ayudar mutuamente. La reunión o peña debe proveer un contexto idóneo para que los participantes compartan sus ideas en un contexto amoroso, donde todos deseen descubrir la verdad, edificarse y conocer mejor a Dios. Usted como facilitador debe comunicar el gran valor de cada miembro y de su contribución particular al grupo.
- 3. Las expresiones:** Esta faceta del proceso tiene que ver con la comunicación creativa, relevante, y eficaz del material que se aprende. La meta no es sencillamente llenar a los estudiantes de conocimientos, sino prepararlos para utilizar el material tanto para la edificación de creyentes como también para la evangelización de los no creyentes. Es cierto que no todo el material es “evangelístico” en sí, pero a veces se tocan varios temas durante el proceso de la evangelización o del seguimiento y estos conocimientos tal vez ayuden a abrir una puerta para el evangelio o aun

mantenerla abierta. Las siguientes consideraciones servirán para guiar la comunicación de los conceptos:

- a. La comunicación debe ser creativa: La clave de esta sección es permitir que los alumnos usen sus propios talentos de manera creativa. No todos tendrán ni la habilidad ni el deseo de predicar desde un púlpito. Pero tal vez algunos tengan talentos para escribir poesías, canciones, o coritos o hacer dibujos o pinturas que comuniquen las verdades que han aprendido. Otros quizás tengan habilidades teatrales que pueden usar para desarrollar dramatizaciones que comuniquen principios cristianos de manera eficaz, educativa y entretenida. Y aun otros pueden servir de maestros, pastores o facilitadores para otros grupos o peñas. No le imponga límites a las diversas maneras en las cuales se puede comunicar la verdad de Dios.
- b. La comunicación debe ser clara: Las peñas proveen un contexto idóneo para practicar la comunicación de las verdades cristianas. En este ambiente caracterizado por el amor, el aliento y la dirección se pueden hacer “dramatizaciones” en las cuales alguien puede hacer “preguntas difíciles” y otro u otros pueden tratar de responder como si fuera una situación real. Después los otros en la peña pueden evaluar tanto las respuestas que se dieron como también la forma en la cual se desarrolló el proceso y el resultado. La evaluación puede tomar en cuenta aspectos como la apariencia, el manejo del material, y el carácter o disposición con que fue comunicado.

Se puede hacer una dramatización, algo humorística, donde un cristiano con buenas intenciones, pero no muy “presentable”, trata de comunicarse con un no cristiano bien vestido, perfumado y limpio. Después, la clase puede participar en una discusión

amigable acerca del papel de la apariencia en la evangelización.

- c. La comunicación debe reflejar el carácter cristiano. Usted como facilitador debe modelar algunas de las características cristianas que debemos reflejar cuando hablemos con otros acerca de Jesucristo y la fe cristiana. Por ejemplo, la paciencia, la humildad y el dominio propio deben ser evidentes en nuestras conversaciones. Debemos también estar conscientes de que dependemos de Dios para que nos ayude a hablar con otros de manera eficaz. Sobre todo, debemos comunicar el amor de Dios. A veces nuestra forma de actuar con los no cristianos comunica menos amor que lo que ellos reciben de sus amistades que no son cristianas. Las peñas proveen un contexto amigable, eficaz y sincero para evaluar, practicar y discutir estas cosas.

Cada parte del proceso detallado arriba contribuye a la que le sigue, de manera que la calidad del proceso de la enseñanza depende del esfuerzo realizado en cada paso. Si la calidad de la lección es alta, esto ayudará a asegurar una excelente experiencia en la reunión, ya que todos los estudiantes vendrán preparados, habiendo hecho buen uso de su tiempo personal. De la misma manera, si la reunión se desenvuelve de manera organizada y creativa, facilitará la excelencia en las expresiones, es decir, las oportunidades que tendremos fuera de las reuniones para compartir las verdades de Dios. Por lo tanto, necesitaremos la ayuda de Dios en todo el proceso a fin de que recibamos el mayor provecho posible del programa.

Instrucciones específicas

Antes de la reunión: Preparación

A. Oración: expresión de nuestra dependencia de Dios

1. Ore por usted mismo
2. Ore por los estudiantes
3. Ore por los que serán alcanzados y tocados por los alumnos

B. Reconocimiento

1. Reconozca su identidad en Cristo (Romanos 6–8)
2. Reconozca su responsabilidad como maestro o facilitador (Santiago 3.1-17)
3. Reconozca su disposición como siervo (Marcos 10.45; 2 Corintios 12.14-21)

C. Preparación

1. Estudie la porción del alumno sin mirar la guía para el facilitador, es decir, como si usted fuese uno de los estudiantes.
 - a. Tome nota de los aspectos difíciles, así se anticipará a las preguntas.
 - b. Tome nota de las ilustraciones o métodos que le vengan a la mente mientras lee.
 - c. Tome nota de los aspectos que le sean difíciles a fin de investigar más usando otros recursos.
2. Estudie este manual para el facilitador.
3. Reúna otros materiales, ya sea para ilustraciones, aclaraciones, o para proveer diferentes puntos de vista a los del texto.

Durante la reunión: Participación

Recuerde que el programa FLET sirve no sólo para desarrollar a aquellos que están bajo su cuidado como facilitador, sino también para edificar, entrenar y desarrollarlo a usted

mismo. La reunión consiste de un aspecto clave en el desarrollo de todos los participantes, debido a las dinámicas de la reunión. En la peña varias personalidades interactuarán, tanto la una con la otra, como también con Dios. Habrá personalidades diferentes en el grupo y, junto con esto, la posibilidad para el conflicto. No le tenga temor a esto. Parte del “*curriculum*” será el desarrollo del amor cristiano.

Tal vez Dios quiera desarrollar en usted la habilidad de resolver conflictos entre hermanos en la fe. De cualquier modo, nuestra norma para solucionar los problemas es la palabra inerrante de Dios. Su propia madurez, su capacidad e inteligencia iluminada por las Escrituras y el Espíritu Santo lo ayudarán a mantener un ambiente de armonía. Si es así, se cumplen los requisitos del curso y, lo más importante, los deseos de Dios. Como facilitador, debe estar consciente de las siguientes consideraciones:

A. El tiempo u horario

1. La reunión debe ser siempre el mismo día, a la misma hora, y en el mismo lugar cada semana, ya que esto evitará confusión. El facilitador siempre debe tratar de llegar con media hora de anticipación para asegurarse de que todo esté preparado para la reunión y para resolver cualquier situación inesperada.
2. El facilitador debe estar consciente de que el enemigo a veces tratará de interrumpir las reuniones o traer confusión. Tenga mucho cuidado con cancelar reuniones o cambiar horarios. Comunique a los participantes en la peña la responsabilidad que tiene el uno hacia el otro. Esto no significa que nunca se debe cambiar una reunión bajo ninguna circunstancia. Más bien quiere decir que se tenga cuidado y que no se hagan cambios innecesarios a cuenta de personas que por una u otra razón no pueden llegar a la reunión citada.

3. El facilitador debe completar el curso en las ocho semanas indicadas (o de acuerdo al plan de las otras opciones.)

B. El lugar

1. El facilitador debe asegurarse de que el lugar para la reunión estará disponible durante las ocho semanas del curso. También deberá tener todas las llaves u otros recursos necesarios para utilizar el local.
2. El lugar debe ser limpio, tranquilo y tener buena ventilación, suficiente luz, temperatura agradable y suficiente espacio a fin de poder sacarle buen provecho y facilitar el proceso educativo.
3. El sitio debe tener el mobiliario adecuado para el aprendizaje: una mesa, sillas cómodas, una pizarra para tiza o marcadores que se puedan borrar. Si no hay mesa, los estudiantes deben sentarse en un círculo a fin de que todos puedan verse y escucharse el uno al otro. El lugar entero debe contribuir a una postura dispuesta para el aprendizaje. El sitio debe motivar al alumno a trabajar, compartir, cooperar y ayudar en el proceso educativo.

C. La interacción entre los participantes

1. Reconocimiento:
 - a. Saber el nombre (y apodo) de todos.
 - b. Saber los datos sencillos: familia, trabajo, nacionalidad.
 - c. Saber algo interesante de ellos: comida favorita, etc.
2. Respeto para todos:
 - a. Se debe establecer una regla en la reunión: Una persona habla a la vez y todos los otros escuchan.
 - b. No burlarse de los que se equivocan ni humillarlos.

- c. Entender, reflexionar y/o pedir aclaración antes de responder lo que otros dicen.
3. Participación de todos:
 - a. El facilitador debe permitir que los alumnos respondan sin interrumpirlos. Debe dar suficiente tiempo para que los estudiantes reflexionen y compartan sus respuestas.
 - b. El facilitador debe ayudar a los alumnos a pensar, a hacer preguntas y a responder, en lugar de dar todas las respuestas él mismo.
 - c. La participación de todos no significa necesariamente que todos los alumnos tienen que hablar en cada sesión (ni que tengan que hablar desde el principio, es decir, desde la primera reunión), más bien quiere decir, que antes de llegar a la última lección todos los alumnos deben sentirse cómodos al hablar, participar y responder sin temor a ser ridiculizados.

Después de la reunión: *Evaluación y oración*

A. Evaluación de la reunión y la oración:

1. ¿Estuvo bien organizada la reunión?
2. ¿Fue provechosa la reunión?
3. ¿Hubo buen ambiente durante la reunión?
4. ¿Qué peticiones específicas ayudarían a mejorar la reunión?

B. Evaluación de los alumnos:

1. En cuanto a los alumnos extrovertidos y seguros de sí mismos: ¿Se les permitió que participaran sin perjudicar a los más tímidos?
2. En cuanto a los alumnos tímidos: ¿Se les animó a fin de que participaran más?

3. En cuanto a los alumnos aburridos o desinteresados:
¿Se tomó especial nota a fin de descubrir cómo despertar en ellos el interés en la clase?

C. Evaluación del facilitador y la oración:

1. ¿Estuvo bien preparado el facilitador?
2. ¿Enseñó la clase con buena disposición?
3. ¿Se preocupó por todos y fue justo con ellos?
4. ¿Qué peticiones específicas debe hacer al Señor a fin de que la próxima reunión sea aún mejor?

Ayudas adicionales

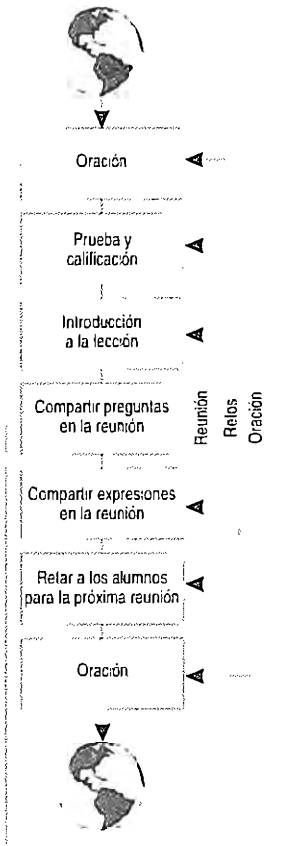
1. **Saludos:** Para establecer un ambiente amistoso caracterizado por el amor fraternal cristiano debemos saludarnos calurosamente en el Señor. Aunque la reunión consiste de una actividad más bien académica, no debe carecer del amor cristiano. Por lo tanto, debemos cumplir con el mandato de saludar a otros, como se encuentra en la mayoría de las epístolas del Nuevo Testamento. Por ejemplo, 3 Juan concluye con las palabras: “La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular”. El saludar provee una manera sencilla, pero importante, de cumplir con los principios de autoridad de la Biblia.
2. **Oración:** La oración le comunica a Dios que estamos dependiendo de él para iluminar nuestro entendimiento, calmar nuestras ansiedades y protegernos del maligno. El enemigo intentará interrumpir nuestras reuniones por medio de la confusión, la división y los estorbos. Es importante reconocer nuestra posición victoriosa en Cristo y seguir adelante. El amor cristiano y la oración sincera ayudarán a crear el ambiente idóneo para la educación cristiana.

- 3. Creatividad:** El facilitador debe hacer el esfuerzo de emplear la creatividad que Dios le ha dado tanto para presentar la lección como también para mantener el interés durante la clase entera. Su ejemplo animará a los estudiantes a esforzarse en comunicar la verdad de Dios de manera interesante. El Evangelio de Marcos reporta lo siguiente acerca de Juan el Bautista: “*Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana*” (Marcos 6.20). Y acerca de Jesús dice: “*Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana*” (Marcos 12.37b). Notamos que las personas escuchaban “de buena gana”. Nosotros debemos esforzarnos para lograr lo mismo con la ayuda de Dios. Se ha dicho que es un pecado aburrir a las personas con la palabra de Dios. Hemos provisto algunas ideas que se podrán usar tanto para presentar las lecciones como para proveer proyectos adicionales de provecho para los estudiantes. Usted puede modificar las ideas o crear las suyas propias. Pídale ayuda a nuestro Padre bondadoso, todopoderoso y creativo a fin de que lo ayude a crear lecciones animadas, gratas e interesantes.

Conclusión

El beneficio de este estudio dependerá de usted y de su esfuerzo, interés y dependencia de Dios. Si el curso resulta ser una experiencia grata, educativa y edificadora para los estudiantes, ellos querrán hacer otros cursos y progresar aún más en su vida cristiana. Que así sea con la ayuda de Dios.

Estructura de la reunión



1. Dé la bienvenida a los alumnos que vienen a la reunión.

2. Ore para que el Señor calme las ansiedades, abra el entendimiento, y se manifieste en las vidas de los estudiantes y el facilitador.

3. Pídales a los alumnos que tomen una hoja de papel y reproduzcan de memoria los dibujos de la lección. Los estudiantes también deben dar una explicación coherente del mismo, pero no necesariamente exacta a la que proveemos en el libro. El alumno recibirá 10 puntos por cada dibujo y 10 puntos por cada explicación. Normalmente habrá cuatro dibujos y explicaciones por lección. Para completar los cien puntos, el alumno debe escribir ya sea dos ideas que se le hayan ocurrido para la porción que se llama **EXPRESIÓN**, o dos de sus preguntas propias del texto junto

con sus respuestas (10 puntos por cada una). Coloque el puntaje en la página 311.

4. Presente la lección (puede utilizar las sugerencias provistas en este manual).
5. Comparta con los alumnos algunas de las preguntas de la lección junto con las respuestas. No es necesario cubrir todas las preguntas. Más bien pueden hablar acerca de las preguntas que le dieron más dificultad, que fueron de

mayor edificación, o que expresan algún concepto con el cual están en desacuerdo.

6. El facilitador y los estudiantes pueden compartir entre una y tres ideas que se les hayan ocurrido para la sección **EXPRESIÓN** y comunicar de manera eficaz algunos de los conceptos, verdades y principios de la lección.
7. El facilitador reta a los estudiantes a completar las metas para la próxima reunión. Además, comparte algunas ideas para proyectos adicionales que los alumnos puedan decidir hacer. (Utilice las sugerencias provistas.)
8. La peña o el grupo termina la reunión con una oración y salen de nuevo al mundo para ser testigos del Señor.

Calificaciones

Véase la página 311: *Hoja de calificaciones*. Allí debe poner la lista de los que componen la peña o grupo de estudio. Cada bloque pequeño representa una reunión. Allí debe poner el puntaje que el alumno sacó, de acuerdo con la manera en que respondió o en que hizo su trabajo. La mejor calificación equivale a 100 puntos. Menos de 60 equivale al fracaso.

PROGRAMA DE SEGUNDO AÑO

Ampliamos los conocimientos bíblicos y prácticos

TP 201 APOLOGÉTICA CRISTIANA

¿Cómo defender la fe cristiana ante este mundo hostil? Ahora que tantas escuelas y universidades enseñan el humanismo y el secularismo, atacando las bases del cristianismo, ¿cómo responde el creyente? Este curso enseña al estudiante a analizar la falsedad de tales argumentos anticristianos, con respuestas objetivas, basadas en la palabra de Dios.

3 horas crédito

MI 203 EVANGELISMO PERSONAL

¿Cómo alcanzar a los perdidos? Un estudio concienzudo de los encuentros de Jesús y los apóstoles con los incrédulos responderá esta cuestión. Este curso extrae muchos principios evangelizadores adecuados a las necesidades de hoy. El estudiante preparará un manual de evangelismo personal mientras practica y estudia estos ejemplos.

3 horas crédito

TE 201 LA DOCTRINA DEL HOMBRE (La persona que soy)

Un análisis práctico sobre *antropología* bíblica, que enfatiza la creación del hombre a semejanza de Dios; *hamartialogía*, que estudia los efectos del pecado y la caída del hombre; y *soteriología*, que enfoca la obra salvadora de Jesucristo.

3 horas crédito

BI 201 ROMANOS

Un estudio detallado de la epístola de San Pablo a los Romanos. Este curso provee las pautas necesarias para que el estudiante escriba su propio comentario en vez de escoger uno de cualquier autor. El participante aprenderá a aplicar las reglas de interpretación bíblica a la vez que

prepara estudios para instruir a la iglesia. Además, apreciará mejor la condición humana, la salvación, y el poder de Dios para vivir una nueva vida en Cristo.

3 horas crédito

MI 201 EVANGELISMO URBANO

La comunidad en que vivo

Introducción a la responsabilidad cristiana de compartir la fe en la comunidad. Enfoca ampliamente las características de la comunidad en nuestros tiempos, tratando las condiciones imperantes, los desafíos y cómo enfrentarlos. El estudiante elaborará una estrategia para la evangelización de su comunidad. Requiere trabajo de campo en la evangelización.

3 horas crédito

TP 201 LA FAMILIA CRISTIANA

Un examen de la doctrina bíblica sobre el matrimonio y la familia. A la luz de la Biblia, el estudiante evalúa las funciones de cada cónyuge, las relaciones interpersonales, las actitudes de los padres en relación con el hogar, la iglesia.

3 horas crédito

MI 203 HACIENDO DISCÍPULOS

En este curso el estudiante aprenderá por qué es importante discipular al nuevo creyente, cómo confirmarle en su nueva fe, y cómo integrarlo al programa de la iglesia. Un estudio excelente para comprender y aplicar el mandamiento de Jesús de «hacer discípulos». El curso fue desarrollado por el Instituto de Evangelismo, Billy Graham.

3 horas crédito

Lección 1

Sugerencias para comenzar la primera clase

1. Instruya a los alumnos a que hagan una lista (ya sea mental o escrita) de personas específicas que han cumplido la función de siervos en la iglesia. Pida que algunos (o todos si el tiempo permite) expliquen brevemente cuáles acciones, cualidades y disposición caracterizaban las personas que ellos recordaron.
2. Nuestro autor habla de los diáconos al estilo león, ceñido de lomos, macho cabrío, y rey. Pida a los alumnos que provean otros modelos de diáconos que han conocido (sin nombrarlos) ya sean buenos o malos. Los estudiantes deben expresar sus opiniones acerca de la reacción que les causó dichos diáconos y la contribución que hicieron a sus vidas o la mala impresión que causaron. Después de una breve oración de acción de gracias por los buenos, y peticiones al Señor por los malos ejemplos, prosigan con el estudio.
3. Nuestro texto habla acerca de una de las actitudes que surgió en la edad media de ver el diaconado como un escalón para llegar a una posición supuestamente más destacada. Hoy en día ocurre algo similar con la posición de pastor de jóvenes, pastor asistente, y aun el mismo oficio de diácono que se considera en algunos lugares el paso antes de llegar a ser anciano en la iglesia. Pida a los alumnos que den su opinión y contesten algunas de las preguntas a continuación con referencia a esta dinámica. ¿Es bíblica? ¿Existe algo malo con ser pastor de jóvenes o diácono una vida entera? ¿Cómo podemos evaluar nuestros motivos y deseos en cuanto a las posiciones que queremos llenar en la iglesia?

4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. La palabra significa siervo. La palabra original quizás conlleva la idea de un simple sirviente.
2. Jesucristo que no vino para ser servido sino para servir.
3. La grandeza en la familia de Dios se mide en términos de nuestro servicio a otros. Jesús no habló en contra de la grandeza pero si nos proveyó la manera de alcanzarla: en base al servicio.
4. Dos pasajes claves en el estudio del diaconado son Hechos 6.1–6 y 1 Timoteo 3.8–13. El autor piensa (“con muchos otros doctores”) que el diaconado comienza oficialmente con el pasaje en 1 Timoteo 3.
5. Los diáconos de la iglesia primitiva sirvieron en deberes relacionados con la caridad, administración, educación y adoración. Entre las actividades específicas encontramos que ellos visitaban los mártires en prisión, vestían y enterraban muertos, buscaban excomulgados con la esperanza de restaurarlos, proveían para las necesidades de las viudas y huérfanos, visitaban a los enfermos y aquellos en tribulación. De este modo el diaconado era un ministerio de amor y misericordia. También se halla en la historia que los diáconos cumplían funciones administrativas en la iglesia incluyendo el cuidado del altar y sus utensilios y el manejo de dinero. Algunos caracterizan a los diáconos como aquellos que se ocupan de las necesidades culturales de la iglesia. Sin embargo, según nuestro autor también fueron usados para ayudar al pastor en la tarea de enseñar a nuevos creyentes, ocasionalmente en predicar y también ayudar en la cena del Señor.
6. La decaída caracterizaba a los diáconos en la edad media. La declinación en la iglesia oriental se debió en parte a un

incremento en las funciones litúrgicas de los diáconos, cosa que resultó dañino al énfasis principal sobre la caridad y el servicio. En la iglesia occidental el diaconado se convirtió en un escalón para llegar al sacerdocio y así también perdió su función esencial de servicio a otros.

7. Los reformadores trabajaron para recobrar el modelo antiguo, es decir el que se halla en el Nuevo Testamento, al ver que “no hallaban mucha similitud entre los diáconos ceremoniales y políticos de su siglo y los hallados en el Nuevo Testamento”. Ellos hicieron claro que el Nuevo Testamento establece el diaconado como un oficio legítimo.
8. El autor describe cuatro estilos de diáconos: a. el león que hace temblar a los niños y se encarga de los pequeños que chillan en el servicio; b. el ceñido de lomos que encarga de los que molestan afuera del culto que no quieren entrar pero que interrumpen el orden; c. el macho cabrío que se ocupa de las necesidades que surgen en el culto y que es de valor proverbial como “antiguo acorneador” en las juntas de negocio; y d. el rey que no hace nada y piensa que los hermanos deben cooperar con él.
9. El autor aboga a favor de que los diáconos luzcan bien, se perfumen bien, anuden bien sus corbatas, y que se planten y caminen donde deben. En resumen, los diáconos deben asistir al culto de adoración de modo presentables.
10. Los diáconos que agradan al autor tienen las siguientes características: a. atienden al sermón; b. son espirituales; c. aman las visitas; d. son corteses; e. son puntuales; f. preparan el edificio para el servicio de adoración; g. toman en serio el aspecto exterior e interior del edificio; h. no olvidan al obispo; j. felices y dulces pero no payasos; k. piensan rectamente; y l. son serios en sus negocios.

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El estudiante puede organizar con el permiso del pastor o pastores un tiempo especial de oración a favor de los diáconos y pastores de la iglesia. Pablo instruyó a los filipenses a “tener en estima” a aquellos siervos como Epafrodito. Por lo tanto, la reunión de oración puede ser una ocasión en la cual se ora por estos siervos y sus familias, tal vez se participen juntos de una comida, y se honren dichas personas en alguna manera apropiada. Además, se pueden hacer ya sea cadenas de oración, ayunos u otras actividades de intercesión a favor de la iglesia y sus líderes y ministros con alguna frecuencia para el bienestar de ellos, sus familias, y la iglesia entera. Estas actividades no tienen que hacerse de manera legalista sino como expresión de amor en la forma que dirija el Señor.
2. El alumno debe hacer una auto-evaluación sincera usando las características requeridas de los ancianos y diáconos en 1 Timoteo 3 y Tito 1. ¿En qué áreas pudiera mejorar? ¿En cuáles ha visto desarrollo y crecimiento? ¿Anhela ser anciano o diácono, y qué pasos está tomando hacia ese fin? ¿Cómo pudiera llegar a ser ejemplo para otros creyentes que quisieran llenar una de estas funciones en el futuro?
3. El estudiante debe hacer memoria de dos o tres diáconos que contribuyeron de manera significativa o memorable a su crecimiento cristiano, y escribirles una carta de aprecio. Dicha carta debe especificar las cualidades y/o acciones que el alumno observó y que sirvieron para edificarle en la fe.
4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.

Lección 2

Sugerencias para comenzar la segunda clase

1. Instruya a los alumnos que escriban una lista de las responsabilidades que (en su opinión) los pastores deben estar realizando para ganarse su salario. Recuérdeles que deben pensar también en el tiempo que los pastores deben pasar con sus familias. Después de que los alumnos completen su lista pueden discutir algunas de las ideas a la luz de la enseñanza de las Escrituras.
2. Lean la lista de calificaciones para ancianos y diáconos en 1 Timoteo 3 y Tito 1. Permita que varios alumnos expresen algunas de sus ideas con referencia a las características que más le llaman la atención, que les parecen muy difíciles, o que no entienden. Después de un tiempo de discusión, comience la clase.
3. En nuestra lección aprendimos que en la iglesia surgieron cánones a causa de la avaricia y los escándalos que distribuían la renta de la iglesia en cuatro partes: a. Para los ministros; b. para los pobres; c. para reparación de las iglesias y cosas similares; d. para los extranjeros y pobres accidentales. Pida a los alumnos que evalúen estos cánones con el uso de los bienes materiales en las iglesias contemporáneas. Se pueden tratar las siguientes preguntas: ¿Cómo se puede distinguir a los pobres genuinos de aquellos que están llevando vidas indisciplinadas y necesitan trabajar? ¿Se necesitan cánones como estos para asegurar que la faceta financiera de la iglesia no se corrompa? ¿Cómo se debe tratar una situación de mal uso del dinero por la administración de la iglesia? ¿Cómo se puede reconocer la mala administración?

4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. Los cánones distribuían la renta de la iglesia en cuatro partes: a. para los ministros; b. para los pobres; c. para reparación de las iglesias y cosas similares; d. para los extranjeros y pobres accidentales.
2. De acuerdo a nuestro autor, la evangelización el diaconado aparece en el contexto de una iglesia creciente. A medida que crecía el número de discípulos aumentaban también las necesidades y hubo necesidad de crear el diaconado como un ministerio paralelo al de la predicación. El diaconado fue una provisión necesaria que el evangelismo exitoso creó.
3. Nuestro texto niega que en la iglesia primitiva se abrieran “centros de ayuda para los pobres, y por mediación de ese ministerio el número de discípulos creciera”. En vez de utilizar esos medios la iglesia usó “la locura de la predicación”. [Sin embargo, debemos también comprender que el amor que existe entre los hermanos en la fe resulta ser muy atractivo para los que están fuera de la familia de fe. Cuando los de afuera observan el amor que los cristianos muestran entre sí, esto ayuda a convencerles de la verdad del evangelio.] El ayudar a los hermanos en la fe que están realmente necesitados constituye una manera esencial de enseñar el amor en el Nuevo Testamento (véase Santiago 2; 1 Juan 3).
4. Los diaconos se involucraron en un trabajo pastoral auxiliar. Ellos no se convirtieron en “subapóstoles o subpresbíteros” pero sí extendían ayuda e influencia espiritual a los creyentes. Por lo tanto, deben ser personas espiritualmente sanas. Los diáconos no reemplazaron ni a los apóstoles ni a los pastores. Sin embargo, mejoraron y perfeccionaron el ministerio de la iglesia.

5. Nuestro autor afirma que los diáconos no fueron elegidos “para que sirvieran de centinelas a la hora de predicación” o dentro del culto de la iglesia. Más bien, el trabajo principal del diácono es el servicio fuera del culto de la iglesia.
6. El diácono debe ser una persona íntegra. Por un lado, nuestro autor enfatiza el uso sabio de la lengua. No debe ser mentiroso, hipócrita o fraudulento. Por otro, debe ser una persona que busca la solución cristiana a los problemas. También es una persona que une y no divide la iglesia. Además debe tener buen testimonio delante del mundo y entre los creyentes. Por cierto, nuestro autor enfatiza el buen testimonio dentro del círculo de creyentes.
7. Nuestro autor afirma que el requisito más importante en el llamamiento de un obispo o pastor es que sea llamado por Dios. Esto es necesario ya que el trabajo que intenta realizar es uno que necesita recursos sobrenaturales. Si la iglesia fracasa en este requisito básico lo puede lamentar por años. El texto bíblico dice “si alguno anhela obispado”. En las Escrituras habla del “anhelo” del que quiere ser obispo o pastor. Nuestro autor define dicho anhelo como “algo que se busca, que con todo el fuego del corazón se intenta.”
8. Nuestro autor define el ser irreprochable que “no se puede acusar de falta alguna, que no hay en su haber nada que lo descalifique, que su honor ha sido preservado íntegro.”
9. La codicia de ganancias deshonestas de acuerdo a nuestro autor se ve con frecuencia en los obispos. Sin embargo, también existen iglesias que “aman” el dinero y no recompensan a sus pastores como es debido. Antes de seleccionar a un pastor se debe determinar por observación o por reporte confiable cómo es la inclinación del candidato con respecto al dinero.

10. El autor afirma que la humildad es una de las últimas cosas que un cristiano aprende. Por lo tanto, es importante que el candidato para ser obispo o pastor sea un cristiano maduro. Aunque los ancianos generalmente eran también maduros en edad, esta en sí no garantiza la madurez espiritual. La madurez espiritual se desarrolla con el tiempo y es necesaria para evitar el orgullo. Uno que hace poco conoce a Cristo no puede tener las cualidades necesarias para ser pastor u obispo.

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El alumno debe hacer un estudio de la vida de Cristo y su estilo de liderazgo (como también sus enseñanzas acerca del tema). Después en alguna ocasión puede presentar sus descubrimientos al resto de los estudiantes.
2. El alumno puede entrevistar a dos o tres pastores de diferentes iglesias acerca de las bendiciones y problemas en el área de liderazgo en la iglesia. Entre las preguntas que se les puede hacer están: ¿Qué calidad aprecia más usted en un anciano o diácono? ¿Cómo prepara su iglesia a las personas que anhelan formar parte del cuerpo de ancianos y/o de diáconos? ¿Qué pasos toman en su iglesia para que los líderes provean para sus familias y cuiden de sus relaciones familiares?
3. El alumno debe realizar un estudio de los requisitos bíblicos para los ancianos, diáconos y sus esposas e hijos. El estudiante debe organizar los datos en forma de bosquejo visual que facilite la comprensión. Junto con el estudio se puede iniciar un grupo o tiempo de oración a favor de los ancianos y diáconos de la iglesia y sus familias.
4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.

Lección 3

Sugerencias para comenzar la tercera clase

1. El apóstol Pablo instruye a que los diáconos “sean sometidos a prueba primero”. La clase debe abrir sus Biblias a 1 Timoteo 3.8–16 y reflexionar acerca de cómo se debe probar a estas personas. Después de que varios hayan expresado sus pensamientos pueden pasar a la próxima parte de la reunión.
2. Lean la referencia a Febe en Romanos 16.1–2 y 1 Timoteo 3.8–16. Entonces discutan por unos minutos la evidencia en pro y en contra de un orden de diaconisas en el Nuevo Testamento. La meta de dicho ejercicio es descubrir las bases para el establecimiento de un oficio de diaconisa.
3. Ya que uno de los temas de esta lección es la existencia de diaconisas en la iglesia primitiva, discutan los beneficios de tener tal grupo en la iglesia como también los posibles peligros. Por ejemplo, algunos pastores han fracasado debido a la inmoralidad sexual. ¿Cómo se podría utilizar un grupo de mujeres que sirven en la iglesia para evitar dicha eventualidad?
4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. De acuerdo a nuestro texto, en la iglesia primitiva se hallaban el ministerio de la palabra y el servicio a los pobres. Los obispos o pastores predicaban la palabra y los otros implementaban la palabra por medio del servicio a los convertidos.
2. Nuestro autor aboga que no hay requisitos para apóstoles, profetas y evangelistas pero que sin embargo las Escrituras nos dan calificaciones para los obispos y los diáconos.

3. Nuestro texto sugiere que la vida cristiana y la idoneidad de los candidatos para el diaconado deben ser evaluadas. El texto en 1 Timoteo 3.8–10 nos presenta las disposiciones que deben caracterizar la vida cristiana de un diácono.
4. Nuestro autor aboga a favor de una evaluación anual con fin de determinar si debe seguir sirviendo o no.
5. El autor afirma que el diácono no debe considerarse igual al pastor porque la esfera de influencia y el trabajo del pastor son mayores. Sin embargo, al pastor y al diácono se les exige igual. El escritor afirma que el evangelio es la regla de conducta para todos: santos, obispos, y diáconos. La misma regla familiar debe aplicar a los pastores y a los diáconos.
6. En primer lugar los diáconos tenían que ser sometidos a prueba primero. Este requisito da a entender que quizás sea un trabajo difícil. Sin dudas nos comunica que es una obra realmente importante y seria. En segundo lugar se habla de aquellos que sirven bien y “ganan para sí un grado honroso y mucha confianza.” Al igual que en la vida cristiana, algunos creyentes serán más fieles que otros y existe la posibilidad del naufrago y el fracaso en el ministerio y vida cristiana. Por otro lado existe la gran oportunidad de recompensa temporal y eterna.
7. Los diáconos no están llamados a predicar sino a servir. El requisito “apto para enseñar” no aparece para los diáconos. Esto no significa que un diácono nunca pueda predicar sino que no es parte oficial de su función como diácono. Es posible también que en un futuro el diácono anhele a ser obispo. Esto es permitido mientras que cumpla con los requisitos para dicha posición.
8. Algunos dicen que son diaconisas y otros abogan que son las esposas de los diáconos.
9. Febe.

10. Ministran principalmente a las otras mujeres, ayudar a las mujeres recién convertidas, enseñar a las mujeres a vivir santamente, bañar a las mujeres enfermas.

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El alumno debe hacer un estudio de la enseñanza bíblica acerca de la posición y el ministerio de las mujeres en la iglesia local. El estudiante debe explorar los varios puntos de vista y el respaldo bíblico que usan para hacer sus afirmaciones. En alguna reunión futura puede compartir los resultados de su investigación con los otros alumnos.
2. El alumno puede hacer un estudio acerca de la prohibición de Pablo en 1 Timoteo 2.11–15. Algunos abogan que es sencillamente una reflexión de la cultura del primer siglo. Otros afirman que las razones que la Biblia provee en los versículos 13 y 14 no son asuntos culturales sino que más bien tienen su fuente en la creación y la caída. Aun otros acusan a Pablo de ser machista. El estudiante debe explorar estos puntos de vista (junto con cualesquiera otros que descubra), llegar a una conclusión bíblica, y compartir lo que haya descubierto con sus compañeros.
3. El alumno debe realizar un estudio de lo que significa ser “marido de una sola mujer” en 1 Timoteo 3.2 y 12 como también la relación del obispo y del diácono con sus familias. La investigación debe tratar con las siguientes preguntas (como también con otras adicionales): ¿Puede una persona divorciada servir de obispo o diácono? ¿Qué debe hacer la iglesia si se descubre que un obispo o diácono está siendo infiel a su esposa? ¿Qué pasos se deben dar si la esposa o los hijos del pastor se están comportando de manera dañina al ministerio de la iglesia?
4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.

Lección 4

Sugerencias para comenzar la cuarta clase

1. Instruya a los alumnos a leer 1 Corintios 7.1–9. Después de haber estudiado el pasaje discutan por unos minutos la afirmación del autor del texto cuando dice: “Sin disputar con Pablo, el ministro necesita una esposa”. Pueden escribir una lista de argumentos en pro y en contra del casamiento de los pastores. También deben reflejar en la afirmación de Pablo. Traten algunas preguntas como las siguientes: ¿Ordena Pablo que los obispos sean casados? ¿Cómo se explica que el mismo Pablo era soltero? ¿Cómo afecta la congregación que el pastor sea casado o soltero? Después de unos minutos deben proseguir al próximo paso de la lección.
2. El autor de nuestro texto habla acerca de las esposas de los pastores y las exigencias de las iglesias hacia ellas. Pida a los alumnos que opinen acerca del papel de la esposa del pastor y del diácono. ¿Qué le debe pedir la iglesia a las esposas sin exigencias injustas? ¿Es cierto que el primer ministerio de las esposas debe ser hacia sus esposos? ¿Cómo debe tratar la iglesia a las esposas chismosas o las que de otra manera estorban la obra del ministerio? Después de unos minutos de reflexión y discusión a la luz de las Escrituras, prosigan con la lección.
3. Pida a los alumnos que imaginen que un hombre soltero con anhelos de ser pastor o diácono desea casarse y le pide a ellos consejo acerca de la clase de mujer con la cual se debe casar. Seleccionen a alguien para que sirva de secretario para apuntar los diferentes consejos que los alumnos expresen.

4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. El autor afirma que él no disputa con Pablo pero que “el ministro necesita una esposa, e igualmente el diácono.” Sus razones tienen que ver con las debilidades del hombre y la ayuda que su compañera le puede prestar en sobrellevar las cargas del ministerio.
2. La posición del autor es que una iglesia puede llamar a obispos y diáconos solteros. En parte su razonamiento está en que sería incorrecto exigir que además de ser casado se les pidiera que también tuvieran hijos. La ventaja del soltero es que se puede dedicar más al Señor y su obra. Para el autor una de las desventajas para el soltero es el no tener a nadie con quien compartir el ministerio. Claramente opina que un hombre casado debiera preferirse. (Nota: Esta posición tiene que explicar la enseñanza en 1 Corintios 7 que claramente afirma lo opuesto.)
3. Nuestro autor piensa que es injusto exigir ciertas cosas de las esposas de los pastores ya que a ellas no se les paga y muchas veces no se les aprecia. Al contrario, la iglesia debe amarlas, reconocerlas, y tenerlas en alta estima porque ellas comparten ministerios muy difíciles sin recibir paga alguna.
4. El escritor considera que el ministerio de las esposas de los pastores y diáconos es principalmente a favor de sus esposos. Específicamente debe respaldarlo, sustentarlo, y confortarlo.
5. Indudablemente, una esposa chismosa puede arruinar el ministerio de su esposo. El autor aboga que la mayoría de los diáconos hablan bastante con sus esposas. Él afirma que es mejor elegir un diácono con esposa discreta que seleccionar uno con esposa chismosa y prohibirle contarle nada. Las dos razones que da son que: a. él necesita

- compartir su ministerio; y b. ella debe tener las mismas virtudes que él.
6. La esposa puede contribuir a que el ministerio de su esposo sea exaltado o rebajado. Ella debe cuidar de que la actitud que tome no influya negativamente en su esposo. Por lo tanto, en casos donde ella no está segura que su opinión es completamente cristiana es mejor que ella no opine y ore a favor de su esposo.
 7. La esposa debe ser cristiana primeramente y no cometer el pecado de la parcialidad. Ella debe escuchar a su esposo primero pero no debe ser infiel a Dios ni pensar que el esposo siempre tiene la razón total o que nunca esté equivocado.
 8. a. Sanar al marido antes de defenderlo y resistir el pecado y al diablo antes de resistir a alguno; b. Orar antes de hablar y poner tanto al hermano agresor como también los pensamientos negativos y pesimismo ante Dios; c. Inclinarle hacia el perdón, no dejar que Satanás gane la ventaja, y guardar la unidad; y d. Acompañar al esposo en la obra del ministerio ya que existen sitios peligrosos donde el tentador puede tomar ventaja.
 9. De acuerdo a nuestro escritor el camino más eficaz de Satanás es dentro del ejercicio de sus virtudes cristianas. Satanás busca corromperlo dentro de su servicio a Dios. Esto puede ocurrir en un contexto donde el amor fraternal se convierte en atracción carnal. El autor afirma que Satanás puede hacer esto imperceptiblemente. Debemos recordar que aunque Satanás puede tentarnos, no puede quitarnos la voluntad. La decisión final de sucumbir o no a la tentación es nuestra.
 10. a. Estar listas para cambios a labores nuevos en el ministerio; b. Estar libres de celos sabiendo que Dios recuerda todo y nos recompensa por lo que hacemos; c. Tener lista la casa; y d. Ministrarle a los hijos.

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El alumno puede entrevistar a varias esposas de pastores y diáconos. Les puede hacer preguntas como las siguientes:
 - a. ¿Cuáles son las bendiciones mayores que usted ha experimentado en el ministerio?
 - b. ¿Qué dificultades enfrentan las esposas de los pastores, y cuáles se pueden evitar?
 - c. ¿Qué consejo le darías ya sea a otras mujeres con esposos en el ministerio o a solteras que anhelan estar casadas con pastores o diáconos?El estudiante debe escribir los consejos, evaluarlos a la luz de las Escrituras y compartirlos con los otros alumnos.
2. El estudiante debe hacer un estudio acerca de las varias maneras en las cuales las iglesias pueden ministrarles a las esposas de los pastores y los diáconos. Entonces debe escribir buenas ideas que se pueden usar para servirles a ellas y decidir realizar algunas de ellas con la ayuda de otros en la iglesia.
3. El alumno puede hacer un estudio del buen y mal uso de la lengua y aplicarlo al ministerio. El estudiante entonces debe escribir una guía que tenga algunos principios para la comunicación tanto de las esposas de los pastores y diáconos como de los mismos ministros. El estudiante puede compartir algunos de estos principios en alguna reunión futura.
4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.

Lección 5

Sugerencias para comenzar la quinta clase

1. Pida a los alumnos que como grupo crean una lista de prácticas, hábitos, o disposiciones que contribuyen a que una visita de los hermanos, líderes o diáconos de la iglesia sea desagradable (por ejemplo, el aparecerse en un hogar sin previo aviso puede ser una sorpresa agradable o una falta de consideración). Instrúyales a que hagan una lista con algunas de las características de una visita agradable. Después de completar las listas deben discutir por unos minutos y entonces proseguir con el resto de la lección.
2. Nuestro autor afirma decididamente que las iglesias no deben aceptar ofrendas que vienen de ganancias deshonestas, fraudes, juegos, “precio de sangre” o de transacciones cuestionables. Otros opinan que se debe tomar el “dinero del diablo” y ponerlo a buen uso para fines santos. Instruya a los estudiantes a discutir este tema por algunos minutos. No olviden de tratar el texto en 3 Juan, versículos 5–8 y de reflexionar en las consecuencias posibles de aceptar dinero en situaciones sospechosas.
3. Usted puede seleccionar a dos o tres alumnos (ya sea de antemano o en la misma clase) para que presenten una breve dramatización de una visita eficaz y otra de una visita desagradable. Después de cada drama pequeño los alumnos pueden contribuir con sus observaciones, opiniones y sugerencias.
4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. El autor habla de la doble responsabilidad en la cual los ancianos velan por las almas de los creyentes y los creyentes obedecen a sus pastores y se sujetan a ellos.
2. a. Puede extender el cuidado y el apoyo de la iglesia a los hogares de su membresía; b. permite proveer medios y determinar las necesidades de la congregación; c. le permite a los ancianos valorar el impacto de la predicación sobre las personas; d. establece una significativa relación entre el anciano y la congregación; e. provee formas de conocer un problema en cuanto ocurre y quizás resolverlo allí mismo.
3. a. Antes de la visitación la congregación entera debe entender los valores implícitos de la visitación ya sea por medio de sermones o por medio de los mismos ancianos que pueden hablar sobre el tema en sus visitas; b. Durante la visita el anciano debe recordar que él va en nombre de y como representante del Señor y de la iglesia. Debe hacer que la visita le sirva a Dios y a la iglesia y que sus palabras tengan autoridad y poder; c. Después de la visita se debe meditar acerca de lo que pudo haberse aprendido de la visita. Debe orar por la visita, confesar los errores al Señor, y pedir que el Señor bendiga sus esfuerzos.
4. a. La visita debe ser familiar con la participación de padres e hijos; b. Se debe tener cuidado en la hora de llegada y ser cortés, esperando que nos inviten a pasar y sentarnos, por ejemplo; c. Debemos mantener el buen humor y ser corteses y amorosos; d. Debemos procurar envolver a todos los miembros de la familia en la visita; e. Si intentamos usar la Biblia, debemos seleccionar el pasaje que vamos a leer de antemano y traer nuestra propia Biblia; f. Debemos tratar de generar discusión por hacer preguntas que no se pueden responder con un sencillo “sí” o “no”; g. Debemos orar por todas las necesidades de la familia al

- final de la visita; h. No debemos alargar la visita ya que Dios mediante habrá otra oportunidad; i. debemos evitar las discusiones; y j. Debemos reconocer que quizás algunos miembros de la familia querrán hablarnos en privado de algún problema. Por lo tanto debemos hacer arreglos para que ellos puedan conversar con nosotros.
5. El autor opina que aunque el dinero en sí no es ni malo ni bueno los medios para obtenerlo pueden ser santos o inmundos. Él piensa que el aceptar ofrendas inmundas contamina a todas las ofrendas. Por lo tanto los de la iglesia no deben aceptar tales ofrendas ni tampoco “hacer la vista gorda”.
 6. El autor afirma que la Biblia no se opone a que haya ricos. Más bien, se opone al pecado de los ricos.
 7. La meta de todas las visitas es la santificación. La avaricia, la envidia y la vanidad pueden ser pecados tanto de los ricos como de los que tienen menos dinero.
 8. Los cristianos sí sufren y las epístolas de Pablo atestiguan a esta realidad. Cuando uno se convierte sabemos que no se le quitan todos los sufrimientos. [Nota: Cuando seguimos los mandamientos del Señor evitamos muchos sufrimientos que llegan como consecuencia del pecado y tal vez experimentemos nuevos sufrimientos a causa de nuestra fe. Sin embargo, tenemos la certeza de que Dios puede usar nuestros sufrimientos para madurarnos en la fe a fin de que seamos más como Jesús. Además, Dios nos premiará en el cielo por nuestra perseverancia (con su ayuda) en los sufrimientos. El Señor no promete que como cristianos evitaremos todo sufrimiento sino más bien que él estará con nosotros en el sufrimiento.]
 9. a. Los que sufren primero pierden su paciencia; b. los que sufren tal vez pierdan sus amigos y se encuentren sufriendo la soledad; y c. los que sufren deben entender que

los sufrimientos no ocurren al azar. Dios tiene un propósito en permitirlos.

10. Una consideración para manejar el sufrimiento es que habrá un fin al mismo. Para el cristiano, existe un fin y ese fin es del Señor. [Nota: Parte de ese fin tal vez no lo experimentemos hasta que Dios nos recompense con galardones en el cielo]. Otra consideración que nos ayuda a manejar el sufrimiento es el carácter de Dios. El sufrimiento no hace cambiar la realidad eterna de que Dios es “muy misericordioso y compasivo”. Esta misericordia y compasión las podemos experimentar en todas las pruebas. Ya que un Dios misericordioso y compasivo está en control, podemos estar seguros de un buen “fin” a nuestros sufrimientos.

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El alumno puede evaluar dos o tres libros contemporáneos (y tal vez también algunos más antiguos) que instruyen en la cuestión de los buenos modales. Debe entonces reunir las mejores sugerencias y con estas crear un pequeño “Manual de visitación” para la iglesia. En dicho manual también debe incluir principios escriturales (junto con las citas bíblicas) que son provechosos para la tarea de la visitación.
2. El estudiante debe hacer un estudio del uso piadoso de las finanzas ya sea en el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, o ambos. El estudio debe incluir el libro y pasaje bíblico, el principio (o principios) que se hallan en el texto, y alguna aplicación contemporánea de la enseñanza. En una ocasión futura puede compartir algunos de sus descubrimientos con los otros estudiantes. (Nota: Ya que en la lección ocho se trata del presupuesto de la iglesia, el alumno tal vez puede hacer una breve presentación que sirva de introducción para dicha lección.
3. El alumno (con la ayuda del pastor y los líderes de la iglesia) puede diseñar un plan de visitación que se puede utilizar solo, o como complemento al proyecto descrito en la

sugerencia N° 1 arriba. El plan debe tomar en cuenta lo siguiente: el área geográfica que ha de ser cubierta, los diferentes grupos culturales incluidos, el tiempo que se dedicará a la visitación y cómo se realizará el seguimiento. Después de diseñar e implementar el plan, se debe evaluar los métodos, el proceso y los resultados, a fin de mejorar cada vez más la visitación de la iglesia.

4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.

Lección 6

Sugerencias para comenzar la sexta clase

1. Pida a los alumnos que le digan algunas de las frases que comúnmente se utilizan para consolar a los afligidos. Después de haber escrito varias de las sugerencias en la pizarra o en un papel, tomen un tiempo para evaluar algunas de ellas. ¿En realidad proveen consuelo? ¿Hay cosas que debemos evitar decir o hacer cuando intentemos consolar a otros? ¿Qué papel tiene la comunicación no verbal en el proceso de la consolación? Permita que varios opinen antes de proseguir con la lección.
2. Instruya a los estudiantes que opinen acerca de las razones principales por las cuales las personas se apartan de la iglesia. Después de haber confeccionado una lista de razones, pida que los alumnos expresen algunas de las maneras por las cuales los apartados hubiesen permanecido en la iglesia. Discutan el tema por unos minutos y prosigan con la reunión.
3. Nuestro autor escribe lo siguiente con referencia a las visitas a los afligidos y enfermos: “Cuando visitas a una persona apesadumbrada, ¿vas para hacerla reír o para consolarla o distraerla un poco? Hay consejeros ‘molestos’ que aconsejan la diversión para librarse de las penas. Eso no es lo que el Espíritu enseña. La Biblia nos instruye de otra manera para manejar el dolor”. Pida a los alumnos que opinen acerca de estas afirmaciones. ¿Están de acuerdo? ¿Es siempre indebido usar el buen sentido de humor en aconsejar a los afligidos? ¿Depende o no de la clase de aflicción que están sufriendo? ¿Hay otras porciones de la Biblia que debemos tomar en cuenta en la resolución del asunto? Después de un tiempo de discusión animada, prosigan con el resto de la reunión.

4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. La oración proporciona el ambiente para el consuelo. [El decir esto no significa que no existan otras consideraciones en el ministerio de consolar a otros.]
2. Nuestro autor explica que hay tristezas que solo Dios puede quitar. La tristeza que llega a causa de nuestro propio pecado o por nuestros fracasos necesita la intervención de Dios. [De nuevo, Dios puede utilizar a otros en el proceso, quizás trayendo a alguien que nos hable del amor de Dios o tal vez por medio de un libro u otro medio.]
3. Nuestro autor sugiere que en la aflicción debemos detenernos y tomar tiempo para reflexionar y considerar qué es lo que Dios nos quiere enseñar. En el sufrimiento siempre se aprende algo. Por lo tanto, es saludable evaluar la situación y aprender las lecciones que la misma nos proporciona. [Sin embargo, debemos evitar juzgar a los afligidos diciéndoles que su aflicción es a causa de su pecado. No siempre es así.]
4. El texto sugiere que la enfermedad tal vez nos da tres avisos: a. La enfermedad nos hace recordar que somos peregrinos. No tenemos morada fija en este mundo; b. La enfermedad nos hace recordar que la buena salud es uno de los muchos beneficios de Dios; y c. La enfermedad nos hace pensar que quizás la muerte se nos ha acercado y pronto veremos al Señor.
5. Nuestro autor interpreta las instrucciones de Santiago no en el sentido de confesar todos nuestros pecados a otros que oran por nosotros sino en que debemos confesar los pecados a aquellos contra quien hemos pecado.
6. El diablo intenta que las personas ofendidas permanezcan enojadas el mayor tiempo posible. Los que visitan a

dichos hermanos deben saber esto y ayudar a impedir las situaciones en las cuales Satanás puede ganar ventaja.

7. De acuerdo a nuestro autor, el diablo y la carne se unen en yugo para dividir la iglesia. La oración provee arma poderosa en dicha ocasión.
8. La falta de humildad es uno de los obstáculos más grandes a la reconciliación. Somos orgullosos y estamos dispuestos a hacer cualquier cosa antes de admitir nuestra culpabilidad y pedir perdón.
9. Los cuatro pasos del proceso del perdón son los siguientes:
 - a. El ofendido debe ir a donde el ofensor y si éste hace caso el proceso termina allí;
 - b. Si el primer paso no resulta en la reconciliación el ofendido debe llevar a uno o dos otros hermanos con él a visitar al ofensor y si esto tiene resultado el proceso acaba allí;
 - c. En el tercer paso se le dice a la iglesia a fin de que el ofensor escuche a la iglesia y el proceso culmine allí;
 - d. Si la persona no se arrepiente ha de ser excomunicada.
10. Nuestro autor interpreta el asunto de atar y desatar en el contexto de la disciplina de la iglesia con hermanos ofensores. Jesús le ha dado autoridad a la iglesia para juzgar a sus miembros y él respalda las decisiones de la iglesia.

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El alumno puede reunir una colección escrita de sugerencias, poesías, acciones, y disposiciones que han probado ser eficaces en el manejo de la aflicción. Se sabe que a veces algunas de las frases que se dicen comúnmente o las acciones que se toman con los afligidos en vez de ayudarles más bien empeoran la situación. El estudiante debe reunir dichas sugerencias y ayudas, escribirlas en una colección y compartirlas con los otros estudiantes.
2. El estudiante debe hacer un estudio de Gálatas 6.1–5. Después puede entrevistar a varias personas que se han

apartado de las iglesias, algunas de las cuales hayan regresado y otras que no. Debe pedir algunas de las razones por las cuales ellos se separaron como también lo que ocurrió para que ellos regresaran. La información puede ser compartida con los otros alumnos en un reporte escrito u oral en una reunión futura.

3. El alumno debe hacer un estudio acerca de la confesión y el perdón de pecados. Dicho estudio debe incluir un estudio de Juan 5.24–25, Romanos 3—5, 1 Juan 1.5—2:2 y Santiago 5.1–20. [Nota: El Nuevo Testamento enseña acerca del perdón judicial y posicional de Dios por el cual la persona es perdonada por todos sus pecados, sean estos pasados, presentes o futuros (véase por ejemplo, Efesios 1:3–14; Colosenses 1:9–14) y el perdón familiar que tiene que ver con el compañerismo y armonía entre el creyente y Dios.]
4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.

Lección 7

Sugerencias para comenzar la séptima clase

1. El alumno debe hacer un estudio acerca de la confesión y el perdón de pecados. Dicho estudio debe incluir un estudio de Juan 5.24–25, Romanos 3—5, 1 Juan 1.5—2:2 y Santiago 5.1–20. [Nota: El Nuevo Testamento enseña acerca del perdón judicial y posicional de Dios por el cual la persona es perdonada por todos sus pecados, sean estos pasados, presentes o futuros (véase por ejemplo, Efesios 1.3–14; Colosenses 1.9–14) y el perdón familiar que tiene que ver con el compañerismo y armonía entre el creyente y Dios.]
2. Instruya a los estudiantes a que enumeren varias ideas acerca de cómo la iglesia puede fortalecer las familias de la congregación (y la familia pastoral). Las mejores ideas deben ser compiladas y provistas al liderazgo de la iglesia. Permita que los alumnos reflexionen y expresen sus opiniones aun si le resta un poco de tiempo al resto de la lección.
3. Escriba lo siguiente en la pizarra (o diga): “Los jóvenes son el futuro de la iglesia”. Entonces instruya a los alumnos que opinen acerca de cómo tal afirmación afecta la filosofía de la iglesia con referencia a las personas mayores de edad. En la discusión se debe tratar el tema de los dones espirituales y la edad, el papel de los adultos y de las personas ancianas en servir de ejemplo para los jóvenes en la iglesia, y el ministerio de las mujeres ancianas con los jóvenes de la congregación.
4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. El autor nos instruye a no olvidarnos de los extranjeros y a amarlos.
2. Nuestro autor considera que es un error abarcar a muchos niños en el programa de alcance sin incluir a los padres.
3. El matrimonio es la relación que más le importa a los niños y debemos ayudar a los padres a que vivan juntos sin separarse por el divorcio u otras causas.
4. Los niños necesitan que los padres estén juntos. [Nota: Existen muchos casos de hogares en los cuales hay solo un padre. En dichos hogares el padre que está tiene que proveer liderazgo firme y amoroso.]
5. Si existe una excelente relación entre los esposos, ya casi por sí mismos los hijos serán educados al verla. [Nota: La buena relación entre los esposos no sólo provee buen ejemplo sino que también provee al niño la seguridad y estabilidad que necesita.]
6. La iglesia puede velar por los niños de varias maneras. Entre las cuales están las siguientes: a. tener los ojos abiertos para señales de que algún niño está siendo abusado; b. ayudar a los niños desamparados de las calles que no tienen padres; c. adoptar algunos niños directamente; d. adoptar algunos niños económicamente; e. ayudar a niños necesitados en fechas señaladas como la Navidad; f. enseñar a los niños acerca de las consecuencias del pecado; y g. batallar en contra del aborto de diversas maneras. [Nota: Se puede ayudar a las jóvenes que quedan embarazadas con consejería, con proveerle ropa y recursos para el bebé, y con proveer un hogar en el cual puedan vivir durante su embarazo.]
7. Con referencia a los ancianos el ministerio de compasión no consiste sólo en ayudarlos, sino que ellos sean utilizados para servir a la iglesia. Ellos pueden participar en

la visitación, en la consejería y en la consulta de casos. Hay otras cosas que ellos pueden hacer. La vida cristiana no es limitada por la edad. En realidad, los ancianos que han sido fieles al Señor pueden contribuir en maneras que los jóvenes necesitan para su propio crecimiento. No debemos despreciar o desconocer la madurez y experiencia de los ancianos fieles. En el cristianismo la edad es un beneficio, no un problema.

8. Para la persona envejecida la soledad sirve para seguir trabajando para el Señor. Su vista debe estar en el futuro ya que su vida cristiana todavía está incompleta y debe seguir adelante con miras al premio que Dios le dará a los cristianos que son fieles hasta el fin. La soledad sirve para trabajar para el Señor y para leer buenos libros que edifican y mitigan la soledad. Por parte de la iglesia, la soledad provee oportunidad para que visitemos a los ancianos y recibamos el beneficio de escuchar acerca de sus experiencias.
9. El autor afirma que los ancianos prefieren pasar sus últimos días viviendo con sus familiares más que por enfermeras u otros asalariados. En caso de que un anciano tenga que ser cuidado en un centro para ancianos, no debemos olvidarlos. [Nota: El mandamiento de honrar al padre y a la madre tiene que ver no sólo con el amor, respecto y obediencia que ellos merecen sino también con proveer por sus necesidades financieras cuando envejecen.]
10. La iglesia debe ayudar a proveer para la jubilación de los pastores de un modo organizado antes de que se retiren. Esto se puede hacer de varias formas ya sea por medio de la denominación, por un aporte en la distribución anual del presupuesto, o una ofrenda anual para los ancianos. [Nota: Con la ayuda de varios profesionales en el área de finanzas

la iglesia debe investigar los planes de retiro que son disponibles.]

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El alumno puede hacer una investigación de manera concreta en las cuales los santos hermanos y hermanas mayores de edad en la iglesia pueden ministrarles a los jóvenes de la congregación. El estudiante debe enumerar varias ideas.
2. El estudiante puede hacer un estudio acerca de cómo la iglesia debe tratar a los cristianos que residen en forma ilegal en el país ya que la Biblia nos instruye en Romanos 13 a ser obedientes a las leyes de nuestro país. Entre las preguntas a las cuales se debe tratar de responder están las siguientes: ¿Debe servir un hermano ilegal como anciano o diácono en la iglesia? ¿Deben regresar los hermanos ilegales a su país de origen? y ¿Qué papel debe tomar la iglesia en la legalización de los hermanos que necesitan hacerlo?
3. El alumno debe hacer un estudio acerca de las maneras en las cuales las iglesias ayudan a las familias y también trabajan en contra de ella. Por ejemplo, se ha dicho que las iglesias que tienen varios programas los días de la semana y que requieren la asistencia de los hermanos le quitan tiempo necesario a la familia. La investigación también debe tomar en cuenta las maneras en las cuales las iglesias contribuyen a desordenar la familia pastoral.
4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.

Lección 8

Sugerencias para comenzar la octava clase

1. Pida a los alumnos que hagan dos listas y opinen acerca de ellas. En la primera deben sugerir razones equivocadas para ofrendar al Señor y en la otra motivos bíblicos para contribuir. Después de un tiempo de discusión eficaz y edificadora, completen el resto de la lección.
2. Instruya a los estudiantes a que opinen acerca de los siguientes tres temas controversiales en el asunto de las finanzas de la iglesia: a. ¿Debe el pastor saber qué cantidad ofrende cada miembro? b. ¿Deben recibir los miembros un informe detallado de cómo la iglesia usa todo el dinero que entra? c. ¿Debe la iglesia local vender productos, hacer rifas, celebrar tómbolas e utilizar otras maneras de recaudar fondos a base de las ventas, y cómo afecta el testimonio de una congregación en la comunidad el uso de tales medios? [Nota: Con referencia a la primera pregunta conozco una iglesia en la cual el pastor conoce los patrones de la congregación en el asunto de ofrendar sin saber quién contribuye qué. Por ejemplo, él sabe qué porcentaje de la congregación ofrenda pero no conoce qué miembro contribuye con qué cantidad.]
3. Nuestro autor afirma que la primera posición en el presupuesto debe ser para el sostén económico de un obrero. Pida a los estudiantes que opinen acerca de esto. Se pueden hacer preguntas como por ejemplo: ¿Por qué no sería más importante pagar la renta de un edificio en donde reunirse? Después de unos minutos de interacción prosiga con la lección.
4. Desarrolle su creatividad para comenzar y presentar la lección.

Comprobación de las diez preguntas

1. Nuestro autor provee tres posibilidades: a. Son flojos en la congregación; b. Viven egoístamente; y c. Son profundamente pobres. [Nota: En realidad existen cuatro posibilidades adicionales: d. La congregación no ha sido instruida en lo que la Biblia dice acerca del sostén económico de los pastores; e. La iglesia sufre de no tener una visión bíblica suficientemente motivadora para que los hermanos quieran ofrendar; f. Los hermanos están protestando en contra del pastor y/o los líderes por medio de retener sus diezmos y ofrendas; y g. La falta de ayudar a fundar o sostener a otras iglesias y obras misioneras.] Sea cual fuera la razón, la carestía en la iglesia es un llamado a la autoevaluación de la iglesia delante del Señor.
2. Las tres sugerencias son las siguientes: a. No hablar del dinero sino más bien hablar del Señor; b. Profundizar el cristianismo vigente, extender la esperanza celestial y fortalecer la fe; y c. Reaccionar a favor de las almas perdidas con evangelización.
3. El autor sugiere la prudencia, el examen (con oración) del estado de las cosas, y decidir cómo se distribuirá el dinero colocando las cosas en orden de importancia (celestial y humana) de acuerdo con lo que supuestamente entrará en el año. También se afirma la necesidad de la sabiduría en casos donde existen intereses creados y hay empleados que no son imprescindibles. En dichas situaciones (como en todas) se necesita oración, tiempo y la providencia divina.
4. La deuda debe ser evitada ya que esclaviza a uno y previene que ofrendan de manera significativa al Señor.
5. El Señor sabía que existía un pez con una moneda en su boca. Por lo tanto, ya que Jesús lo sabe todo, él conoce dónde se encuentran las riquezas de todos y también

nuestro estado financiero. Debemos preguntarnos qué opina Jesús de nuestras finanzas. ¿Estaría él satisfecho con la forma en que manejamos nuestras finanzas o no? Jesús también sabe como hacer llegar a nosotros las provisiones que necesitamos de modo que lo glorifique a él. [Nota: El trabajo honrado hecho con excelencia es una manera bíblica de glorificar a Dios y proveer por nuestras necesidades.]

6. De acuerdo al autor la primera posición en el presupuesto debe ser para el sostén económico de un obrero.
7. Las tres razones son que: a. Es digno de su alimento (Mateo 10.10); b. El Señor así lo ordenó (1 Corintios 9.14); y c. No debemos poner “bozal al buey” ya que el obrero es digno de su salario (1 Timoteo 5.18).
8. Por lo general los ministros no comparten sus problemas con la iglesia. Por lo tanto, los diáconos deben comprender esto y estar al tanto de necesidades que tal vez no están siendo comunicadas por los pastores.
9. El amor es una razón loable para ayudar en la obra del Señor.
10. El texto presenta dos razones por las cuales Pablo aceptó la ofrenda: a. Dios siempre paga, da recompensa; y b. Dios se complacía con la ofrenda de los filipenses. Nuestro autor afirma que Dios da recompensas celestiales y terrenales a los que ofrendan y también que nuestras ofrendas lo agradan.

Sugerencias para proyectos adicionales

1. El alumno puede hacer un estudio sobre el uso de las técnicas manipulativas que utilizan algunas iglesias a fin de motivar a los miembros a ofrendar. Después de coleccionar una lista, debe ofrecer correctivos bíblicos junto con los textos escriturales donde se hallan.

2. Algunos piensan que “la iglesia es un negocio” o por lo menos “igual que un negocio”. El estudiante debe abarcar una investigación bíblica y hacer un escrito que derrota este tesis que algunos afirman. Entre las preguntas, afirmaciones, y acusaciones a las cuales debe responder el estudiante en su escrito están las siguientes: a. La iglesia utiliza técnicas manipulativas de mercadeo a fin de recaudar fondos; b. Las iglesias favorecen a los miembros adinerados y no los amonestan por sus pecados; c. Las iglesias basan sus decisiones en consideraciones económicas y no espirituales; y d. Si las iglesias necesitan dinero y la administración del mismo para sobrevivir, ¿cómo podemos decir que no son un negocio?
3. El alumno debe hacer un estudio de cómo prosperan las iglesias que contribuyen con buen parte de su presupuesto a las misiones, la evangelización y el planteamiento de iglesias en contraste con las que se preocupan más de su propia iglesia sin mirar afuera. En una ocasión futura puede presentar los resultados de su investigación a los otros estudiantes.
4. Un proyecto original desarrollado por el alumno, el guía o facilitador, o ambos.



HUMBERTO PÉREZ

EL MINISTERIO DE LA DIACONÍA



**UN CURSO DE ENSEÑANZA BÍBLICA
SOBRE LAS FUNCIONES SAGRADAS
DEL DIÁCONO**

CONTIENE UN ESTUDIO PROGRAMADO POR LA
FACULTAD LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS

